

# LOS RELOJES DE ALESTES

UNA EPOPEYA  
STEAMPUNK



VICTOR CONDE

Lectulandia

Poco tiempo después del primer viaje a la Luna, protagonizado por los caballeros del Gun Club estadounidense, en la Europa de entreguerras está fraguándose un proyecto que significará el inicio de una nueva era para el reino de Prusia.

Una rica aristócrata, *frau* Irna Hohenstaufen, invertirá su magnífica fortuna en financiar un viaje a la superficie del satélite con un propósito mucho más prosaico que el de los americanos: excavar en busca de oro hasta el mismo corazón de la Luna, con la ayuda de un misterioso reloj del que nadie conoce su utilidad, para así financiar la inminente guerra de su país contra el Imperio Otomano.

Pero lo que encontrarán una vez lleguen allí desafiará incluso las más atrevidas predicciones de los científicos...

**Lectulandia**

Víctor Conde

# **Los relojes de Alestes**

**Una epopeya steampunk**

ePub r1.0

Balhissay 07.12.15

Título original: *Los relojes de Alestes*  
Víctor Conde, 2010  
Diseño de cubierta: Chema Hernández

Editor digital: Balhissay  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Alfredo, María José, Jaime y Nena. Sin su amor y denodado esfuerzo  
no habría podido escribir ni una página de esta novela.*

*Y para mis buenos amigos Raúl y Chema, verdaderas fuentes de  
creatividad de las que he aprendido mucho.  
¡Volad alto!*

*¡Que me aspen si eso no es una isla! ¡Estamos salvados!*

F. Englehorn, capitán del vapor volandero Venture

*Aquella sociedad, el Gun Club, era una reunión de ángeles exterminadores (...) Un día, sin embargo, un triste y lamentable día, los que sobrevivieron a la guerra firmaron treguas, cesaron poco a poco los cañonazos, enmudecieron los morteros, y los miembros del Club se entristecieron porque el mundo estuviera inmerso en una odiosa y lamentable paz.*

Julio Verne, *De la Tierra a la Luna*

*Por fin llegó nuestro barco al abra de Tolón, y luego de dar gracias al viento y a las estrellas por el buen término de nuestro viaje, nos abrazamos todos en el puerto y nos dijimos adiós...*

Savinien de Cyrano de Bergerac,  
*Historia cómica de los Imperios y Estados del Sol*

*Maybe the lizard shedded its tail, this is the end of man's long union with Earth.*

Genesis, Watcher of the skies

## **NOTA DEL AUTOR**

Para escribir esta anacronía, esta aventura basada en la pregunta «¿qué podría haber pasado si...?» he tenido que modificar ciertos datos aportados por Julio Verne en su obra sobre el primer viaje a la Luna. Espero que los seguidores del genial escritor sepan perdonarme, y mantengan los ojos bien abiertos, porque en la Luna aguardan muchos más secretos milenarios de los que el bueno de Barbicane pudo descubrir...

## **Prólogo**

# **La guerra del condado de Johnston**

El instrumento tenía unas patas tipo garra fabricadas en madera, y cojinetes y alambres que formaban una redcilla sujeta en tres puntos para mantener la horizontalidad. Cada pezuña de aquellas garras poseía tres dedos, y otros tantos anillos de tuerca. De las patas surgía una barra de cobre bruñido que acababa en una junta de rotación, y sobre ésta, una semiesfera cromada que servía de apoyo para el resto del mecanismo. El geólogo-vulcanólogo Nordhal Dass había visto muchos aparatos de alta tecnología de vapor en su vida, la mayoría encuadrados en el ámbito de la ciencia terrestre, pero ninguno tan complejo y tan recio, y menos aún dedicado a la guerra.

El capitán Lester lo había llamado «ametralladora». Nordhal no podía rastrear su etimología tan atrás como para saber si un nombre tan esdrújulo estaba justificado, pero le fascinaba su complejidad; un diseño que, lejos de elogiar a la navaja de Occam, era tan feroz como la utilidad para la que había sido concebido: masacrar de manera poco honorable y a una distancia segura a muchos contendientes. El inventor había colocado cuatro rifles de repetición sobre un pedestal, los había enlazado mediante un sistema de poleas y válvulas de vacío, y los había hecho rotar. La manivela era una pequeña obra de arte, rematada por un mango lacado que simulaba la cabeza de un casuario, como en los bastones de lujo. Cada rifle, al disparar, provocaba una fuerza en sentido contrario que desplazaba hacia atrás la pieza por un raíl, movía las poleas y recargaba los otros tres. Esta operación, repetida seis veces cada dos segundos, con el tambor girando sobre su eje para enfriarse, convertía al aparato en un dosificador de muerte, una guadaña letal que mataba sin discriminación, barriendo el terreno con la facilidad de la corva del segador para extirpar la mala hierba.

Nordhal se hizo un esquema mental del funcionamiento del arma, y lo archivó en una zona de su cerebro donde las cosas entraban pero les costaba mucho salir. Sus superiores del Servicio Secreto Prusiano habían confiado en él para viajar a los Estados Unidos, un país joven pero peligroso, porque conocían su increíble facultad

para retener imágenes en la mente. «Memoria gramofónica», lo llamaban, y era un don que el geólogo sabía utilizar bien. Cuando volviese a su país (cruzando con las manos vacías y una amplia sonrisa por la aduana de Nueva York, donde Otto Krein, el interventor, buscaría en vano documentos en clave en su equipaje, y estamparía en el visado su ya famosa firma, O. K.), describiría con todo detalle la máquina a los ingenieros, y éstos no solo la replicarían en los laboratorios, sino que la mejorarían. Los prusianos eran los mejores del mundo mejorando diseños y disminuyéndolos de tamaño. Tal y como estaban las cosas en Europa, se lamentó Nordhal, una versión portátil de semejante guadaña de enemigos vendría que ni pintada para la inminente guerra contra los otomanos.

Un sonido retumbante, lejano, atrajo de nuevo su atención al mundo real. El capitán Lester y sus hombres alzaron las cabezas por encima de la cerca que hacía las veces de parapeto, por si se distinguía algo en la distancia. Nada. La onda sónica parecía llegar desde más allá de las hermosas montañas que flanqueaban el pueblo. Barrió las calles y se disipó con un delicado tañido de la campana de la iglesia, a la que hizo pendular suavemente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nordhal, gateando hasta donde permanecía Lester, acuclillado junto a su Winchester. En la alberca que había a su derecha alguien había introducido varias cintas de munición.

—No tengo la menor idea —murmuró el capitán—, pero ha sido muy potente. Gracias a Dios, también ha sido lejano.

—¿Los ganaderos tienen pólvora? —El inglés del geólogo poseía un fuerte acento, subrayando las ces y las zetas al estilo germánico, pero Lester tenía buen oído e identificaba casi todas las palabras.

—Maldito si lo sé —rezongó.

Lester olfateó el aire como un perro sabueso. Su cara redonda y aureolada por una suave barba roja (muy distinta de la angulosa y hasta cierto punto atractiva de Nordhal, heredada del linaje ario, con aquellos ojos profundamente azules que herían el corazón de las damas) se sumió en una completa absorción. El aspecto general de factótum de hacienda esclavista de Lester, u hombre capaz de encargarse de todas las tareas a la vez y además de dar de comer a los negros, le hacía parecer un perro alsaciano, siempre alerta y con el morro apuntando a lo que no le gustaba. Ahora, aquel morro de sabueso yanqui cortaba la brisa como la proa de un barco, filtrando en las barbas de ballena de su nariz los olores e ignorando la peste que brotaba de sus propios hombres. En el condado de Johnston, donde los heliógrafos apenas registraban quince o veinte minutos de sol al día, nadie se bañaba entre octubre y marzo, solo se remojaban sus partes en un cubo de agua y si ésta había sido calentada previamente en la hoguera. Era ley de vida. El hombre no está hecho para andar desnudo por los mismos campos que ven desnudarse al oso pardo o al lince con pinceles en las orejas. En todo caso, algunas personalidades importantes (las que se lo podían permitir, para ellos y para sus esposas e hijos) procuraban no descuidar el

afeitado y mitigar el hedor con un abuso de colonias fuertes. Eso, en opinión de Nordhal, era lo que en realidad había matado a los indios.

—No huelo pólvora —decretó Lester, bastante satisfecho de su diagnóstico—. Además, les sustrajimos todos los cartuchos que usaban en la mina. Ya no les debe de quedar nada más explosivo que unos cuantos insultos soeces.

—¿Entonces por qué estamos ocultos detrás de esta cerca, con las gallinas, mojándonos los pantalones en el barro?

Lester lo miró. El geólogo no le había caído bien desde que se lo presentó el coronel Hutchison, y si lo soportaba era por cumplir las órdenes, nada más. Muchos de sus oficiales se preguntaban qué demonios hacía un maldito europeo con acento alemán en los cerros de Derrey, y por qué el gobierno estatal le había concedido una escolta militar. Ya tenían suficientes problemas con el conato de desobediencia que había estallado entre los ganaderos como para ocuparse de absurdas investigaciones científicas.

—Stu Findel, el interventor general, repartió fusiles entre sus asalariados antes de que se sublevaran —respondió con inquina—. La mayoría de esos aldeanos solo tienen hoces, picos y palas, pero debe haber al menos una docena de ellos con armas de verdad. Si quiere comprobarlo, saque su sombrero un minuto por encima de la cerca.

—Perdóneme si mis palabras han sonado despreciativas —se disculpó el geólogo—, pero es que tanto esperar me está poniendo nervioso. Además, estar tirado en un corral de gallinas no es el ambiente ideal para un científico.

—¿Y para los soldados sí?

Nordhal sospechó que esa pregunta encerraba una trampa, y se limitó a negar con la cabeza y poner cara de haber escuchado una barbaridad. No, por supuesto que los militares no estaban hechos para lanzarse dentro de trincheras y vivir rodeados de mugre como los cerdos, con un nivel de higiene personal equiparable. Cómo se le ocurría pensar eso.

Una avutarda cantó entre los árboles. El sonido era parecido al que provocaría alguien al frotar sus dedos por el borde de un vaso, un molesto zumbido que encontró eco en el farallón de sauces que rodeaba al pueblo. Era un paisaje alpino precioso, reconoció Nordhal, con arroyos y cascadas y formaciones geológicas más que interesantes, arrojadas al azar sobre el tapete del horizonte como cartas perdidas de Dios, si uno tenía tiempo de admirarlo en lugar de esconder su gorro de los disparos.

Casi a la vez que la avutarda, un tambor comenzó a redoblar a lo lejos. Lester hizo una señal a sus hombres. La fila de azules se colocó en cuclillas ante la cerca, y un cadete fue pasando de hombre a hombre, extrayendo de un morral unos saquitos de pólvora seca, y entregando uno junto con una mecha a cada soldado.

El tambor hizo repercutir su mensaje en las esquinas de la calle. Nordhal se arriesgó a echar un vistazo: todavía no se veía a nadie, pero esperaban que una procesión de ganaderos hiciera acto de presencia en cualquier momento, doblando la

calle mayor y entonando cánticos de libertad e independencia, muy americanos. Le pareció irónico el hecho de que fuera su propio ejército, el de su país, el que les hubiera transmitido el ultimátum del gobernador: o deponían las armas y la actitud contestataria, o los reducirían por la fuerza. Y era irónico porque ellos, al fin y al cabo, solo querían más de lo que los publicistas americanos anunciaban a bombo y platillo en el extranjero, oportunidades, en una tierra supuestamente colmada de ellas. Ahora, el capitán Lester estaba ordenando a sus hombres que cargasen los rifles para abatir a una multitud de campesinos hambrientos, una verdadera grieta en los pilares de su tratado de Independencia, más profunda que la de la Campana de la Libertad.

—¡Ya vienen! —gritó uno de los azules.

Por la esquina del último edificio de la calle, una vieja taberna de ascendencia galesa con sabor a tramperos y a indios siouan bautizada «la Puerta del Cielo» (el mismo inmueble que había servido de cuartel a Nordhal durante los últimos días, dado lo confortable de la lumbre y la charla fácil de una tabernera), apareció un niño. Era un jovencito rubio con chapotes colorados que portaba un tambor, ceñido a su espalda con una cinta de colores. Sus manitas hacían bailar dos baquetas contra la lona, nerviosas como saltamontes, provocando el sonido que les estaba poniendo los nervios de punta. Nordhal se preguntó si vendría solo.

Pero no. Al momento, una pared humana hizo acto de presencia a pocos pasos del niño. Eran los hombres, mujeres y ancianos del pueblo, que sostenían pancartas con mensajes llenos de faltas de ortografía y los colores de la antigua bandera independentista del Sur. Algunos traían también sus animales, caballos en el mejor de los casos. Varios perros y gallinas escoltaban la comitiva, los primeros persiguiendo a las otras o ladrando a la barrera que habían interpuesto los militares en mitad de la calle.

Al ver a tanta gente con cara de hambre, vestidos con ropas gruesas y confortables pero raídas, la mayoría sin codos, Nordhal se estremeció.

—Por Dios, eso no es un enemigo —murmuró—. No son un ejército, Lester. Es una turba hambrienta.

—Eso los hace aún más peligrosos —asintió el capitán, quitando la mordaza de seguridad de su lombardina. Hizo una señal al corneta, y éste se enjuagó los labios en licor. Todas las compañías destinadas en el norte tenían lo que los intendentes llamaban «la frotadera», un paño sumergido en un whisky destinado no a ser bebido, sino a que los cornetas pudieran soplar por las boquillas sin que se les quedase pegada la piel al metal.

En ese momento llegó una segunda onda expansiva, más potente que la primera. Se oyó un sonido grave de detonación, el aire sacudió ligeramente las copas de los árboles, la campana de la iglesia llegó a inclinarse varios grados, y un temblor de tierra recorrió el pueblo como si alguien hubiese sacudido una manta bajo los cimientos. Los edificios apenas lo acusaron, pero logró encoger el corazón del geólogo.

—Esta es la onda principal —susurró, acongojado.

Lester y sus hombres estaban confundidos. Un caballo relinchó.

—¿La onda de qué, por todos los demonios confederados?

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo.

El geólogo se arrastró lejos del capitán, hacia las cuadras. Los animales del regimiento estaban pastando detrás del edificio de la municipalidad, y pafaban intranquilos con los cuellos estirados, como si ellos también olieran problemas. Nordhal gateó en silencio, manchándose aún más sus preciosos pantalones, pero con una idea fija en la cabeza: la onda había sorteado las montañas desde el sur. Algo tan potente como para haberla provocado tenía que generar una potencia similar a la de un volcán, pero no había volcanes en aquella cuenca. Al menos, ninguno que hubiese estado activo en el último par de millones de años.

—¿Adónde va? ¿Está loco? —se encolerizó Lester—. ¡Vuelva aquí ahora mismo, es una orden!

—El oficio de batallar es suyo, capitán, no mío. Peléense ustedes con sus compatriotas si quieren, pero yo voy a subir a esa ladera para investigar, que es lo que he venido a hacer al maldito fin del mundo.

La expresión de Lester no dejó claro si lo que más le enfurecía era que el civil desobedeciera una orden, o que hubiese llamado a su patria «el fin del mundo». De una forma u otra, Nordhal no llegó muy lejos. Un chasquido metálico lo frenó en seco. El prusiano había escuchado muchas veces ese sonido como de mandíbulas de ñu despegándose con fuerza y sabía reconocerlo.

El oficial había amartillado el Winchester.

—Usted está bajo mi responsabilidad —dijo con voz tensa, a su espalda—, y me guste o no, voy a llevarlo sano y salvo de regreso al despacho del coronel Hutchison. Si da un paso más en dirección a ese establo, aunque sea a gatas, le llenaré el culo de perdigones, lo arrestaré y lo cargaré de grilletes, ¿me ha entendido?

Nordhal se volvió lentamente, y miró al capitán a la cara. Sus fríos ojos azules no parecieron por más tiempo los de un científico apocado y endeble, y adquirieron una dimensión peligrosa. Lester se sorprendió, pero no bajó el arma.

—Capitán y muy señor mío, por más que se esfuerce no va a interponerse en el camino de la ciencia —dijo Nordhal, no como una advertencia, sino como si fuese una verdad universal.

A continuación hizo algo que ni el capitán ni sus hombres se esperaban. Reuniendo una prestancia que los otros creían desconocida, se irguió en toda su longitud (el geólogo medía casi metro noventa, treinta centímetros más que la media del escuadrón de Lester) y se alisó la chaqueta. Todo su torso quedaba expuesto por encima de la línea de la cerca. A lo lejos vio que la muralla humana se detenía, formando un dique en medio de la calle.

—¿¡Qué hace, está loco!?! —susurró a gritos el oficial—. ¡Agáchese ahora mismo, imbécil!

Con la rectitud de un caballero, Nordhal señaló a la turba y dijo, sonriendo:

—Creo que va siendo hora de que se ponga algo de freno a las pasiones aquí desatadas, señor. Como ve, los campesinos se muestran ante ustedes tal y como son, sin trampa ni trucajes dignos de ese nuevo e infernal invento, el cinematógrafo. Le conmino a que dialogue con ellos, de forma sensata, y establezca una cabeza puente para...

—¿En qué coño de idioma está hablando este tío?

El sonido de una bala hirió su oído cuando pasó tan cerca como para arrebatarse el sombrero. El geólogo se agachó de inmediato, mientras la turba estallaba en gritos furibundos y a la consigna del interventor (*¡Muerte a los explotadores! ¡Fuera el invasor de nuestra tierra!*) se lanzó lanzando espumarajos de sus múltiples bocas contra los soldados. En lo alto de las casas de la calle mayor aparecieron tiradores apostados, y de las manos de los atacantes brotaron como por ensalmo los más variopintos instrumentos oxidados y cortantes. Nordhal, confuso, reculó hacia el establo mientras Lester apoyaba el riñe contra el redil.

—¡Fuego a discreción! —ordenó, ejecutando el disparo inicial. La primera baja que sufrió el bando contrario fue la tabernera de charla fácil—. ¡Atentas las lombardinas!

Manchas de fuego blanco que parecían crisantemos florecieron bajo las nubes. El tartamudeo de los proyectiles declamó su claridad escarlata sobre una escena de confusión y miedo. Los primeros segundos de la batalla, de cualquier batalla, pensó Nordhal, siempre eran los más estremecedores, cuando los sonidos trazaban un mapa de desgracias aún por acontecer, y el terreno donde lidiaban los ejércitos se volvía oscuro y laberíntico, aunque fuese una llanura a pleno sol.

No supo muy bien cómo, Nordhal consiguió llegar hasta los establos con las balas silbando a escasos milímetros de sus posaderas, y cogió el caballo que le habían asignado las autoridades, un famélico jamelgo mexicano apodado estúpidamente *Refranero*. El animal estaba asustado, pero Nordhal era un experto jinete (de joven había luchado en la coalición antinapoleónica) y logró dominarlo. Con un imperioso «¡jah!» y clavándole los tacones en los ijares, salió como una exhalación del establo hacia el lado opuesto del pueblo, y no paró de galopar hasta sentir la familiar cobertura del bosque cayendo sobre él.

Las voces de mando de los oficiales se confundían con los gritos independentistas de los paisanos. A esas alturas era imposible distinguir qué disparos pertenecían a uno u otro bando, y qué gemidos de dolor correspondían a qué grupo de heridos. Con la demencia que el capitán había vaticinado, los pueblerinos cayeron sobre las tropas y los trincharon como a corderos muesos.

En previsión de los agujonazos de balas perdidas, Nordhal hizo lo que se hace en política y en el mar cuando se tiene viento en contra: zigzaguear. En cuanto llegó a un saliente de roca desde el que se divisaba el pueblo, detuvo al animal y se alzó en el estribo. El grado de barbarie desatada en las calles sobrepasaba lo humanamente

concebible. Solo en las campañas africanas o en las de la conquista de la India se había oído hablar de comportamientos tan infrahumanos, tan animales, con el hermano abalanzándose sobre el hermano a dentelladas, clamando al cielo por un pedazo de tierra. Ni siquiera cuando se conquistó a los brutales hotentotes se llegó a tal extremo de horror.

—Americanos... —sacudió la cabeza.

Nordhal, en un estado que iba más allá de la indignación hacia su propia especie, espoleó al animal cerro arriba, internándose en el bosque. No tardó en encontrar, más por casualidad que por verdadera pericia, un sendero natural que lo condujo a la cumbre. A sus pies se extendía una hermosa vista del valle de Derrey, con la mina precintada por los militares en un extremo y el arroyo con nombre de indígena, realmente impronunciable, en el otro. Nordhal miró al sur, a los lejanos horizontes cubiertos de bruma desde donde habían llegado las ondas expansivas...

... y casi se cayó del jamelgo del susto. La escena que sus ojos se empeñaban en mostrarle parecía sacada de uno de los relatos inverosímiles del *volkslied* clásico<sup>[1]</sup>. Solo que allí no había animalitos parlantes ni afrentas mitológicas contra el Orden Natural, sino una enorme columna de humo que se elevaba como un coloso monolítico en la distancia, entre los picos, alcanzando una altura no inferior a un kilómetro, y tan cilíndrica que no podía proceder de ningún fenómeno natural. El viento difuminaba con dedos invisibles el contorno del inmenso tubo de polvo, dibujándole barbas y trenzas allá donde las corrientes ascendentes se mezclaban con las de los nimbos. Y había marcas en el suelo. En las escasas zonas llanas que dejaban entre sí las montañas, la fuerza de la detonación había tendido grietas radiales, todas nacidas en el epicentro de la explosión, que fracturaban el manto con una linealidad casi geométrica.

Nordhal cerró los ojos, por si la imagen era un fallo de perspectiva de una nube inusual que su mente se empeñaba en interpretar de otra manera. Pero la escena seguía allí cuando los abrió, y permaneció estática hasta que el viento dispersó por completo la columna de polvo.

El cerebro del prusiano trabajó intensamente, muy deprisa, como lo tenía acostumbrado. Si aquello era un fenómeno producido por el hombre, significaba que los artilleros del ejército (o la facción rebelde de turno) habían reunido cientos, no, miles de toneladas de TNT en un solo lugar y había acercado la consabida llama. Era la única explicación que se le ocurría en ese momento. Aquellos salvajes habían reunido la mayor concentración de explosivos de la historia y la habían detonado... ¿para qué? ¿Qué clase de explosión sería, y cuál su propósito? ¿Acaso querían demoler una montaña de un solo golpe, partir en dos el Estado para acabar con las disputas de los terratenientes?

Aunque, pensándolo bien, la forma de ese tubo...

El geólogo había trabajado mucho con explosivos, ayudando a los prospectores de su país a buscar vetas de mineral, y sabía que cuando el polvo alcanzaba tal altura

y formaba una nube tan estrecha, era porque la carga había sido emplazada bajo tierra, con el orificio de salida apuntando hacia el cénit. Era el mismo fenómeno de dispersión del detrito que cuando alguien disparaba un rifle: la pólvora se inflamaba, la bala se calentaba y los fragmentos y el humo salían a gran velocidad por el único hueco disponible, el cañón del arma. Y eso solo se hacía cuando alguien quería propulsar algo muy velozmente hacia distancias lejanas, como una bala de cañón o de pistola. Algo tan grande como para...

Para...

Los ojos de Nordhal se abrieron hasta salirse de sus órbitas. Creía comprender lo que estaba viendo, la locura que estaban poniendo en práctica los americanos. Y era algo de lo que, sin más demora, tenía que informar al Servicio Secreto.

Descendió lo más rápido que pudo la montaña y galopó rumbo a la ciudad más próxima que tuviera enlace de telégrafos, mientras su mente rescataba del armario de las cosas que no se olvidaban la lista de horarios que le habían dado en el muelle, con el manifiesto de las distintas compañías trasatlánticas. Repasándolo, buscó el barco que antes partiera rumbo a Europa.

*Lo han hecho, no cesó de repetirse durante todo el camino; esos locos imprudentes lo han hecho...*

## ACTO PRIMERO

### **Para poder subir, primero hay que bajar**

*Donde se relatan los comienzos,  
de la singular empresa,  
un Imperio se ve abocado al desastre,  
y un sabio decide que para poder  
subir al cielo antes hay que  
hacer un buen agujero.*

# I

## Del diario de Nordhal Dass (en taquigrafía)

7 de Enero. En el mar.

Mi infalible memoria no me ha defraudado, una vez más, y me ha permitido arreglar todos los asuntos que tenía pendientes en los Estados Unidos —despedida en calidad de único superviviente de los cerros de Derrey con el coronel Hutchison incluida— para llegar a tiempo al puerto de Nueva York, y comprar un billete en primera clase en un vapor recientemente adquirido por la White Star Co., (una empresa de reciente formación cuya profesionalidad garantiza muchos éxitos futuros). Se trata de un barco blanco, negro y rojo llamado *Oceanic*, fabricado por manos irlandesas, con dos poderosas chimeneas que intimidan un poco si se las contempla desde la base. Es un vapor muy marinero, debo decir, y también confortable, sensiblemente más cómodo que el armatoste que me trajo aquí hará dos meses y al que vaticino una pronta estancia en el fondo de los mares. O aún mejor, un hábil desguace para aprovechar el metal en proyectos más útiles que un eterno vaivén al filo de la náusea por las peores corrientes que un capitán pudiera elegir. ¡Qué incómodo me sentí durante semejante travesía, casi como si fuera un antiguo bogador griego, volviendo a la par la crujía y sintiendo el escoramiento y las cabezadas frente a las tormentosas costas de Troya!

Por si acaso, y no fiándome del todo de la estabilidad que el *Oceanic* pudiera desarrollar ante el embate de las olas, he solicitado que mi camarote se encuentre en el eje de balanceo, justo en el centro del paquebote, donde las líneas de pluma en los diarios son más rectas que en ninguna otra cubierta. Mejor prevenir que curar.

El camarote es austero pero elegante, de una manera como solo los que saben apreciar la belleza de la sencillez podrían disfrutar. El tiempo de los excesos que nos legaron nuestros abuelos, a través de aquellas corrientes desmañadas e insultantemente complejas como el rococó, ha entonado su canto del cisne, y es en las formas directas y estrictas («funcionales», si me permiten el atrevimiento) donde se esconden los hallazgos del siglo que ahora empieza. Ojalá pueda persuadir a mi buen amigo el arquitecto Roman Chambler con estos argumentos, y no aplique al nuevo

paraninfo de las artes de Praga los horribles frisos que ya se adivinan en sus planos.

Desde la ventana de mi camarote puedo ver cómo se aleja la costa, con los edificios tragados lentamente por una pesada niebla. Sobre una islita desierta, que antes sirvió de lazareto, los americanos están levantando un enorme pedestal y unos andamios. Me preguntó qué nueva locura pretenderán elevar ante la mirada atónita de los inmigrantes. De mi estancia en este país lleno de gente con buenas intenciones y que parece odiar por sistema a los búfalos (una especie de toro lanudo al que los turistas disparan desde los trenes solo por diversión; ya haré un dibujo de su anatomía en cuanto tenga tiempo... y omitiré los agujeros) me he traído bastantes interrogantes y algunas preocupaciones. La misión que me fue encomendada, sobra decirlo, ha sido cumplida con la máxima diligencia. Pero cuando uno observa las cosas que suceden a su alrededor y tiene la suficiente sagacidad como para extrapolar sus efectos, se preocupa. Y piensa en los motivos que tienen los gobiernos para realizar actos inverosímiles, que en otros territorios menos vírgenes serían calificados poco menos que de locuras.

Aquella dantesca columna de humo, por ejemplo. Desde que dejé el condado de Johnston, primero a caballo y luego en ferrocarril, esa forma oscura y tubular recortada contra el cielo no ha abandonado ni por un instante mis pensamientos. Si tuviera que enumerar los motivos que se me han ocurrido para explicarla, algunos de ellos realmente estafalarios, el número sobrepasaría ampliamente el centenar. Pero hay uno que no hace más que rondarme, el más insólito y absurdo de todos. El único que no me atrevería a escribir en un diario sin codificar, y que éste soporta porque la clave taquigráfica solo la conoce un servidor y las personas a las que estas reflexiones van dirigidas. Un motivo que implica una valentía y una terquedad de tal calibre, sazonadas por la paranoia que solo el espíritu humano es capaz de desarrollar, que me cuesta creer que alguien pueda ponerlo en práctica.

Y sin embargo, ahí estaba su huella, oliendo a pólvora recién incinerada. Alta como la torre de Babel, recortándose contra un paisaje de montañas que parecían haber levantado brazos para protegerse de la furia de la detonación.

Derrey se encontraba a bastantes kilómetros de la base del fenómeno, pero aún así tomé ese rumbo antes de dirigirme a la ciudad. Necesitaba comprobar de primera mano el alcance de tal devastación. Tuve que hacer grandes esfuerzos por controlar a mi caballo, pues el animal estaba comprensiblemente asustado. Había algo en el ambiente, como un residuo que hubiese trastornado para siempre la naturaleza, quemando el aire y aplastando con mano invisible los vientos continentales. Algo que la fauna (y si me apuran, seguro que también la flora) podía percibir con claridad. En la aproximación a la base de la columna de humo me crucé con un contingente de animales que atravesaba la foresta en sentido contrario, huyendo como si un segundo Noé los estuviera convocando en su Arca. Ciervos, lince, conejos, zorros, aves de plumaje blanco y espeso que es inusual ver a la luz del día... formaban una hueste natural que me asustó más que cualquier ejército de ganaderos furiosos. Pero aún así

continué otros cinco kilómetros, obligando al jamelgo a avanzar, hasta que hallé la primera fosa de cizalla.

¿Han probado alguna vez a romper un cristal clavando un escoplo en su centro, para ver cómo surgen las fracturas radiales del agujero? Lo que tenía delante era una grieta similar a esos radios explosivos en la superficie del cristal, solo que tatuada en el mismo manto terrestre. Y algo más: una brutal onda expansiva había inclinado gran cantidad de árboles, no con la fuerza suficiente como para desarraigarlos pero sí como para peinar el bosque en torno al epicentro. La foresta estaba inclinada diez o quince grados con respecto al suelo, y los frutos de los árboles y las ramas jóvenes habían sido soplados de los troncos con tal violencia que formaban una alfombra crujiente por todo el valle. En esa alfombra había numerosos ejemplares, ahora lo recuerdo, de una flor llamada *boletus triformis*, que por alguna incómoda razón me recordaba al bigotillo del coronel Hutchison.

Fue entonces cuando lo oí. Un sonido de voces humanas que llegaba desde lejos, hablando en ese inglés tan nasal de los Estados del norte, y cuyo tono transmitía a la vez euforia y preocupación. Dejé al caballo atado a una rama, no fuera a ser que siguiera sus instintos y se sumara al éxodo animal, y me acerqué sigilosamente hasta una loma desde donde podría disfrutar de una amplia perspectiva del valle. Agachado en un poco decente decúbito, mis ojos pudieron contemplar un cuadro que, de haber sido otro quien lo relatase, fácilmente le habría tildado de necio y de enfermo mental.

A una distancia no mayor a dos kilómetros de donde yo oteaba, se abría un gigantesco cráter en mitad del valle, justo donde confluían los círculos de árboles inclinados. Un cráter del que partían las fracturas radiales, y de cuyo interior surgían varios raíles de metal al rojo blanco. Estos raíles estaban deformados, aplastados literalmente contra el granito que había dado lugar, por compresión, a aquellas mismas montañas. El hierro se enfriaba lentamente, retomando su gris característico, pero me indicó que había hecho muchísimo calor dentro de aquel cráter. Un calor potente pero instantáneo, que no había tenido tiempo de derretir el metal ni de incendiar la vegetación cercana (o si lo había hecho, la propia onda de aire se había encargado de apagarla).

Para entonces la brisa había disipado la mayor parte de la columna, aunque una molesta niebla se empeñaba en enroscarse en mis tobillos. A mi alrededor, y sin previo aviso, comenzaron a caer piedras. Sí, señor, llovían piedras gordas como puños y astillas de granito del cielo. Corrí a ponerme a cubierto bajo los árboles el tiempo que duró aquella insólita granizada, unos ocho minutos. Tanta duración implicaba que los fragmentos habían subido muy, muy alto, y que habían sido proyectados a gran distancia.

Recogí una de esas astillas del suelo y la analicé. Era metralla, agrietada longitudinalmente por la presión del aire. Y estaba fría. Su aspecto me confirmaba que no era un volcán en miniatura lo que estaba viendo, sino algo muy distinto. Un olor acre se desprendió del fragmento para adherirse a mi garganta.

En ese momento regresaron los misteriosos gritos de júbilo. Me acerqué al borde de la loma y divisé a varias escuadras de hombres, la mayoría vestidos como operarios del ferrocarril, que salían de unos refugios practicados en el subsuelo. Estaban contentos, pues saltaban y se abrazaban como si hubiesen logrado una gran hazaña, aunque intuí que el ruido los había dejado un poco sordos. Entre ellos había unos pocos gentilhombres, vestidos con frac y sombrero de copa, que se estrecharon mutuamente las manos. Todos ellos miraron hacia arriba, a las nubes, como si intentasen ver algo increíblemente lejano. La Luna en cuarto menguante asomaba por entre dos ejércitos de nubes que libraban una guerra silenciosa en las alturas.

¿Habían sido aquellas personas las causantes de tal devastación? Y de ser así... ¿qué imposible cantidad de explosivo habrían utilizado? Tendrían que haber hecho acopio de él en todas partes del país, dejando a los Estados Unidos a merced de los picos y las palas en las prospecciones, y de los arcos y las flechas en las tropas, mientras durase la escasez de pólvora.

Elevé la vista y miré a la Luna, nuestro querido y acnéico satélite. Ojalá pudiéramos interrogar a la noble Selene, deseé, testigo imparcial de todos los hechos de los hombres desde su inalcanzable púlpito. Ella seguro que había visto lo que sucedió en aquel valle, y de poder hablar nos habría contado grandes cosas.

Después de aquella experiencia regresé *vi coactus*, obligado por la fuerza, a los valles más alejados del cráter, pues aquellos misteriosos hombres comenzaron a peinar la zona fusiles en mano, y no quise que me descubrieran y acusasen de espía.

¡Cuánta razón habrían tenido al hacerlo, de haber sabido lo que sucedería después!

*22 de Enero. Margravato de Brandeburgo.*

Mi largo viaje desde Ultramar ha concluido, por fin, y la ciudad catedralicia de la isla de Havel se alza en todo su esplendor ante mis ojos. Después de tanta barbarie presenciada en las Américas, es absolutamente grato a mi corazón volver a sentirse rodeado del reconfortante boato, la elegancia y la finura europeas. Ya estaba echando de menos a nuestras damas, hermosas como claros de primavera en sus crinolinas de pelo de caballo, con las brillantes joyas, los paraguas de fina blonda y entredós y los sugerentes volúmenes realzados con polisones. Cómo he añorado esta hermosura deliciosamente burguesa, en contraposición con la apabullante pero inaprensible belleza de las tierras salvajes.

He aquí que mi segunda parada, después de informar a mis superiores en el Palacio de Gobierno, no iba a ser mi propia casa, sino la de mi buen amigo e inventor Sigurd Garvorg. El viejo Sigurd y yo nos conocíamos desde hacía mucho, desde los tiempos en que yo era un muchachito entusiasmado con el añoso arte de la alquimia (al que más tarde conocí bajo su nuevo y moderno nombre, química); un muchacho que iba a la Universidad para perfeccionar sus conocimientos y destapar el frasco<sup>[2]</sup>

de Pandora de las leyes atómicas. Y dejar, de paso, apabullados a los maestros con mi erudición, por qué no decirlo. Hubo uno de ellos, sin embargo, que no se dejó impresionar por mis profundos y hasta cierto punto heréticos conocimientos de química (extraídos del ejemplar de la *Magna Natura* de Cleón que había caído en mis manos, y que yo mismo traduje del latín).

Ese profesor, en lugar de ver en mí a un alumno contestón y anticlerical que pronto se enredaría en breves con la Iglesia, supo ver el potencial de un futuro sabio, y me crio casi como si fuera uno de sus muchos y estúpidos hijos. El profesor era Sigurd, que aunque me aventajaba casi en el doble de edad, forjó conmigo un lazo de amistad y camaradería que se ha mantenido intacto hasta hoy.

La fachada de su casa se rindió tiempo atrás a una invasión de hiedra trepadora, y eso es lo que más me gusta de ella. Desde la buhardilla puede verse el Palacio, enmarcado en un cuadro de tejados a dos aguas y picos coronados por campanarios. Fue en esa estancia, que había absorbido un fuerte olor a éter y a otras sustancias etílicas después de años de experimentos, donde encontré a mi viejo maestro.

—¡Nordhal, qué honor tenerte por aquí! —me saludó, sin dejar de pedalear. Estaba subido a un monociclo estático de cuyas ruedas brotaban cables—. ¡Pasa, hijo, pasa y ayúdame!

Entré en la buhardilla sintiendo una profunda sensación de nostalgia. Aquellas vigas de madera que olían a resina, aquel suelo entarimado que crujía a cada paso, las mesas con los viales y las probetas y los barómetros aneroides... todo formaba parte de mi pasado, un conjunto de enseres y de sensaciones a los que yo llamaba, de forma resumida, hogar.

El viejo se apeó del monociclo y yo tomé su lugar. Me arremangué las pliseras del frac y, como una adolescente mojigata, junté las piernas para que encajasen con los pedales. Sigurd se secó el sudor con un paño y se encajó sus anteojos de zepelinista.

—Qué alegría verte, hijo —exclamó, controlando entre risas la temperatura de unos viales donde bullían líquidos—. ¿Cuándo has vuelto a Brandeburgo?

—Esta misma madrugada —respondí, haciendo un esfuerzo por pedalear a la velocidad a la que él me indicaba. La electricidad nacida del movimiento escapaba del piñón a través de los cables y calentaba las redomas. Tenía que tener mucho cuidado: si pedaleaba demasiado rápido, podía aumentar tanto la temperatura como para arruinar el experimento—. Solucioné unos asuntos y vine directo a tu casa. ¿Cómo está Emillie?

—Maravillosa, maravillosa... ha comenzado unas clases particulares de astronomía con un catedrático.

—¿Astronomía? ¿No iba a dedicarse al cultivo de la filosofía y las letras? —me extrañé. La pizpireta Emillie, sobrina de Sigurd, tenía prohibido ir a la universidad (como todas las mujeres), pero desde niña había mostrado un inusual apetito por los libros y los conocimientos generales, que en mi opinión iba a desembocar en una licenciatura en Filosofía y Letras, un campo del saber idóneo para un alma sensible.

Que hubiese trocado los sofismas y las figuras retóricas por los astros y los cometas fue toda una sorpresa.

—Así fue, en una época —asintió Sigurd—, pero el carácter de las señoritas de hoy en día es tan veleidoso como el vuelo de las golondrinas. —Encogió los hombros, comprobando que los líquidos fluían bien a través de unos tubos, hasta desembocar en un tanque de un metro de altura que dominaba el centro de la habitación. Hasta él llegaban también los cables eléctricos, que se arremolinaban en una bobina en torno a la tapadera—. Dentro de un año o dos decidirá que las cosas terrenales son más importantes que las del cielo, como sabemos tú y yo, y optará por casarse con su profesor.

—¿Por qué con él?

Sigurd me guiñó un ojo.

—No le queda otro remedio, aunque todavía no lo sabe: he elegido al más joven y guapo para que le dé clases.

—Viejo zorro...

Solté un bufido ante tal idea, mientras me fijaba en el tanque de agua. Mientras Sigurd hablaba, mis ojos lo recorrieron arriba y abajo, intentando dilucidar para qué ignoto propósito había sido concebido. Tuve que admitir que estaba desconcertado.

Sigurd debió de captar mi vacilación, porque aclaró:

—Se trata de mi último invento, el embalsamador galvánico de Garvorg —anunció con orgullo. Acarició los cables como si fuesen los cabellos dorados de una damisela—. Con él, los problemas derivados del noble arte de los ritos funerarios serán cosa del pasado. Las familias nobles podrán preservar mejor los cuerpos de sus difuntos, y el enterramiento constituirá una apoteósica figuración de la más profundas inquietudes humanas.

Parpadeé.

—¿Embalsamador galvánico? ¿Qué significa eso?

—Lo verás con la ayuda de este singular espécimen... —Extrajo de un cofre un paño en el que llevaba envuelto un objeto de pequeño tamaño. Cuando lo deslió, vi lo que parecía un esqueje de planta, arrancado desde la raíz. Sigurd abrió la tapadera del tanque, tras consultar el aneroide, e introdujo con sumo cuidado el esqueje en su interior. Luego la cerró, pulsó un par de palancas y me hizo un molinillo con un dedo. Yo pedaleé más deprisa. Brillantes arcos voltaicos abrazaron los radios de la rueda y cabalgaron los cables hasta anudarse en el carrete.

Sigurd no perdió el tiempo: abrió una botella en la que guardaba unos polvos de color amarillo latón, y vertió el contenido en la caja de piel de un fuelle. Dejó la botella en el suelo, lejos de sus torpes pies, e insufló el polvo con el fuelle en el interior del tanque.

Las partículas metálicas se mezclaron con el agua, pero no de forma caótica. La electricidad las arremolinó en espirales cada vez más pequeñas alrededor del esqueje. A los pocos minutos, toda la planta estaba bañada de una fina y reluciente capa

dorada.

—¿Qué estoy viendo? —jadeé, pedaleando al mismo ritmo frenético que antes. Sigurd, por fortuna, me hizo una señal para que me detuviera y me pasó el paño del sudor.

—El polvo es piritita de cobre, o calcopirita. La magia electrostática lo ha adherido al esqueje como si ambos estuviesen imantados, forrándolo con una capa protectora que... —el ensombrecido tono de su voz me sugirió que ahora venía el «pero»—... por desgracia, es demasiado efímera como para resultar útil. Ahora lo comprobarás.

En efecto, a los pocos minutos de habersele cortado el suministro eléctrico, las partículas fueron desprendiéndose del cuerpo sólido en una especie de torbellino de nieve. Era como ver la descomposición granular que normalmente le tomaba a un cuerpo vivo decenas de años resumida en unos pocos segundos. Al cabo de un momento, solo algunas manchas de piritita quedaban adheridas a la planta, y el resto flotaba como comida para peces en el medio líquido.

Los hombros de Sigurd se cayeron.

—Este es el desafío final de la ciencia: superar el escollo de lo imperecedero —reflexionó—. Nada es real hasta que uno lo hace perdurar en el tiempo para que otros puedan verificarlo y disfrutar de sus ventajas.

Me sequé el sudor con mi propio pañuelo, que mi prometida Ginka había bordado con mis iniciales en hilo de plata, junto a la diminuta figura de una montaña. Una broma privada que era a la vez un reproche, como si su presencia en mi bolsillo insistiese en que una roca iba a estar ahí por siempre, y que al final de mis viajes tenía el deber de retornar junto a ella. Las piedras no se iban a marchitar nunca. El amor puede que sí.

—Lo conseguirás. —Palmeé el hombro de Sigurd para darle ánimos—. Eres una de las personas más inteligentes que conozco. Resolverás el problema, y los escultores de cenotafios te odiarán por los siglos de los siglos, pues, ¿qué mejor adorno hay para una tumba que la propia figura del difunto inmortalizada en cobre? Siempre y cuando, claro —sonreí—, que no atraiga a los rayos en los días de tormenta, y más que un descanso eterno sea para él un suplicio eléctrico...

Sigurd asintió como si éste fuera un dato que él ya había dado por supuesto.

—Eso es más deseable de lo que piensas, amigo mío. ¿Qué piensas que ocurriría si usáramos a nuestros difuntos como acumuladores, a partir de ahora? —bromeó—. La sociedad del siglo que despunta va a necesitar mucha cantidad de ese precioso éter cósmico, capaz de mover bielas y piñones, y si los muertos pueden seguir resultando útiles una vez sepultados...

Reí a mandíbula batiente ante sus heréticas ideas, ciertamente parecidas a las que un joven y atolondrado Nordhal apuntaba en sus cuadernillos en los primeros años de carrera. En realidad, el viejo profesor y yo nos parecíamos mucho, aunque ni en mis más desquiciados sueños imaginé a las necrópolis como barrocas centrales eléctricas,

con los difuntos alzados en sus prisiones magnéticas a pleno sol y en poses piadosas, esperando a que se desatara una tormenta para cargar los acumuladores escondidos en los mausoleos. Me pregunté qué opinaría San Filopator, patrón de los esfuerzos científicos, de semejante idea.

Me marché de la casa de Sigurd prometiendo que me vería con él muy pronto, y fui a hacer mi siguiente parada. Tenía previsto comprar un ramo de rosas blancas en una tienda que frecuentaba desde que tuve edad para cortejar damas, pero al elevar un brazo para detener un coche de caballos, el hedor de mis axilas me repelió como el galvanismo del monociclo. Antes que para el amor, debía encontrar tiempo para un buen baño. Después visitaría a mi adorada Ginka en el Parque de Colonia, muy cerca de la casa de sus padres, e intentaría relajar su malestar por la excesiva longitud de mi viaje comparando su belleza con las flores exóticas de Ultramar. Eso la apaciguaría.

O eso creía yo.

*23 de Enero. Parque de Colonia, junto al Puente de los Suspiros.*

Una de las más atractivas bellezas del Parque de Colonia es su lago de aguas esmeraldinas, que en condiciones de absoluto reposo semeja un espejo estático, completamente plano, del que surgen unos curiosos árboles acuáticos apoyados sobre raíces aéreas. Resulta normal que el visitante primerizo se asombre ante la perfección y la limpieza de una superficie tan rematadamente plana que parece artificial, y ahogue luego una exclamación cuando unas ondas inesperadas rompen esa quietud, ese equilibrio de pacto divino, agitando la planicie de la que brotan los exóticos *gewenets*, pues así se llaman estos árboles que no saben si son plantas o son peces. Unas ondas que servirán a su vez de gritos silenciosos, de heraldos de espuma que anunciarán la sigilosa entrada en escena de una barca de enamorados.

Para los que habíamos nacido en Brandeburgo, el Parque era un lugar muy especial, sobre todo en invierno. En esta época, cuando el sol se reduce a un disco plateado semejante a la Luna y la luz que derrama es fría y metálica, las bajas temperaturas convierten el agua en un cristal frágil, denso, astillado a menudo por las impetuosas zambullidas de los patos. Los árboles acuáticos, la mañana del veintitrés de enero que evoco en mi diario, estaban más hermosos que nunca, y cada rincón parecía diseñado expresamente para el amor, como en una ilustración que vi una vez en gran folio para la *Égloga de los Fecundos*, de Martinett.

¿Pero cómo una mente empírica como la mía puede transformarse por unas horas en la de un poeta, para describir no solo la sensación que me produjo ser parte de la serenidad del Parque, sino también el impacto de ver a mi amada apearse del carruaje, justo en el remanso donde habíamos concertado la cita? ¿Cómo resumir en estos trazos irregulares de tinta los matices de esa aparición celestial, de esa dama de mármol de Pentelikon, fría y distante como solo las ninfas de la alta sociedad prusiana saben aparentar? Debería ser, pues, un poeta y no un científico, para creer que la inclinación de la luz invernal variaba para alargar la sombra de su polisón, o

que el brillo de sus ojos se volvía un poco más turquesa cuando me miraba, y cuando reconocía en mí a su más incondicional admirador.

El encuentro entre nosotros fue tan eufórico como nos lo permitieron las formas. Detenidos uno enfrente del otro a la distancia justa para que se abrazaran nuestros perfumes, le dije:

—Señorita Maudenhoff, permítame recalcar que las flores no se atreverán a abrirse hoy para no tener que competir con su inigualable belleza. Terrible escarnio sería el sufrido por la naturaleza si se atreviese a medirse con usted en tales lides.

Ella se ruborizó, como yo supuse que haría, y contestó:

—Señor Dass, permítame responderle que es usted un adulator incorregible. ¿Cómo van a abrirse las flores en una tarde como ésta, si hasta los polluelos se niegan a seguir a sus madres al agua helada para nadar?

Le tendí el arco de mi brazo, y ella lo aceptó. Unidos por ese singular nudo, y con las cabezas a salvo de la lluvia bajo la cúpula de su paraguas, paseamos entre los macizos de flores hasta coronar un puente. Los espejos alargados en que se transformaban los canales mostraban unos campanarios donde el insigne gótico quería arañar el cielo clavándose en la tierra.

—No sé si lo sabe, pero este puente fue bautizado «de los Suspiros», igual que uno muy antiguo que hay en Venecia —comenté.

Ella contempló sorprendida el arco de piedra, como si lo viese por primera vez.

—No, la verdad es que nunca me lo habían dicho —confesó—. ¿Su nombre se debe a los suspiros de los amantes, que lo cruzan con el corazón henchido de pasiones?

—Uhm... sí, más o menos.

—Pero dígame, señor Dass, ¿cuándo ha vuelto de las espantosas tierras salvajes? —preguntó con su vocecilla de petirrojo.

—Ayer —admití—. Y confieso que, aunque la urgencia por venir a visitarla me carcomía desde lo más profundo, mis obligaciones con el Estado y una simple cuestión de higiene me obligaron a posponer hasta hoy nuestra reunión.

—Bueno, no le dé más importancia, señor Dass. Entiendo que un hombre de su posición está sujeto a reglamentos que no son fáciles de esquivar... —Ginka me miró con ojos de gacela—. ¡Pero dígame! ¿Vio usted a los indios del continente en ese viaje? ¿Es cierto que son todos calvos, y que arrancan la cabellera de sus enemigos para proteger las cabezas peladas de sus hijos del sol?

Reí con demasiada sinceridad, tanto que al momento tuve que aclararlo para no herir su sensibilidad.

—Perdóneme, señorita, pero no he podido evitar este acceso jocoso al pensar en todos aquellos salvajes comerciando con pelucas, y perfumándolas a su prehistórica manera como hacían los súbditos de Luis XIV. No, no —le palmeé la mano enguantada—. Mejor olvide los rumores y los relatos picantes sobre las Indias que adornan las reuniones de los clubes de té, porque pocas se basan en datos

contrastados.

—¡Pero si dicen que hay tribus en esas costas que adoran a dioses de madera, cuyos altares brotan del suelo como pinos, y que se visten de animales para cop...! — Se tapó ella misma la boca, no fuera a dejar escapar una impertinencia—. Para hacer esas cosas tan de... de mormones, que son moneda corriente allá en las colonias...

—Se sorprendería al saber cuánto de lo que acaba de decir es cierto. Por desgracia, yo no he tenido la buena o mala suerte de encontrarme con nativos de aquella tierra, pues apenas quedan ya en libertad. Ahora son los blancos descendientes de los linajes de ladrones y conquistadores exiliados quienes gobiernan los territorios, y le garantizo que no son mejores que sus antepasados.

La bella joven suspiró, expulsando un fantasmagórico vaho de sus labios que en aquel momento quise atrapar al vuelo, antes de que se disipara, para sentirlo contra los míos y volcar parte de su calidez en mi piel.

—Qué lástima. —Contempló soñadoramente el espejo del canal—. Tenía tantas ganas de poder contarles cosas nuevas sobre las Américas a mis amigas en la próxima reunión...

—¡Oh, si es por eso no tiene de qué preocuparse! —reí—. Le puedo narrar hechos espeluznantes que sin duda experimenté con gran riesgo de mi vida, y que ahora me es fácil revivir para solaz de la alta sociedad. Puedo contarle, por ejemplo, cómo vi a unos vaqueros atrapar con un lazo a una locomotora que se había salido de la vía, y que se adentraba arrasándolo todo en un campo de maíz. Hicieron falta nueve hombres con sus respectivos caballos para refrenar sus iras mecánicas, echando un lazo tras otro por el estrecho cuello de la chimenea y poder salvar así la cosecha. O cómo el regente de un circo ambulante que se hace llamar Búfalo Nosequé, saltaba de un caballo a la carrera sobre las espaldas de un mestizo que corría a no menor velocidad, y lo domaba y reducía hasta atarle las manos a los pies ante los aplausos de la multitud.

—¡Son bárbaros! —se horrorizó Ginka, aunque yo sabía que estaba tomando nota mental de los detalles de mi historia para luego relatarlos, ampliados con unos pocos de su propia cosecha, ante el ágora de la alta sociedad—. No puedo creer que tales cosas sean permitidas fuera de Europa. ¡Aquí estarían violando una docena de leyes con solo pensarlas!

—Allá, por el contrario, ser capaz de montar a un salvaje que se revuelve como un búfalo se considera una hazaña digna de hombres. Ya sabe, de esos que solo se bañan cuando llueve y escupen flemas de medio lado. —Arqué la cabeza, simulándolo.

Ginka rio por lo bajo, asqueada y divertida al tiempo. Proseguimos nuestro deambular por los sinuosos meandros del sendero, disfrutando de unos setos esculpidos con forma de elefantes que formaban arcos con sus trompas, como rindiendo pleitesía a los amantes que bajo ellos paseaban.

—De costumbres así de estrafalarias debe saber mucho vuestro padre —indiqué

—, con todos sus viajes como embajador a la lejana India. Yo he aprendido mucho más sobre el mundo oyéndole hablar al socaire de una copa de oporto que pisando con mis propias botas esas tierras. —Señalé a los elefantes de hierba—. Él afirma haber visto a estas colosales criaturas en su hábitat natural, no en zoológicos. ¿Puede creer que los hindúes los pastorean y los usan como mulas de carga para talar la selva?

—A estas alturas ya me es imposible discernir cuál de los dos es un embustero más grande, si mi padre o usted —dijo con la boca pequeña, simulando enfado—. Si concedieran premios a la imaginación desbocada, no sé quién sería más merecedor de ellos, si usted con sus relatos de locomotoras que relinchan, o mi padre con sus elefantes cargados de pedazos de bosque.

—Bueno —encogí los hombros—, hay mentirosos que han pasado a la historia precisamente por lo exagerado de sus embustes. Ahí tiene usted al griego Ulises, al español Sem Tob, al polaco Copérnico... En ocasiones es casi imposible determinar las diferencias entre la fábula y su apólogo.

Enfadada, esta vez de verdad, la joven me clavó un dedo en la corbata.

—Pues sepa usted, señorito, que algún día viajaré por mí misma a esas tierras, cuando estén decentemente colonizadas, y comprobaré si todas las historias que mi padre y vos me habéis estado contando desde que era niña son verdad o no. Y más os vale —juntó las cejas— que haya como mínimo un germen de realidad en ellas, o sabréis lo que vale el coraje de una dama.

—Eso ya lo sé, querida mía —asentí—, eso bien que lo sé. —Me atreví a acercar un poco más mi mano a su falda, sin llegar a tocarla. Si ella se dio cuenta, no lo demostró—. Me gustaría suplicaros, precisamente, que me concertarais una cita con vuestro padre. Es urgente que hable con él lo antes posible sobre unos asuntos que conciernen a los intereses de nuestro país en las colonias.

Ginka se extrañó.

—No os ofendáis, señor Dass, pero...

—Llamadme Nordhal, os lo suplico. Al menos cuando estemos en el Parque. Estos elefantes no se atreverán a delatarnos, si saben lo que les conviene.

—Está bien, Nordhal. Pero explicadme cómo es que un científico del Margravato puede influir en la política exterior de nuestro país... y no os ofendáis.

—No me ofendo, y lo que es más, entiendo perfectamente vuestras dudas. —*Aunque si os revelara la verdad sobre nuestra pertenencia al Servicio Secreto, este idilio acabaría de manera un tanto abrupta*, recuerdo que pensé, y luego me pareció una barbaridad—. Sin embargo, aunque es la realeza la que dicta dónde deben desembarcar las tropas y qué tesoros autóctonos, bien sea culturales o pertenecientes al ámbito natural, debemos salvar de las incultas manos de esos salvajes, los que a la postre hacen el trabajo sucio son los científicos. Somos nosotros quienes partimos a Ultramar y regresamos con tesoros que los regentes de esos países no saben cuidar por sí solos. Por el bien de la historia universal, debemos proteger ese legado

histórico de su propia incompetencia.

—¿Es de eso de lo que queréis hablar con mi padre? ¿Del saqueo de tierras lejanas?

—¡Por favor, señorita, qué forma de hablar es ésa para una dama!

—¿Por qué una dama no debería hablar así, si se considera inteligente? ¿Acaso nos gustaría a nosotros que llegasen los otomanos y se llevasen a su país la cúpula entera del Buitenhof<sup>[3]</sup>, para exhibirla como una atracción de feria, igual que el Búfalo Nosequé hace con los mestizos?

Me hice el ofendido, aunque sabía de sobras que Ginka no era tan culta como para tener esas ideas por sí misma. Seguramente habría oído, en alguna de esas reuniones de damas apolilladas que hablaban como papagayos, comentar a alguien que los baujonistas tenían razón. Se trataba de un movimiento de intelectualoides de baja estofa que aspiraban a grupo de presión social, aunque nadie les tomaba en serio. Justificaban la soberanía de cada pueblo sobre su patrimonio histórico, alegando que en Inglaterra estaba la mitad de la historia del antiguo Egipto, y en Francia la otra mitad, y todo gracias al latrocinio de las huestes de Napoleón I. A la postre, defendían la absurda idea de que todos los obeliscos, las esfinges y las joyas expropiadas tenían que ser devueltos a sus países de origen, sin darse cuenta de que si en la actualidad esos tesoros siguen existiendo, es precisamente gracias al saqueo. De no haber sido transportados a Europa, donde las gentes aprecian y miman con esmero el legado histórico, los propios egipcios las habrían desbaratado para reciclar la piedra con el fin de construir casas o carreteras, como ya hicieron los ítalos con el anfiteatro Flavio, retirando los refuerzos metálicos del arquitrabado y estando a un pelo de arruinar un monumento universal.

Ginka podía refugiarse en la nobleza de tales ideas poniéndose en el lugar del saqueado, como era lógico, pero seguramente nadie le había contado que, en la actualidad y con el auge de los trenes de mercancías, los egipcios están saqueando momias de tres mil años de antigüedad de las fosas comunes y las están quemando en las calderas de su sistema ferroviario, ante la imposibilidad de conseguir madera. En pocas décadas habrán arruinado su legado funerario, transformándolo en combustible. ¿Acaso no es lícito proteger la memoria histórica de un país así, pensé yo, aunque sea por la fuerza de las armas?

—Será mejor que refrenemos este ímpetu, o corremos el riesgo de arruinar nuestro hermoso paseo —sonreí. El pecho de Ginka, henchido de ideas revolucionarias, se desinfló paulatinamente cuando me introduje en el jardín y arranqué unos cuantos jacintos—. Mejor acepta este humilde presente de un viajero que ha visto demasiadas cosas, y no quiere recordarlas todas.

—Sigo pensando que sois un embustero, señor Dass —dijo ella, aceptando el improvisado ramillete—. Pero tenéis algo que me impulsa a creer en vuestros fantásticos relatos. Puede que sea vuestro tono de voz, o ese entusiasmo que ponéis en las descripciones, pero sabéis cómo iluminar el corazón de una dama.

—Me alegra oírlo, de veras.

—Venid, vamos a mi casa —invitó de repente. Estábamos a punto de entrar en la zona más resguardada del parque, con sotos de flores que parecían abrazar los bancos de metal, confiriéndoles un cierto halo de intimidad... y confieso que pensaba hacer una tentativa de besarla en ese sitio, por lo que su oferta me frustró—. Mi padre os recibirá en su despacho. Agradecerá charlar con alguien sobre la utilidad que el ejército prusiano pueda extraer de esos elefantes remolcadores de bosques. —Rio con una musicalidad cristalina, tan hermosa como el rocío cristalizado que colgaba de la noche anterior en las puntas de las ramas, y todo mi malestar se esfumó. Era un ser realmente adorable, la pequeña Ginka; plana de pensamiento, influenciable y fácilmente corrompible con ideas absurdas, pero adorable. Creo que fue ése el primer momento en el que me sentí realmente orgulloso de que una mujer así fuera a convertirse algún día en mi esposa, aunque dudé seriamente de si, una vez cuñado nuestro himeneo con la rúbrica del Obispo, debería traerla a mis viajes.

Ginka sería capaz de saltar a la arena de Búfalo Bill (ahora recuerdo su apellido) para defender los derechos del ganado y tratar de devolverle la dignidad a los pobres indios. Como si tal disparate, en la América actual, fuera posible...

*23 de Enero. En la casa del Cónsul prusiano para la India y los territorios védicos de la emperatriz Victoria.*

Augustus Maudenhoff, el padre de Ginka, era un rico de esos que lo habían sido toda la vida, desde la cuna y mucho antes, y que por tanto sabía combinar exuberancia con gusto. No como esos nuevos ricos modernos, que se hacían de oro de la noche a la mañana vendiendo alguna baratija de moda y luego no sabían en qué gastarse el dinero. Maudenhoff habría podido darles a esos paletos bañados en oro una o dos lecciones sobre cómo ser sobrio y elegante a la vez, y aunque su hogar no escatimaba en detalles que mostraban su riqueza, tampoco abusaba de ellos hasta el punto de volver ofensiva su condición aventajada.

Nordhal le había visto por primera vez en una reunión con el Gran Pensionario de los Estados once años atrás, en 1880, donde se debatieron asuntos de una índole científica tan importante como los mejores enclaves de las regiones centroeuropeas para excavar en busca del precioso oro negro: el carbón, el combustible del futuro. Pero el geólogo no trabó amistad con el cónsul hasta un año después, cuando conoció a su hija, todavía una niña, e hizo lo que estaba en su mano por ingresar en su círculo de amistades. Nordhal buscó información sobre el hombre que quería como futuro cuñado y halló cosas realmente interesantes. Augustus se había conformado con un trabajo de embajador después de intentar meterse en política, la carrera más ingrata de todas, tras haber aprendido los idiomas de la India y el Pakistán sirviendo en algunos barcos de la marina de guerra. Fue primer grumete en el *Venganza*, la nave insignia del almirante Van Decken con la que él solo zarandéó la fortuna de Francia y España juntas. Y cuando llegó a un tiro de mosquete de las costas de marfil de Pondicherry, desembarcó para dedicarse en cuerpo y alma al estudio de aquella

cultura que parecía heredada de los tiempos del Diluvio, aunque siempre, claro, manteniéndose moralmente por encima de ella, como correspondía a todo buen caballero de raza aria. Después de eso, y antes de regresar a los sublimes palacios fúnebres de Nagpur, a sus calles infestadas de monos y a los grandes monumentos a los dioses de la antigüedad que crecían como hongos en las selvas, Augustus empleó varios años en cultivar su otra gran pasión, la botánica. Recogió y clasificó toda la flora de las colonias, clavó en alfileres la entomología completa de la provincia, y decidió que si podía empalar y juzgar las propiedades de un insecto para así entenderlo mejor, también podía hacer lo mismo con los políticos de su tierra.

Así fue como ingresó en el Servicio Secreto. Clavando alfileres en la gente adecuada.

El despacho del cónsul estaba lo suficientemente cerca de la cocina como para permitir alguna escapada rápida para rellenar la copa de oporto (toda vez que la licorera del despacho se vaciaba por descuido de la servidumbre), y tan lejos como para que no molestase el empalagoso olor de las frituras. Enmoquetado, forradas las paredes con tapices importados de las colonias o con hileras de libros en cuatro o cinco idiomas, devenía en un lugar cálido y confortable, iluminado por unos quinqués cuando la chimenea no estaba encendida. Los cuadros originales de Caspar Friedrich o de Otto Runge, los grandes románticos, con sus árboles torturados por el viento y sus paisajes alegóricos, trazaban al instante un esbozo de la personalidad de su dueño. Augustus era el idealista eterno, soñador pero a la vez rendido a la evidencia del «mundo tal cual es»; el último defensor de un pesimismo positivista que lo convertía en el hombre idóneo para ser embajador de cualquier país que todavía creyera en sí mismo, a pesar de la negrura que enturbiaba los horizontes. Tenía el tipo de confianza que un hombre recibe del cielo, excesiva para ser feliz, suficiente para no serlo.

Cuando llegué a su casa, el cónsul estaba hundido en un mullido sillón rojo. Al verme, cuando el ama de llaves me hizo pasar, una sonrisa iluminó su rostro (sonrisa postergada unos segundos, en los que terminó de leer la última página de un libro) y me tendió una mano blindada con anillos.

—¡Nordhal, qué placer tenerte aquí de nuevo, diantre, en la zona civilizada del mundo! —clamó a los cielos, con el énfasis vitriólico que lo caracterizaba—. ¿No encontraste a ninguna india bonita que te hiciera desistir de tus fútiles intentos por seducir a mi hija?

—No son tan fútiles, embajador —estreché su mano, cayendo una vez más en su juego verbal, tan astuto y traicionero como a él le gustaba—. De hecho, esta misma tarde, en el Parque...

Levantó una barrera hecha de manos entre mis confesiones y él.

—Alto, alto; nada han de saber los generales de la sedición sobre las batallas del amor. Pero siéntate. ¿Una copa?

—Por favor.

El líquido fluyó como sangre aromatizada por la concavidad del vaso, con su

inercia cargada de sabores. Dejé que mis posaderas encontraran su sitio perfecto en uno de los sillones, un emplazamiento tan confortable que empecé a lamentar el hecho de tener que regresar a mi propia casa.

—Dice mi hija que la has soliviantado un poco con tanto reproche a sus ideas baujonistas.

—¿Estás al tanto de ellas? —pregunté, sorprendido.

Augustus hizo un ademán de barrer el asunto, como si lo que pensara o dejase de pensar su hija mayor no fuera más que un capricho de pubertad. Ocupó su sillón, al otro lado de la mesa, y me miró a través del cristal del vaso.

—Por supuesto. Desde que algún inconsciente le habló del derecho de esos países a recuperar lo que el bueno de Bonaparte, ese corso cabrón, les robó... no para de echármelo en cara. La pobre se pone roja como un tomate cada vez que sacamos el tema. —Puso voz de falsete—: Que si el patrimonio cultural esto, que si el patrimonio cultural lo otro... Se vuelve más pesada que una mosca de verano, la verdad. Hay veces en que me recuerda demasiado a su madre, que en paz descanse.

—Madurará —dije, como si él necesitara oírlo—. ¿Acaso no acabamos haciéndolo todos?

—¿Madurar, ella? Ginka es tan terca que es capaz de quedarse en los veintitantos de por vida. —Señaló uno de los cuadros de Friedrich, titulado en una plica «*El árbol de los cuervos*»—. Así me siento yo por dentro, como ese pobre roble, azotado por el viento hasta carecer de hojas y estar más jorobado que un mulo viejo. Compré ese cuadro de saldo en una exposición, pero lo colgué ahí porque... no sé, tiene algo en los colores. Una luz que atrae.

—Entonces es un buen cuadro.

—¡Es feísimo! Pero hasta que la situación de este país no mejore, me servirá para recordarme lo cansado que estoy, y todo lo que me queda por hacer todavía.

—Precisamente de eso, Augustus, quería hablarte.

Se puso serio.

—Aguarda un instante.

Se levantó y cerró la puerta del despacho. Junto al cuadro, sobre los morillos de la chimenea, un tubo metálico provisto de una tapa de latón desaparecía en el interior de la pared. De una alcayata, sobre éste, colgaba un silbato que usaba para convocar a la servidumbre. El cónsul cerró la tapa del tubo y la amortiguó aún más con una bufanda.

—Estos tubos me sirven para llamar a los empleados, en las otras habitaciones —explicó—. Pero cuando hablo de cosas importantes los tapono, porque estoy seguro de que esos bribones pegan el oído a las canaletas a ver si escuchan algo de mis conversaciones.

—¿Crees que el servicio te espía? —Enarqué una ceja.

—En una ocasión, para hacer la prueba, pegué la boca al tubo y di el mayor grito que me permitieron mis pulmones. Resonó por todo el artesonado de la casa. Al rato

—sonrió con malicia—, hice formar al servicio y vi que a uno de los muchachos de la cocina le sangraba el oído. Se lo merecía, el muy fisgón. Al día siguiente le despedí. Pensé que eso les serviría de escarmiento a los demás, pero nunca se sabe...

—¿Y por qué no los despedes a todos, si no te fías de ellos?

—¿Quién me iba a fregar los platos y planchar la ropa con vapor entonces, Ginka? —se burló—. No, amigo mío: los deberes de los subordinados, solo ellos pueden y saben afrontarlos. Además, al enemigo hay que tenerlo cerca, si se le quiere controlar.

—No sabes cuánta verdad hay en esas palabras, Augustus. No tienes ni idea.

Avivó el fuego de la chimenea. Los cristales estaban blancos de vaho. La diferencia entre la temperatura exterior y la de aquel despacho no sería menor, en aquellos momentos, de veinte grados.

—Cuéntame qué te preocupa, geólogo —me invitó a hablar. Y yo, deseoso como estaba de hacerlo, obedecí. Le conté mis vicisitudes en el otro continente, la experiencia en el condado de Johnston y, lo más importante, el asunto de la gran explosión. El cónsul tenía suficiente rango como para discutir conmigo sobre temas de máxima prioridad.

—¿Cómo de alta era esa columna de humo? —preguntó, asombrado.

—Más de un kilómetro. Y tubular, no cónica. Por fuerza tenía que ser obra humana, y así se lo hice saber a mis superiores.

—Entonces es cierto. Se han atrevido a hacerlo —musitó, enigmático.

Esta vez fui yo quien me incliné, interesado, hacia él.

—¿Qué se rumorea por los salones?

Augustus se quedó mirando la copa con aire distraído.

—Hace unos meses circuló un rumor sobre la asociación del rifle norteamericana, los caballeros del Gun Club. No sé si has oído hablar de ellos.

Asentí. Yo ya había apurado mi copa, pero no hice ningún gesto invitándole a rellenarla, para que no se distrajera.

—Sus insignes miembros han estado a punto de sufrir una depresión por la falta de guerras que hay ahora mismo en el mundo —explicó—. Ya sabes que la guerra es su oficio, y la balística su dios. Si no tienen un campo de batalla en el que probar sus últimos inventos, se vuelven locos y son capaces de comerse sus sombreros de pura rabia.

—Los conozco. Es una gente muy belicosa.

—América del Norte ha firmado tratados últimamente con casi todos los países con los que ha trabado un sano conflicto en lo que va de siglo. Debido a ello, estos aburridos caballeros han encontrado otro campo de investigación en el que aplicar sus conocimientos y sus fortunas: el de la astronáutica.

Tardé unos segundos en comprender lo que Augustus Maudenhoff estaba sugiriendo. Y cuando lo hice, las cejas salieron repelidas de mis párpados.

—Reconozco que, cuando vi el cráter —confesé, titubeante—, la única

explicación que me vino a la mente fue que estaban tratando de poner en práctica un cañón lo suficientemente potente como para sortear el océano y alcanzar blancos en China, o en Europa. Pero nunca se me ocurrió...

—El interés que tienen no es el de hacer regresar los bólidos que proyectan hacia la atmósfera, Nordhal, sino el de mantenerlos arriba, en el espacio. Girando y girando en un ciclo sin fin. Sabíamos que el ejército americano estaba haciendo acopio de pólvora y otros materiales explosivos, y que una caravana de trenes cargados de esa sustancia había partido de las minas de Missouri hacia el norte del país, pero no estábamos seguros de dónde estaría emplazado el cañón. —Dejó la copa en la mesa, y movió un milímetro los papeles que tenía sobre el escritorio, ajustándolos al borde—. Que asistieras por casualidad al disparo fue un feliz accidente, que nos ha permitido situar el lugar desde donde lanzaron el proyectil. Eso, unido a la fecha y hora concretas del lanzamiento...

—... Nos dará una idea de cuál era su objetivo —entendí. Apoyé la barbilla en el puño—. ¿Pero por qué enterrar un cañón bajo tierra? Eso te permite apuntar solo en una dirección.

—Por la potencia del disparo. Tantas toneladas de pólvora consumidas en un solo punto reventarían el tubo más recio que la industria es capaz de fabricar.

—¡Por supuesto! —chasquéé los dedos—. Enterrándolo, las propias montañas hacen de ánima del cañón, y las altas capas de basalto absorben la fuerza lateral de la explosión. —Lo vi claro en ese momento—. Es un sistema muy inteligente, pero poco práctico. El cráter que yo vi era un cementerio; la tierra de las paredes había caído dentro y destrozado la excavación.

Augustus afiló la mirada.

—Eso no importa, si solo quieres usarlo una vez.

Me dejé caer hacia atrás, contra el respaldo del sillón. El movimiento nervioso de mis dedos, que se agitaban como los de un instrumentista sobre un teclado, traicionaba mi impaciencia. Sentí la necesidad de saber más, mucho más, sobre aquel extraño asunto.

—¿Han enviado algún agente a los Estados Unidos para recabar más datos? —pregunté.

—Algunos cruzan el océano en estos momentos hacia allá, en un vapor de la White Star. Si el Gun Club tiene intenciones de proseguir con sus tanteos en el campo de la balística de gran calibre, lo sabremos.

Augustus frunció la frente de una manera siniestra, apagó el rayo de furia que centelleaba bajo su párpado y murmuró:

—Dentro de poco estallará una guerra, aquí en Europa. Tan grande y tan brutal como el mundo jamás ha conocido.

Yo lo miré, preocupado, aunque tales palabras no me cogían de sorpresa.

—En una semana asistiremos al enlace entre el rey Guillermo y su hijastra, Lavinia de Sajonia-Weimar. Significará la unión definitiva de los Estados Germanos

bajo el dominio único de Prusia. Llegará entonces el momento de devolver favores a los reinos vecinos. Y muchos de esos favores se acabarán saldando con sangre, querido Nordhal. —Me miró—. Acuérdate de lo que te digo.

## II

# De la correspondencia privada de Ginka maudenhoff (en tipógrafo)

*1 de Febrero. En la casa de mi padre.*

Estoy tan excitada, tan arrebatada por la emoción, que no sé cómo expresarlo sin parecer una niña entusiasmada por su primera asistencia a un acto social. Tampoco sé si este complejo y frío aparato que disimula la personalidad de mis líneas tendrá los caracteres adecuados en su rueda de letras para permitirme hacerlo. En cierto modo, sé que mi padre me lo regaló haciendo un gran esfuerzo, tanto amoroso como económico, pues la tendencia entre la alta sociedad es no escribir cosa alguna a mano... pero la escrupulosidad en el diseño de los párrafos y la semejanza de unas letras con otras es tan absoluta, tan perfecta, tan... mecánica (ya sabes cómo odio esa palabra) que parece desposeída de toda chispa de humanidad.

De todos modos lo voy a intentar. Que no se diga que la hija del embajador se muestra ingrata con su padre o con las normas de su círculo de amistades.

¡Ha ocurrido todo tan rápido, en los últimos días, que ni mi casa ni mi ciudad parecen las de antes! Desde que era pequeña, Brandeburgo siempre ha sido igual a sí misma. Era la ciudad inmutable, perfecta, a la que todas las demás querían parecerse. Los canales que relucían como espejos y amplificaban la luz del sol, los esplendorosos edificios de la isla de Havel, la iglesia de Santa Catalina a la que he acudido en calidad de devota en tantas ocasiones... todo quiere decir «yo», se traduce en un conciso y perfecto «Ginka» gritado al cielo. Son cosas, hechos y rostros de personas relacionados con mi niñez y mi juventud, que de no estar ahí me provocarían un grave pesar, pues... ¿qué es una burguesa de noble cuna sin las calles o los parques, los paseos y los palacios que dan sentido a su nombre?

Sin embargo, la boda, con mayúsculas (a ver, dónde está la tecla de las mayúsculas en esta máquina infernal... ah, sí, aquí: la Boda) ha perturbado ese tranquilo sosiego, ese pacto de Brandeburgo para consigo misma, y me ha vestido la ciudad de flores, guirnaldas, tiaras, florones y pancartas, hasta tal punto que parece el

maquillaje de un histrión de teatro. Un fauno, tal vez, o un personaje alegórico extraído de un pasaje de la *Oda del Desamor*, célebre por aquella heroína sincera y cristiana que fue la condesa de Lierche y que cantara Boileau.

Doquiera que una va, ya sea cruzando el Puente de los Suspiros —que cierta persona que tú ya conoces me reveló que tenía un hermano de nombre en la lejana e inundada Venecia—, o entrando en las galerías de cristal del Wittenhöl, con sus maravillosos comercios apadrinados por la judería, todo parece distinto. Los agentes de Palacio se han encargado sobradamente de que la ciudad se vista de gala para el gran acontecimiento, y creo que la gente de todo rango social que viva dentro de sus murallas se siente ya partícipe, y emocionada, por el feliz enlace. ¿Cuánto hacía que no teníamos una boda real en nuestra propia casa? Ay, prima Ludgarda, no sabes cómo de emocionada estoy, sobre todo desde que mi padre me dijo que había conseguido una invitación para la familia, para asistir a la ceremonia en la catedral.

¡Imagínatelo, yo delante del rey Guillermo y de su amada cuando se den el sí divino! Claro que no vamos a estar en primera fila, qué más quisiera, sino en los asientos de atrás, junto a los representantes del nuevo estatuderato y los líderes gremiales. Pero Dios me ha dotado de buena estatura, y pienso llevar alzas disimuladas en los zapatos para que mi cabeza sobresalga un poquito por encima de las demás, y poder disfrutar del gran momento en que la corona de espinas y rubíes caiga sobre la frente de Lavinia. Ella sabrá entonces que gobernar también es sufrir, pero sufrir con estilo, con joyas y el clamor de un pueblo orgulloso de sus gobernantes.

Creo haberte hablado ya, en alguna misiva anterior, del selecto club de poesía en el que he tenido la suerte de ingresar en el último año. Lo promueve frau Dresdina Leitenmark, la dueña de la casa y mujer rica en facundia y en latifundios, pues no en vano es esposa de uno de los mayores prestamistas de la judería. Pero no me iré por las ramas: uno de los asistentes a este conciliábulo es socio de mi padre en sus negocios de Ultramar, y el pasado viernes nos trajo un poema que había escrito al abrigo de la madrugada (cuando, según él, los privilegios del amor ya se han consumido y solo queda ímpetu para mojar en tinta la pluma, y no otra cosa, aunque no sé lo que querrá decir). Creo que ese poema, que copié al vuelo a medida que lo recitaba, ilustra a la perfección el sentir de los burgueses ante la dicha de sus regentes:

¡Tiempo de jolgorio, tiempo de cerezas!  
¿Cómo negar que por tus labios Dios habla?  
¿Acaso esconde su alegría la Primavera  
cuando los brotes germinan y los capullos florecen?  
¿Es el libre Amor un esclavo, el cien  
en un centenar de viajeros<sup>[4]</sup>  
de las cadenas en la noche que concibe la tristeza?

Amor solo hunde puñales en espaldas ya heridas,  
en grilletes cerrados y anegadas orillas  
pues es doliente tragedia de una voluntad sufrida.  
Alegraos si la campana tañe  
y la alondra acude al nido armada  
cuando se eleva sobre arboledas venerables  
y es en ese día, traición de la alborada.

Pues una ignorancia que el corazón ha henchido  
puede recabar *de facto*  
en la intención del hombre sensato  
y su pertinaz búsqueda de abrigo.  
¿Es acaso ésta  
la regla de los príncipes  
y el laborioso desatino del mendigo?

Tendré que preguntarle, en el transcurso de la próxima reunión, qué significan algunos versos. A veces el poeta se deja llevar por la ira y vuelca sobre el papel emociones tan puras que pendulan sobre la bondad y la maldad con las mismas vocales tónicas, pero en este caso creo que lo que quería transmitir era un mensaje de esperanza. De jubilosa emoción ante los cambios venideros.

Sé que tú, viviendo en el campo, disfrutas de otro tipo de placeres, y de una tranquilidad y una paz de espíritu que solo dan los conventos y los paisajes de sotobosques vestidos de plata por la caricia del rocío... pero yo soy lo que frau Dresdina llama «un animal urbano», y disfruto horrores con esta turbación social, esta violación del sosiego de Brandeburgo. Recuérdame que te hable, en otra ocasión, de las ideas de Dresdina sobre la soberanía de los pueblos respecto a su patrimonio. Créeme, no tienen desperdicio.

Así pues, durante las últimas dos tardes he estado recluida como una novicia en la sala de labores de la mansión, probándome trajes y volviendo loca a la costurera que mi padre ha tenido a bien contratar. Ella ha trabajado con algunos de los mejores modistos franceses —ya se sabe que allí la elegancia la aprueba la mujer pero la diseña el hombre—, y conoce los misterios del miriñaque, la muselina, las mangas de pernil y un atrevidísimo invento, también llegado de tierras galas, conocido como *brassière*. El perfil de la mujer no será el mismo después de tantear semejante artefacto, te lo aseguro. Y eso que dicen las malas lenguas que lo inventó una mujer, cansada de las estrecheces del corsé. Creo que estoy llamada a iniciar mi guerra contra el Papado por pretender lucirlo durante la misa de reyes. ¡Tendré el ojo afinado para ver qué otras damas se me unen en semejante lid!

Al final hemos elegido, por mutuo consenso, un bellissimo traje de cinco piezas

que parece sacado de un sueño, prima querida. Un azul celeste que, según me dijo la costurera, pudieron teñir gracias al jugo que segregan unas ostras en la costa de Dinamarca, o algo así. Lo cierto es que la tela es tan hermosa que, aunque me hubiesen dicho que su tono procedía de exprimir murciélagos, me lo habría puesto igualmente. Espero no parecer demasiado sofisticada con semejante adorno, pues no quisiera que me arrestaran los guardias por estar más elegante que la princesa. Vaya, se me ha trabado la dichosa teclita de las mayúsculas en el dedo. ¿Cómo se borra esto ahora, por el amor de...?

*2 de Febrero. Tras haber dado un paseo junto al ilustre (y algo atrevido) señor Dass por la calle de los joyeros.*

he tenido que arrancar la tecla maldita, la de las mayúsculas, porque no hacía más que brincar como un saltamontes y trabarse en mi dedo meñique, por eso te ruego que disculpes las faltas de ortografía que pueda contener la presente, pero hasta que mi padre no lo arregle no pienso dejarme las uñas intentando pulsarla. entrando en materia, hoy ha sido un día muy especial, el señor dass, a quien me resisto por pura cabezonería a llamar tan pronto mi pretendiente —por más que, tú lo sabes bien, mi corazón palpita acelerado cada vez que él está cerca—, me ha invitado a dar un paseo en carruaje por la calle de los joyeros. ¡qué emoción cuando me sentí escoltada por todo un caballero que trabaja para el gobierno, dispuesto a aflojar el cordón de su bolsa en pos de mis caprichos!

dass es un buen hombre; cándido, respetuoso e inteligente, si me apuras, tal vez un poquito conservador en ciertos temas, pero al igual que sucede con mi padre, esos son aspectos de la personalidad que no tienen por qué surgir en ninguna conversación educada, y menos en compañía de una dama. mientras no saquemos a colación ciertos temas, todo irá bien entre nosotros. si me lo preguntas, no te podría decir si me parece o no un hombre guapo, pero desde luego sí que es muy atractivo. sus ojos son finos como los de un ave de presa, su nariz breve como un punto y su boca afilada y recta, abierta como las plumas de un flamenco. a veces creo que respira por ahí, pues la nariz es tan pequeña, tan femenina, que parece destinada solo a sostener las gafas que a veces se pone y para nada más. el señor dass, o nordhal, como se ha empeñado en que le llame, posee un semblante perdido a medio camino entre el sabio de biblioteca y el truhán de los caminos, una especie de alocada combinación que lleva la serenidad y el peligro como nombre y apellidos.

por eso me atrae tanto, creo yo.

en su compañía, visité en primer lugar a un orfebre judío que nos ofreció unos preciosos colgantes tallados en nácar, ya sabes, esa película iridiscente que a menudo decora las taraceas, hermoso pero muy caro, incluso para un hombre de pudientes como el señor dass, por lo que decidí seguir de largo y ahondar aún más en los misterios de la calle. en el interior de un local acondicionado para que pareciera que por arte de magia habías viajado al lejano oriente (¡qué idea! estoy pensando en hacer lo mismo con mi ropero) conocimos a un viejecito, cotilla y relamido, que nos mostró

algo hermosísimo y oculto en una caja de rape que acabé comprando, muy a mi pesar. te estoy hablando, ludgarda, de unos genuinos brillantes engarzados en pendientes de criolé, azul noche de estío, que combinan a la perfección con mi traje para la misa de reyes. fastuosos, es la palabra correcta. cincuenta cuartos, nada menos, era la que sin embargo quería oír el usurero. pero, ¿sabes qué? nordhal los pagó con gusto. su mano no tembló un ápice al sacar el dinero y tampoco al ayudarme a probar los pendientes, al igual que su boca no vaciló al elegir palabras a la hora de alabarlos. es un buen hombre, amable y considerado, y cada vez tengo más claro que puede que lo acepte como pretendiente, en cuanto alcance la edad de espera. mi padre, que ya lo conoce de los círculos académicos, seguro que estará de acuerdo.

con estos pendientes mi traje está casi completo. solo me falta elegir los zapatos, pero siendo ésta la parte más ardua y azarosa del proceso, he preferido evitarle al señor dass la tortura de pasarse una tarde entera viéndome entrar y salir del probador, y he suplido su presencia por la de la modista. es menos agradable pero sí más sincera, de un modo como solo podemos serlo las mujeres. al enviar a casa al señor dass, convencida de que él también tendrá que preparar las cosas para el gran evento de mañana, he pecado de inmodesta y me he atrevido a apuntar unos versos que me han venido a la cabeza. debe de ser la influencia de los compañeros del club, que está avivando mi alma sensible, y aunque no pretendo estar a la altura de los grandes maestros, me sirve al menos para desahogar inquietudes.

ahí van, espero que no los recibas con un espíritu demasiado crítico y sí con mucho amor:

el valor es todo mi día —brillante—  
la noche da a luz sus propias estrellas  
dos cualidades que levantan —poderoso hacedor—  
suspiros del hambre que —condenado— muere en el desierto  
de este retiro.

gatea la alondra —tenaz  
vuela el sicomoro  
son las puertas de la cordura un mundo natural,  
las del sueño —tramposo galante  
la puñalada de su espina.

somos hijas de ese fuego  
somos huérfanas del hielo  
bastardas de la aurora —de ese valedor, ¡su constancia!  
y de su esencia del crisol en el espejo,  
apenas una fragancia.

¿qué te parecen? bueno... casi es mejor que no puedas contestar.

ahora mismo queda muy poquito tiempo para que el sol recorra el círculo cabal de los días, y llegue mañana, y el señor dass venga a unirse a mi familia en el coche que nos llevará a la catedral. nuestros príncipes se casan, y el país por fin será una nación grande y poderosa, capaz de competir incluso con nuestros inquietos aliados del sur, el imperio austro-húngaro. corren rumores por los salones intelectuales de que esta alianza nos permitirá defendernos de una raza de hombres de piel oscura (y si hay que hacer caso al obispo, cuernos en la cabeza y pezuñas de macho cabrío bajo los tobillos) que habitan cerca del gran mar que los romanos llamaron mare nostrum. ¿acaso un embajador y un geólogo no tendrán nada que comentar al respecto?

seguro que mi padre y dass tendrán mucho de qué hablar por el camino. esta noche me acostaré con la ilusión de que uno de esos temas, espero que para bien y no para mal, sea yo.

*4 de Febrero. De vuelta en casa, tras las compras. ¡Extenuada!*

Mi padre ha reparado por fin el tipógrafo, y ya puedo acceder a las dichas mayúsculas. Mejor, así las cartas no parecerán escritas por un inculto de esos de los monasterios, que solo piensan en decorar con dibujitos sus enormes versales y no en cortejar como se merece el noble arte de la gramática. Mi padre me ha contado que hubo un tiempo en que la Santa Iglesia fue la única valedora de la cultura en este país, y que solo ellos conocían (y custodiaban celosamente) los alambicados misterios de la escritura. Pero esos tiempos han quedado tan atrás como la pluma de ganso secada con salmuera, en comparación con... no sé, con las modernas planchas de imprenta, por ejemplo.

Como habrás adivinado por la fecha que data esta misiva, te escribo estas líneas un día después de la gran ceremonia. ¡Oh, prima, qué esplendor, qué boato, qué maravilla para los sentidos y el alma! ¡Qué desfile de personalidades, de pajes, de siervos, de monjes y de reyes, de flores que vestían como mujeres y de querubines que chillaban y correteaban atolondrados como niños! ¡Cómo lloraba la multitud al ver la cureña tirada por caballos con el féretro que portaba los restos de San Aparicio, reliquia santa y testigo de toda boda real que se precie! Estoy agotada solo de recordarlo. ¿Por dónde empiezo?

El señor Dass llegó puntual a mi casa en su propio coche, que despidió luego con instrucciones de abreviar a los caballos y volver a buscarlo bien entrada la madrugada. Estábamos seguros de que no íbamos a volver antes de eso. Oh, Ludgarda, estaba tan guapo... con ese sombrero de copa que se eleva como una chimenea para mantener bien alto su orgullo entre el mar de cabezas de la plebe, esa chorrera blanca espiralada como las esponjas marinas (siempre he dicho que el grado justo de encaje favorece mucho el aspecto de un hombre), y el frac, un traje un tanto agresivo si te colocas a la espalda del caballero pero que vuelve tremendamente plásticas y refinadas sus reverencias. Llevaba también un bastón, negro y hermoso y con testa de águila, pero

aparte del ruido que hacía la punta metálica cuando golpeaba el suelo y contrapunteaba musicalmente el taconeo de sus botas, no pude extrapolarle otra función.

Últimamente he notado, y permíteme hacer un breve inciso, que las conversaciones entre ellos dos —mi padre y Nordhal, me refiero—, se han vuelto un poco más... cómo decirlo... oscuras. Lóbregas. Aunque no puedo distinguir las palabras a través del sistema de tubos de las paredes, sí que capto el tono, y cuando hablan lo hacen como si una gran amenaza estuviese a la vuelta de la esquina. Creo que mi padre ha descubierto el truco de las tuberías, porque últimamente amortigua con un paño la de su despacho, frustrando así mis sanas intenciones de averiguar qué cosas ocurren en el seno familiar y qué estrategias pone el prócer en marcha para arreglarlas. ¡Ay, Ludgarda, esto de ser mujer a veces es un incordio!

La última vez que Nordhal estuvo en casa, mi padre lo invitó a dar un paseo por el invernadero de la parte de atrás. Eso es como si el Santo Padre de Roma —perdóname la ocurrencia— invitase a sus amigos íntimos a pasear entre horas por la Capilla Dumasina, allá donde solo irrumpen los ecos de lejanas preces y la inofensiva escoba de una criada frisona. Mi padre no deja que nadie viole ese pandemonio de la tulipanería, ese tabernáculo donde solo irrumpen los rayos de sol robados al cielo y que, abriendo una trampilla vidriada, él obliga a entrar, quieran o no. Es su espacio privado, para él y para sus delicados retoños, y está, como antaño Delfos, prohibido a los profanos. Como sabes, las flores nobles fueron desde siempre su pasión, incluso cuando ignoraba (antes de conocer a mi madre) que se podía amar otras cosas.

Pero ahora deja entrar a Nordhal, y los paseos entre los arriates son cada vez más largos. Y sé de buena tinta que no hablan del cultivo de esta excelsa flor, la otra gran pasión de mi padre después de leer esos absurdos manuscritos en sánscrito que le traen de las colonias. ¡Casi he llegado a considerar en serio la posibilidad de consultar con un alienista<sup>[5]</sup>! Estoy seriamente preocupada por ellos, mas por el tono en el que Nordhal me habla cuando estamos a solas deduzco que los problemas no tienen que ver conmigo, y la paz vuelve a mi corazón. Que los varones se ocupen de los asuntos de los varones, y no importunen a las damas con ellos, como solía decir mi madre.

En fin, prima, cierro este pequeño paréntesis para volver a lo que realmente importa: ¡la boda! Como te dije antes, el señor Dass llegó puntual al encuentro con nosotros, los tres tomamos el coche de caballos y nos dirigimos a la isla de Havel. Estaba tan nerviosa que apenas podía contener la emoción, sobre todo al ver que mi padre se había puesto los gemelos que le regaló mi madre, un detalle de esos a los que él no suele prestar atención. Tuve que sentarme en el asiento contrario a la marcha, enfrente de los hombres, para evitar que la emoción de estar junto a Nordhal me traicionase y me hiciese agarrarle la mano de puro nerviosismo.

El carro voló sobre los familiares adoquines del hinderstrasse, pero cuando cruzamos el puente advertimos que la masificación de gente nos impedía avanzar. Nunca pude imaginar que las calles se colapsarían por las personas, de todos los

estratos sociales, que habían venido a escoltar el coche de Guillermo cuando abandonara la catedral. ¡Parecía que las hordas eslavas hubiesen invadido la ciudad! Es por eso que, no queriendo perder más tiempo, mi padre dio orden al cochero para que tomara por las calles periféricas. Se pasó todo el camino con una mano por fuera de la ventanilla, mostrando una de sus pistolas nacaradas y tocando con ella la campanilla del pescante. Con esto apartaba a la gente del camino y demostraba a los paseantes de peor ralea que estábamos armados, para que nos dejaran en paz.

Al fin, llegamos con la primera campanada de tercios a la catedral. El cochero nos dejó al extremo de una alfombra verde que alguien había extendido sobre los escalones, ¡qué ocurrencia!, y fue a engrosar una multitud de carruajes que esperaban alineados contra los muros del crucero mayor. No te sorprendas si te digo que allí debía haber más de tres mil personas, la mitad de las cuales tenían permiso para entrar en el recinto sagrado. Había banderas y escudos de las casas señoriales por todos lados, corceles de crines teñidas, lanceros tocados con altos penachos y que portaban alabardas brillantes y llenas de cintas, pajes que parecían sacados de un cuento de la tradición tirolesa, y más vestidos y joyas de las que tú y yo hayamos podido imaginar nunca. Las estrellas del cielo, celadas por las nubes, parecían haber caído a la tierra en esa noche templada, pues rutilaban en los cuellos de las mujeres y en las muñecas de las niñas, formando constelaciones con apellidos de ilustre abolengo. Allí estaban, sin ir más lejos, los famosos Van Deckerval, ella roja como un emperador de Roma, él con un chevió de vicuña tan almidonado que los picos podían haber herido de muerte al paje que sostenía la capa de su señora. También saludamos a los quisquillosos Romanov —chaquetas de estambre y canotíe, algo demasiado cursi hasta para ellos; ¡algún día los van a echar de Rusia por sus gustos!—, y a los pelmazos de los Häüven, tan interesados en que la gente admirase la coraza de joyas que lucía la matriarca que detenían constantemente la procesión, intercambiando saludos y trivialidades con quienes se agolpaban a los lados de la alfombra. Mis ojos, fascinados, no paraban de saltar de un escote a otro, de una cintura a la siguiente, maravillada ante el esplendor de los diamantes y sabiendo en todo momento (esto era lo mejor) que con mi vestido azul noche, azul de triste poema y de reconciliación tardía, yo contribuía al desconsuelo de otros; una pincelada más en aquel lienzo de distinción y opulencia.

Uf. Déjame que coja aliento. Sumergir los dedos en agua de limón seguramente aliviará el dolor de pulsar tantas teclas, imagino. Como esta moda del tipógrafo se prolongue mucho, las señoritas tendremos que usar guantes de interior para disimular las yemas planas y las uñas partidas.

El interior de la catedral olía a devoción. Siempre pensé que el oficio de mi padre estaba bien considerado en el árbol de importancias de la Corte, pero el asiento que nos tocaba desmintió al momento esta creencia. En efecto, en lugar de unos reclinatorios privilegiados en primera fila, desde los que se pudiera ver a la perfección el evento, los que teníamos asignados se hallaban en mitad del océano de

trajes caros y de tocados a los que ni un huracán podía mover de su sitio. Apenas veía nada, ni siquiera el altar que ocuparía el obispo, y al principio me sentí triste. Pero en cuanto comenzó la ceremonia, y el gigantesco órgano de cien tubos hizo retumbar las notas de la *Cantata de la Ascensión* del maestro Bach contra las mismas bóvedas del cielo, todo cambió. La música de la Pasión y los textos en latín tienen esa propiedad, la de arrancarte el alma del pecho y elevarla para que revolotee entre los capiteles y los angelotes de piedra, de modo que desde allá arriba nadie pierde detalle de lo que sucede, y se siente partícipe hasta del regusto a miel que las hostias consagradas con vino dejan en la boca.

La noche habría sido perfecta, de no ser por un par de detalles que una servidora —que se confiesa mujer observadora— advirtió en sus acompañantes. Créeme cuando te digo que Nordhal, en lugar de estar absorto en el costosísimo traje de la entronizada Lavinia, parecía pendiente de otras cosas. No cesaba de mirar a una delegación norteamericana que, como invitados de cortesía, ocupaba un banco cercano al nuestro. En varias ocasiones le sorprendí fijándose en aquellos hombres de pajarita y birrete, y susurrándole cosas por lo bajo a mi padre. También ignoró al obispo para fijarse en otra delegación distinta, la de los turcomanos, que para no desentonar con sus espantosas telas orientales en medio de tanto traje negro, estaban relegados a un rincón lejano, entre columnas. Nordhal y mi padre intercambiaron comentarios sobre ellos, a tenor de la dirección que seguían sus miradas. No me había sentido tan molesta e incómoda en toda mi vida. ¿Es que acaso no sabían que la Historia estaba sucediendo ante sus ojos, que los desviaban sin cesar a otra parte?

La ceremonia acabó con un impresionante *deo gratia* entonado por un coro de cincuenta niños. El órgano volvió a retumbar, enterrando al organista en las profundidades de su caseta como una hormiga bajo el alcázar de un cíclope, y las puertas se abrieron para que el pueblo viera salir a la nueva esposa del monarca.

Ay, prima, creo que la noche pasada me acompañará por siempre. Mi alma se alojó de regreso en el pecho, y aunque tardamos más de una hora en poder abandonar el recinto, cada pasito que dimos en tal procesión me supo igual que el primero.

Ahora te dejo, pues oigo a mi padre retumbar con sus tosidos los tubos de comunicación, y eso significa que necesita su agua de azahar. Mañana tengo prevista una reunión con el señor Dass (¡qué poco acostumbrada estoy a la familiaridad de un simple «Nordhal»!) para hablar de ciertos temas. No me ha dicho cuáles son, pero deduzco que tienen que ver con un suceso, quizás el más extraño de la noche, que procederé a relatar a continuación: cuando por fin pudimos pisar los adoquines de la plaza, y el viento de la noche jugó a amartillar con cinceles de hielo nuestras gargantas, vimos que había una persona junto al coche de mi padre. Resultó ser un mensajero que, al ver al señor Dass, le entregó con rapidez un sobre lacrado y se fue sin decir palabra. Esto habría ofendido a cualquier persona, pero Nordhal no dijo nada, como si le pareciera un hecho normal.

¿Qué contendría ese sobre? ¿Por qué Nordhal no quiso abrirlo en aquel momento

ni comentar nada al respecto? Esas preguntas han estado ahí, al fondo de mi cabeza, haciendo ruido cual avispero azulado con humo desde ayer.

En fin, cariño; lamento que te lo hayas perdido, pero consuélate con saber que tu prima tiene grabado hasta en el último rincón de su retina los más nimios pormenores, y que será un placer para ella relatártelos en cuanto vengas de visita. No ahorraré en detalles sobre lo espléndida que estuve esa noche, cómo brillé en todos los aspectos como una princesa, y lo atento que se mostró Nordhal conmigo. Fuimos una verdadera pareja de cuento de hadas, solo que nuestros carruajes no se transformaron en calabazas cuando sonó la hora bruja.

Me voy. Me duelen mucho los dedos, y es porque los tengo planos y rojos. Y mi padre sigue despotricando como un fantasma por las tuberías. Yo también me tomaré un vasito de azahar antes de acostarme, para que me ayude a conciliar el sueño. Creo que el valiente Somnus, dios de los sueños, se atreverá esta noche a deslizarse bajo mi ventana para traerme buenas noticias.

*4 de Febrero. Noche profunda. Entre mis sábanas, con el ínclito Somnus susurrándome una nana al oído.*

La nana de las que ayer fueron niñas y hoy ansían ser mujeres (también conocida como «arroró de los lirios»):

Duerme, virgen de las mieles —profundo  
tus pestañas  
cargadas de flechas prestadas  
pondrán el dosel de suspiros  
en el lecho de nuestro deseo.

Las caricias —traviesas  
lanzadas al espacioso orbe  
marchan al son de gloriosa canción  
caen como gotas de un cielo que gime —contento  
lirios en el pelo  
rosas en las sienes.

Cupido dispara su arco —certero  
la joven hiere con besos  
es inocente el santo patrón  
de los mausoleos del amor —añejos  
de la ambrosía salvaje con bálsamo de celos.

Duerme, virgen de las nieves —profundo  
pues tu bote ya se acerca  
ha bogado por mares serenos —turquesas

escorando por anchos bajíos  
guiado con mano segura  
por el eco de tus suspiros.

*6 de Febrero. Llorando en mi habitación. Sola.*

Oh, Ludgarda. Oh, buena prima, presencia lejana pero reconfortante, guardiana de mis anhelos y mis penurias. Cómo contarte esto. Cómo hablarte del vuelco que ha sufrido mi corazón durante las últimas horas. En mi última carta aún estaba eufórica, ansiosa por encontrarme con el señor Dass (¡El oscuro, tramposo, ruin, indigno, despreciable petimetre del señor Dass!) para que me hablase de esos secretos tan importantes que quería compartir conmigo.

Ahora que lo ha hecho, mi alma segrega lágrimas de sangre. ¿Por qué, te preguntarás? ¿Qué ha cambiado para que mi opinión sobre él, y sobre el resto de los varones en general, se haya degradado hasta tal punto? Es fácil responder a eso, prima. Nordhal se marcha. Me deja sola en Brandeburgo mientras él se va a responder, como un perrito faldero, a la llamada de otra mujer.

Sí, has leído bien. Otra mujer. No sé con exactitud qué negocios se trae esta entrometida con el señor Dass, ni por qué tiene él que salir corriendo ante una simple llamada, dejándome a mí sola. ¡Por el amor de Dios, Ludgarda, sabes que solo quedan siete semanas para mi cumpleaños! Si el corazón de Nordhal sintiera la más mínima simpatía hacia mí, aguardaría a que pasase una fecha tan importante, pues mi puesta de largo en sociedad se celebrará en esas calendas, y ya sabes lo sumamente importante que es eso para una chica de hoy en día. Tenía puestas muchas ilusiones en que Dass me acompañaría en tan solemne acto, pero ahora...

Al parecer, la carta que le fue entregada a Dass hace dos días, por la mano ¿inocente?, de aquel misterioso nuncio, provenía de una región muy lejana de nuestro país, llena de montañas y de lobos. Un lugar que yo ni siquiera sabía que existía. Después de leerla, Dass comenzó a hacer las maletas. Tenía que responder, me dijo. Es de máxima prioridad, me dijo. Era la mañana perfecta, y estábamos dando un paseo por el lugar indicado. Y todo lo que salió de su boca fue una larga y enrevesada disculpa.

Puede que esté sacando las cosas de quicio, es verdad. Ahora mismo tengo las venas llenas de rabia líquida. Tal vez debería esperar a calmarme un poco antes de seguir apilando líneas... pero necesito hacer esto, más que sea por desahogo. Me siento como el reo que, al pie del cadalso, contempla cómo el sol hiere el acero que dentro de poco dará cuenta de su temeridad. Ni siquiera los arriates que ha colocado mi padre por toda la casa, con sus queridos tulipanes oscuros sembrados en el mantillo, logran mitigar tanta tristeza. Flores de ceniza, eso es lo que son, no un paso más hacia la obtención del mítico tulipán negro, Santo Grial de los adoradores de chícharos del maldito agustino<sup>[6]</sup>. Si se puede encerrar la tiniebla como concepto

mismo en la sombra de un pétalo, estoy segura de que también puede hacerse en el corazón de una persona, ¿no estás de acuerdo?

Hace una hora vi partir un tren de la estación de Spree, rumbo al sur, a las ásperas latitudes de los Montes Blancos. Sembró una panoja de humo en el cielo que era como una firma corrupta, un recordatorio de que el hombre que una vez admiré prefiere dar prioridad a sus asuntos que a la dignidad de una mujer. Un hombre que acaricia con mirada vaga tus hombros blancos y redondos, y tras el telón reserva las butacas más importantes a la cita con una desconocida. ¿Merece alguien así que derrame aunque solo sea una lágrima? Creo que no. Más bien merece una multitud que vocifere en su contra, con una mezcla de invectivas dirigidas a su condición de veleta de los vientos.

Si tiene alguna excusa, o piensa inventarla, no le costará demasiado esfuerzo. Al fin y al cabo, la imaginación es un tesoro que guarda a poca distancia por debajo del cabello, y no le será difícil encontrarla.

Pero voy, de todos modos —llámame tonta si quieres, me lo tengo merecido— a brindarle una oportunidad para que se justifique. Puede que el asunto sea de vida o muerte, y de ser así, aunque debió de haberme puesto sobre aviso, acabaré perdonándole.

No sé a qué altura de su trayecto se encuentra, pero por su bien, o mejor dicho, por el bien de nuestra futura amistad, espero que esté empleando el tiempo escribiéndome una carta. Una carta importante. Y a mano. La desfachatez ya sería que me llegase una epístola escrita mediante la impersonal corrección de un tipógrafo portátil...

### III

## Del diario de Nordhal Dass (en taquigrafía)

7 de Febrero. En un tren rumbo al castillo de Neuschwastein.

Nunca he podido dormir en los vehículos en movimiento. Me cuesta mucho esfuerzo hacerlo en los trenes, y aún más en las carrozas, donde el traqueteo es más intenso y no tiene esa suave cadencia de los barcos que se transforma en un masaje. Pero el viaje que me espera es largo y habré de descansar, para llegar con plenas fuerzas a mi destino.

Lamento haber dejado así a la pobre Ginka, abandonada a pocas semanas de su puesta de largo, pero seguro que me perdonará. Dada la importancia de la misiva que me fue entregada en la noche de la boda real, no podía contarle qué asuntos requerían mi presencia, y aunque lo hubiera hecho tampoco lo habría entendido. Es una jovencita inquieta y egocéntrica, como todas las de su edad, y jamás admitirá que un asunto de seguridad nacional pueda mover con más fuerza el corazón de un patriota que todos los rocines del amor tirando en sentido contrario.

En fin, cuando regrese de esta misión (si es que regreso) le compraré unas flores. A lo mejor su padre, que sí tiene conocimiento de estos hechos, ha logrado para entonces engendrar el mítico tulipán negro que en su momento buscó Van Baerle. Si le pone el nombre de su hija a ese descubrimiento —*Tulipa nigra Ginkaensis*, o algo similar—, aplacará su sed de protagonismo y, de paso, las iras hacia mí.

Pero debo concentrarme en asuntos más inmediatos. El tren se dirige velozmente hacia el sur del país, a las nevadas alturas de la plataforma continental, donde picos gigantescos atestiguan que solo Dios con sus obras puede llegar a rozar el cielo. Mi destino es el castillo de Neuschwastein, sito en la atalaya que domina el valle de Ren, en Baviera. Llegaré vía Amberg, Ratisbona e Ingolstadt, tras un viaje de no menos de cuarenta horas, en las que tendré que vencer mi inclinación natural a permanecer despierto o acabaré pareciéndome a una de las gárgolas que tanto le gustan a Sigurd. Espero que el esfuerzo valga la pena.

Estoy prácticamente solo en el vagón de primera clase. A través de la ventanilla veo pasar el espeso bosque como una sucesión de óleos inconexos, paneles dedicados

a la viva expresión natural en un políptico de Gante. No les presto apenas atención. Mis ojos releen por enésima vez la carta que tengo apoyada sobre las páginas del diario. Como un espectro de seda, la sombra del humo que emite la chimenea se apelmaza sobre las letras dándoles un cariz más tenebroso.

La misiva, fechada hace dos semanas y firmada por un escueto «I. H.», dice así:

Estimado señor Dass:

He esperado pacientemente su regreso de las costas americanas para comunicarme con usted. He hablado con sus superiores (no hace falta nombrarlos, usted sabe de sobra a quiénes me refiero), y me han otorgado el permiso para disponer de su valiosísimo tiempo. Sé que esto le parecerá brusco y hasta cierto punto desagradable, pero necesito verlo urgentemente en mi castillo. Consulte el remite para más información. La seguridad y el futuro de nuestra nación penden de un hilo, y es hora de que las personas, como usted y como yo, es decir, los que realmente podemos hacer algo para inclinar la balanza, nos pongamos manos a la obra. Una tormenta se acerca, empañando los horizontes de Europa. Una tormenta con bandera de media luna y cimitarras fundidas para forjar nuevas armas de destrucción masiva. Se lo suplico: acuda a mi llamada con la mayor brevedad. Apenas queda tiempo, y todavía hay mucho por hacer.

Su seguro servidor,  
I. H.

Al llegar a mi casa encontré un paquete en el buzón. Contenía un billete de tren y un sobre con una generosa cantidad de dinero, mucho más de lo que cabalmente necesitaría para el viaje. Estaba claro que mi ignoto benefactor quería asegurarse de captar mi interés, situándose más allá de la duda razonable o de la simple broma entre amistades. Pero lo que más me inquietó de I. H. no fue su sombría preocupación respecto al futuro, ni aquella evidente capacidad para controlar todos los detalles (mensajes, billetes, dinero, y quién sabía qué más aspectos materiales del plan), sino los datos que parecía conocer sobre mí.

Cuando uno tiene un trabajo como el mío, que implica cierto grado de secretismo y de subterfugios, se siente tan desnudo como una tortuga sin concha cuando un desconocido afirma controlar sus movimientos (¿cómo sabía que había estado en las Américas?) y más aún, conocer a sus superiores. Esa simple frase tenía muchas implicaciones, desde que podía tratarse de alguien que perteneciera al Servicio Secreto, hasta una persona tan poderosa y con tantos recursos que nada se escapase a su control.

Esta última posibilidad fue la que no me dejó dormir hasta bien entrada la madrugada.

¿Quién demonios es el misterioso I. H.?

Lo primero que hice, antes de coger el tren, fue consultar con ellos, mis susodichos jefes, en el Palacio de Haven. Estaban al tanto del contenido de la carta, y lo que es más, aprobaban que yo viajara al castillo. No me dijeron más. El secretismo ante este asunto era tan grande que, sinceramente, dudo que ni ellos conocieran todos los detalles. Seguro que poseían un conocimiento relativo a piezas sueltas, pero por lo que me dieron a entender, solo unos pocos privilegiados habían visto el puzzle completo. Y yo, por ahora, no tenía derecho a saber más.

Así que, resignado, dije adiós con la mente y el corazón a mi adorada Ginka, *Capprichosa Ginkaniensis*, y sin despedirme de nadie me subí a este tren. Releí hasta sabérmela de memoria la carta del enigmático personaje que requería mi ayuda, buscando algún post scríptum que pudiese contener, aunque fuese en clave, una pista sobre tan extraño asunto. Pero si lo había, no lo encontré. ¿Para qué necesita un geólogo una persona que posee un castillo, si no es para asegurar la integridad de los cimientos o para hacer excavaciones en busca de minerales preciosos? ¿Se tratará de eso, una prosaica búsqueda de oro? Y si es así, ¿por qué el destino de la nación depende de ella?

Pegadas al cristal de la ventanilla, pero por la parte de fuera, veo unas moscas diminutas que dan vueltas en torno a un saco de huevos. La araña propietaria de ese tesoro está aferrada con sus patitas al cristal, mientras las moscas revolotean muy cerca sin que se las lleve el viento. La campana de aire que crea el tren al moverse las tiene que estar protegiendo de algún modo, no dejándolas marchar ni acercarse más al codiciado saco. La araña intenta protegerlo con su cuerpo, pero está demasiado ocupada manteniéndose sujeta como para atacar a los voladores. Es una especie de inútil juego de imposibles, que solo acabará cuando a alguno de los dos bandos se le agoten las fuerzas y sea succionado por el cono de viento. Me estoy quedando dormido, e intuyo que me quedaré sin conocer el desenlace.

Estoy pensando demasiado, y demasiado en falso. Sea lo que sea lo que me espera en ese castillo, ya ha logrado perturbar mi vida lo suficiente como para estar seguro de una cosa: No será ninguna broma.

*8 de Febrero. En las montañas de Baviera.*

Anochece en mi segundo día de viaje. El tren se ha detenido en su última parada. Aún me queda, por desgracia, un buen trecho por recorrer en carro o a caballo, pues el castillo se alza en lo alto de una montaña alejada del centro de Baviera. Me pregunto en qué estaba pensando el monarca Luis cuando lo mandó construir, si en la seguridad o en el simple aislamiento, tanto físico como mental. Si ese déspota de Wagner no le hubiera sorbido la sesera con su música de valquirias y nibelungos, a la par que seducía a la mujer de su mecenas, puede que el carácter de Luis no se hubiera vuelto tan agrio, ni sus fortalezas tan inaccesibles. Pero cuando se confía en los artistas por su don divino y se olvida el extremismo político que a veces lo acompaña,

se acaba creyendo en el nihilismo, tal y como lo entienden los moralistas que establecen como axioma de gran política: «Mejor ser nada que sufrir siéndolo todo».

Es tarde, y me duele la cabeza. El día que acaba devuelve su soberanía a la Luna, fetiche de amantes y poetas, y ésta responde plateando los tejados en caperuza de las casas. Nunca antes había estado en esta parte del país, pero me gusta su aspecto antiguo, anacrónico. La ciudad es moderna, pero tiene ese aspecto apiñado y retraído de las buenas villas medievales, encogida sobre un afluente del Danubio como si los lobos merodeasen cerca. La campaña del lúpulo y la remolacha debe estar al caer, pues reconozco los panfletos que dentro de poco comenzarán a reclutar cuadrillas de jóvenes para los montes. Allá por donde éstos pasen, trasladando los campamentos de tajo en tajo, briosos por la fuerza de la cerveza, vestirán de corto los árboles y dejarán heridas en los troncos que, dentro de unos años, habrán segregado la suficiente savia como para edulcorar esa misma levadura.

Mientras tanto, y eso se lo noto nada más apearme del tren, los jovenzuelos van con prisas de un lado a otro, con olor a sexo en los gestos y unos jugueteos que uno solo se puede traer entre manos si ese uno son dos. Esta sed de una conjunción rápida de cuerpos me recordó a mí mismo cuando era joven, solo que a mí, habitualmente, me interesaba más el lecho de roca sobre el que copulábamos que el sudor pegado a la piel de mi amante. Cosas de científicos.

Trataré de conseguir una habitación en una buena posada, para pernoctar (aunque aquí, según me han dicho, los albergues están escasamente compuestos para un alojamiento de mínimos), y mañana alquilaré un coche de caballos para subir a la montaña. El adelanto que me envió I. H. da para cubrir sobradamente estos gastos.

Espero que en este lugar vendan ropa de abrigo.

*9 de Febrero. El castillo, por fin.*

Es curioso cómo me recuerda esta parte de mi viaje a las aventuras que viví en tierra de indígenas, con pilastras antinaturales de humo por un lado y granjeros revolucionarios por el otro. En aquellos parajes, al igual que en las selvas de Bohemia o en la profunda oscuridad de árboles que sorteé para llegar al castillo, basta con que uno se aleje apenas unos metros de la civilización para que ya no quede nada salvo naturaleza. Aire puro y susurros del viento en las acículas. Leyes inmutables puestas en marcha quién sabía cómo ni cuándo sin concurso del hombre.

Tales cosas experimenté mientras jineteaba montaña arriba con el caballo que tuvieron a bien venderme en la ciudad (me aseguraron que si iba solo y sabía montar, era preferible este medio de transporte al carro, ya que los caminos a veces son más estrechos que la anchura de los ejes). La naturaleza vivía su locura en *tempo* plácido. La quietud absorbía las horas como queriendo decir que lo que ocurriera en esos instantes, fuera lo que fuese, quedaría en nada. Recé por no encontrar bandidos apostados en aquellas agrestes cañadas, pues de haberlos habido no tendría escapatoria salvo lanzándome a galopar ladera abajo, silbando como una bala entre

los troncos, cosa que ni mi animal ni yo resistiríamos.

El *schloss*<sup>[7]</sup> Neuschwastein apareció como un titán blancuzco sobre los Alpes, alzados sus múltiples torreones por entre la densidad de robles, píceas y carpes. En el farallón de piedra que se alzaba detrás, la propia pared de la montaña, se divisaban parches de nieve sobre el telón de fondo de la vegetación. Por el cuello de granito que sostenía el edificio, una suerte de espigón abrupto que surgía como un colmillo de la ladera, trepaban los árboles hasta formar inaccesibles bosques colgantes de coníferas.

La ilusión óptica, a medida que me acercaba, era que yo estaba inmóvil y era la impresionante masa de piedra la que se alzaba de sus cuclillas para verme llegar, juzgándome en el proceso, decidiendo si me dejaría pasar a través de sus grandes rastrillos gemelos o no. La verdad es que era una visión portentosa, y no exenta de belleza, pues sus arquitectos lo habían diseñado como un homenaje a los arcaicos alcázares medievales. La mole, plantada en un saliente rocoso desde el que se domina todo el valle, nos contemplaba a todos como queriendo regodearse en la vertiente maravillosa de las sinfonías de Wagner a las que su constructor tanto idolatraba.

Una barbacana se adelantaba unos pasos al portón, con vigías apostados. En cuanto me vieron llegar elevaron unos rifles, elemento que aunque esperado, no dejaba de resultar extemporáneo en aquel cuadro.

Tuvieron a bien preguntarme quién era y qué es lo que quería, antes de encañonarme. Presenté como única credencial la carta que el señor del castillo me había mandado a Brandeburgo. Uno de los guardias desapareció en el interior mientras el otro me clavaba sin piedad su ceño arrugado. Su compañero no tardó en regresar con orden de que abrieran las puertas.

Al ver que los rastrillos se levantaban me sentí aliviado, pues en el fondo no tenía ninguna garantía de que una vez llegados a este punto me admitiesen como huésped, y no me apetecía recorrer a la inversa los ocho kilómetros hasta la ciudad. Un manto de nubes se estaba derramando en ese preciso instante sobre la montaña y, además de hacer que la temperatura descendiera hasta extremos intolerables, era tan denso que no permitía ver el camino a dos pasos. Malo para subir, aún más para bajar.

Clavé los tacones en los ijares del caballo. Los cascos resonaron en la tablazón del puente levadizo, que salvaba una caída de veinte metros hasta los árboles de más abajo. Me resultó curioso comprobar que el silbido que antes había oído, acompañando al alzado del rastrillo, pertenecía a una máquina de vapor unida a los viejos cabrestantes. Esta máquina los hacía girar recogiendo la cadena, sustituyendo de esa manera al impulso animal que bestias o brazos humanos suplían en otra época. También había otros elementos modernos en el edificio, como luz eléctrica o coches de vapor (su constructor, un prusiano medio loco, los había bautizado «dinamóviles») aparcados donde antaño estuvieron las caballerizas. Nada de eso me sorprendió, pues si yo fuera el dueño de semejante plaza también la habría dotado de las comodidades de los nuevos tiempos.

Nada más sortear las puertas, los ojos de carbunco de varios mastines se clavaron

con hambre en ambos, mi caballo y yo. Por fortuna estaban atados con cadenas, en cuyos eslabones colgaban lentejuelas los faroles de los vigías. No hacían falta tantos detalles para hacerme comprender que el recinto estaba muy bien vigilado, y eso desató más preguntas en mi cabeza. Hombres armados, perros, murallas que podían competir con las del antiguo alcázar de Ilión... ¿A qué venía tanta seguridad? ¿Es que el dueño temía que hordas enteras de ladrones vinieran a desvalijarle sus propiedades? ¿O se trataba simplemente de un paranoico?

Un lacayo vestido con librea de sirviente mayor me esperaba en la bastida. Al verme llegar tomó al caballo por las riendas, me ayudó a bajar y se limitó a señalar una entrada al edificio principal, la torre del homenaje. Yo, encogiéndome de hombros ante lo fácil que estaba resultando aquello, obedecí y entré en los fríos salones del interior, donde me esperaba una gran sorpresa.

La habitación que me cobijaba podía haber albergado fácilmente a un centenar de personas. De sus extremos surgían pasillos con techos pensados para titanes y docenas de puertas de madera recia que se interponían entre el recibidor principal y otras tantas habitaciones. Una gran escalera de mármol subía hasta un pasillo situado dos pisos por encima, engalanado con arcos y columnatas de piedra, del que provenían unas voces.

Pero delante de mí, apoyado en una mesa y leyendo un libro que me resultaba familiar, había un oso.

*Adenda posterior al diario. Mismo día, después de meditar un poco sobre aquella sobrecogedora visión.*

¿Acaso no habría confundido cualquier hombre con un oso a aquel ser forrado de espeso pelaje, encorvado bajo unas espaldas capaces de suspender en alto un carro, y que murmuraba frases en una lengua que imitaba gruñidos de animales?

Yo lo hice, desde luego, y aunque el sentido común me aseguraba que aquello era imposible, que por más que los artistas circenses trabajaran con los osos amaestrados, y les enseñasen un par o tres de trucos, nunca jamás podrían descubrirles los secretos de la lectura. Eso era precisamente lo que aquel ser grotesco estaba haciendo: con una mano que tenía cinco dedos y un recubrimiento velloso digno del jorobado de aquella catedral famosa, pasaba las páginas de un libro, agarrándolas tiernamente por las esquinas, como si su tuerza pudiera destrozarlas.

El libro tenía una encuadernación y unas letras en el lomo que me eran imposiblemente familiares.

En efecto, yo mismo había escrito aquellas páginas. Se trataba de una de las pocas copias en tapa de cuero que circulaban del *Tratado sobre las Convulsiones de la Naturaleza*, que versa sobre las ondas expansivas de los terremotos y los volcanes y sus efectos secundarios. Un trabajo arduo y de gran alcance pedagógico que mis *alia* tardaron más de tres años en completar, basándose en mis notas de campo y mis correcciones. La presencia allí de aquel volumen, el único que poseía, además, los apéndices explicativos sobre vulcanología y física de materiales, me chocó tanto

como la visión del oso lector.

Este, en cuanto notó mi presencia, se volvió con un giro seco, que agitó sus larguísimos bigotes rubios, y me miró.

Contuve el aliento. Era un hombre, ya no quedaba duda, aunque su prodigiosa complexión y la capa de piel de oso me habían llevado a engaño. Tenía algo del Calibán de *La Tempestad*, un híbrido de hombre y bestia con intenciones ocultas.

Al verme me sonrió, y dijo con voz profunda:

—Бопышие идеи, не?

Huelga decir que no entendí lo más mínimo de esa frase, ni de lo que quería insinuar al levantar el libro y mostrármelo. Sonreí como un idiota y me pregunté si aquel salvaje era también un invitado, como yo, o si se trataba del colofón del sistema de defensa.

Por fortuna, antes de que me viera obligado a hacer ningún movimiento, una hermosa voz femenina, esta vez en mi idioma, dijo:

—Ah, embajador, veo que ya conoce a nuestro último invitado.

Una comitiva de personajes de lo más sorprendente descendía los peldaños de la escalera de mármol. La encabezaba una mujer, hermosa y altiva como mi querida Ginka, pero sumamente distinta de ella. Era una aristócrata a la que yo había visto una vez, hacía tiempo, en una fiesta en honor del Gran Pensionario. No recordé en aquel momento su nombre, pero sí su belleza: aria hasta los pómulos, rubia y de ojos verdes, con unos treinta y pico años de sabiduría a sus espaldas y los dientes más blancos que yo hubiera visto nunca. Su cara grande y redonda estaba coronada por una magnífica *coiffure* de abundante cabello trigel. Aunque frisaba los cuarenta, poseía la tez cremosa y los rasgos avispados de una niña.

La dama vestía un traje de hombre con chaqueta, pantalón y mocasines, ajustado a sus formas y cerrado por delante por una doble fila de botones, alineados como soldados en revista. Llevaba un bastón fino en la zurda, que no usaba para caminar sino para señalar. Antes de bajar el último escalón, apuntó con él a un cuadro y dijo:

—El Rembrandt, por supuesto, también está incluido en el lote, caballeros. En realidad, pueden disponer de absolutamente cualquier objeto, joya, lámpara o mueble de los que están a la vista. Menos la colección de Stradivarius, me temo, que ya ha sido vendida a la Corona de España.

Los hombres que seguían a la dama tenían un aspecto de lo más variopinto, desde caballeros prusianos hasta nobles procedentes de los más apartados rincones del Globo, sin excluir los países del Islam. Incluso había uno que lucía la estrambótica combinación de sedas y colores de los siervos del Sha de la lejana Katmandú (lo sé por las descripciones que Augustus me daba con frecuencia de las colonias y de sus gentes). El hombre, de piel negra y lustrosa como el cacao, lucía unos anacos de borde dentado que le llegaban a la pantorrilla (prenda que yo creía exclusiva del género femenino) y una túnica adornada por un ragda de oro. Me di cuenta de que, en el contexto de ese grupo de personas, hasta el oso lector pasaría desapercibido.

Tardé un instante en borrar la expresión de perplejidad de mi cara, que me habría hecho parecer un completo pazguato, y estiré la columna para parecer seguro de mí mismo.

—Ejem, yo... —fue, por desgracia, lo único que atiné a decir.

La dama me tendió una mano enguantada. Su apretón era firme, de militar.

—Me alegra que haya venido, señor Dass —sonrió—. Tenía mis dudas sobre si conseguiría llegar por sus propios medios hasta mi humilde morada.

—No... —¿humilde?, pensé—. La verdad es que fue fácil. La generosa donación que me hizo llegar...

—Supuse que esa bagatela sería suficiente. En fin, permítame presentarle al embajador de los Estados Soviéticos Decembristas, su excelencia Igor Strazinski.

El oso me dedicó una profunda reverencia y estrechó la misma mano que ya había tanteado la dama, pero con efectos devastadores. Intenté componer una expresión neutra mientras sentía crujir los huesecillos de mis dedos bajo su tenaza de carne.

—Es un placer, señor, conocer por fin al autor de tan insigne tratado —dijo en mi idioma, señalándome a mí y al libro con un solo gesto—. Sus conclusiones sobre la mecánica interna de la Tierra son tan impresionantes como radicales. En cierto modo, me recuerda a la teoría de estratos flotantes de Nicolás Chemov. Desde luego, está mucho menos conectada con el creacionismo que toda esa pseudo ciencia religiosa.

—¿Us... usted conoce mi obra? —tartamudeé.

—Claro que sí. Es muy apreciada en los círculos geológicos soviéticos, aunque la traducción de ciertos pasajes es, me temo, un tanto discutible —me guiñó un ojo—. Ya sabe, de ese trabajo se encargó un árabe, un tal Al Hazred.

No sé qué me produjo mayor impacto, si que aquel salvaje ilustrado tuviese una opinión sobre mi obra, o enterarme de que circulaban ejemplares ilícitos de la misma por los salones intelectuales del imperio ruso. Yo había escrito aquel tratado para justificar una de mis teorías más radicales, según la cual el manto terrestre era un infierno de impulsos en competición, una panoplia de tensiones que actuaba como un depósito de fuerzas. Cuando las delicadas ecuaciones que regían esa competición se trastocaban, la tierra salivaba esas tensiones residuales, creando terremotos, volcanes y otras manifestaciones terribles de su poder.

Mi profundo conocimiento de estas «ondas terribles», como las había bautizado Sigurd, me había permitido predecirlas hasta cierto punto, y lo que era más importante: podía crear un mapa de los equilibrios de tensión y distensión que regían sus movimientos. Y ahora aquel oso me estaba diciendo que mi trabajo le recordaba al de un tal Chemov, del que yo no había oído hablar, pero que era menos «creacionista». ¿Cómo debe tomarse eso un científico?

Me volví hacia la dama.

—Disculpe mi ignorancia, pero me gustaría hablar cuanto antes con su marido —supliqué—, para zanjar este asunto que me ha tenido muchos días sumido en la más honda preocupación. ¿Para qué me han llamado, si puede saberse?

Ella me miró, divertida, con sus ojos de berilo esmaltado.

—Yo misma puedo responder a esa pregunta, pues si desea esperar a que me case de nuevo, puede hacerse muy tarde para regresar a Brandeburgo.

—No... no entiendo... —Agité las manos en el aire, completamente perdido.

—Me llamo Irna Hohenstaufen —aclaró—. Soy el señor «I. H.» que le convocó. Pero permítame que mis criados le atiendan. Póngase cómodo y reúname conmigo para la cena; entonces le aseguro que verá contestadas todas sus preguntas. Hasta las que aún no sabe que quiere hacerme.

Y se fue con su séquito de invitados, para seguir mostrándoles otras alas del castillo con un ceremonioso detenimiento. Yo me quedé allí como un pasmarote, mientras mi abotargado cerebro practicaba un poco de pesca de altura, y rescataba de las nieblas de aquella fiesta en el Palacio de Gobierno el nombre de mi anfitriona, y sus circunstancias.

Aquella mujer era la última descendiente de un linaje en otro tiempo aclamado y muy poderoso, el de los Hohenstaufen. Era viuda, y por lo poco que yo sabía de su pasado (según datos aportados por Ginka en aquella lejana tarde a los que yo, para ser sincero, no presté demasiada atención) se trataba de una joven alocada y enérgica que había malgastado grandes porciones de su fortuna, heredada de sus bisabuelos en calidad de terrateniente, intentando hacer realidad sueños imposibles. Irna financiaba experimentos que los científicos de verdad (es decir, los que pertenecían al círculo de la nobleza) considerábamos una pérdida de tiempo. Se había hablado mucho de su mecenazgo a un personaje italiano sin muchas luces que aseguraba que se podía construir una máquina voladora que no usase los gases diatómicos para elevarse, sino una especie de ala fija y una hélice propulsada a pedales. Absurdo, como ustedes comprenderán, pero frau Hohenstaufen le entregó a aquel chalado mucho dinero para llevar a cabo su experimento. Fue un rotundo fracaso, por supuesto... o eso tengo entendido. Las alas del hombre están hechas de hidrógeno o, en su defecto, de un gas extraído del ázoe, más ligero que el anterior y que alimenta globos que pueden subir a mucha altura. No de tela. Y esto lo respalda cualquier zeppelinista de prestigio.

Si Ginka aportó más datos sobre la singular Irna, no los recordé en aquel momento. Pero hubo un detalle de lo que ella mencionó en la fiesta que se me quedó grabado, y que modificó, en gran parte, mi forma de percibir a semejante personaje. Ginka me había susurrado al oído una palabra, mirando con el celo de una gata salvaje a la aristócrata; una palabra que estaba terminantemente prohibido decir en voz alta en los círculos católicos. Un término que, solo por existir, constituía una ofensa, un insulto grave, a aquél a quien se lo dedicaran.

Illuminati.

No hacía ni cien años que los rumores sobre las actividades de esa secta circulaban por los salones. Mucha gente les temía, y no dudaba en calificarlos de herejes y sicarios del Maligno, en tanto su interés era derrocar a todos los gobiernos del mundo, empezando por el Vaticano y continuando con los tronos laicos. La

pertenencia de Irna a semejante logia justificaría su interés por los avances científicos, pues no era ningún secreto que los Perfectibilistas, como también se les conocía, basaban en el poderío tecnológico sus principales armas. Quien poseyera secretos largamente buscados como la piedra filosofal, el vuelo aerodinámico sin gases o la forma de reanimar a los muertos gracias a la electricidad, poseería también el mundo. Eran metas que, aunque imposibles, parece que los vástagos de Weishaupt, el fundador, habían elevado como su estandarte.

Además, si los rumores sobre los illuminati eran ciertos, su primer cónclave había tenido lugar muy cerca de donde yo me encontraba, en un territorio boscoso situado al sur de Baviera. ¿Estaba conectado este hecho con que Irna viviese precisamente aquí, en este castillo, en lugar de en las ciudades más pobladas del norte?

La preocupación siguió a la sospecha. ¿Acaso frau Irna me había mandado llamar para tomar parte en uno de sus absurdos proyectos? O lo que era peor, ¿tendría la desfachatez de proponerme que engrosara las huestes de su orden? ¿Me habría granjeado mi fama de científico, sin yo saberlo, los suficientes votos de sus correligionarios como para vestir la librea?

Si era así, el viaje habría sido una pérdida de tiempo, pues un hombre serio como yo no tenía ni tiempo ni ganas que invertir en fantasías.

*9 de Febrero. Cenando en el castillo de Neuschwastein. Para mí, el mismísimo Palacio de la Discordia.*

Un par de horas escasas tras mi llegada, y una vez instalado en una de las magníficas habitaciones, bajé a cenar con mi anfitriona. Me había aseado, cambiado de ropa e incluso afeitado, pero descubrí que el único tarro de perfume que había traído en las maletas se había roto por el camino, y ahora eran mis calzoncillos los que apestabán (no puedo ser más suave) a jazmín y patchouli.

El mayordomo, servil y distante como requería la profesión, me esperaba para guiarme a través del dédalo de pasillos. El fasto del lugar me asombró. Reconocí la influencia de algunas leyendas, como la de Lohengrin, caballero del Grial hijo de Parsifal, en los tapices de algunas cámaras. Y del estilo bizantino en el espectacular salón del trono. Allí era donde me esperaba *frau* Irna, sentada en el cabecero de una larga mesa con una concertina junto a los pies. Se había cambiado de ropa, y vestía como una cortesana del tiempo de sus bisabuelos.

He de decir que me pareció increíblemente atractiva, tanto que tuve que invocar la sublime imagen de Ginka dando un paseo por el *Uckermark*, una de las veces en que más me había sentido atraído por su figura, para alejar de mi cabeza los malos pensamientos. O mejor, para suplirlos por malos pensamientos tolerables.

—Buenas noches, señor Dass —saludó Irna, invitándome a unirme a ella—. Espero que la estancia hasta ahora haya estado a la altura de sus expectativas.

Ocupé un sitio a su izquierda, donde ya me esperaban platos, cristalería de bohemia y unas servilletas bordadas en oro. El sutil aroma del chaudeau-salsa de vino y el más agresivo del jabalí al chocolate llegaban en vaharadas de la cocina, haciendo

trabajar a mis glándulas salivares como las de un perrito entrenado.

—Lo cierto es que hasta ahora no he sabido a qué atenerme, ni cuáles eran mis expectativas —aclaré, doblando pulcramente una servilleta sobre el regazo—. No quisiera ser irrespetuoso, pero la falta de información que me rodea es casi como un muro tangible.

—Es cierto, y le ruego me disculpe por ello. Pero he tenido que mantener en secreto las razones de mi invitación por motivos de seguridad nacional. Espero que un hombre de su posición sabrá comprenderlo.

La miré con sospecha y algo de recelo. Ya empezaban a resurgir otra vez mis dudas. ¿Debía hacerle en aquel momento las preguntas directas, o jugueteábamos un poco más con el circunloquio, antes de ponernos más... agresivos?

—Me sorprendió que mis superiores la conocieran, y aún más que tuvieran a bien enviarme a este castillo para escuchar lo que tenga que decirme —gruñí—. Supongo que eso sitúa esta conversación a un nivel en que podemos sincerarnos sin tener que controlar nuestras palabras.

—Oh, desde luego, pero tenga en cuenta que yo, a diferencia de usted, no trabajo para la Corona. Al menos, no directamente —sonrió Irna—. Tengo permiso de las más altas esferas para poner en práctica un proyecto de suma importancia, eso sí, que afectará al futuro de nuestro país y quizá al del mundo entero. —Sus labios seguían curvados en un esbozo de sonrisa, pero su mirada era fría, templada como ese nuevo y sorprendente material recién descubierto, el aluminio—. ¿Está usted al tanto de las epístolas X, señor Dass? —preguntó de repente.

Tensé los músculos del cuello. ¿Cómo estaba al tanto aquella mujer de la existencia de esos documentos, si ni siquiera trabajaba para el Servicio Secreto?

—No —mentí.

—Por supuesto que no. Yo tampoco, y aunque las conociera no podría hablar de ellas en voz alta. Se puede intuir, por lo tanto, el esfuerzo tan grande que nuestro país está invirtiendo en tales quimeras...

La miré de reojo, intentando calibrar sus expresiones, sus palabras, todo. Las epístolas X eran unos archivos codificados como cartas entre el Rey y las cabezas pensantes de ciertos colectivos de máxima prioridad para Prusia. En esas inexistentes páginas se detallaban, mediante un sistema de claves ocultas solo conocido por una minoría elitista de científicos, algunos de los proyectos más ambiciosos que se cocían en la Europa post-napoleónica. Entre ellos, el desarrollo de una flota de barcos que pudiese navegar sumergida, bajo las olas del océano en lugar de sobre ellas, o la construcción de una máquina capaz de generar un rayo de luz tan sólida y ardiente que pudiese incinerar o cortar en rodajas todo lo que tocara.

Buques pez y luz afilada como una navaja; proyectos con los que los científicos y militares pretendían robar el poder a los dioses de la Antigüedad (sin ir más lejos, el de la máquina emisora de luz letal provenía de las leyendas sobre Zeus y sus aljabas de relámpagos), y con él en sus manos, defender al continente entero del ataque de

potencias extranjeras o extraterrestres. Sin ir más lejos, de los mismos caballeros del Gun Club estadounidense, de los cuales sospechábamos que también tenían sus propias epístolas X en progreso.

Si *frau* Irna estaba comparando su proyecto personal con los que se describían en tales informes, en realidad sugería dos cosas: primero, que su consecución impulsaría en Europa un nuevo capítulo del progreso de nuestra especie. Y segundo, que su coste sería tan astronómico que ningún particular podría afrontarlo solo. Ni siquiera el hombre o la mujer más ricos de Prusia tendría tanto dinero. Necesitaría contar con el apoyo de la Corona o de muchos pequeños colectivos para sacarlo adelante.

—Pero... para poner en marcha un proyecto tan colosal necesitará la ayuda de expertos en diversas materias, ¿no? —aventuré.

—Claro que sí. ¿Para qué cree si no que lo he llamado?

Entre nosotros flotó un silencio incómodo, roto solo por la interrupción de los camareros, que desfilaron portando bandejas de plata y olorosos manjares que seguían haciéndome salivar. El resto de mi cuerpo, sin embargo, había perdido el apetito.

Irna tomó su concertina y ajustó unas claves mientras decía:

—Para sacar adelante mi epístola X voy a necesitar su ayuda, señor Dass, así como la de varios gentilhombres y gentilmujeres del mundo de la física, la química y la geología. Todos son imprescindibles para triunfar a corto plazo en semejante empresa.

—¿Corto plazo? ¿Qué entiende usted por corto plazo?

Torció el gesto en una aproximación hipotética.

—Tres, cuatro años a lo sumo. Por motivos de extrema necesidad, no podemos alargarlo más.

Crucé los dedos sobre la servilleta, cada vez de peor humor. Me molestaba no conocer todos los detalles, y hasta que no los poseyera, ella tendría la sartén por el mango. A mi cabeza volvieron las imágenes terribles de los sectarios Perfectibilistas hiriéndose en el cuello con espadas, regodeándose en oscuros rituales paganos y derrocando el trono de Guillermo II con sus monstruosas armas futuristas. ¿Habrían conseguido engañar al mismísimo monarca de mi país para que los financiara en sus locas ambiciones? Si *frau* Irna era de verdad una illuminati, ¿me estaban pidiendo acaso mis superiores que confraternizase con el enemigo?

Traté de disimular un estremecimiento, mientras ella señalaba una de las copas que descansaba, intocada, sobre el mantel.

—Mire ese delicioso objeto de cristal —indicó—. Usted, como estudioso de las ondas de fuerza de la naturaleza, sabe que los materiales son más endebles de lo que la mayoría de la gente piensa, y que incluso algo tan liviano como el sonido puede quebrarlos. Es eso lo que escribió en su Tratado, ¿no?

—Sí... —asentí, sin estar seguro de a dónde quería ir a parar.

*Frau* Irna empleó la concertina, ajustando las clavijas, para emitir un sonido

agudo y cada vez más potente que acabó resultando incómodo para mis oídos. Pero ella siguió, bombeando aire en el instrumento, hasta que el cristal de la copa estalló en mil pedazos.

La miré, sorprendido.

—¿Qué intenta demostrar?

Irna desinfló el fuelle y devolvió al suelo el instrumento. El mayordomo, que quizás se esperaba este pequeño ensayo de fuerzas invisibles, acudió al instante armado con una paleta y un cepillo e hizo desaparecer los fragmentos.

—No solo de acero pueden fabricarse los filos cortantes de una espada, señor Dass —dijo Irna—. Los planos de propagación de ondas resonantes, como los llama usted en su libro, son capaces de quebrar los materiales más recios si impactan en el ángulo y con la fuerza adecuada, como se acaba de demostrar. Aunque todavía no puedo darle más detalles, le necesito para que me ayude a resolver este mismo problema, solo que a mayor escala.

—¿Un problema de ondas?

—Y de materiales. ¿Cree usted —se inclinó hacia mí, como si de repente le importase la confidencialidad— que si aumento diez mil veces la presión de esta onda y coloco un objeto en su centro, se podría canalizar toda esta fuerza para que ese objeto saliese disparado en una dirección?

La pregunta me dejó aún más confuso que antes. Las arrugas de mi frente debieron mimetizar algo así como un mapa de caminos, porque ella las miró y dijo, divertida:

—No hace falta que me responda ahora, tranquilo. Pero considérese contratado para hacer todas las pruebas y experimentos que sean necesarios para resolver este problema, no importa cuánto cueste. El tiempo, por desgracia, sí es un factor.

—Pe... pero... diez mil veces esa onda de presión... ¿dónde conseguirá una fuerza de tal magnitud? ¿Y para qué? ¿Qué clase de objeto quiere aplastar con semejantes ondas?

—Ese problema lo están resolviendo para mí en este mismo instante, en Rusia.

La imagen del oso, el embajador de los Estados Soviéticos, regresó con fuerza. La desfachatez y la osadía de esta mujer cada vez me parecían más desorbitadas, y fuera de control. Rusia no era una enemiga declarada de Prusia, pero las relaciones bilaterales entre ambos países tampoco pasaban por su mejor momento.

Por primera vez, al mirarla a los ojos, me pregunté si *frau* Irna estaría loca.

—No sé si sabe algo del inminente y esperadísimo evento que los Estados Soviéticos están preparando de cara a su apertura a Occidente —comentó Irna, partiendo un pedazo de jabalí al chocolate.

Yo asentí.

—Claro, la Exposición Universal de Moscú —dije—. Se celebrará dentro de ocho meses, y se supone que será un escaparate de los más asombrosos descubrimientos de todos los países del mundo.

—En efecto. Nosotros estaremos presentes, pero no en calidad de expositores, sino de compradores. No vamos a representar a nuestro país, sino a reabastecerlo. Lo mismo harán otras potencias, como los americanos o los ingleses.

—¿Qué vamos a comprar?

—Tecnología, por supuesto —aclaró, como si fuera obvio—. Inventos geniales procedentes de los cuatro rincones del planeta, que podremos usar en nuestro beneficio. Mi empresa particular necesitará de las mejores mentes del Globo, aunque pocas de ellas sepan en realidad a lo que están contribuyendo.

La megalomanía de esta mujer empezaba a darme miedo. Era, en cierto sentido, como las *ifnaffleim* de la leyenda, mujeres extremadamente hermosas pero desquiciadas cuya ansia por dominar el mundo las llevaba a cometer las mayores atrocidades.

Irna se levantó, dejando los cubiertos dentro del plato, y paseó alrededor de la mesa, diciendo con solemnidad:

—Señor Dass, estamos en el albor de un nuevo siglo. El mundo que ese siglo heredará no será un puzzle de países desorganizados y fronteras mal trazadas entre montañas, como el que las anteriores generaciones conocieron. Estará constituido por grandes bloques, de alianzas poderosas y de emperadores de muchos reinos, más que por modestos soberanos de un solo feudo. Llevamos casi dos milenios esperando que la fe nos salve, desde que a nuestros crédulos antepasados se les hicieron las Grandes Promesas. Pero esa salvación jamás llegó. Los vaticinios de paz y felicidad universales se quedaron en mera verborrea ahogada por la sangre de innumerables guerras. —Se aproximó a los ventanales. Su silueta adquirió contornos geométricos al superponerse a la vidriera, desde donde la contemplaba un preocupado San Jorge, ataviado con armadura de combate y una lanza manchada de sangre. Junto a ella, y apuntando con su ojo de metal a las alturas, yacía un pesado telescopio de tres patas—. Hay que dejar la superstición para el pueblo llano, señor Dass. Que sigan esperando cruces en llamas y milagros que jamás se harán realidad. Las mentes capaces nos hemos dado cuenta, hace ya mucho, de que si queremos milagros en este nuevo siglo tendremos que fabricarlos nosotros.

»La ciencia, señor Dass —me miró—, es el evangelio moderno; el desguace analítico de los prodigios que en otras eras los hombres atribuyeron a dioses sin nombre. Desde el instante mismo en que conocamos la mecánica de un milagro, como la electricidad o el movimiento perpetuo, podremos replicarlo y mejorarlo. Nuestros hijos ya no necesitarán invocar panteones llenando de flores un sucio altar para que les echen una mano en sus vidas. Serán capaces de crear sus propios milagros tirando de una palanca. Hace pocos siglos se dijo que el hombre no podría atravesar los mares, y navegó. Luego se afirmó con total rotundidad que jamás podría llegar a volar, y ahora nuestras máquinas surcan orgullosas los cielos. El dominio definitivo sobre la vida eterna y las pocas prerrogativas que les siguen quedando a los dioses trasnochados, como Yahvé o Aláh, pronto serán materia de estudio en los

colegios de un mundo unido y en paz. Y los infantes de ese mundo, al asimilar la mecánica del milagro, se reirán de nosotros en sus clases de historia y dirán: “mira qué tontos eran nuestros bisabuelos, que aún no habían logrado la eterna juventud...”.

»Por eso, señor Dass, y por muchas otras razones que ahora serían tediosas de explicar, las personas ilustradas como nosotros tenemos el derecho... No, el derecho no, permítame que me corrija: el *deber*, de legarles a nuestros hijos ese mundo de perfección tecnológica y de confort extremo. Un mundo en el que no serán necesarias las guerras porque los recursos serán infinitos, y todos los habitantes de la Tierra podrán disponer de ellos a su antojo. Aunque tengamos que traerlos de otros planetas.

El punto y aparte de su discurso sonó como un martillazo. Yo la miraba con ojos desorbitados, habiendo obtenido pruebas fehacientes de lo que antes sospechaba: estaba loca, rotunda e irremediabilmente loca.

Irna suavizó un poco su expresión de arrebató herético, y me sonrió.

—No cree una palabra de lo que estoy diciendo, ¿verdad?

Barrunté una disculpa.

—Este... pues, ejem, la verdad, yo...

—Venga, se lo demostraré.

—¿Cómo dice?

—Acérquese. —Se situó junto al telescopio—. Y observe. Se convencerá de que todo cuanto daba por cierto e inmutable hasta ayer, hoy no es más que una triste fábula.

Admito que me aproximé al aparato óptico con reluctancia, temiendo quizá una trampa que aquella mente desquiciada pudiera haber tramado contra mí. Se contaba que en una ocasión Cosme de Medici engañó a uno de sus enemigos para que mirase por un catalejo desde el cual, presuntamente, se podía ver el futuro de una persona. El incauto, al aproximar el ojo al instrumento, se dio cuenta demasiado tarde de que su futuro era el único previsible por el ser humano, la muerte, pues el aparato ocultaba una aguja disparada por un resorte que se le hundió hasta el cerebro.

Yo no quería mirar a través de aquel ojo y encontrarme con una punta envenenada dispuesta a clavármeme en la retina, pero no me quedaba más remedio. Recordé los guardias armados que custodiaban la barbacana, y pensé que era mejor seguirle el juego y confiar en la retórica de Irna que exponerme a ofenderla. Así que, con extremo cuidado, apoyé el párpado contra el anillo de madera que rodeaba la lente.

Lo que vi fue la Luna, inmensa, aparentemente al alcance de la mano, con su mapa de cráteres y sus océanos de polvo que, vistos en perspectiva, recordaban manchas en las alas de una mariposa celeste. Estaba solo la mitad de llena, y no distinguí en ella nada fuera de lo habitual; al menos, nada que poetas o astrónomos no hubiesen visto infinidad de veces. Así se lo hice saber a mi anfitriona.

Irna consultó el reloj de carillón de la pared.

—Aguarde unos instantes —me rogó—. Tiene que estar a punto de pasar.

—¿Pasar? ¿El qué? No veo nada ahí fuera que...

Enmudecí.

Sí que lo veía.

Un punto brillante, una esfera diminuta y gris que apareció de repente por la esquina superior derecha de la imagen y se desplazó muy lentamente, con una velocidad regular y un brillo decreciente, hacia la parte en sombras del satélite. Era como ver una bala abandonada en el viento; un pájaro que hubiese aprendido a batir las alas con una firmeza y una cadencia tales, que su vuelo fuera tan geométrico, armónico y majestuoso como la métrica de una sinfonía para piano.

Apreté todavía más el ojo contra el telescopio, olvidadas ya las amenazas de agujas mortíferas. Contemplé el vuelo de aquella partícula celeste todo lo que duró su paso por delante de la Luna, unos cuatro minutos y medio. Luego me volví hacia *frau* Irna, con una expresión de absoluta perplejidad derramada por la mano de un camarero irresponsable por toda mi cara.

—¿Qué... qué fue eso? —balbuceé.

—Eso, mi estimado Nordhal, es obra del hombre. —Cruzó los brazos de una manera muy masculina—. Verá, hace algunas semanas, desde territorio americano, los miembros de una sociedad de artilleros y fabricantes de armas conocida como Gun Club, no sé si habrá oído hablar de ella, dispararon un proyectil de veinte mil libras de aluminio hueco con destino a la atmósfera superior de nuestro mundo. — Esperó a que el dramatismo de esas palabras calara bien hondo en mi cerebro—. Para conseguirlo usaron un cañón gigantesco y más de medio millón de toneladas de algodón pólvora. ¡El espectáculo debió ser impresionante! Dicen nuestros espías que la fuerza de la detonación rompió cristales en Middletown, un pueblo que se encuentra a ochocientas millas del lugar del disparo.

—¿Un proyectil? ¿Qué clase de proyectil?

—Siéntese, por favor. Creo que lo necesita.

Y en verdad lo necesitaba. No sé si por arte de magia o por las siempre dispuestas manos de la servidumbre, una silla de estilo margerino apareció providencialmente bajo mis posaderas cuando mi cuerpo ya se negaba a mantenerse erguido. Otras manos solícitas conjuraron un vaso de agua y una servilleta, con la que procedí a abanicarme.

En aquel momento entendí muchas cosas, aunque procuré que Irna no se diese cuenta. Para empezar, comprendí con total claridad qué era lo que había visto en el condado de Johnston; qué era aquella columna de humo cilíndrica de un kilómetro de altura, y qué era lo que los americanos habían pretendido hacer rellenando con vigas de metal un profundo cráter entre montañas.

Era un cañón. Ni más ni menos que el mayor cañón de la historia.

Dada la inmensa cantidad de pólvora empleada, en lugar de fabricarlo de acero lo habían excavado en la tierra, en forma de profunda galería vertical, con las paredes mismas del valle haciendo de ánima. Al ser disparado, la explosión había desmenuzado la roca, colapsando el tubo sobre sí mismo y formando el cráter relleno

de tierra y cascotes que vi desde lejos. Un cañón gigantesco concebido para realizar un único disparo. Hasta ese momento no lo entendía, pero ahora...

—¿De verdad lo han hecho? —pregunté, temeroso de la respuesta—. ¿Han logrado colocar un proyectil en una órbita estacionaria?

—Usted mismo lo ha visto. Fue una bala redonda, de veinte mil libras de peso, con una trayectoria inclinada sesenta y cuatro grados con respecto a la posición del satélite.

—Pero eso... eso es imposible. —Hice unos rápidos cálculos mentales—. Un objeto así, para elevarse tanto, necesitaría una velocidad de salida de por lo menos...

—Doce mil metros por segundo. Es justo lo que se consigue con medio millón de toneladas de pólvora incineradas de golpe —asintió—. Pero aunque le choque, no es lo más impresionante de esta hazaña, señor Dass.

—¿No? —me atreví a preguntar, temiendo que mi castigado cerebro fuese incapaz de soportar más maravillas.

—No. Nuestros analistas aseguran que, ya que el proyectil era hueco (de no ser así habría pesado cinco veces más), los americanos lo han llenado con una mercancía que esperan que, una vez descansa sobre la superficie del satélite, haga llegar a nuestros amigos selenitas un mensaje de poderío terrestre.

—¿Qué mercancía es ésa?

Las cejas de Irna se espesaron.

—Humanos. Y unos cuantos perros destinados a aclimatar la especie canina en los yermos lunares.

Estuve a punto de sufrir un desmayo. Tuve que aproximarme a la balconada y tomar aliento mientras la dama y sus lacayos se ocupaban de mí. Al mirar hacia abajo, a la bastida del impresionante recinto amurallado, vi que unos lujosos carruajes se marchaban (sin duda pertenecientes a las personas que antes vi admirar los espléndidos salones), y que los guardias habían abandonado las almenas para dedicarse a otra tarea más ingrata: la de amontonar cajas precintadas de madera en unos carros, como si alguien estuviese haciendo una mudanza.

Entonces entendí qué era lo que estaba haciendo Irna con aquellos caballeros, y por qué había insistido tanto en el aspecto financiero de sus planes.

El que esto suscribe no había asistido aquella tarde a una reunión social entre la aristócrata y sus amistades de las altas esferas.

Había asistido a una venta.

## IV

# Diario fonográfico de Irma Hohenstaufen

*22 de Febrero. En mi palacete de invierno de Danzig. Entusiasmada y muy contenta de que por fin las cosas empiecen a marchar.*

Las últimas semanas han transcurrido veloces, demasiado para la ingente cantidad de cosas pendientes que abarrotan mi agenda. Dicto estos pensamientos en un momento libre entre dos reuniones con inversores, una sesión de puesta al día del equipo técnico y unos compromisos que tengo con el representante del voivodato para discutir la cesión de unos terrenos. ¡Uf! ¿Está permitido incluir interjecciones en un diario? Estoy agotada, pero la pura adrenalina me mantiene en pie, con muy pocas pero aprovechadas horas de sueño y el apuntalamiento vivaz de la alegría. Me siento satisfecha de mí misma. Por fin el plan comienza a adquirir visos de realidad, y no de ser una simple hipótesis bosquejada en un amonto de papeles.

La venta del castillo de los Alpes concluyó satisfactoriamente. Estoy segura que, de haber dispuesto de más tiempo, podría haber sacado hasta un veinte por ciento más. Pero tal y como está hecho nos viene de perlas. El afortunado fue el sha de Katmandú, un hombre inteligente a pesar de su aspecto de amigo imparcial de la botella y de contar chistes chocarreros. También es un pagador espléndido que no retrocede a la hora de la cuenta, lo cual es bueno. Esta inyección presupuestaria servirá para sufragar el viaje a Moscú, y para que el impaciente Chemov pueda comenzar a instalar el campamento base en la ladera del monte Chugach, en la América Soviética. Me ha enviado una media de cincuenta cartas en los últimos seis meses, detallándome sus ideas (un flujo interminable de creatividad que, por lo que me cuenta, le funciona sobre todo en ayunas) con las mejoras que piensa incluir en el diseño en cuanto empiece a llegarle el dinero. ¡Qué hombre tan eficiente! Parece como si fuese él, y no yo, el promotor de esta alocada idea que nos trae a todos de cabeza. Imagino, de todos modos, que debe ser un suplicio para él llevar tantos meses cruzado de brazos en Pribilof, el asentamiento más cercano al Círculo Polar del Imperio Ruso, a orillas del Yukón, y tener que aguardar semanas y semanas a que llegue el barco del correo. Un ojo no entrenado podría tomárselo como una especie de

sinecura concedida a su edad, como la cadena perpetua para un contrabandista anciano, pero para un hombre de acción un empleo descansado es la peor de las torturas.

No quiero decepcionar a Chemov, ni que pierda su impulso adrenalínico. Pienso traerlo a la Exposición Universal para que cambie un poco de paisajes y conozca a Nordhal, y de esa forma puedan ponerse a trabajar juntos en el proyecto del cohete. Ardo en ansias por averiguar qué pueden lograr dos mentes tan privilegiadas compitiendo una contra la otra con los mismos objetivos.

Nordhal. Cómo calibrar a este hombre.

Me ha costado un triunfo lograr que confíe en mí, y que cumpla con las tareas que le he asignado, la mayoría relativas a la geología del monte Chugach. Él aún no lo sabe, pero su contribución será decisiva. Chemov es mejor físico que geólogo, y necesito a alguien que entienda bien la mecánica de las fuerzas naturales para que el lanzamiento sea un éxito, y no muramos todos en el intento de cumplir ese viejo sueño de la humanidad: volar más alto que los mismísimos dioses, y contemplar sus viejas calvas desde arriba, para ver quiénes en los distintos panteones se cubren el cráneo con el pelo de la nuca, y quiénes usan postizos.

Nordhal todavía alberga cierto recelo hacia mí. Se le nota cuando estamos a solas, cenando o comentando el progreso de sus investigaciones. Para empezar, no le bastó con una confirmación directa de sus superiores del Servicio Secreto de que tenía que ponerse a mi servicio, sino que me ha exigido credenciales. ¡Como si mi nombre o el apellido de mi familia no le bastasen! En fin, tampoco quiero pecar de vanidad, así que le permití bucear un poquito en la pintura seca de mi pasado.

Contesté a preguntas sobre mi herencia, sobre las concesiones en las rutas mercantes que traen especias y minerales de las lejanas colonias para abastecer a Prusia, y de las cuales yo soy albacea (¡qué gran paralelismo con lo que pienso lograr si el proyecto llega a buen fin!, aunque de esto no le dije ni una palabra a Nordhal), y negué rotundamente mi pertenencia a organizaciones secretas que es indecoroso nombrar en voz alta. No lo ha dicho directamente en ningún momento, pero está claro que Dass sospecha que soy una perfectibilista, o algo igual de horrendo. Bien, voy a dejar que lo siga pensando. Solo las personas imprudentes y estúpidas pueden despotricar de un tema o un grupo humano que no conocen, declarándolos cismáticos, heréticos y merecedores de la horca. No creo que nuestro geólogo sea de esos.

Me pregunto qué diría Nordhal si se enterara de que también he vendido las concesiones sobre el tráfico de ultramar, así como todas mis joyas y los queridos violines de mi abuelo. Me tildaría de loca, seguro, pero cambiaría de opinión al enterarse de los potenciales beneficios de la misión, que superan cualquier patrimonio que una persona pueda tener en esta tierra. Literalmente.

En fin, he reunido al equipo europeo (Dass; Arno Silvestor, un socio capitalista que quiere formar parte de la expedición; y un colega del señor Dass, el inventor

Sigurd Garvorg, un anciano estrafalario pero agradable en el trato, con el que he trabado una cierta amistad). Juntos partiremos en el Transbielorruso con destino a Moscú el jueves, para unimos a la delegación prusiana que ya se encuentra en el recinto de la Exposición. Dass, en especial, es el que más objeciones ha interpuesto a realizar un viaje tan largo. ¡Si él supiera! Al parecer, no desea separarse mucho de un amor que tiene en Brandeburgo, al que no para de escribir cartas. Siento una gran empatía hacia un hombre enamorado. Aunque por el membrete de algunas de ellas, deduzco que en lugar de a la bella —intuyo— pretendiente, las epístolas van dirigidas más bien a su padre.

De todos modos vendrá. Nordhal, como buen intelectual, desea tanto como los otros asistir al mayor evento mundial de la ciencia, un acontecimiento histórico que, a tenor de la sombra que se cierne sobre Europa, puede que la próxima vez se celebre en Damasco.

Y hablando de sombras...

... Anoche asesinaron al Conde de Taurmania en Zirusk. Nadie sabe bien a qué grupo extremista adjudicar este atentado, pero lo cierto es que el suceso, como una tea arrojada sobre un colchón de paja, ha prendido con fuerza en las mentes de los líderes de la región colindante a Macedonia, verdadera frontera con el Imperio Otomano. Durante meses he temido oír una noticia similar. Sabía que la falta de previsión de los políticos había ido secando mechas que, encontrándose abandonadas de forma negligente sobre el tapete de la diplomacia, acabarían prendiéndose. Esta chispa dejará notar su humo y calor en las próximas semanas, en las que cada bando tratará de tirar un poco de la frontera en sentido opuesto, para ver hasta dónde está dispuesto a ceder el otro. El rey Guillermo ya ha advertido en otras ocasiones a Solimán Guzek II que no tolerará la presencia de jenízaros a este lado del Bósforo. Por los dioses teutones, eso es lo peor que se le puede decir a un rey de Constantinopla. La situación parece más tensa cada día, y la mecha de la que hablaba antes se consume a una velocidad cada vez mayor.

¿Qué nos aguarda al final? ¿Una gran guerra europea que se luche aquí, en los bellos campos de nuestro país de cuento de hadas? ¿En las montañas nevadas de los Alpes, o incluso en los Urales? Los otomanos han modernizado su ejército; ya no se basan en levadas tribales turcomanas, leales a los señores de la guerra de cada clan. Ahora tiene una fuerza poderosa que, al igual que nosotros, está haciendo hincapié en el aprovechamiento de la energía del vapor para saltar al siglo que viene. Los hijos de Solimán ya plantaron banderas de fuego en las mismísimas afueras de Viena no hace tantos siglos, igual que nosotros intentamos levantar nuestras catedrales en Jerusalén. En ciertas zonas aún puede olerse la sangre de las matanzas. ¿Se aproxima, acaso, la génesis de una nueva cruzada auspiciada por Papas locos?

A veces, por la noche, cuando está oscuro y hace frío y el amanecer parece que no va a llegar nunca, suelo darme ánimos con este sofisma: lo que motiva las guerras es la falta de recursos. En una tierra con recursos infinitos ya no hará falta forjar

cañones, sino arados. Pero lo cierto es que hay más factores que espolean la codicia y la demencia de los hombres, no solo la tierra o el combustible. Y algunos son tan intangibles como el propio miedo a la muerte, que hace defender una religión u otra por encima de las demás dependiendo de qué paraísos emplace cada una en el Más Allá.

No me es difícil imaginar al gran amor de Dass, una chiquilla sin duda mucho menor que él, con el pelo a la deriva y las mejillas al rojo vivo. Eso y una sonrisa radiante constituían, al menos en mi imaginación, el cebo adecuado para que la gente se acercara a ella con ánimo de trabar amistad y adentrarse en la perfecta existencia que la envolvía como una cáscara de nuez. Los veo a ambos armados con sonrisas cómplices, sentados en el banco de algún parque, haciéndose promesas respecto al futuro que ninguno sabe si verán cumplidas. Ahora Dass tendrá que dejarla; se marchará a una tierra muy lejana y revivirá en silencio esos últimos momentos a solas, preguntándose cuándo volverán. La chica regresará a casa con un sentimiento de culpabilidad que no le dejará tranquilos los dedos en una pugna por liberar de bucles su pelo, su vestido, toda su vida. Sin duda su corazón desea matar el deseo a arañazos con Nordhal sobre las piedras del suelo, pero el pudor y las formas sociales no le dejarán hacerlo. El momento clave estará destinado a que cada cual reviva en silencio aquello que lo hace más humano, manteniéndose latente el gozo hasta que el resto de los sentidos lo desmantele.

Estoy yéndome por las ramas, lo sé, pero es que cuando una vive sola, sin historia de amor propia a la que aferrarse, no tarda en buscar consuelo y ejemplo en los dramas de los demás.

Miro por la ventana. Unas cigüeñas descienden haciendo espirales, posándose para tomar el sol en los agudos aguilonos de la iglesia de San Ezequiel. No pertenecen a esta ciudad, pero como los jenízaros o los hospitalarios de otros tiempos, cruzan sin ver las fronteras buscando trigo de otra clase, cañamón con otro gusto. Realmente es una mala idea pretender desatar una guerra en la que se vea envuelto todo un continente (y no hace falta que enumeres los porqués, ¿cierto, Irna?), pero lo peor de las malas ideas es que poco a poco las malas personas se acostumbran a ellas. Y en este caso, me temo que la maldad campa a sus anchas en ambos bandos. No solo en Europa, sino más allá del mar, pues la siniestra y encorvada figura del presidente del Gun Club, Charlyon Hensthon, se cierne sobre mis planes como una putrefacta, anhelante y escabiosa mancha de aceite. Es un hombre fanático y poderoso, con más dinero en sus arcas que yo en las mías, y poseedor de un tono de voz grandilocuente y casi mesiánico (de profeta bíblico, me aseguró una vez un conocido) que empuja a sus correligionarios a atravesar los peligrosos mares en pos de sus objetivos. Es un fundamentalista absoluto de las armas, que de seguro hará todo lo que esté en su mano para impedir que nuestro proyecto de pisar la Luna obtenga más éxito que el de sus compatriotas.

Hace tan solo cinco años, cuando tuve la Gran Idea (así, con mayúsculas) sentí

pavor ante la certeza de que la inestabilidad política y la guerra en un escenario tan turbulento como nuestro Viejo Continente darían al traste con mis planes. Pero claro, no podía imaginar dos cosas:

Dass, es decir, la esperanza.

Y Charlyon, es decir, el peligro.

Como decían los devotos de un antiguo juego de contacto inventado por la dinastía Han, en China, y que se practicaba con una bola de cuero relleno (*tsu chu*, creo que se llama)...

... Ojalá el primero gane por goleada.

*23 de Febrero. En mi palacete de invierno de Danzig. Es la hora.*

Sí, ha llegado la hora de contarles a los miembros del equipo la verdad. Por qué están aquí, y a qué se deben sus esfuerzos. Solo Arno y Nicolás lo saben, pero no está de más que hagamos una pequeña declaración de intenciones, más que nada para que nadie se desvíe prematuramente del sendero. Me repetí esta misma frase una y otra vez esta mañana mientras apartaba las sábanas, me daba un baño caliente y descendía el caracol negro de la escalera. Mis compañeros (me resisto a llamarlos subordinados, aunque en el fondo es lo que son) estaban desayunando. Tomé aliento antes de entrar en el comedor, hinchando los pulmones con todo el aire que encontré en el pasillo, y franqueé la puerta.

Arno fue el primero en levantarse. Es un aristócrata sin título chapado a la antigua, alto y delgado, con un flequillo juguetón que apenas aguanta unos minutos pegado a la colonia para descolgársele por la frente a modo de crin. La piel blanca y los modos refinados, así como el bigote perfectamente recortado, lo encorsetan en la imagen de padre de familia recto y disciplinado que tan bien le viene para sus negocios. Es persona de salón e iglesia, y si se ha sumado a mi particular cruzada, es por los beneficios tan enormes que caerán en sus manos si tenemos éxito. Y por una cierta atracción que mi figura parece ejercer en él, todo hay que decirlo. Arno me trata con la delicadeza de un viajante de porcelanas, y tiene esa aureola de miedo infantil de los amantes primerizos que sugiere que está siempre a punto de declararse, pero que con la misma facilidad encuentra una excusa para no hacerlo.

A su lado se encontraba Dass, con ese bigote y la perilla acabada en punta que lo hacen parecer un domador de búfalos europeizado. Es un poco más atractivo que Arno, y más bajo de estatura, pero su frialdad en el trato hacia mí dilata la distancia que nos separa. O al menos, la hace más impracticable. Al parecer, Nordhal proviene de una familia de militares condecorados, de esos que se atribuyen batallas en el seno del ejército como si solo ellos hubiesen participado. La picaresca de los soldados enseguida había conjugado su apellido con la fama de mujeriego de su padre para crear su sobrenombre, *Dasserweld*<sup>[8]</sup>. Estoy segura de que a Dass no le hará ninguna gracia enterarse de que mis informadores han destapado esa parte de su pasado.

Sigurd Garvorg permanecía sentado junto al geólogo, mirando con detenimiento un tenedor de cobre. Mostraba un desmesurado interés en ese material tan barato. En verdad que parecía un viejo loco rescatado del sanatorio por sus compañeros de aventuras. A mí no me importaba que estuviese mentalmente enajenado, con tal de que no acosara a mis sirvientas y aportara sus extensos conocimientos de alquimia a la expedición.

Nicolás, uno de los dos miembros no prusianos del grupo, no podría haber llegado a tiempo desde Alaska aunque hubiese querido. Por fortuna para él, yo pretendía registrar en fonógrafo toda la conversación para enviársela por paquete postal. Así sabría a qué atenerse no solo por mi parte, sino también escuchando las reacciones y alegatos de sus compañeros. Ojalá hubiese una manera de registrar en esos cilindros imágenes además de la voz; tendré que consultar a mis sabios una vez todo esto acabe, a ver si se les ocurre una solución ingeniosa.

El que sí pudo acudir fue el otro miembro extranjero de la expedición. No había podido presentárselo a los demás hasta aquel momento, pues desembarcó del vapor *Portento* esa misma mañana, proveniente de la India. Descendió detrás de mí las escaleras, ya que se alojaba en la misma ala del palacete. Estaba segura de que, al verlo (u oírlo hablar) los caballeros tendrían que sujetarse sus apelmazados bigotes para que no se les cayeran de la impresión.

Cuando entré en el salón, la sirvienta, una mujer que ya había estado al servicio de mi padre antes que al mío, discutía con Arno la cantidad de sal del segundo plato. Al verme, ambos se tragaron a medias sus invectivas (él sus insinuaciones de que para ser contratada como cocinera, antes la persona debía tener manos; y ella las suyas de que los paladares demasiado finos había que untarlos con grasa antes de darles a probar ni siquiera el aire).

—¡Señora Irna! —exclamó Arno, poniéndose en pie y alisando los pliegues de su chaleco, todo en un solo movimiento. Dass se secó los labios con una servilleta e hizo lo propio.

—Siéntense, caballeros. Disculpen que no haya bajado antes para acompañarlos, pero estaba... bueno, son asuntos de índole femenina, que conviene dejar arreglados antes de ceñirse un corsé. Ustedes comprenderán.

—Claro, claro. —Con su habitual gusto por la adulación, Arno esperó con la silla de tipo imperio apoyada en las patas delanteras a que me acomodara. Pero antes de darle ese placer, me dirigí hacia una mesa consola sobre la que descansaba el fonógrafo y lo puse en marcha. Mis invitados esperaron con extrañeza a que el aparato destejiera la sueva música cautiva de aquel tambor, pero lo que siguió fue un polvoriento silencio. Su punzón y su diafragma actuarían como oídos y como memoria infalible, no como cuerdas vocales.

Ocupé la cabecera de la mesa. Arno y Dass me observaban intrigados. Por mi expresión ya tenían que haber adivinado que no se trataba de una reunión normal.

—Caballeros, y me refiero a los cuatro, incluido el que ahora no está presente —

miré de reojo a la campana del registrador, que en ese momento, además de mi voz, recogía el *puf puf* que hacía la pipa de Nordhal al encenderse—, quisiera empezar esta reunión con buenos deseos para el futuro. Para nuestro proyecto, y para la buena marcha de las relaciones diplomáticas de nuestra nación, que como ya sabrán se han puesto en funcionamiento como consecuencia del asesinato del Conde de Taurmania. Supongo que todos los periódicos hablarán hoy de ello.

Arno asintió, y dejó caer en mitad de la mesa un ejemplar doblado del *Nuncio de Brandeburgo*.

—El Gran Pensionario no ha parado de hablar de eso esta mañana, en su discurso ante el cenáculo de los gremios —dijo el aristócrata—. Por lo que refiere el *Nuncio*, su discurso ha sido más bien pesimista.

—Es lo que me temía —barrunté—. Si nuestros líderes son los primeros en perder la esperanza en un diálogo amistoso entre países, pocas opciones nos quedan. —Miré a Dass, y para que quedase registrado el gesto notifiqué en voz alta «*miro a Dass en este momento*», cosa que dejó aún más perplejos a mis contertulios—. Nordhal, has estado trabajando en el problema de la resistencia de los sólidos a las ondas energéticas, ¿no es cierto?

El geólogo asintió, recordando mi experimento con la copa y la concertina.

—En efecto. Y creo haber dado con una solución al problema. —Se apartó la pipa de los labios—. Normalmente, la disposición equilibrada de las moléculas en una materia cristalina la vuelve sensible a los armónicos, que actúan como cuchillas a ciertas frecuencias, desbaratando esas uniones. Algo parecido sucede con los materiales más duros, como el hierro, frente a ondas de mucha mayor potencia, como las sísmicas.

—¿Se puede obtener un diseño aplicable a un aparato que minimice los efectos de esas ondas?

Dass inclinó la cabeza en un ángulo raro.

—Sí y no. Verá, Irna, los materiales terrestres no son infinitamente duros. Se parten si los sometemos a la presión adecuada; solo hay que medirla y tener un instrumento lo suficientemente potente que la ejerza. Pero tal vez... —sonrió con picaresca— la solución para que no se fragmenten no radique en su tenacidad. Como es imposible obtener un material insensible al cien por cien a la presión, deberíamos buscar uno que no fuera tenaz, sino elástico. Un objeto que ya está partido no se puede partir otra vez, ¿no es cierto?

—¿A qué se refiere? —preguntó Arno, arrugando el entrecejo—. ¿Qué quiere decir con que «ya esté partido»?

Nordhal me contestó a mí, evitando cruzar sus ojos con los del aristócrata. Parecían caerse mal entre ellos, pese a que, vistos desde fuera, ambos estaban cortados por un patrón similar. O tal vez fuera por eso.

—Quiero decir fabricado con un material que encaje la presión deformándose, no partiéndose. He estado hablando con algunos de mis colegas de la Universidad de

Viena, y están de acuerdo en que sería factible. —Descargó una mano sobre el hombro de su amigo, Sigurd, que seguía absorto en el tenedor—. Si esta eminencia me echa una mano, creo que podría tener un primer diseño de fuerzas dinámicas sobre su mesa en uno o dos meses.

El anciano sonrió, con sus ojos saltando de aquí para allá. Yo me recliné en la silla, cruzando pensativa las piernas. Llevaba puestos unos pantalones blancos bajo el corsé, por lo que no me daba ningún reparo recurrir a ese tipo de gestos en presencia de los caballeros.

—Estupendo —aprobé—. Una vez hayamos ensayado con el material, le diré qué forma tendrá la cápsula que construiremos.

Esta vez fue el ceño de Nordhal el que perdió la lisura.

—¿Cápsula? —dio un respingo—. ¿Cómo que cápsula? —Me lanzó una mirada cortante—. ¿Qué es exactamente lo que pretende construir, señora Irna?

Los miré a todos a los ojos, uno por uno. Y luego lo solté sin más preámbulos. Ellos se lo merecían, y yo lo necesitaba:

—Una cápsula en la que pienso embarcarme para remedar, o mejor dicho, para *mejorar*, la hazaña del Gun Club de disparar hombres a la Luna.

Silencio.

La pipa de Dass produjo un ruido sordo al caer sobre la alfombra, esparciendo su contenido. Esto lo registró también el fonógrafo, así como la retahíla de imprecaciones que la sirvienta lanzó de fondo mientras acudía para recoger la ceniza.

Dass tuvo que afianzar sus manos en la mesa de caoba para no seguir los pasos de la pipa y desplomarse.

—¿¡Qué!? —estalló—. ¿Qué demonios está diciendo?

—Lo que ha oído con perfecta claridad, señor Dass. —Mantuve una expresión ecuánime—. En mi castillo le dije que esta empresa iba a ir más allá de lo que los grandes conquistadores de tierras lejanas hicieron en el pasado. Pues, ¿qué tierra más inaccesible ha habido para el hombre desde los tiempos del Génesis que la faz de su propio satélite?

—¡Yaaaahooo! —gritó Sigurd, casi encaramado a la mesa por la emoción—. ¡Por fin! ¡Ya era hora de que alguien se atreviera a hacerlo!

Nordhal le espetó:

—¿Pero no ves que lo que dice esta mujer no son más que sandeces?

Me hice un poco la ofendida, pero la réplica fue sosegada.

—Usted mismo vio la cápsula de los americanos en una de sus vueltas alrededor de la Luna, señor Dass. Si yo le hubiese propuesto que participara en algo así hace solo un año, le habría perdonado que me tildase de loca. ¿Pero después de lo que ha visto? Locura sería darle la espalda a esta nueva rama de la ciencia que acaba de nacer con una titánica explosión de pólvora: ¡la astronáutica!

—Sí, es cierto que vi algo —concedió el geólogo—, pero aún así, aunque aquel punto luminoso y lejano fuese una nave sideral, nada nos garantiza que sus ocupantes

sigan con vida. ¿Se imagina usted la complejidad de los cálculos necesarios para disparar un proyectil de ese peso y acertar en una diana que está a cientos de miles de kilómetros, por más que ésta sea del tamaño de un planeta? ¡Ni con una máquina infalible y sorprendentemente veloz para hacer ecuaciones sería posible! —resopló—. De hecho, ¿cómo diantre pensaban frenar su caída a la Luna, si la cápsula es esférica? ¿O evitar las frenéticas revoluciones sobre su eje? ¿Y cómo pensaban despegar de nuevo para volver?

—No poseo aún esos datos —admití—, pero el señor Silvestor ha estado haciendo averiguaciones en la embajada americana de París.

Arno se aclaró la garganta.

—En efecto, querida Irna —dijo con voz petulante—. Pero me temo que las bocas de los comisionados gustan de permanecer bien cerradas, por más que les pique la curiosidad por probar un delicioso bizcocho untado de *merroshierz*. —Esta expresión aludía a otro tipo más prosaico de ungimiento, en este caso de dinero, y era común entre los prestamistas de Prenzlau—. Pese a todo he logrado deducir, más que sonsacar, algunos datos nacidos de esas boquitas prudentes. Los pajarillos me dicen que el diseño de la cápsula americana no incluía forma alguna de regresar a la Tierra, sino que el plan original era contactar con una raza de selenitas, si es que éstos existen, y solicitar su ayuda.

—¡Qué locura! —exclamó Sigurd. Dejó el tenedor tranquilo en el plato—. ¿Se han arriesgado a subir hasta allá arriba sin tener un plan de escape? ¿Y si al final resulta que el satélite no posee atmósfera? ¿Puede haber vida selenita sin oxígeno?

—Existen ciertos libros que pueden arrojar un poco de luz sobre ese asunto —intervine para tranquilizarlo—. Hay personas de renombre que han efectuado concienzudos estudios sobre esto, y a tenor de sus conclusiones creo poder asegurar que sí hay una atmósfera, aunque tenue, rodeando la Luna. Y que es apta para que la respire el hombre.

—¿Cómo está tan segura? —preguntó Nordhal, deseando atraparme en una contradicción.

Fui hasta una estantería con libros y elegí unos cuantos ejemplares vetustos. Esperaba que esa pregunta surgiera antes o después, así que tenía preparada mi respuesta.

Coloqué los libros sobre la mesa. Una onda de polvo se expandió como un anillo fantasmal.

—Azarquiel, uno de los más insignes astrónomos reunidos por el cadí Ibn Sa'id en Toledo, España, recogió en sus famosas Tablas Toledanas unas observaciones que él mismo hizo valiéndose de una azafea<sup>[9]</sup> —comencé—. Este sabio observó que el movimiento del satélite alrededor de la Tierra no sigue una trayectoria circular, como hasta entonces se pensaba, sino elíptica y ligeramente basculante. Lo explicó por la existencia de grandes depósitos de agua en el interior de la Luna. El agua, que como saben se comporta como un material magnético en determinadas circunstancias,

ejerce de compensador del peso e interactúa con el campo terrestre para dotar al satélite de ese movimiento tan excéntrico. Este balanceo, o libración, es lo que nos permite ver un porcentaje mayor de su disco en determinadas épocas del año. —Dass había cogido el libro de Azarquiel, pero se fijó sobre todo en los esquemas y dibujos, pues se trataba de su traducción al egipcio, la única que se conservaba íntegra—. De esto colegimos que, habiendo masas de agua, tiene por fuerza que haber masas de vapor, en tanto que en la cara iluminada de la Luna la temperatura no baja nunca de los cien grados y eso crea un diferencial térmico. Y si alguien se pregunta por qué estos vapores no forman nubes...

—Esa era la siguiente cuestión que iba a plantear, sí —barruntó Sigurd.

—... Hay que acudir al segundo libro para buscar una explicación —expuse, tomando de las manos de Silvestor un ejemplar en rústica de *Las Protosondas Espaciales*, de Fileppo Cardomani—. Según las memorias de este investigador del Extremo Oriente, el estratega chino Zhuge Liang desarrolló linternas flotantes para sus campañas militares, algunas de las cuales, de gran tamaño, llegaron a transportar hombres. Estos asiáticos fueron los antecesores de los aeronautas de la era Montgolfier. Pues bien, según las historias que se cuentan sobre la dinastía Liang, extraídas de las ánforas pintadas con iconomorfos, uno de sus hijos, Xia Wei, fue el orgulloso tripulante de una linterna de casi cien metros de diámetro.

—¿Un hombre tripulando una linterna china? —se asombró Arno.

Yo asentí.

—No olvidemos que fueron los predecesores de los modernos zeppelines. Pues bien, al parecer Xia Wei ascendió tanto en su linterna gigante que sobrepasó el manto de nubes. Tras un duro viaje de unas cuatro semanas en las que se vio obligado a cazar pájaros para alimentarse y beber agua de lluvia, logró alcanzar la Luna. Sé que este relato suena inverosímil, a leyendas arcaicas para entretener a los niños, pero existen indicios de que este temprano y arriesgado viaje cosmológico pudo tener lugar, en realidad. —Abrí el libro de Fileppo por una página donde el autor incluía dibujos de cómo podría haber sido construido este aerostato primitivo—. Varios meses después, cuando Xia Wei regresó al palacio de su padre, medio muerto de hambre y de frío, trajo consigo unos pocos ejemplares de la vida lunar. En concreto, y según los dibujos encontrados en las ánforas de Hubei, unas plantas y unos cuantos animales de extraña fisiología. Xia afirmó que en la Luna no había nubes, pero que se podía respirar un aire frío y malsano que, al llegar el momento en que la Tierra se encontraba en el cénit, era atraído por ésta en forma de gigantescas columnas de gas que atravesaban el vacío.

—Es increíble... —siseó Arno—. O sea, que tal vez podamos encontrar columnas de gas que conecten los dos mundos como un cordón umbilical.

—Es posible, aunque yo no lo daría por sentado hasta haberlas visto y olido con mi propia nariz. Si existieran, serían los canales perfectos para que funcionase un comercio de zeppelines entre ambos mundos —sonrió Dass, lanzándose sin pudor a

la parodia.

—Por último, tenemos el testamento de un monje carmandino del siglo XIII —continué, enojada—. En él asegura que, durante el asedio de su monasterio por unos bandidos, un ángel acudió para llevárselo al cielo y rescatarlo de la masacre. Pero lo asombroso no es eso, sino la descripción impactantemente tecnológica que una persona que vivió hace varios siglos hace de tal ángel. Escuchen.

Les mostré una traducción directa del latín de dicha obra, que decía así:

«Abrí los ojos y vi un mensajero, flotando sin esfuerzo por encima del incendio. Sus ojos sin pupilas estaban perdidos en la distancia. Las manos con dedos de cera permanecían juntas en posición suplicante. Dos gárgolas con los caños de sus bocas dirigidos hacia el suelo expulsaban vaharadas de gases. Agujas y números encerrados en burbujas de cristal oscilaban marcando ignotas conclusiones en puntos clave de su cuerpo. El mensajero emitía un rugido innatural al expulsar los gases de sus divinas tripas, como si aquel vientre albergara furibundas hogueras celestiales...».

Tras leerla en voz alta, procedí a buscar otra página donde se continuaba el mismo relato.

—Aunque faltan algunas partes del relato, puede deducirse que el ángel engulló de alguna manera al monje y lo transportó hacia arriba, desafiando la gravedad, como un pasajero en su panza. Los siguientes párrafos dicen:

«El mensajero estaba frío, muy frío. Su matriz era un recinto extraño, lleno de formas irreconocibles y amenazadores aparatos que parecían moverse por sí mismos, sin fuerza animal que los impulsara. El sonido y el olor eran irreales, tan extraños como aquellos colores apagados que lustraban las paredes. Las juntas de su piel estaban surcadas por infinidad de canales por los que circulaban fluidos, con orificios en algunos puntos que dejaban escapar de vez en cuando chorros de aire caliente. Pese a esta improvisada calefacción, mis dientes tamborileaban al ritmo de la lenta letanía del padrenuestro.

Sentí una pesadez muy grande en los primeros momentos del viaje, como si el Cielo estuviera muy lejos y fuese necesario viajar a enormes velocidades para alcanzarlo. ¿Tan distante estaba Dios de los hombres? ¿Había muerto yo, o solo se trataba de una prueba, de una Revelación?

(...) Presa de un fervor renacido, me impulsé hacia arriba, chocando contra los soportes del tajar, y miré a través de los ojos cristalinos del ángel. Mi mente estaba preparada para paisajes idílicos, para ejércitos de querubines cantando al son de arpas de luz; caminos excavados en océanos

alimentados por ríos de sangre, lenguas de fuego aureolando bosques de zarzas ardientes, y millones de almas de cristianos y herejes convertidos rodeando con sus brazos los pilares de la Jerusalén celestial. Pero lo que vi entonces fue mucho más increíble que todo eso.

A través de aquellos ojos diáfanos alcancé a ver una gigantesca esfera azul y blanca, flotando en la noche a una distancia imprecisa bajo mis pies. Grandes manchas marrones y grises se escondían bajo las pinceladas argentinas de inmensos mares de nubes. Distinguí océanos marcando fronteras de espuma contra costas que nadie cartografió jamás, ríos y mares uniendo sus cimbreados dedos formando un enorme tapiz asimétrico, que dibujaba sus contornos a través de ciudades y países, de valles y montañas...».

—¿Usted se cree esa historia? —preguntó Dass, con suspicacia. Yo encogí los hombros.

—*A priori* parecen los delirios de un monje enfermo, lo sé, pero hay dos aspectos de esta historia que merecen ser considerados: el primero, que la descripción industrial que el monje hace del interior del «mensajero» es demasiado radical y geométrica para su tiempo. Parece como si en vez de un artefacto hecho de madera e impulsado por una fuerza hidráulica (es decir, la máxima expresión tecnológica de aquella época), este hombre hubiese visto un panorama industrial moderno y se esforzase por describirlo. Y el segundo, que una vez concluido su viaje celeste, el monje afirma haber sido depositado en una especie de «santuario celestial» que, según le contó el propio ángel, distaba aproximadamente 197.500 toesas<sup>[10]</sup> de la superficie de la Tierra. —Tabaleé con los dedos en la mesa—. Hagan unos cálculos rápidos, caballeros, y verán que esa es precisamente la distancia media entre la Tierra y la Luna, calculada con instrumentos modernos. ¿Cómo podría haber llegado un monje apenas cultivado del siglo XIII a tan certeros cálculos?

»Además, en su texto describe un planeta azul y *esférico*. Ahí es donde radica el principal detalle. En aquella época aún se seguían las enseñanzas de Tales de Mileto sobre que la Tierra era un disco plano que flotaba en el elemento universal, el agua. Cualquier opinión contraria era perseguida bajo acusación de herejía. La esfericidad del planeta no se introdujo en Europa hasta mucho después, aunque como idea ya gozaba de prestigio en el mundo musulmán.

—Es asombroso —musitó Dass, cada vez más convencido de que mis argumentos cuadraban, al menos respecto a ellos mismos. Aunque por su expresión, seguía opinando que eran delirios—. ¿Coincide acaso la descripción que ese hombre dio de la superficie del satélite con la que ofreció el hijo del general chino?

—En muchos puntos, aunque dudo mucho de que aquel monje supiese que había llegado a la Luna. Más bien estaba convencido de que aquello era el Cielo, según lo entiende la mitología cristiana —contesté, echando mano de más papeles—. Fijaos en

la siguiente descripción del «santuario»:

«Me encontraba en el interior de un gigantesco hemisferio lleno de objetos tan aberrantes que carecen de palabras que los describan. Una vez, en mi juventud, un erudito me confesó que había inventado el vocablo “kinesto” para designar a las construcciones capaces de movimiento rápido e independiente, como la compleja maquinaria que se esconde dentro de los molinos y que se mueve por el empuje sin par del torrente.

En aquel momento vi cientos, no, miles de kinestos trabajando en perfecta armonía por todo el recinto. Eran engendros feos e incomprensibles, con multitud de patas y orificios por los que expulsaban gases parecidos a los del mensajero. Se afanaban en prensar segmentos aislados de un interminable y luenguísimos río de papel increíblemente blanco, y escribir signos sobre él; un ruidoso ambiente como de miles de patitas de insecto moliendo tinta con la forma de sus asimétricas articulaciones.

Sentí un temor reverencial cuando me acerqué a una montaña de decenas de metros de altura de ese papel sucio de palabras, y supe que estaba contemplando la letra de Dios: escritura segmentada, orientación vertical, icomorfos...».

—¿Icomorfos? —me interrumpió Sigurd.

—Ideogramas con significado complejo, semejantes a los de la lejana China —aclaré—. O esos creen mis expertos en leyendas antiguas. De todos modos, me resisto a hablar de contactos de seres selenitas con las primitivas civilizaciones de la Tierra. Hay quien interpreta esta historia como la crónica de un rapto por parte de una especie de nave alienígena y la posterior reclusión de la víctima, en este caso el monje, en una especie de biblioteca celestial. —Torcí el gesto, sabiendo que unas teorías tan esotéricas iban a calar poco profundo en el talante de mis compañeros—. De ser así, implicaría que los selenitas poseen un nivel científico más avanzado que el nuestro... lo cual no debe ser descartado a la ligera.

Dass resopló. El continuo girar y raspar del tambor del fonógrafo ya nos estaba afectando a todos, como un molesto zumbido de tábano.

—O sea —dijo a modo de resumen—: Que podemos fantasear con que al menos exista una tenue atmósfera respirable alrededor de la Luna. ¿Será suficiente como para mantener vivos a los miembros del Gun Club y a otros viajeros cuando lleguen allí?

—Esa es precisamente la gran pregunta, señor Dass —convine—. O en palabras de Copérnico, el punto sobre la i.

—Ninguna expedición debería ser organizada antes de tener resuelto un asunto tan importante, ¿no creen? —sonrió Arno.

—En efecto. Pero en prevención de lo que ocurra una vez aterricemos en la

Luna...

—¡Querrá decir alunicemos! —corrigió Sigurd, mostrando la dentadura. Sus dientes eran amarillos y descolocados, como si tras tantas décadas de hincarlos en las teorías científicas más extremas, la corona hubiese barajado espontáneamente las piezas.

—Alunizar, correcto... —asentí—. Necesitamos nuevos términos para nuestro diccionario particular. Como iba diciendo, en previsión de ese tipo de inconvenientes, así como de otros que nos veremos obligados a resolver tarde o temprano, se hace cada vez más necesaria una recopilación de los más avanzados conocimientos de aeronáutica y supervivencia en entornos hostiles que posee, a día de hoy, el ser humano.

—¿Y dónde adquiriremos esos conocimientos? —intervino Dass—. Estando a merced de que cada país ponga precio a sus secretos, tardaremos años en subir a la Luna. Y sobornarlos costaría una fortuna aún mayor que la se va a gastar en esta... —iba a decir «locura», pero le pudo la cortesía—... odisea.

—En circunstancias normales sería así, Nordhal. Pero los secretos tecnológicos pronto dejarán de estar dispersos por el Globo para ser recopilados y mostrados en un único espacio. Un inmenso paraninfo de la tecnología y las artes que se está construyendo en estos mismos instantes en Moscú.

—¡La Exposición Universal! —exclamó Sigurd, emocionado, saltando como un grillo de su asiento.

—Prepárense para hacer un viaje en tren, caballeros —sonreí—. Un viaje muy largo que nos llevará hasta las estepas centroeuropeas, allá donde pocos occidentales han estado nunca. Los Estados Soviéticos Decembristas van a brindarnos la oportunidad de conocer no solo a grandes personalidades de la ciencia, sino también de hacernos con sus más recientes inventos. Seguro que muchos nos serán útiles en la odisea selenita que nos espera.

Los caballeros se pusieron en pie, pues alguien más había entrado en la habitación. Era el sexto miembro del grupo, al cual había pedido expresamente que aguardase hasta ese momento para hacer su entrada. Así no distraería con su presencia a los demás en el análisis de la situación.

—Hace un rato, Nordhal, usted se refirió a la dificultad de calibrar un disparo para que impacte en una diana que, aunque enorme, se encuentra a cientos de miles de kilómetros de distancia sobre nuestras cabezas. Para ello se necesita una mente genial y dedicada por entero al mundo de la física y el cálculo natural de las matemáticas. —Extendí una mano hacia el recién llegado—. Señores, permítanme que les presente a nuestro genio particular, recién llegado a Europa desde los mismos confines del mundo. Su alteza Ashaali Rimandra, del principado sij de Punjab.

—Por favor, llámenme Asha... —dijo una aterciopelada voz femenina, en un perfecto alemán.

No les había hablado a ninguno de ellos sobre esta nueva incorporación al grupo,

ni siquiera a Silvestor, y su entrada en escena produjo el efecto que esperaba. El título de alteza real era suficientemente impactante como para generar una especie de temor reverencial, pero ver a aquella joven hindú de tan solo veintidós años ataviada con su sari repleto de colores, sus brazaletes y anillos de oro y el arhmadri que le enlazaba con una cadenita una de las aletas de su preciosa nariz con el lóbulo de la oreja, era capaz de sobrecoger al hombre más estoico. Asha no poseía unas facciones hermosas, al menos para los estándares europeos: la desmesurada nariz aguileña, la barbilla huidiza y unas cejas trazadas a buril podían resultar atractivas en una región del mundo donde la mayoría de las mujeres compartían esos rasgos. En mi país, sin embargo, a cualquier hombre se le antojarían demasiado tajantes como para encajar en el delicado trazo de ninfa por el que medimos la belleza caucásica. De todos modos, los caballeros se sintieron impresionados ante la manera como aquellos ojos, de un marrón hundido entre pestañas de carbón, los miraban. Eran unos pozos que dejaban traslucir una inteligencia y un saber estar que, de haber sido cultivados dos o tres generaciones atrás en su misma familia por medio de la eugenesia, no habrían resultado más puros y perfectos. Asha era una joven con una inteligencia prodigiosa (mucho mayor, con toda probabilidad, que la de ningún otro miembro del equipo) y dirigida casi exclusivamente al cálculo integral, una rama de las matemáticas que bien podría haber sido lenguaje de dioses o de ángeles.

Los caballeros se quedaron sin habla. Miraban sin pestañear a la joven, aturdidos y sin saber exactamente cómo comportarse, si el título de alteza requería que hiciesen un movimiento o un saludo urgente. Yo puse los brazos en jarras, calibrando al grupo como una maestra orgullosa de sus alumnos.

—Señores, el equipo ya está completo —informé—. Como dijo Napoleón, ahora y solo ahora podemos marchar hacia Rusia.

## ACTO SEGUNDO

### **De volcanes y de hombres**

*Donde los pioneros ponen rumbo a lo desconocido,  
la codicia de los hombres  
demuestra ser el principal motor  
de la civilización,  
y la madre naturaleza promete poner  
su explosivo granito de arena.*

## V

### **Del diario de Nordhal Dass (en taquigrafía)**

*1 de Marzo. En el Transbielorruso con destino a Moscú.*

El suave y continuo traqueteo del coche restaurante ha perdido su capacidad de inducirme un estado de sopor, como en los primeros días de viaje. Intuyo que mi cuerpo se ha acostumbrado al relajante trote de estos caballos de vapor, los cuales, al contrario que los que calzan herradura y clavo, ni corcovean ni relinchan salvo para vomitar una sinuosa columna de humo.

Todavía no sé qué hago aquí, en mitad de Polonia y rumbo a las estepas rusas. Comencé este diario como uno de mis informes rutinarios de misión, pero ha derivado sin quererlo hacia la añoranza de mi querida Ginka. ¡Oh, Ginka, Cunegunda de nacimiento, en honor a la famosa archiduquesa! ¡Cómo sufre mi corazón al tenerte tan lejos! Durante las últimas noches he soñado una y otra vez con una imagen terrible, la cual me empeño en considerar cierta: te imagino sentada en tu escribanía favorita, guarnecida de timbre, pluma y salvadera, leyendo mi última carta y manchando de lágrimas tu rostro. Después de abandonarte sin apenas cruzar una palabra cuando me marché de Brandeburgo, huyendo furtivamente como una picaza del brezal, esperaba regresar pronto para contarte mis aventuras y estar a tu lado para ese paseo de Pascua que tanto ansías.

Lamentablemente, no va a ser posible.

El deber para con la Nación me llama, aunque no sé si las pasiones que alberga tu espíritu juvenil entenderán de patriotismo y de pundonor. Imagino tu rostro cubriéndose de sombras a medida que lees mi última carta, devorando línea tras línea como quien degusta a la fuerza un plato amargo; una epístola en la que te refiero que las circunstancias me obligan a tomar otro tren para ir mucho más lejos, hacia el helado norte, donde solo el frío y la escarcha me esperan. ¡Jamás papel venenoso arrojado a las bocas de bronce de Venecia produjo un efecto más terrible, estoy seguro!

Pero, por favor, no sucumbas a la desesperación, mi queridísima Ginka, ni des por perdido nuestro amor, pues en breve pienso subir al primer zeppelin que salga de

Moscú para regresar a mis queridos valles y tenerte por fin entre mis brazos...

*Flap.*

Acabo de volver la página. Miro el espacio en blanco sobre el que se derrama la sombra que, a través de la ventana, produce la chimenea al ensuciar el sol. Estoy en otra parte muy distinta del diario. Lo que escriba a partir de ahora es información confidencial, y no puedo arriesgarme a que Ginka lea nada de esto, por su propia seguridad.

¿He mencionado ya lo disparatado que me parece todo este asunto de frau Irna y sus obsesiones perfectibilistas? De no ser por las órdenes expresas que recibí del Servicio de mantenerme a su lado y ayudarla en su loca cruzada, cueste lo que cueste, ahora mismo me bajaría de este tren en marcha y buscaría una forma de regresar a Brandeburgo. Nunca he sido hombre propenso a las fantasías, y me resisto a creer que estemos tratando de poner en marcha un viaje a la Luna. ¡A la Luna, por el amor de Dios, como quien proyecta irse de vacaciones al lago! Parece una historia para gente inculta perpetrada por ese novelista chapucero que está tan de moda, el tal Verne, un galo al que alguien debería aconsejar que posara los pies en la tierra y se dejara de tanta fábula alegórica.

Y lo de incluir a una princesita india en el equipo...

No es que desprecie el intelecto agudo de las mujeres (de hecho, sé bien que este tipo de declaraciones suelen preceder a verdaderas andanadas de prejuicios), pero nunca hasta ahora había visto a una fémina despuntar en un campo tan abstracto como el del cálculo. La mayoría de las damas que conozco poseen amplias dotes deductivas y una gran capacidad de síntesis, pero éstas suelen estar enfocadas a las ciencias humanas y a la medicina, no a la matemática, hasta la fecha un críptico feudo de los hombres. ¿Tendrá razón Irna en que este fenómeno se debe más a la poca instrucción que poseen las mujeres que a sus capacidades innatas? ¿Es falta de talento o de educación, lo que las lleva a graduarse en la escuela de la vida y no en las cátedras nobles?

Podría ser, pero aunque le diese la razón, antes de aceptar ayuda de la extranjera creo que deberíamos averiguar dónde adquirió sus conocimientos. Es de dominio público que la India es un país atrasado, y allí no hay escuelas superiores en las que se impartan este tipo de estudios. Además, por lo que tengo entendido, la suya es una sociedad puramente estratificada, basada en castas (mucho más duras y restrictivas que las europeas, que también existen), lo cual reduce todavía más las posibilidades de que una mujer, por muy princesa que sea, pueda estudiar con un gran maestro.

En lo que llevamos de viaje, por fortuna, Asha apenas ha asomado la nariz fuera de su coche cama. Me la he cruzado en un par de ocasiones de camino al restaurante, pero no hemos intercambiado más que unas sonrisas amables. Lo prefiero así. No sé hasta qué punto se me transparentaría la incredulidad si comenzase a fanfarronear de sus ecuaciones.

Irna sí que la tiene en gran estima, y se fía completamente de su opinión. Por lo

que me ha contado, Asha ha calculado que la velocidad de escape del proyectil que enviemos al espacio tiene que ser veinte veces mayor que el del proyectil más rápido construido hasta ahora. Seguirá siendo una velocidad ochenta y cuatro mil veces menor que la de la electricidad, pero aún así excederá en rapidez al sonido, y provocará una contra reacción de varios cientos de toneladas por centímetro cuadrado en el instante del disparo. No sé si este problema lo tuvieron en cuenta los americanos, o cómo lo resolvieron, pero para nosotros se presenta como una dificultad casi insalvable: un objeto inanimado y sólido que aguardase, bien afianzado, en el interior de la cápsula (no la llamaré «bala» o «proyectil» por más tiempo, para irme haciendo a la idea de su verdadera función) podría soportar la presión del despegue sin deformarse. Pero un cuerpo orgánico y vivo es distinto.

Hace algunos años, el italiano Alberto Mandessi calculó que un hombre adulto y bien formado podría resistir como máximo una velocidad de doscientos treinta kilómetros por hora, moviéndose en línea recta y sin inclinación con respecto al horizonte, antes de que sus órganos internos comenzaran a fallar. Si esos cálculos son correctos, prefiero no imaginar a ese mismo ser humano atado con correas a una silla, dentro de la cápsula mortal, en el momento en que ésta sea disparada de la superficie terrestre. ¿Cuánto soportará, ocho o nueve millas por segundo? ¡Despiadado umbral! Los tripulantes de la cápsula americana debieron sentir que el infierno mismo se arrojaba sobre ellos en el instante en que detonó el cañón, haciendo polvo su carne y sus huesos y reduciendo sus cuerpos a mera pulpa.

¡Nueve millas en un segundo! ¿Qué he de decir que no lo digan guarismos tan elocuentes?

Me estremezco al pensar en esos pobres... ¿cosmonautas, los llamó Irna?, sentados en sus divanes y pensando en el minuto cero de la cuenta atrás, un minuto que saben que será decisivo. Los visualizo repasando mentalmente los cálculos, rezando porque ninguna coma decimal se hubiese desplazado furtivamente de su puesto, mezclando un espejismo lógico con un sueño e intentando encontrarle sentido a la combinación.

Otro asunto que me preocupa es la forma de lanzar nuestra cápsula al espacio. Supongamos que ya hemos resuelto el problema de la contrarreacción; ahora hay que poner una tonelada de vehículo, supuestamente de hierro o aluminio, en órbita. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo conseguiremos imprimir el impulso necesario? Los señores del Gun Club lo resolvieron de la manera más acorde a sus sensibilidades: construyeron el cañón más grande de la historia, y lo llenaron con toda la pólvora existente en aquel momento en los Estados Unidos. ¿Pero y nosotros? Dudo mucho que, en vísperas de un conflicto armado con los otomanos, nuestro gobierno nos permita hacer tal acopio de recursos, privando a las tropas de munición para los mosquetes. Al intentar triunfar en nuestro empeño científico, estaríamos dejando al país en manos del enemigo. Y de comprar fulminantes al exterior, mejor no hablar. En la India apenas existe ese inflamable éter, y con el país vecino, la inmensa China,

no tenemos buenas relaciones diplomáticas. Además, ningún gobierno en su sano juicio vendería a otro una cantidad tan letal de armamento como para ser usado en su propia contra, con lo que el pez se muerde la cola y volvemos a empezar.

¿Cómo lo solucionará Irna? ¿Qué fuerza misteriosa empleará para conseguir nueve millas por segundo sin utilizar propelente?

Si nuestra jefa ha resuelto un problema tan importante y tan básico, aún no nos ha dicho nada. Y eso me asusta.

También pienso en quiénes estarán tan locos como para acompañarla en la cápsula. Irna ha manifestado varias veces su deseo de tripularla, por lo que no cabe duda de quién será la capitana (¡la primera expedición europea al espacio, comandada por una mujer! Me pregunto qué dirían Ginka y sus revolucionarias amigas del salón de té si supieran esto...). Pero seguramente deseará llevarse a alguien más con ella. Imagino que sí; a nadie le gusta estar solo cuando se adentra en el reino de lo desconocido, donde el error más pequeño e inesperado puede matarte. Cuando el ingeniero francés Henri Giffard ensambló el primer dirigible, una simple carena no rígida en forma de cigarro, hizo una lista de las cosas que podían salir mal, para estar preparado para solucionarlas si alguna de ellas ocurría en mitad del vuelo. Esa lista tenía más de cien apartados, y estamos hablando de un simple globo lleno de gas con una cesta. La lista Giffard de un zeppelin de la Armada Volante de Prusia creo que tiene unas cincuenta o sesenta páginas de grosor. No quiero ni imaginarme la Giffard de un cohete a la Luna.

Anoche cené con Irna en el coche restaurante mientras atravesábamos la inmensa planicie polaca, llena de vacas moteadas que pastan al parecer sin dueño y de cigüeñas que descienden en bandadas gigantes del cielo para limpiar de gusanos los campos. Bello país éste, sí señor. Ojalá las relaciones diplomáticas que mantengamos con él en el futuro sean tan hermosas y bien intencionadas como la mansedumbre de las cigüeñas.

Irna acudió a la cita diez minutos tarde y vestida con un precioso conjunto azul turquesa. Tuve que desviar otra vez mi mente a asuntos de la ciencia para amortiguar el impacto que me produce su figura (menos mal que Ginka no leerá nunca esta parte del diario). Tomamos asiento en una mesita pequeña, para dos, y pedimos al camarero que nos trajera algún plato típico de la zona que ahora atravesábamos, para irnos poniendo a tono con el paisaje. No nos agradó la primera elección del chef, y mientras la olla parecía murmurar su opinión desde la cocina, nos quedamos con una insólita combinación de col fermentada, sémola y encurtidos que, a pesar de lo exótico de su preparación, nos supo a gloria. De beber, optamos por el regio clasicismo de un *brandtwein*<sup>[11]</sup>.

Irna solo tenía un defecto en su comportamiento en la mesa, a mi modo de ver, y era su condición de pertinaz fumadora. Aunque ella lo negara, empalmaba los cigarrillos uno tras otro a tal velocidad que parecía tener siempre el mismo en la mano. Ni siquiera esperó a rematar la col para encender, previo permiso del que

suscribe, el primero de una larga lista.

—... Entonces fueron unos estudios bastante completos, los de tu cátedra —dijo como si la hubiese pillado a media frase de una conversación anterior.

—Más o menos —respondí—. La verdad es que tuve suerte de tener buenos profesores.

—¿Qué te llevó a estudiar geología, específicamente, en lugar de otras ciencias? No me preguntes por qué, pero creo que habrías sido un magnífico abogado.

—¿Tengo cara de abogado? —sonreí.

—Tienes cara de saber concluir muy bien tus asuntos, dejándolos bien cerrados y asegurados.

—Se lo agradezco, Irna. Usted también me dio esa impresión la primera vez que la vi.

—Trátame de tú. ¿En la primera-primera vez... o en la primera en el castillo?

Tardé un segundo en comprender a qué se refería.

—Ah, aquella fiesta. No, me refiero a cuando hablamos en Neuschwastein. Me cogió por sorpresa que fueses una mujer, la verdad.

—Me lo imaginé. Por eso mantuve el suspense hasta el final. —Dobló la servilleta en un gesto travieso, que transformó sus rasgos en las de una niña maliciosa—. Idéntica impresión debió causarte Ashaali, ¿no?

—Pues... bueno, un poco sí. No esperaba a alguien de su sexo ni de su raza (y perdóname si soy demasiado franco) encargándose de la parte algebraica de nuestra misión. No es que no la considere capaz, pero...

—Oh, no es a mí a quien tienes que pedir autorización para tu franqueza, sino a la propia Asha. En su país saben cómo lidiar con nuestros prejuicios occidentales. —Eso lo dijo de tal forma que creí escuchar un sonido de grilletes y sentencias reales de fondo, como si los sicarios del príncipe sij pudieran aparecer de repente para hacerme pagar por mi insolencia. No supe si era una advertencia sobre cómo me tendría que comportar delante de Ashaali, o si seguía bromeando—. A mí también me habría gustado obtener una plaza *de facto* en la Universidad, pero tuve que conformarme con contratar profesores privados.

—Sí... es algo que las generaciones futuras tendrán que solucionar. Las mujeres no solo han probado su valía en asuntos familiares o de salón, sino en campos tradicionalmente masculinos. Dicen que detrás de cada gran hombre de la historia hubo una mujer tirando de los hilos.

—¿Las generaciones futuras? —se burló—. Yo diría que es algo que tenemos que arreglar en ésta, Nordhal.

—Muy precipitado. En las próximas décadas será mejor que nos dediquemos a empresas más fáciles, como poner un pie en la Luna.

Ambos reímos distendidamente. Irna sacó un papel doblado de su bolso, desdobló el recorte y se enfrentó al retrato de un hombre tranquilo.

—¿Quién es? —pregunté.

Me lo enseñó. Irna compartía con aquella persona ciertos trazos en los pómulos y la expresión de su cara, como si esos trazos se hubiesen alargado generacionalmente desde un antepasado hasta ella.

—Mi abuelo. El último Hohenstaufen que no tuvo miedo de usar ese apellido —contestó. Me habló de él con toda la indiferencia que pudo reunir, pero así y todo distinguí cierto halo de tristeza de fondo—. Supo muy bien lo que significaba la diferencia de sexos en la alta sociedad. El pobre fue anulado por tener un carácter pusilánime, en comparación al más fogoso de mi abuela. Y en el fondo creo que lo agradecía. En aquellas circunstancias en que no sabía cómo salir de una situación, o cómo contestar a un comentario salido de tono, acudía al argumento impuesto por su mujer y casi siempre salía bien parado.

—Lo compadezco. Tuvo que ser una persona en constante preocupación por el qué dirán...

—Oh, a él le daba igual. Había una guerra declarada entre sus primos políticos, y lo único que lo mantenía en el asiento del cabeza de familia era la determinación de mi abuela. —Sometió a aquel brandy a un irónico escrutinio—. Era como un pajarillo parapetado tras un muro de ramitas, contento de estar allí pero amargado porque sabía que no era mérito suyo.

—¿Puedo preguntar...?

—¿Que por qué llevo un retrato de él encima? Claro, claro que puedes. —Y la cosa quedó ahí.

La conversación languideció enseguida. Al rato, sentenciadas ya las coles y los encurtidos, Irna preguntó:

—¿Dónde estaba?

—Te habías quedado en un «pero», si no recuerdo mal.

—Es igual. Creo que iba a contarte algo sobre mi pasado, pero no hace falta. Te podrás imaginar muchas cosas de mí con lo que ya te he dicho, ¿no?

—Prefiero no imaginar cosas, sino comprobarlas *in situ*. Es el carácter de la ciencia.

—Buena respuesta. Pero como me gustan mucho los puzles, voy a ser mala contigo, solo porque me apetece. Dejaré caer un par de palabras que te darán mucho que pensar.

Clavé una mirada de desconfianza en ella.

—¿Te divierte este juego, Irna?

—No es un juego, sino el primer paso para la emancipación de mi sexo. —Otra vez aquella sonrisa, como si hubiese llegado al lugar exacto donde quería llevarme—. Piensa en jovencitas corriendo desnudas por un claro, persiguiendo sus orígenes teutones en compañía de sátiros, y tendrás un atisbo claro de lo que fue mi infancia. Luego piensa en esos mismos sátiros vistiéndose con túnicas caras y fornicando al son de viejos rituales, y sabrás cuáles fueron los orígenes de ese grupo que tanto miedo te da.

—¿Qué grupo?

Se levantó, dejando la servilleta bien puesta a la derecha del plato.

—Los que tú ya sabes. ¡Ah! —se le escapó—. Y mi abuelo tuvo también que soportar los intentos de celestinaje de sus primas, no pienses que le fue totalmente fiel a mi abuela. Lo que pasa es que la belleza no tiene valor suficiente en un hombre, si se la despoja de dignidad.

—¿Estás queriendo decirme algo, Irna? —pregunté, sin saber si ofenderme o no por sus insinuaciones. Y para ir acotando el terreno, añadí—: La gente tiene razón al juzgarle a uno por sus correrías, más que por sus intenciones. Por eso debemos tener cuidado con lo que revelamos de nuestro pasado.

Ella me guiñó un ojo.

—Las correrías están bien para cuando una es joven, Nordhal, igual que el sexo. Pero al pasar los años ambos se vuelven conceptos más aburridos. Como dijo mi abuelo, «más prudentes que viscerales».

Y se marchó, dejándome tan turbio y agitado como el brandy que, al son de los caballos de vapor del tren, se mecía intranquilo en mi copa.

*2 de Marzo. Parada obligatoria en Varsovia. Alarmado.*

Sí, alarmado. No habría sabido decir en aquel momento, el preciso instante en que bajé del tren y puse un pie en la estación, a qué se debía la mosca que tenía detrás de la oreja, pero llevaba zumbando y molestándome un buen rato. Desde que cruzamos el nudo ferroviario de Plock y nos aproximamos a la estación central, frente al fastuoso Palacio sobre el Agua de Estanislao II, no podía librarme de la sensación de estar siendo observado; de que algo o alguien, oculto en ese espacio indefinido que todos los maniáticos tenemos encima del hombro, anotaba todos nuestros movimientos.

Bajé en la estación y me regodeé durante un rato en la perfección de la bóveda de cristal y acero, cuyos nervios y soportes maestros recordaban bandadas de pájaros de metal luchando unas contra otras en un cielo vidriado. La máquina que arrastraba los vagones expulsaba densos chorros de vapor que sembraba de nubes blancas el recinto, confiriéndole un aspecto fantasmal, de tormenta apresada en una jaula para tempestades.

En el fondo, lo que estaba haciendo era no perder ojo de la gente que bajaba del tren. Llevábamos pasajeros de distintas clases sociales, los de la más baja encaramados al techo de los vagones y amontonados como rebaños de ovejas sucias. Al principio, cuando el revisor nos dijo que en Lodzia y en Opypy iban a subir unos campesinos que emigraban al este, en pos de las vastas extensiones rusas de pasto y las granjas colectivas de Petrov (un invento sumamente efectivo del que algún día tendré que hablarles a mis colegas del *volesk*<sup>[12]</sup> de agricultura), me sentí incómodo. Ofendido, incluso, por saber que sobre mi cabeza, mientras dormía o cenaba en el

restaurante, había un montón de traseros sucios apoyados en el techo del vagón. Pero terminé por olvidarlos, porque al verlos descender con la ayuda de unas escaleras, pasándose unos a otros los fardos, los animales y los niños, no me sorprendió lo más mínimo. Si esta era la realidad de los fenómenos migratorios del continente, bienvenida fuera, siempre que los países implicados estuviesen de acuerdo. Si había una cosa que me ponía nervioso, a nivel social, era ver cómo las jaurías de gitanos cruzaban las fronteras como si no existieran, como si fueran dueños de todo lo que veían sin el consentimiento de nadie externo a su etnia. Al menos los campesinos polacos tenían un plan, y un respeto hacia las fronteras, lo cual les honraba.

Permanecí allí, de pie, hasta que el resto de la comitiva se apeó. Irna me hizo una señal como que se dirigían al abrevadero para ricos (es decir, al único restaurante de la estación), y le contesté que en breve les seguiría. Pero mi mosca seguía allí, tras el lóbulo, y no paraba de advertirme que algo malo estaba a punto de pasar. Ese sexto sentido, si quieren llamarlo así, me había resultado útil en otras ocasiones. Cuando estuve de misión en Cerdeña, por ejemplo, pude escapar por un pelo de la incursión de Garibaldi gracias a este molesto zumbido. Y también me alejé a tiempo del Vesubio durante una de sus últimas y poco documentadas erupciones, refugiándome en la ciudad costera de Castellammare. Por todas estas razones permanecí allí, atento, con los sentidos puestos en lo que mi hada madrina me decía que iba a pasar.

Entonces lo vi.

Fue una sombra, un movimiento apenas definido a través de la cortina de vapor del tren. Centré la vista en un punto del techo, situado justo entre las nervaduras que sostenían la zona norte de la bóveda, y avancé unos metros para sobrepasar el velo de gas que se interponía entre ese objeto extraño y yo. Creí distinguir una figura humana subida allá arriba, inclinada sobre las vigas de hierro, que sostenía un objeto que me resultó fácil identificar.

Hay que estar bien preparado para trabajar como agente en el Servicio Secreto, y yo me jactaba de haber sobrevivido a demasiadas matanzas y desastres naturales como para que el miedo o la indecisión me frenasen en el último momento. Palpé mi abrigo, donde guardaba, a la altura del corazón, una pequeña y manejable Luzfer<sup>[13]</sup>. Nunca salía del país sin la pequeña Luz, y había obtenido permiso para portarla en aquella misión. Pero desde aquella distancia no tenía ninguna posibilidad de acertar en el blanco, y si lo que portaba aquel francotirador en las manos era lo que yo temía, él estaba mucho mejor provisto que yo para los disparos a larga distancia.

Corrí hasta el vagón por el que descendían los campesinos y me abrí paso a empujones, arrancando merecidas imprecaciones en polaco e insultos que, por fortuna, no entendí. La gente se apartó enseguida al ver la pistola. Alcancé el techo del vagón y miré al frente: la cadena de coches-cama se prolongaba por espacio de veinte o veinticinco metros, llegando hasta la vertical del punto donde acechaba el tirador.

No lo pensé dos veces: gritando a la gente y haciendo feroces aspavientos, para

que supiesen que llevaba mucha prisa, corrí por los techos de aquel tren hasta llegar al vagón de cola. Las gallinas y las cajas de fruta volaron bajo mis pies. Un revisor me gritó algo en polaco, que preferí ignorar, y echó a correr paralelamente al tren para alcanzarme.

Salté al techo del último vagón. Tuve una mejor vista desde allí, mucho más cercana y precisa. La forma medio oculta era la de un hombre, en efecto, y apuntaba con una especie de rifle al otro extremo del andén. Exactamente hacia el restaurante, donde estaban reunidos Irna y los demás.

No sé si me vio, o si me llegó a considerar una amenaza (era difícil no verme con todo el jaleo que había armado entre la fila de emigrantes), pero hasta que no le apunté con mi pistola y afiné el tiro, el hombre no se revolvió para ocultarse entre las vigas y apuntarme con su arma. El revisor estaba tratando de subir por la escalerilla del extremo del coche, pero al ver la Luz se escondió y recurrió a un silbato para pedir ayuda. Lejos, en el restaurante, Irna me miró con espanto, preguntándose qué demonios estaría haciendo su geólogo allá arriba, montando un espectáculo.

El tirador me apuntó con su rifle, pero yo fui más rápido. La gente dejó de gritar de repente, como obedeciendo una señal, y el vapor cesó en su violenta emanación de la caldera. El silencio súbito surtió el efecto de un golpe. Mi dedo se arqueó sobre el gatillo mientras el hombre misterioso hacia otro tanto.

Solo necesité una bala. Un breve fogonazo iluminó el cañón de la Luzfer, y arrancó una chispa de una de las vigas de hierro. La bala había rebotado en ella, alcanzando al tirador en un hombro en lugar de en el pecho, donde yo apuntaba. Por un segundo me alegré, pensando que así sería más fácil obtener información sobre quién había planeado este atentado, pero el asesino perdió pie y cayó desde la bóveda como un plomo. Su cabeza golpeó una esquina del vagón, y cuando llegó hasta el suelo la misma pose del cuerpo sugería que estaba muerto.

Él también pudo disparar, como acción consciente o como acto reflejo al contraerse los músculos. Por fortuna, la bala trazó un surco superficial por mi cadera, rasgando el pantalón pero no la piel. Era una abrasión más que una herida, cauterizada por el calor del proyectil. Tuve suerte, esta vez.

Bajé de un salto hasta el andén y elevé las manos en señal de paz. Una brigada de policías estaba casi sobre mí, lanzándome gritos y apuntándome con sus porras y sus pistolas. Deposité la mía en el suelo y esperé a que llegase Irna; seguramente ella tendría mucha más mano izquierda con la administración como para explicar lo que había pasado y, si había suerte, lograr que no me encerrasen en un calabozo.

Los policías cayeron sobre mí como una bandada de cuervos, me desarmaron y ataron las manos a la espalda. Los paisanos seguían corriendo por la estación, llamándose a gritos unos a otros y exigiendo explicaciones. La comitiva de Irna se acercó, y ella, en un perfecto polaco (mientras me clavaba una mirada de reproche) empezó a negociar con la policía. Mientras tanto, y como no podía hacer nada más, me contenté con permanecer tumbado, en silencio, y examiné el arma del tirador con

la vista.

Era un fusil de caza, diseñado para abatir piezas a larga distancia, posiblemente en la Sabana africana o en cotos despejados similares. Pero lo más curioso, lo que realmente hacía especial el rifle, era el singular conjunto de lentes que llevaba montado sobre el cañón. Tres cristales de lupa, convergentes, montados sobre un diminuto raíl de peine. Una lengüeta, diseñada para ser ajustada por un tirador zurdo, desplazaba sobre el raíl y hacía rotar la lente, disminuyendo o aumentando la distancia de foco y consiguiendo, por lo tanto, una imagen más nítida a la máxima distancia a la que alcanzase el extraño catalejo.

Era un invento asombroso, una máquina pensada para aguzar la puntería y la visión a larga distancia. ¿Quién podría tener el ingenio y el dinero con para haber creado un arma semejante?

Miré al cadáver a la cara, y desde luego no parecía eslavo. Más bien me recordó, por lo prominente de los rasgos y la dureza del mentón, junto con el tono sutilmente rojizo de su vello facial, a un irlandés o a un americano de los Estados del Sur. En contraste, tenía el pelo negro como el carbón, arreglado en rizos diminutos como un asirio, y unos lóbulos tan cortos que bien podía haber nacido sin ellos.

A Irna le costó un gran esfuerzo sacarme de aquella situación tan comprometida. Tuvo que sobornar a más de un comisario para convencerlo de que nuestra misión allí era secreta, y que no teníamos nada que ver con ninguna insurrección nacionalista (la rusificación a la que estaba siendo sometido el país desde la derrota de Ostroléka había tenido que soportar la oposición no solo de los grupos intelectuales, sino de los antiguos miembros de la milicia polaca, ahora partisanos). Pero el poder del dinero, bendito sea, sella cualquier herida, y pronto estuvimos otra vez en el tren rumbo a la frontera con Rusia.

Fue entonces cuando Irna, encolerizada, me asaltó a medio camino del coche cama para gritarme:

—¿¡Estás loco, Nordhal!? ¿En qué estabas pensando cuando te subiste al techo de ese tren? ¿En arruinar toda la operación? ¿Eres un colaborador o un espía?

Alcé las manos, pidiendo paz. Lo primero que hice fue contestar con otra pregunta, para no dejar ningún cabo suelto.

—¿Qué ha sido del cadáver, antes que nada? ¿Se lo ha llevado la gendarmería de Varsovia?

—¿Qué tiene eso que ver contigo? —Hizo un esfuerzo visible por tranquilizarse—. Sí, lo tienen ellos. Y ahora me vas a explicar...

—Tienes que darme las gracias.

—¿Por qué?

—Por haberte salvado la vida.

Su silencio iracundo me invitó a explicarme, y a que, por mi bien, fuese una magnífica explicación.

—El fusil que llevaba aquel sicario tenía una especie de mira... telescópica, a

falta de otro vocablo para definirla. Nunca había visto nada tan avanzado. Y apuntaba justo hacia donde estabais sentados vosotros, en el restaurante.

Las cejas de Irna relajaron un grado su arqueamiento.

—¿Hacia nosotros?

—Sí. No me extrañaría que esta maniobra tan burda fuese el primer paso de nuestros enemigos para evitar que llevemos a buen término nuestra empresa.

—¿Qué enemigos? Yo tengo muchos contrincantes entre la nobleza y la familia real, pero ninguno al que le guste recurrir a métodos tan... expeditivos.

—Puede que este asunto se haya complicado más de lo que esperábamos —porfié—. Si nosotros hemos logrado situar espías en el seno del Gun Club, puede que ellos también hayan oído hablar de nuestro proyecto. Y si es así...

—Intentarán evitar a toda costa que les robemos la propiedad de la Luna —comprendió Irna. Por la expresión de su rostro era algo que ya esperaba, por lo que mis hipótesis no la pillaron desprevenida.

—La próxima vez, Nordhal, intenta consultar conmigo antes de hacerte el héroe, ¿quieres? No sabes lo profundos que son los bolsillos de los comisarios prosoviéticos.

—Si tengo tiempo para pensar y preguntar, lo haré —prometí—. Ahora, ¿te apetece que almorcemos juntos? Creo que la frontera está aún a varios días de viaje.

Ella masculló algo, una especie de sonido inarticulado, y se retiró a su coche cama sin decir nada. La vi marcharse, ponderando para sí misma lo que había sucedido y cómo evitar que volviese a ocurrir, y sentí una cierta admiración. Por primera vez me di cuenta de la carga que soportaban sus níveos hombros aristocráticos, y supe que no debía ser nada fácil. Aquella mujer estaba vendiendo las escasas propiedades que le quedaban a su familia para patrocinar una empresa que, en realidad, nadie sabía si daría sus frutos. Era jugarse el porvenir a una sola carta, a la aparición de un comodín extremadamente raro y aleatorio. Y ahora, encima, acababa de descubrir que su vida valía menos que su proyecto. Había personas (si es que en realidad era ella el blanco de aquel asesino, y no me equivoqué al juzgar la situación) que no se detendrían ante nada con tal de pararle los pies.

Tuve miedo.

Hay fuerzas en la naturaleza y en la civilización humana a las que es mejor no oponerse, por más que uno sea un científico de renombre y tenga el respaldo de una mujer rica y ambiciosa.

Ya había emprendido el camino hacia el restaurante, resuelto a devorar en solitario dos o tres platos (la acción siempre me da apetito, pero por fortuna mi cuerpo elimina bien las calorías), cuando tropecé con alguien. Era un hombre más alto que yo y con un pelo tan negro y pegado al cráneo que parecía alquitranado. Sonreí de mala gana al reconocerle.

—Arno.

—Dass —correspondió él, y luego espetó—: Mantente alejado de ella, por tu

bien.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

Arno cuadró los hombros y se rascó el cuello por debajo de la camisa. Su estatura y sus rasgos de buitre cayendo en picado le conferían un aire amenazador. Hasta ese momento me había parecido un noble relamido y sin sangre en las venas, pero ahora que se me encaraba, noté lo corpulento que era en realidad. Y me pregunté si yo saldría victorioso de llegar a las manos, o a los estoques.

—Irna es una mujer dura, pero a la vez muy frágil —aclaró—. Necesita mantener las distancias con las personas que la rodean para que esa cáscara protectora, ese escudo que la salvaguarda de la influencia de las personas de baja estofa, se mantenga fuerte y nadie pueda herirla. La familiaridad es el primer ariete con el que se abren brechas en la cáscara.

—¿Pero qué escudo ni qué narices? —me ofendí—. Yo nunca he...

Me clavó un dedo en la solapa de la chaqueta.

—Mantente alejado de ella, Dass. Te lo advierto, y yo nunca prevengo en vano.

Dio media vuelta y se alejó, envarado. Tropezó con Sigurd, que venía en dirección opuesta por el pasillo, pero ni siquiera le pidió disculpas.

En aquel momento entendí muchas cosas. Vaya si las entendí.

## VI

# Diario fonográfico de Irna Hohenstaufen

*6 de Marzo. Llegada a Moscú. Por fin empieza de verdad nuestra aventura.*

Nicolás me había hablado de su ciudad natal en numerosas ocasiones, bien por carta o de viva voz. Es lógico que cuando una persona habla de las bonanzas del lugar donde nació, su espíritu se acrecienta y sus descripciones tiendan a ser un poquito más agradecidas de lo habitual. Pero en este caso, al describir la gran capital de los zares, tengo que reconocer que Nicolás no solo no me mintió, sino que pecó de humilde.

El tren llegó a la estación de Granovitaya sumándose a las más de cien máquinas que ocupaban otros tantos raíles. Estos a su vez se entrelazaban formando un tronco de árbol inmenso y lleno de traviesas que convergía en la mayor estación de trenes del mundo, y uno de los edificios más grandes de la ciudad, después del Kremlin. Miles de personas subían y bajaban del principal medio de transporte ruso formando una verdadera marea humana, un panal de abejas frenéticas que abarcaba demasiados detalles para un simple vistazo. Moscú era fácilmente unas diez o doce veces más grande que Brandeburgo, y junto con Nueva York, Londres y Pekín, era la ciudad más extensa y poblada que nuestros ojos verían nunca. Un patio de todas las culturas que detonaba como una sinfonía de color y movimiento bajo el gigantesco reloj de la estación, con sus manecillas de cuatro metros y su caja de engranajes gótica.

Los demás estaban tan impresionados como yo. Nos calamó hasta la nuez las gabardinas (una fina cortina de nieve cayó durante los tres primeros días, sin parar) y cruzamos un puente elevado que habían tendido para la ocasión. Otros puentes móviles rotaron sobre sus bases, acoplándose a los trenes estacionados fuera del edificio, y permitiendo que los pasajeros accediesen al complejo eludiendo la nieve.

Nordhal estaba tan asombrado y empequeñecido como los demás por el tamaño de todo aquello.

—Es... portentoso —comentó, agarrando bien sus maletas—. Las soluciones a las que han llegado merecen ser copiadas en otras ciudades.

—Y lo serán —dije, permitiendo que los mozos se hicieran cargo de mis baúles

—. Para eso ha venido medio mundo a este país en estas fechas. La Exposición va a cambiar la forma como concebimos la vida en las ciudades.

—Y no solo eso, querida; como no nos andemos con cuidado, en la próxima el expuesto va a ser el propio ser humano, y serán nuestras máquinas las que nos compren.

Aquella nueva voz me llenó de alegría. Al volverme, vi que Nicolás se abría camino entre otros pasajeros para llegar hasta nosotros.

Le di un fuerte y sincero abrazo.

—Oh, Nicha, cómo me alegro de volver a verte —sonreí, quitándome de la nariz un copo de nieve.

—Lo mismo digo, jefa. Es bueno estar de vuelta.

—¿Cómo van las cosas por Alaska?

—Está todo preparado, según tus instrucciones. En cuanto me des permiso partiré de nuevo hacia allá, y esta vez con los planos de la cápsula.

—Sssshhh —le tapé los labios—. Sé discreto. Hemos tenido problemas en el viaje desde Prusia. Ya te contaré.

—Yo también he recibido amenazas, no te creas —rezongó, clavando sus ojos en Nordhal y tendiéndole una mano—. Encantado de conocerle, señor. Mi nombre es Nicolás Chemov. También soy geólogo, aunque mi campo profesional es la vulcanología.

—Es un placer —dijo Nordhal, calibrando con frialdad a Nicha por detrás de su sonrisa cortés. El aspecto general del ruso no es que invitase precisamente a la concordia: era un hombre de facciones ásperas, cejas tupidas y aire de suficiencia bronca. El tipo humano que, con toda probabilidad, solo se sentiría a sus anchas al aire libre, entre bosques y montañas, cazando o pescando. Ahora vestía como un menchevique<sup>[14]</sup> puro, con un sobretodo negro, pantalón de pana, botas hasta la rodilla, guantes gruesos y la tradicional *ushanka*<sup>[15]</sup> en la cabeza, lo que lo convertía en un auténtico ciudadano. Desgarbado, bruto y suspicaz, pero ciudadano después de todo.

Hasta yo pude oír cómo los huesecillos de la mano de Nordhal crujían bajo el apretón de su colega. Nordhal sostuvo todo lo posible la expresión estoica, y cuando Nicolás agarró mis baúles, quitándoselos de mala manera a los mozos, sacudió la mano para airearla.

—Bueno, Nicha, ¿te acuerdas de la princesa Rimandra?

La joven india había salido del tren con tantas capas de ropa, enrolladas unas encima de otras, que parecía una cebolla de lana.

Nicha esbozó una genuflexión.

—Por supuesto. Es un inmenso placer verla de nuevo, excelencia.

—Por favor, no me trate así delante de toda esta gente —dijo ella, haciendo unos gestos tan perfectos, unos movimientos tan fluidos y elegantes, que parecían no costarle el más mínimo esfuerzo muscular. Se notaba que había sido entrenada en el

lenguaje corporal desde la cuna—. Si se descubriera que soy de sangre real, me vería obligada por protocolo a hacer una visita al palacio del zar, ¿y sabe cuánto tiempo nos quitaría eso?

—O sea, que está de incógnito en mi país.

—Más bien soy como una princesa jugando a ser una mendiga.

—O un científico, que viene a ser lo mismo —rezongó Nordhal. Presidió la comitiva mientras nos dirigíamos a la aduana, aunque (dado que los carteles estaban en cirílico) quien guiaba era Nicha. Tras pasar ese pequeño trámite, y haberle sido confiscada la pistola a Dass bajo la promesa de devolvérsela en cuanto abandonara el país, pusimos rumbo al hotel. Una preciosa calesa, tirada por una cuadriga de esplendorosos corceles blancos, nos llevó a ritmo de campanillas al centro de la ciudad.

Nos dividimos en dos coches: Nicha, la princesa y yo en uno, y Dass, Arno y Sigurd en el otro. No sé de qué hablarían durante los largos minutos que duró el viaje, pero en nuestro coche todo era sobrecogimiento y exclamaciones de asombro ante la colosal arquitectura de la urbe.

—Hace poco llegó al poder un partido político afín a la monarquía —explicó Nicolás—. Sigue la doctrina del socialismo científico, algo desconocido en Occidente. La inventó un fabricante de paraguas metido a filósofo apellidado Marx. ¡Estoy seguro de que ni él mismo, en sus más atrevidos sueños, imaginó que sus enseñanzas calarían tan hondo en la sociedad soviética!

—¿Es ese el partido al que tú perteneces? —pregunté.

Nicha asintió con la cabeza.

—Nosotros somos los minoritarios, los que agradamos al zar pero no compartimos todas sus directrices. Son los otros, los bolches, los que le doran tanto la píldora a la monarquía que incluso el brujo real, un tal Raspuytin, ha engrosado las filas del partido.

—¿Está de acuerdo el zar con las ideas del socialismo científico? —intervino Asha, mirando al vulcanólogo con ojos inquisitivos. Comprendí lo mucho que le interesaban los vientos que movieran la vela política de Rusia en una dirección u otra, pues su país, aunque alejado miles de kilómetros hacia el sur, bailaba como el resto de Asia al son del gigante ruso.

—Lo cierto es que al principio no las toleraba, ya que Marx es un declarado antimonárquico. Pero ha sabido jugar muy bien sus cartas, y antes que arriesgarse a un levantamiento popular motivado por el descontento de los prozdes, compró la lealtad de los miembros del partido socialista con tierras y rublos. Los que antes protestaban porque el pueblo pasaba hambre y amenazaban con un golpe de Estado, ahora son miembros felices y acaudalados de la nueva nobleza soviética: la burguesía. —Se encogió de hombros—. Con reyes así, nos queda monarquía para muchos siglos. Y yo lo apruebo. Algo me dice que la figura del zar es lo único que mantiene unido a este país. Sin ella, sufriríamos una desintegración progresiva en

pequeños Estados muy revoltosos, y seríamos vulnerables a nuevos ataques de chinos y mongoles.

—Pero la estructura del poder siempre ha sido radial, en este país tan inmenso tuyo —argumentó la princesa—. ¿Quieres decir que el zar ha aceptado un reparto de la riqueza?

—No. —En esto, Nicolás fue tajante—. Para nada. Ha creado algo llamado «monarquía comunista». No sé con seguridad qué significa ese concepto, pero me suena a que, mientras los nobles distribuyan la riqueza de manera que parezca que todo es de todos, menos sus posesiones dinásticas, los que están arriba seguirán arriba y los de abajo, abajo. Hay democracia y partidos políticos nominales, pero todo está controlado por el zar. Mientras haya un plato de sopa, pan y vodka en todos los hogares de Rusia, nadie se arriesgará a perderlo todo en un levantamiento.

—Qué curioso... —Asha se frotó el mentón—. Una abolición tácita de las castas basada en el reparto de la riqueza y de las responsabilidades políticas. Eso jamás funcionaría en mi patria.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque nuestras castas no son solamente económicas, sino también espirituales y religiosas. Es el bagaje del karma lo que hace que una persona renazca en el siguiente ciclo de la Rueda en un estamento u otro. Habría que cambiar muchas cosas a un nivel muy profundo para asumir una... «monarquía comunista», como la vuestra.

Nicolás hizo un gesto raro, como de inquietud ante el futuro.

—Pues me parece que la obsesión del zar, hoy por hoy, es trasladar el modelo soviético al resto de Asia. Ya que ha funcionado tan bien aquí, está convencido de que podrá establecerse igualmente en China, e incluso en tu país.

Asha rio musicalmente.

—¿Los chinos, repartiendo la propiedad? ¡Qué locura!

—¿Por qué?

—Jamás accederán a un plan semejante. Son demasiado feudales como para que el Emperador ceda grandes parcelas de su poder tan alegremente.

—Nosotros también lo éramos, y mira. —Señaló al paisaje urbanístico que se alzaba como una hilera de colosos al otro lado de la ventana del carruaje—. Ahora mismo somos el país más poderoso de Europa. Y todo apunta a que irá a más.

Realmente tenía razón. Al pasear mis ojos por las siluetas de los edificios y la envergadura de los puentes, por las carreteras elevadas que abrazaban los rascacielos como tentáculos de un descomunal calamar de cemento, me sentí tremendamente pequeña. El nuevo Régimen soviético pensaba a lo grande, a una escala superior a la humana, pero ideada para complacer al ciudadano de a pie. Más tarde me enteré de que a todo aquello lo llamaban «arquitectura estalinista», aunque Nicha no me explicó el porqué.

Moscú era la obra maestra de un megalómano. Poseía los edificios más altos del

mundo, coronados por el turbadoramente regio *Zarian Estate* (no entendí su pronunciación en ruso, así que me aprendí la versión inglesa), un coloso de más de cien plantas con la estatua de un ángel vengador en su cima, hecha de oro y bronce, cuyas alas abiertas acumulaban pequeñas montañas de nieve. Ese edificio, donde íbamos a alojarnos mientras durase nuestra visita a la ciudad, batía más de un récord, pues tenía un puerto de atraque para zeppelines justo debajo del ángel, el más alto del mundo. Mientras nos acercábamos a su base, vimos que un enorme dirigible estaba estacionado en la cima, con bandera noruega, descargando pasajeros y mercancías gracias a un complejo sistema de grúas y pasillos aéreos.

Además de estos edificios «arañanubes», como los llamó jocosamente Nicha, también vimos prodigiosos puentes que colgaban de cables (a los que unos ríos de agua atravesaban justo por el centro; dadas las bajas temperaturas, esos ríos eran casi todo el año pistas de hielo por las que se desplazaban las mercancías con muchísima más rapidez que si fueran arrastradas por caballos), fosos por los que circulaban trenes subterráneos impulsados por un simple efecto de vacío (Nicha nos explicó que los ingenieros usaban la tecnología de vapor para extraer aire de esos túneles y crear poderosos empujes de succión), y vastas plazas adoquinadas donde podían asistir decenas de miles de personas a los mítines políticos. Una ciudad construida a escala de dioses, más que de personas, pero que se las había arreglado para resultar accesible a las pequeñas hormiguitas proletarias que la habitaban.

No me extrañaría que el resto de las grandes ciudades del mundo, como Nueva York o París, pronto comenzasen a imitar esta forma de construir, esta obsesión por la verticalidad. Las babeles, esas torres de cientos de metros de altura y capacidad para albergar a miles de personas, podrían ser la respuesta para los problemas de masificación que sin duda habrá en el futuro.

Solo espero, sinceramente, que sus montacargas, o lo que sea que empleen para subir a la gente tan arriba, sean rápidos, o sus habitantes envejecerán subiendo y bajando interminablemente las escaleras.

La calesa tomó por la avenida principal, una extensión de carriles paralelos donde se alineaban más de dieciocho filas de carruajes, y nos dejó justo en la puerta del *Zarian Estate*. El recibidor era palaciego. Allí dentro podría haberse celebrado un campeonato regional de hockey sobre hierba. Nicha nos dejó en las expertas manos de los botones y se dio un paseo hasta el mostrador de recepción, una isla circular situada justo en medio del recinto, para formalizar la reserva.

—Estos rusos están locos —murmuró Sigurd, mirando con ojillos nerviosos a los techos poblados de candelabros—. Estos monstruos que han fabricado pesan demasiado. ¿Y si alguno se les viene encima, por la corrosión del metal o por el peso de la nieve?

—Confía en el poder del hierro, amigo mío —sonrió Amo, que se sentía a sus anchas rodeado de tanto boato—. ¡En la fuerza del metal están los cimientos del futuro!

—No me eches sermones arquitectónicos, anda —rezongó el viejo—. Soy lo suficientemente mayor como para haber asistido al descubrimiento de muchas ruedas, y no todas acabaron sirviendo para movernos hacia ese futuro del que hablas, sino todo lo contrario.

Las habitaciones que habíamos alquilado se encontraban en la planta ochenta y dos. Nos introdujimos en un «ascensor», que tenía ventanas como la carlinga de un teleférico, y el ascensorista nos preguntó el número del piso. Aquel habitáculo no tenía botones ni indicadores internos de ningún tipo, solo lo que parecía un fogón en la parte de arriba, y un ventanuco ornamentado que nos dejaba ver la pared del hueco por el que treparíamos, yo aún no sabía cómo.

Cuando el ascensorista movió una palanca, todos bajamos asustados la cabeza: justo encima de nosotros se había puesto en marcha el fogón, liberando un chorro de fuego hacia arriba, por encima de la caja del ascensor. Esta llama hizo algo asombroso: hinchó un globo cuyas dimensiones encajaban perfectamente dentro del hueco, y que tiró hacia arriba de la caja. Poco a poco, nos fuimos elevando. El ascensorista sabía en qué piso estábamos porque a través del ventanuco veía pasar los números de los pisos, tallados en caracteres dorados por *dentro* del hueco del ascensor.

Era un sistema lento, pero tan efectivo que me dieron ganas de aplaudir. Después el ascensor bajaría por un sencillo sistema de igualación del peso, ya que en cada piso había unas alforjas llenas de arena que el operario podía recoger en una bandeja. Me pregunté por qué no tenía una cuerda atada a la parte inferior de la caja, conectada a su vez a un cabrestante que tirase hacia abajo del ingenio, y llegué a la conclusión de que cargar con trescientos metros de cuerda al llegar a los niveles superiores podría ser demasiado para las reducidas dimensiones de aquel globo enjaulado. Era mejor el sistema de las alforjas, que además podían ser abandonadas en cualquier piso si se quería volver a ascender.

Cuando llegamos a nuestro piso (¡el ochenta y dos, madre mía!), el ascensorista tiró de otra palanca y una especie de garfio nos ancló a ese nivel. Las puertas se abrieron y nosotros, pobres paisanos de provincias, nos bajamos rumbo a más encuentros milagrosos y desconocidos.

*7 de Marzo. De paseo por la Exposición Universal.*

Hoy me he levantado radiante. La suite amaneció con los cristales completamente helados, pero en su interior circulaba un hálito de calor que nos permitió dormir muy a gusto. La princesa Asha, que compartía conmigo la habitación y estaba acostumbrada a un clima muchísimo más cálido, alabó también los logros de ese sistema de aire acondicionado que, a pesar de las temperaturas glaciales de fuera, hacía que el edificio fuese tan confortable como el vientre de una madre.

Al verla desnudarse para tomar un baño, me chocó la constitución peligrosamente delgada de Asha. No era solo que su piel fuera tan oscura que en ocasiones evocaba

la de los hotentotes africanos, sino que sus miembros eran tan delgados que parecían palillos cosidos a su cuerpo. Los pechos colgaban como saquitos fofos y las costillas se le marcaban como los dedos de unas manos suplementarias escondidas bajo el abdomen. El contraste entre nosotras era brutal: yo tan rellenita y pálida, ella escuálida y negra como una avellana tostada. Dado su carácter de hija de una familia pudiente, me pregunté a qué venía tanta desnutrición, y si no tendría más que ver con ayunos espirituales que con la falta de recursos. Aunque la India fuese el segundo país más poblado del mundo, nunca había visto a un indio que superase los setenta kilos de peso, ni siquiera en las clases altas.

Después del baño tomamos un «descensor» (el mismo aparato que nos trajo aquí arriba, solo que con más alforjas) para llegar a la planta baja. El resto de la comitiva ya nos estaba esperando.

—Buenos días a todos —saludé, contenta.

Arno, como de costumbre, fue el más galante.

—Buenos días tenga vucencia, la princesa de la nieve, en el país de la Aurora Boreal. —Me besó la mano. Yo la aparté fingiendo prisa.

—Por favor, Silvestor, no sea tan lisonjero. Con sus besos va a terminar por gastarme el guante.

—Eso me daría un atisbo de su blanca y hermosa piel —encajó él, reacio a ofenderse. De fondo, Dass y Sigurd intercambiaron una mirada de hastío.

—¿Señora Hohenstaufen? —preguntó una voz en alemán, con fuerte acento ruso.

Un recepcionista se me acercó, haciendo una breve reverencia mientras me tendía un sobre.

—Ayer llegó este mensaje para usted.

—Oh —exclamé, confundida. ¿Quién podía enviarme mensajes aquí?—. ¿Quién lo remite?

—Firmó con un simple C. H., señora.

Y se fue sin darme más datos. Intrigada, abrí el sobre y leí la notita que había en su interior, escrita a mano pero con una caligrafía soberbia. Los demás me miraban, expectantes.

Primero el asombro, y luego el disgusto, debieron esparcirse por mi cara como los ejércitos otomanos en un mapa de Constantinopla, porque Arno preguntó:

—¿Ocurre algo, mi dama?

Doblé el papel con disgusto. Ya habían conseguido amargarme la mañana.

—Es un mensaje de un querido amigo. —Pronuncié estas palabras con el suficiente asco como para que se notase el cinismo—. También viene a Rusia para disfrutar de la Exposición, junto con su gente, y espera que quedemos hoy para almorzar en uno de los pabellones.

—¿Quién es ese «amigo» —preguntó Nordhal—, y cómo sabe que nos alojamos aquí?

Me calé el gorro de fieltro hasta las orejas. Nicha tenía preparados los carruajes y

debíamos salir al exterior, donde aún continuaba nevando.

—Tú fuiste el que se dio cuenta de su presencia antes que yo, Nordhal —dije—. ¿O acaso no recuerdas el incidente de Varsovia, con el tirador?

Dass y los otros llenaron sus pulmones de aire, comprendiendo al igual que yo quién mandó el mensaje y lo que ello implicaba. Un caballero que seguramente pensaba que me había subestimado, y quería encontrarse cara a cara con su enemiga para valorarla.

La delegación americana había llegado a Moscú.

La misiva del misterioso C. H.:

Queridísima señora Hohenstaufen, gran dama de los Alpes (¿me permite llamarla Irna, a pesar de la familiaridad?):

Es un placer para mí comunicarle que voy a pasar unos días en Moscú, alojado en los hoteles del recinto de la Exposición. Sería sumamente placentero y útil para ambos que nos reuniésemos para almorzar en el día de hoy. Existe un restaurante elevado, en el piso más alto de una fabulosa torre que ha levantado un arquitecto francés, donde me gustaría que nos reuniésemos. No tiene pérdida, pues se trata de la construcción más alta y visible de todo el recinto. Si tiene a bien concederme este honor, estoy seguro de que este día será recordado en nuestros anales como el de mayor colaboración y ayuda mutua en un proyecto que, juntos, será fácil coronar con éxito:

Por la futura y gozosa colaboración de nuestros países.

C. H.

La leí en voz alta para que Dass y los otros disfrutasen del taimado cinismo de cada palabra, del rebuscado doble sentido de las frases. Lo que parecía una amable invitación en pro de la colaboración científica hedía a maniobra envenenada para estudiar y conocer al enemigo. No sería la primera vez, ni la última, en que el jefe de un bando corteja a su némesis y le ofrece derecho de parlamento, solo para poder tenerlo cerca y mirarlo a los ojos. Así se aprenden más cosas sobre tu rival que enviando mil espías a territorio enemigo.

—¿Acudirás a la cita? —preguntó Arno, inquieto.

Arrugué el papel y lo lancé al abismo de mi bolso.

—Por supuesto. Si piensan que no me atreveré a dar la cara y decirles directamente lo que pienso de ellos, solo porque soy una «gran dama alpina», están muy equivocados.

Abandonamos el hotel. El carruaje tardó casi una hora en llegar al recinto de la Exposición, de lo alejado que estaba del centro de la ciudad. Era lógico, dado su

tamaño: decenas de naciones de todo el Globo habían montado sus propios pabellones, alzando mástiles cuajados de banderas y edificios que eran prototipos de la avanzada cultura del metal.

La torre a la que C. H. había hecho referencia era el objeto más descomunal y visible desde la distancia de todo el recinto. Se trataba de una torre de metal puro elevada sobre cuatro titánicas patas, un verdadero hito de la construcción monumental de hierro forjado, de casi trescientos metros de altura. Su constructor, un ingeniero civil apellidado Eiffel, pretendía desmontarla una vez concluyese la Exposición rusa para llevarla a París, al que sería su emplazamiento definitivo en los Campos de Marte. Pero ahora estaba aquí, dividida en tres altísimos niveles donde no solo cabían restaurantes, sino estaciones meteorológicas y viviendas.

Al llegar a la base, una inmensa explanada abarrotada de personas que esperaban estoicamente bajo la nieve para visitar el gigante, dejamos los carruajes y entramos directamente por una puerta reservada a la realeza. Me dieron ganas de conocer al tal Eiffel, ya que si con su sabiduría y su ingenio había sido capaz de levantar tal coloso, ¿qué no haría en la Luna, con una gravedad mucho menor?

Por el interior de las patas subían ascensores distintos a los del hotel. Estos no llevaban asido un globo a sus techos, sino que operaban mediante poleas y cabrestantes movidos por vapor. El ascensorista estaba sentado por fuera de la caja, en una especie de sillón rodeado de palancas y poco resguardado del viento. Sentí lástima por aquel operario; en París, con un clima más benigno, aquel diseño era una buena idea, pero no en una ciudad como ésta, en la que llovía doscientos días al año, y cuyas temperaturas podían rozar los veinte grados bajo cero.

Subimos juntos hasta el primer nivel, pero a partir de ese punto quise seguir yo sola. Si C. H. quería una reunión en la cumbre (nunca mejor dicho), no se iba a quedar con las ganas.

Dass y los otros recibieron instrucciones de curiosear por los distintos pabellones en busca de tecnología que sirviera a nuestros propósitos, y quedamos en reunirnos de nuevo en el *Zarian Estate* al final del día. Yo tomé un segundo ascensor, que treparía como una plegaria por dentro del mástil central, rumbo a las nubes, y me calé el abrigo. Iba a hacer frío.

Tardé cinco minutos largos en llegar a la cúspide. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, me recibió una ola de calor y una suave música. El andamio forjado sostenía una estructura de tres pisos, cuya sala principal estaba ocupada por el restaurante. Y no solo eso, sino que el piso entero rotaba sobre el eje, mostrando una lenta pero grandiosa panorámica de la capital.

Había una reserva a nuestro nombre, por supuesto. E incluso antes de que el camarero me guiara, supe reconocer cuál sería nuestra mesa, pegada a uno de los grandes ventanales giratorios, y al hombre que se sentaba en ella. El mismo que seguramente habría ordenado a sus sicarios que me matasen en Varsovia.

Al verme llegar, se levantó y besó con extrema delicadeza mi guante. Iba bien

vestido, con mocasines negros, traje gris claro, camisa blanca y una corbata azul de nudo. Lucía además un ostensible pañuelo azul adosado a un pliegue de la chaqueta, con esa elegancia tan de estar por casa, de comodidad antes que *prestige*, propia de su círculo social.

—Ah, Irna, queridísima flor, no sabes cuánto me alegra que hayas accedido a venir.

—Hola, Charlyon —saludé, tomando asiento sin más ceremonia—. Te gustan los lugares altos, ¿verdad?

—Por supuesto. De lugares altos es de lo que quería hablarte, precisamente. Pero antes... —Invocó al camarero con un chasquear de dedos—. Un Piamonte, por favor. Ah, perdona, ¿prefieres el tinto o el blanco?

—Un Barbaresco, si no le importa —pedí directamente al camarero—. Pero de tanino contenido. —Miré a Charlyon—. Los de cuerpo medio y perfumados son mis favoritos, pero a veces me resultan demasiado ácidos.

—Entiendes de vinos, eso está bien. Dice mucho de una dama.

—Tú, por lo que tengo entendido, entiendes más de miras telescópicas. Eso dice mucho de un fabricante de armas.

El americano me estudió sin renunciar a su sonrisa. Seguramente habría esperado algún comentario de tal calado procedente de mí, aunque no tan pronto. La mordacidad no casaba tanto con mi aspecto externo como la elegancia.

Hensthor era un hombre viejo, una caldera llena de cicatrices donde se habían consumido muchos fuegos, y donde se había quemado demasiada leña. Su negocio era la muerte de masas de gente de la forma más eficaz y económica posible, por lo que tenerlo como contrincante en un duelo verbal era todo un reto. Significaba tener al otro lado de la palestra a alguien cuya vida era una lucha constante, y al que en modo alguno le gustaba perder.

Yo me había informado sobre él (y sobre sus compañeros del Gun Club, que se divertían como niños organizando guerras al otro lado del Atlántico, donde la metralla no pudiese alcanzarles pero sí los dólares), y sabía que era dos veces viudo, que se había vuelto a casar recientemente con la dueña de unas plantaciones de algodón y unos terrenos vinícolas en Iowa, y que fue uno de los principales fundadores de un grupo antisemita que firmaba «KKK» los edictos en el sur del país, y al que se le atribuían actos violentos en contra de negros y judíos. Los grupos en pro de la supremacía blanca no eran inhabituales en la Europa de nuestro siglo, ni tampoco en Norteamérica; sin ir más lejos, mi país siempre ha sido caldo de cultivo para semejantes ideas debido a los problemas que hemos tenido con los otomanos y los árabes, las constantes guerras y los flujos migratorios. Pero yo siempre he repudiado esos extremismos, tanto públicamente como en privado. Así me crio mi padre, y así me he mantenido toda la vida. Que una de mis mejores amigas y colaboradoras fuera la princesa Asha demostraba que no albergaba en mi corazón odios racistas ni menosprecios fundamentados en el color de la piel, lo cual no era

sino un abismo más que me separaba de los hombres como Charlyon, convencidos de que la raza blanca debía gobernar sobre las demás por derecho divino (ya que Jesucristo, según los últimos estudios financiados por el Vaticano, era rubio y de ojos azules).

Charlyon se había retirado de la escena pública hacía unos años, supuestamente para disfrutar de su esposa y de una vida de morigeración cristiana, pero algo le había hecho volver por sus fueros para ocupar el trono del consorcio americano de fabricantes de armas. Algo que había despertado en él la pasión más irrefrenable de los hombres, la codicia. ¿Europa? ¿Asia? ¿Oceanía? No, esos eran patios de juegos muy pequeños, si se los comparaba con la inmensidad de un satélite hasta hace poco inalcanzable y ahora, en apariencia, a un simple cañonazo de distancia.

La sonrisa que me dedicó el presidente del Gun Club, a tenor de mi anterior comentario, fue más sardónica de lo que pretendía.

—No hay por qué sacar a relucir los trapos sucios tan pronto —se defendió—. A menos que queramos que se nos agrie el regusto del *pirozhki*<sup>[16]</sup>.

—Cierto. Me han dicho que los sabores de los platos soviéticos son tan certeros como una bala del calibre doce.

—Señora —pronunció esta palabra de manera que lograrse sonar despectiva—, prefiero que dejemos las formalidades, si insiste en comportarse de esa manera, y que vayamos directos al grano.

—Claro. —Encogí los hombros—. Si dispone de una mira telescópica para mí, podré acertar en ese grano sin problemas.

Charlyon dio un golpe sobre el mantel que hizo temblar la cubertería. Me alegró saber que tenía la capacidad de sacarlo de quicio tan rápido.

—No he venido a escuchar su sarcasmo —amenazó—. He preferido mantener las formas y concederle una oportunidad para que se explique, así que le recomiendo que no la desaproveche.

—¿Que me explique? —Eso me sorprendió—. ¿A qué se refiere? ¿Por qué cree que debería justificar ante usted ninguno de mis actos, señor Hensthon?

—Ustedes, los prusianos, están aprovechándose de los logros de nuestra sociedad americana para la defensa nacional...

—Supongo que se refiere a ese club tan selecto en el que usted juega al golf. ¿O es al tiro al blanco?

—Exacto. Tenemos pruebas de que han enviado espías a territorio americano para informarse sobre nuestros recientes logros en materia de balística lejana.

—Qué nombre más bonito. —Sonreí más con los ojos que con la boca—. «Balística lejana». Pero tiene razón, su país está lleno de espías prusianos, cosa que ustedes no se atreven a hacer en Europa. Ustedes prefieren enviar simios que se cuelgan de los techos de las estaciones.

El camarero llegó con el Barbaresco, lo que enfrió unos grados la temperatura de la conversación. Charlyon me sirvió primero a mí (era un caballero, después de todo)

y luego llenó su copa un milímetro más de lo decente. Casi, casi vi la mano de su mujer superpuesta a la suya y escanciando la botella.

—Una vez comience la guerra en Europa —Charlyon dijo esto como si fuera un hecho necesario—, se dará cuenta de que el fin justifica los medios, y que a veces hay que sacrificar a unas pocas personas por el bien de muchos.

—¿Aunque esas pocas personas sean... cómo me llamó... «grandes damas de los Alpes»?

—Sí. Sobre todo cuando las damas alpinas se meten en asuntos que no les conciernen.

Esta vez fui yo la que perdí un poquito, pero un poquito nada más, los estribos.

—Me hace gracia la actitud de ustedes, los americanos. Creen que todo lo que está por encima o por debajo del cielo les pertenece, y que pueden meter sus egregias narices donde se les antoje. Pero se equivocan. Si pretenden quedarse para ustedes solos algo tan universal como el espacio o la Luna, están muy equivocados.

Charlyon hizo entonces algo que me descolocó. Se secó los labios con la servilleta y se quedó mirándome, impávido, con ese aire de supremacía blanca que tan bien encajaba con sus soliloquios.

Comprendí que esta vez era yo la que había caído en su trampa. Le había pinchado para ver hasta dónde llegaba su paciencia, pero él había logrado devolverme la pelota con una facilidad insultante. Acudí a un sorbo de vino para recomponerme y reorganizar de nuevo mis defensas.

Hensthon chasqueó la lengua con la impaciencia de un profesor ante la torpeza de un alumno poco dotado.

—Durante milenios, señora Hohenstaufen, las tierras levantadas por Dios del océano han estado ahí para que se las quedara la civilización más fuerte. Ningún país o continente de este mundo tiene banderas asignadas que decreten su pertenencia a un grupo humano u otro —expuso—. La historia está llena de ejemplos. Los indios estaban ahí antes que los españoles o los ingleses, y ahora sus tierras pertenecen a otros. Francia llegó a Egipto y quiso para sí la gloria de los faraones, siglos después de que Alejandro Magno hiciese lo propio. Alemania no se queda atrás en asuntos coloniales, y ya han comenzado a establecer cabezas de playa en Asia. ¿Cree en serio que este es un juego que solo practicamos nosotros?

—¿El espacio es eso para ustedes, señor Hensthon? ¿Un territorio virgen en el que plantar una graciosa banderita a rayas para que quien quiera pasearse por él les pague una cuota?

—Es más que eso —rezongó—. Es una fuente inagotable de recursos. Sabemos que los problemas de la humanidad derivan de la falta de mineral, de comida, de leña que quemar para obtener energía. Y dentro de poco estos combustibles orgánicos serán sustituidos por otros más eficientes, en los que descansará la prodigiosa industria del vapor, la mayor fuente de movimiento artificial del mundo. ¿Pero qué es el vapor sino agua evaporada? ¿Y qué se necesita para ello sino el fuego? Por eso nos

metemos en Asia y en Sudamérica y en Oriente Medio, para quitarles unos recursos que necesitamos desesperadamente. Sé de buena tinta que tal interés le es muy cercano, Irna, ¿tengo razón?

Afilé los ojos. Era obvio que él también había investigado sobre mí, y que le habían proporcionado información delicada.

—No lo sé, dígamelo usted.

Soltó una carcajada. Era un sonido rasposo, acompañado de un temblor en las manos que recordaba al aleteo de un pájaro agonizante.

—Vamos, Irna, no me tome por un incapaz. ¡Quiere ir a la Luna en busca de oro, como nosotros! Quiere excavar el blanco suelo selenita, con permiso de sus habitantes, buscando unas vetas inmensas y riquísimas que llevan ahí, intocadas, desde que el satélite se separó del planeta madre.

Recurrí por segunda vez al vino. Era como admitir que me tenía contra las cuerdas, pero sentía los labios reseco.

Cuando se hizo evidente que yo no iba a decir nada, añadió:

—Y como sé que usted no es una persona parca en medios ni en ideas, estoy seguro de que ya habrá resuelto el problema del regreso de los cosmonautas y de todo ese mineral...

Ah... pensé. Así que era eso. Charlyon acababa de confesar, de tapadillo, lo que mis espías habían sugerido. Que su primera expedición podía haber sido un fracaso.

—Por supuesto que lo he planeado —dije con autosuficiencia. Mordí el anzuelo a propósito, y pensaba tirar del sedal hasta ver cuánto aguantaba la curiosidad de mi contrincante—. De hecho, mis expertos me han asegurado que no solo se puede alunizar de forma segura, sino también despegar rumbo a la Tierra con una buena cantidad de peso extra.

Los ojos de Hensthor brillaron. Nos estábamos aproximando al punto clave.

—Supongo que sería esperar demasiado que me lo contara, ¿no?

Reí musicalmente.

—Lo es, lo es. Pero no se preocupe, que tiene en mí a una amiga más cercana de lo que cree. De hecho, mi inquietud por la suerte de su expedición es más que auténtica. Estoy preocupada por los hombres que enviaron allá arriba, y de los que no se ha sabido nada desde entonces.

Hensthor se reclinó. El respaldo de la silla crujió al encajar su sobrepeso.

—Tendríamos que haber divisado señales luminosas en la superficie del cráter Bailly hace días —confesó, y su repentino abatimiento pareció auténtico—. Pero ningún telescopio ha captado nada. ¿Los suyos...?

Sacudí la cabeza.

—Me temo que tampoco hemos visto nada. Ni señales luminosas ni marcas en el suelo selenita que pudiesen haber dejado como señal.

—Eso me temía... en fin, solo espero que estén vivos. El oficio del pionero tiene estos inconvenientes.

—¿Ha pensado alguna vez que el diseño esférico de la cápsula pudo haber resultado peligroso para sus ocupantes, sobre todo en el momento de aterrizar?

—El viejo B. solo pensaba en subir lo más arriba posible, no en cómo iba a bajar después —cloqueó, refiriéndose al anterior presidente del Gun Club y jefe de los expedicionarios—. Pero sí que es cierto que la bala debió ser diseñada de otro modo, más aerodinámico. No pensando en el vacío del espacio, por supuesto, pero sí en la reentrada.

—Y luego está el problema de la atmósfera. ¿Llevó su gente alguna clase de equipo especial por si se daba esta contingencia?

—Claro. —Y se quedó ahí, sin revelar más datos. Pero yo suponía que en la cápsula-bala tenía que haber grandes depósitos de clorato de potasa para purificar el aire. Si esos depósitos se rompían en el choque contra el suelo lunar, los cosmonautas tendrían serios problemas—. Pero los estudios previos dejaron claro que un tipo de atmósfera tenue sí que existe allá arriba.

—¿Qué estudios?

—Los de los textos sagrados, por supuesto —afirmó Charlyon sin ruborizarse lo más mínimo—. Hay pasajes de la Biblia que mencionan, sobre todo en el Antiguo Testamento, que Dios no solo llenó de aire la Tierra, sino también el Jardín del Edén y los otros mundos así creados. Es lógico suponer que la Luna es uno de esos mundos.

Busqué su mirada, desconcertada.

—¿Me está diciendo que ha basado sus cálculos de física en pasajes de la Biblia?

—Los auténticos creyentes sabemos dónde se encuentra la sabiduría, señora Irna —dijo a la defensiva, con ese acento de patriarca de Judea tan poderoso que tenía en la voz. Su mirada, incluso a la suave luz de las velas, parecía emitir una radiación fría. Volví a imaginar al bueno de Hensthon separando las aguas del Mar Rojo con un cayado, y lanzando consignas mecánicas a los cielos. Seguro que una de sus obsesiones era la de evangelizar a los selenitas—. Pero ya basta de contestar a sus preguntas. Es hora de que usted también responda a algunas de las mías.

—Adelante. Dispare —concedí. La sorpresa que me había embargado durante ese fárrago de ciencia y misticismo ya había pasado, y era justo que yo también le revelase algunas cosillas, datos sin importancia. Así me daría el gustazo de esconderle otras.

—Para empezar, ¿cómo piensa reunir la pólvora necesaria para elevar el proyectil? Según mis informes, su país está haciendo acopio de munición por si estalla la guerra. Dudo mucho que le faciliten las toneladas necesarias como para lograr un empuje de doce mil yardas por segundo.

—Ni siquiera pienso intentarlo —sentencié.

—Pero entonces, si no va a emplear pólvora, ¿cómo demonios...?

—Charlyon, la solución que dio su gente al problema del disparo fue ingeniosa y muy original, pero requería la inversión y pérdida de demasiados recursos. De esa

manera el viaje espacial es más costoso que rentable, por más que traigamos oro de la Luna para amortizarlo. —Mastiqué un pedacito del *pirozki*, pinchándolo en el tenedor. Advertí que la pimienta imponía su sabor sobre el paté y la nuez moscada—. Hasta que no logremos idear una forma de subir cápsulas hasta el cinturón de flogisto sin gastar tanta pólvora, debemos recurrir a soluciones alternativas. Más peligrosas, a la postre, pero también más baratas.

—¿Y qué pretende, por el amor de Dios? ¿Construir un tirachinas gigante, o una catapulta?

—No, aunque eso me da varias ideas interesantes. No. —Hice una pausa dramática—. Estoy segura de poder conseguir hasta cuarenta mil kilos por centímetro cuadrado de empuje, empleando solo agua de mar.

—¡Cuarenta mil kilos! —El grito de Charlyon acalló el resto de las conversaciones del local, e hizo que mucha gente mirase ofendida hacia nosotros. El propio Charlyon se había puesto en pie de golpe, lanzando hacia la mesa de atrás su silla. Tuve que convencerlo para que tomara asiento antes de proseguir, o el camarero nos habría pedido muy amablemente que nos fuéramos—. ¡Me está tomando el pelo!

—Le aseguro que no. Por supuesto, es un cálculo de la potencia total disponible en el medio, pero solo emplearemos una fracción de ella o destrozaremos la cápsula antes de hacerla volar. Nuestro problema, señor Hensthor, a diferencia del suyo, no es conseguir crear empuje de la nada en un entorno estático, sino todo lo contrario: cómo eliminar todo el empuje sobrante donde éste es infinito.

El empresario bufó, secándose los labios con una servilleta. Evidentemente, pensaba que o bien lo engañaba con una mentira muy estúpida, o bien estaba loca.

—Me ha decepcionado, señora Irna —dijo con veneno en la voz—. Pensé que hablar con usted resultaría enriquecedor para ambos, pero...

—Lamento oírle decir eso, pero ya me había hecho a la idea de que no podría convencerle ni para que fuésemos amigos, ni para que dejásemos de competir en la conquista de la Luna. Es una empresa de tal trascendencia histórica que ninguna nación debería afrontarla sola. Si ponemos el pie allá arriba, tiene que ser en nombre de toda la humanidad, no solo de los intereses de un gobierno.

—Es usted más peligrosa de lo que pensaba, Irna. No solo es inteligente y osada, sino también ingenua. Es la peor combinación que conozco.

Ese comentario me hizo sentir halagada, como si en lugar de un insulto hubiese sido un piropo.

—Gracias, Charlyon. La verdad es que me enorgullezco de que alguien me dedique esas palabras. Y de poder asegurar «así soy yo, justo así». Y quiero seguir siéndolo en el futuro.

—Por el bien de todos los países de ese cajón desastre que ustedes llaman Europa, espero que nunca llegue a emperatriz, Irna.

—Y yo espero que, cuando ponga mi bota en la Luna y busque a sus compatriotas para rescatarlos, éstos estén vivos y hayan firmado un tratado de paz con los

selenitas, en lugar de venderles armas y tabaco.

Charlyon tuvo que respirar muy hondo para no soltar otra imprecación. Ese fue el final de la charla, y por ende de la cena. Pero cuando salí de aquel lugar en lo alto de aquella torre de hierro, dejando a mi adversario inclinado sobre su plato de gachas rusas (preguntándose cómo infiernos se podía conseguir en este mundo un empuje lineal de cuarenta mil kilos sin utilizar toda la pólvora de la Tierra), tuve una sensación clara y embriagadora. Una sensación que se presentaba por vez primera desde el comienzo de la aventura.

La sensación de triunfo.

Por primera vez estuve completamente convencida de que íbamos a vencer, de que plantaríamos nuestra bandera en un nuevo mundo jamás hollado por el hombre, y que no había fuerza humana o divina en este o en otro planeta capaz de pararme.

## VII

# De las notas de trabajo de Sigurd Garvorg (en diario caligráfico)

*7 de Marzo. Perdido en la Exposición Universal. Con apetito de más maravillas y de jamón con tomate.*

Hambre. De hambre se alimenta el hambre. De futuro y maravilla se sacia aquel que admira tantos logros, y se pregunta, oh, sí, se lo pregunta allá donde realmente duele, si el ingenio humano tendrá límites.

Llevo varias horas deambulando por el inmenso recinto de la Exposición. Hace tiempo que perdí a los otros, pero supongo que cuando llegue la hora del cierre me estarán esperando en las caballerizas. Frau Irna, bella y distante como una sinfonía en mármol compuesta en los dedos de Nicola Pisano. Nordhal y Chemov, baluartes de la moderna ciencia comprometida, cada cual a su modo, con sus penates políticos. Arno Silvestor, no más raro ni iconoclasta que cualquier otro empresario henchido de dinero. Y la maravillosa y siempre callada Asha, una mujer discretamente bonita (más adecuada, quizá, para ser monja que sirena), pero con un saber estar que desmonta por sí solo todos los prejuicios que pudieran tenerse sobre las castas de «salvajes» que habitan el extremo del mundo. Extraños compañeros de viaje para una persona como yo, más interesada por la odisea interior que por la exterior, la que te obliga a subirte a un obús para surcar los cielos. ¿Quién te habría dicho hace tan solo un mes, pobre Sigurd, que tus pasos te llevarían tan lejos? ¡Esto te enseñará a elegir con un criterio más pausado a tus amigos!

Es igual, ahora lo que importa es que mis ojos, ¡mi cerebro entero!, está a punto de reventar por haber asimilado tanta información. Por cada línea que escribo en la libreta, hay dos páginas de apuntes mecánicos y químicos que la acompañan. ¿Cómo rayos lo han hecho estos tipos?

¿Cómo han conseguido desplazar la electricidad condensada por un pararrayos por esos conductos tan largos y lograr que el amperaje permanezca intacto? ¿Cómo han logrado fabricar un aerostato con cinco barquillas en equilibrio, y hacer que se mueva a gran velocidad gracias al empuje de una hélice?

Vaciaderos de sonidos, amplificadores de sueños, maniqués cercados por los fragmentos de incontables personificaciones, mujeres de hombros robustos y torsos macizos que levantan pesas, horóscopos enjorados de microscopía, anémonas y anfibenas arrojadas en cálidos mares de radiación, reflejos murmurando en la escarcha azul del cielo y bailando en el delicado diafragma de un aparato que cose hebras de flogisto...

Estos logros hacen que mis investigaciones sobre la galvanización de los cuerpos parezcan una nimiedad, un juego para estudiantes después de clase. Curiosamente, uno de los aparatos que más me han llamado la atención en mis paseos por los pabellones, más allá de los logros titánicos de la conquista del aire y del patrimonio dieléctrico de Zeus, fue una caja negra llena de tubos que vi en el pabellón de Francia. Era grande, decorada con diodos y ensamblajes y válvulas de control, con partes móviles y un propósito que al principio me fue imposible desvelar. Cuando me acerqué, su inventor estaba haciendo una demostración al público: cogió una resma de papel y se la alimentó al grotesco aparato por una bandeja. La máquina infernal comenzó a hacer movimientos, a expandirse y contraerse y emitir ruidos y gases que me pusieron los pelos de punta. Cuando completó el ciclo, y tras haber hecho mil cosas con el papel en sus entrañas, devolvió un objeto por el lado opuesto.

Un barco.

¡Era una máquina que servía para hacer barquitos de papel! Aplaudí tras la demostración, eufórico. Uno no lo piensa mientras lo hace, claro, pero si nos ponemos a contar los giros, pliegues, agarres y torsiones que ejecutan nuestros dedos cuando hacemos un barquito con una hoja, llegamos a contar más de treinta movimientos entre las dos manos. Trasladar eso a un proceso mecanizado, con pinzas y engranajes sustituyendo a nuestros prodigiosos pulgares oponibles, es una proeza de ingeniería. ¡Barquitos de papel!

Otro de los fenómenos que me encandilaron provenía también de Francia, y si bien la máquina de barquitos me hizo aplaudir, el singular invento de unos señores regordetes apellidados Lumière logró arrebatarme el aliento. ¿Qué prodigio era aquel que se exhibía en el interior de un gabinete cerrado, protegido de la luz, como los que servían a los antiguos feriantes para esconder sus trucos de magia? Entré en la tienda de los franceses, y quedé impactado, sobrecogido, impresionado, conmovido por la maravilla tendida sobre un lienzo blanco. ¡Imágenes en movimiento de trenes que se acercaban en tonos de plata y carbón a un espectador que asistía, cual teatrillo de títeres, al singular evento! Yo había visto otros aparatos como el praxinoscopio de Reynaud, que hacían cabriolas con la luz gracias a un tambor giratorio y un juego de espejos. Pero aquello era otra cosa, un cuadro plano de personas que habían hecho movimientos frente al ojo de una máquina, y que eran recordados por ésta con una exactitud inhumana.

Aquel invento, llamado «cinematógrafo», servía para lo mismo que el fonógrafo de Irna pero aplicando su memoria a la imagen, no al sonido. Había sido creado en

una acción de coalescencia con la oscuridad. Seguro que Irna querría comprarlo para llevarlo en su viaje. ¿Quién no dispondría de uno de estos aparatos, de ahora en adelante, en todas y cada una de las hazañas de la humanidad? Si los Lumière hubiesen existido en tiempos de Colón, o de Jesucristo, poco espacio habría quedado para la imaginación popular y sí un registro tácito de los hechos que realmente ocurrieron.

Ocupé una butaca y me dejé llevar por el arte del mago de feria moderno y tecnológico. Sentado en silencio, en una soledad rodeada de gente, asistí a una serie de estampas de la vida de otros, en las que vi cómo un hombre pecaba de torpeza y se mojaba a sí mismo intentando regar unas plantas, y cómo otro salía de misa de once y nos saludaba a nosotros, a los que en ese momento no estuvimos allí. No todos los segmentos eran tan simples. Había otros más elaborados, sin duda ideados por el artista telúrico para contar una especie de fábula. Vi a una especie de caperucita roja enfrentándose a un lobo hecho de cartón sobre un fondo de carromatos, en un Londres por el que pasaban, en segundo plano, monstruos de feria (enanos con tambores incrustados en la barriga y otras deformidades), organizadores de duelos para la realeza y mujeres de colmillos afilados, al estilo de los vampiros del folclore eslavo. Tras este primer «cortometraje» (¿lo llamó de esa forma tan graciosa el prestidigitador?) llegó otro aún más barroco, en el que un viejo que se parecía a mí se enfrentaba a un acertijo encerrado en una caja, una especie de Esfinge mitotecnológica, en una aldea que él mismo parecía haber construido y poblado con personas a cual más extravagante.

Si estos eran los milagros del mundo moderno, me pregunté qué diría la gente cuando supiese que entre las mesnadas de curiosos que asistían a la feria había futuros hombres y mujeres del espacio: intrépidos colonos de la Luna y los científicos que hacían posible su gesta. ¡Cuán emocionante se presentaría el nuevo siglo, tan cercano ya en el calendario, si todos estos prodigios fueran incorporados a la vida diaria!

*8 de Marzo. En el restaurante del hotel. Agotado.*

El nuevo día ha arrancado de manera brusca. Y preocupante, a falta de una palabra mejor para describir nuestro estado de ánimo.

Nos encontrábamos en el restaurante del *Zarian*, disfrutando de un desayuno que nos daría fuerzas para otro larguísimo paseo por la Exposición, cuando ha aparecido Irna con cara de no haber encontrado la postura idónea en la cama. Nos hizo un breve resumen de su experiencia la noche anterior con el misterioso C. H. (de quien no nos sorprendió conocer su identidad, la verdad), y luego su rostro se tornó sombrío.

—A partir de este momento vamos contra reloj —dijo, sentándose a la cabecera de la mesa. Los demás nos miramos unos a otros, inquietos—. Tenemos poderosas fuerzas en contra, y éstas ya han hecho su primer movimiento. No tardarán en adoptar estrategias, digamos, más... expeditivas, si creen que con eso podrán detenernos.

—¿Tan mal fue la reunión? —preguntó Dass, con su mordacidad habitual.

—Peor. Charlyon está dispuesto a todo con tal de quedarse la Luna para él solo. Creo que una chispa del espíritu colonial de sus abuelos aún pervive en su sangre. — Sonrió—. Una estrella más con forma de satélite que añadir a su bandera.

—Si tanto miedo nos tiene, ¿por qué el subterfugio? —preguntó Nicolás—. ¿Por qué no atacarnos abiertamente, mientras nos tenga localizados?

—El Gun Club es poderoso, pero no cuenta con la aprobación de todos los miembros del Congreso. Aunque parezca mentira, y pese a los logros cosechados en fechas recientes, es más una sociedad privada que un organismo público. No se arriesgarán a provocar un conflicto entre nuestros países, y menos con una Gran Guerra con Asia en ciernes. Europa es la primera trinchera de América, su más inmediata defensa contra el poderoso imperio otomano.

—Si estuviera en su lugar optaría por el subterfugio —intervine, y les hablé a mis amigos de mis tiempos en las milicias leuthenistas, en la guerra de los Siete Años—. Seguiría al objetivo hasta el lugar donde pudiera ocasionar más daños y daría el golpe de gracia solo entonces.

—¿Estuvo usted en la batalla de Leuthen, Sigurd? —preguntó Irna, alzando una ceja con asombro.

—Era apenas un cadete —dije con una pizca de orgullo—. Pero debo confesar que sí, que yo realicé uno de los disparos que decidieron la contienda.

Nordhal me dio un puntapié mal disimulado por debajo de la mesa.

—Seguro que estamos siendo espiados, puede que incluso ahora mismo —murmuró Nicolás, con un tinte obsesivo en la voz que casaba muy bien con su forma de alargar las zetas—. Cualquiera de esos tipos podría ser un prosélito del señor Hensthon. —Miró con recelo a los demás comensales—. Debemos empezar a mover las cosas en el enclave Alfa.

—Estoy de acuerdo —asintió Irna—. Lo mejor, por si acaso, será dividimos. Dass y tú os marcharéis hoy mismo al enclave. Los demás nos quedaremos para terminar de comprar la tecnología que nos hace falta y ver si podemos despistar un poquito a los americanos.

Nordhal levantó las manos, pidiendo tregua.

—¡Un momento, un momento! —dijo muy deprisa—. ¿Qué enclave es ese?

—El lugar desde donde se lanzará la cápsula —aclaró el ruso, en voz tan baja que incluso la brisa que entraba por el tragaluz hacía más ruido. También se tapó la boca con una mano, no fuera a haber algún lector de labios cerca—. Para eso estás aquí, Nordhal, para ayudarme en las últimas fases en el Alfa.

La voz melodiosa de la princesa se elevó apenas un poquito más que la de Nicha:

—Los cálculos preliminares de balística están casi acabados. Pero necesito analizar la geotermia del lugar *in situ* para afinarlos. Yo también debería acompañarlos.

Irna asintió con la cabeza, observando de manera sospechosa a los demás

comensales que, ajenos al carácter secreto de nuestra reunión, se reían o gesticulaban al impulso de sus propias conversaciones.

—Está bien, irás con ellos. Sigurd, Arno y yo permaneceremos aquí unos días para rematar la compra. Nicha —miró al ruso—, estarás al cargo de la expedición hasta que yo llegue al enclave. Da las órdenes para que vayan montando la cápsula conforme a los planos sugeridos por Asha y Nordhal.

—He de decir que la ayuda del señor Dass ha sido fundamental en este aspecto —añadió la joven—. Sin sus cálculos sobre expansión de las ondas dinámicas no habríamos dado nunca con la geometría perfecta del navío.

Nordhal se sonrojó, aunque tomó un trago de oporto para que no se le notara.

—No ha sido nada. Lo difícil viene a partir de ahora, me temo.

—Por eso hemos de ir con más cuidado que nunca —zanjó Irna, poniendo punto y final a la charla—. No subestimen al enemigo, señores; ellos tienen diez veces nuestro presupuesto. Y si Sigurd está en lo cierto —me miró—, Charlyon y sus sicarios buscarán hacernos el mayor daño posible en el momento crítico. Yo diría que nos atacarán en el momento del despegue, si logran dar con el enclave.

—Llamaré a Augustus Maudenhoff —sugirió Nordhal. Los demás lo miraron, intrigados.

—¿Quién?

El geólogo tardó unos segundos en contestar, como si hubiese seguido interiormente a gran velocidad con el hilo de los pensamientos.

—Oh, el padre de mi prometida, Ginka —aclaró—. Es cónsul en la India, y un hombre muy bien situado dentro del ejército. Ya es hora de que el país nos eche una mano, aunque sea a larga distancia.

—¿Nos prestarán ayuda? —inquirió Nicha.

Dass hizo un gesto ambiguo.

—Quién sabe. La situación podría explotar en cualquier momento, así que... mejor no contemos con la ayuda y que nos sorprenda si aparece.

—Estoy de acuerdo —dijo Irna, y se levantó. Los demás nos pusimos en pie—. Dama, caballeros, tienen sus órdenes. Cúmplanlas. Si Dios quiere, la próxima vez que nos veamos será en el Alfa. Espero que la cápsula esté montada para entonces.

—Puede poner la mano en los fuegos de Islandia que así será —dijo Nicolás, y con esa promesa y esa bravata (que todos esperamos fuera cierta, y no un mero desplante de nuestro geólogo) la reunión se disolvió. Arno, Asha, Nicha y Dass se fueron hacia el ascensor, dispuestos a subir a sus habitaciones y hacer las maletas, mientras que la impetuosa Irna y un servidor salimos como si nada ni nadie tuviese que ver con nosotros y tomamos un coche de caballos.

Los pabellones nos esperaban, llenos de tesoros disponibles para el mejor postor, aunque ninguno de los países promotores lo admitiría jamás en voz alta.

Oh, cómo adoro la política.

Tanto que da miedo. Es cierto que Irna nunca viaja sin la compañía de sus hombres, una cohorte de sirvientes, abogados y yo diría que guardaespaldas que la acompaña a todas partes y que ha aparecido como por arte de magia en Moscú en las últimas veinticuatro horas. Ella solo tiene que levantar un dedo y señalar algo que le guste para que sus lacayos se encarguen de gestionar la compra y el traslado del material a un lugar seguro. Pero aún así, sabiendo que estamos rodeados de gente, me siento desprotegido. Es como cuando estuve en las butacas del «cinematógrafo» (uno de los primeros inventos en ser adquiridos por Irna, por cierto): rodeado de gente pero abandonado a mi propio criterio, a mi propio disfrute e interpretación de lo que estaba viendo. Irna no siente esa sensación de desamparo, pero la he visto introducir de soslayo una pequeñísima pistola (¿la habrá adquirido también en los pabellones?) en el espacio interior de su paraguas plegado. Me alegré. Mujer precavida vale por... no sé, por un montón.

Uno de los inventos que llamaron poderosamente la atención de Irna fue un ábaco automatizado que llegó de Noruega. Se trataba de una máquina prodigiosa, accionada por un complicado conjunto de ruedas y engranajes dispuestos como las hileras sucesivas de un enorme ábaco, que el operador manipulaba usando un teclado semejante al de un piano, pero donde en lugar de corcheas, semicorcheas y fusas, lo que había eran unidades, decenas y correspondencias decimales.

Tuvimos el privilegio de asistir a una demostración, en la que un matemático pianista tocó la sinfonía de los límites de Cauchy y el hermoso aria de la función vibratoria de Euler, sentado cómodamente en el escabel. Los resultados dejaron con la boca abierta a los entendidos. Aquel aparato podía realizar cálculos complejos en fracciones de segundo, infinitamente más rápido que ningún hombre. Miré a los ojos de Irna mientras los arpegios de la transformada de Lepeck resonaban en el proscenio de engranajes, y pude ver cómo intentaba encajar mentalmente un aparato de tales dimensiones (el ábaco era casi tan grande como una habitación pequeña, y pesaba lo que dos elefantes) dentro del reducido espacio de la cápsula.

Sin duda sería una ayuda inestimable poder llevar un artilugio así en nuestro viaje, y estar tranquilo porque no se cometerían errores en el cálculo de pesos o trayectorias. Me imaginé en aquel momento a Asha, ataviada con una especie de traje de buzo, tocando un adagio de álgebras y polinomios para un público hecho de estrellas, y me emocioné.

Huelga decir que casi les arrebatamos el ingenio calculador a los noruegos a golpe de billetero; los descendientes de los vikingos se mostraron reacios a cedernos los planos para que pudiésemos construir o modificar uno, pero Irna insistió y al final accedieron a fabricar un ábaco un poco más liviano y de menor volumen, según unas especificaciones que les serían dadas en su momento. Nos miraron con desconfianza, pero aceptaron el encargo. Seguramente pensarían que estábamos intentando encajar su máquina en el diseño de un buque de guerra o algo parecido, cosa que, como

buenos científicos, no les hacía la menor gracia. Pero el dinero es un poderoso orador, y logró imponer su criterio a pesar del secretismo, a base de amontonar ceros en la oferta de compra.

Noté a Irna bastante preocupada. Cuando nos detuvimos en una de las salas de asueto para tomar el equivalente ruso de un refrigerio (es decir, algo caliente con mucha menta y una pincelada de vodka) me contó el porqué: las cuentas no acababan de cuadrar. El dinero que obtuvo por la venta del castillo de Baviera se estaba agotando a un ritmo mucho más veloz de lo esperado, y la financiación de este viaje corría peligro de venirse abajo. Pero aún le quedaba un as en la manga que pensaba usar en cuanto regresara a Brandeburgo: podía vender sus concesiones en las rutas marítimas de la Compañía de las Indias Orientales. Era su mayor fuente de ingresos, pero Irna estaba dispuesta a sacrificarla si con eso lograba respaldar económicamente su sueño. Arno seguía apoyándola en este tipo de decisiones, respaldando con su fortuna personal las atrevidas maniobras financieras de la aristócrata.

No sé por qué se abrió ante mí con tanta naturalidad, en lugar de a Silvestor. Tal vez necesitase a alguien con quien hablar, una especie de confesor con pinta de hombre mayor que pudiese entender los motivos que mueven a un alma ansiosa de descubrimiento. El instante solo duró lo que define esa palabra, pero me sentí muy cercano a ella mientras la tuve delante, inclinada sobre el vodka y con los ojos clavados en el infinito, como si pudiese ver cosas que a los demás se nos escapaban. Experimenté una especie de amor paternal hacia la pobre Irna, que poco tenía de joven desvalida que lo necesitara; pero bueno, son cosas de la edad.

Otro invento que también adquirimos a fuerza de limar nuestros recursos vino de Grecia. Por la expresión de Irna cuando accedimos al pabellón heleno, deduje que era precisamente este artilugio por lo que nos habíamos desplazado hasta Rusia. Y no me equivoqué.

El invento en cuestión era una máquina prospectora, pensada para realizar excavaciones en el suelo marino, a muchos metros de profundidad. Era una especie de taladro de múltiples cabezas rotatorias, accionado a vapor, que podía perforar en un suelo más blando que el rocoso a razón de cinco metros por hora. ¡Asombroso! Y lo mejor era que, dado que estaba diseñado para operar en entornos acuáticos, podía ser manejado a distancia por un escueto equipo de solo cuatro personas. No sé cómo se enteró Irna de que los griegos iban a mostrar al mundo semejante maravilla, pero comprendí que sin él nuestra operación «fiebre del oro» carecía de sentido.

Lo compramos, por supuesto. Y luego Irna preparó el inmediato regreso a Brandeburgo para negociar la venta de sus concesiones de ultramar. Después viajaríamos al famoso enclave Alfa, doquiera que estuviese, para reunimos con Dass y los otros. Era una agenda muy apretada para el poco tiempo del que en realidad disponíamos. Unos viajes muy largos para tenerlo todo a punto para la próxima vez que la Luna pasase justo por el cenit, hecho que ocurriría antes de finales de año, y que devendría en el momento idóneo, preciso, ideal, perfecto, exacto, cabal para

lanzar el proyectil a la inmensidad celeste. ¡Yo que pensaba que estas cosas uno debía tomarlas con calma, y resulta que corríamos contra el tiempo!

## VIII

### Del diario de nordhal Dass (en taquigrafía)

*17 de Marzo. En el Transiberiano (los nativos lo llaman Rossiya) rumbo a... a... al Este, al frío y desconocido horizonte. Es todo lo que puedo decir.*

La lluvia vuelve a caer. Las temperaturas no son tan bajas como para cristalizarla en alfilerazos de nieve, pero adquiere una cierta consistencia de gel y se anuda sobre sí misma en largos flagelos que fustigan las ventanillas. Esquemas de corta vida que son borrados, casi instantáneamente, por una invisible escobilla de viento.

La mañana se presentó tan sombría, las nubes se encontraban tan bajas, la luz era tan gris que lo mismo podría haber sido el final del día que su comienzo. Cuando abrí los ojos, seguía allí, en el coche cama, en un catre que debió haber sido confortable pero que martirizaba mis costillas por más estratos de mantas y cojines que interpusiera entre ambos. Anoche soñé con la protagonista del cuento de la princesa y el guisante, a cuya efeméride se añadía el *staccato* con acompañamiento nasofaríngeo de los vecinos de camarote. Y luego dicen que el sueño es el periodo más placentero del día. Si pudiera coger a los malditos hermanos Grimm por el pescuezo, se lo retorcería hasta...

En fin. De nada vale lamentarse a estas alturas, cuando las fabáceas han demostrado su supremacía sobre el simio, supuesta cúspide de esa nueva teoría que tantos adeptos tiene llamada «evolución».

No todo han sido tedio y ronquidos en lo que llevamos de viaje, por fortuna. Los paisajes y el telégrafo nos han dado más de una alegría. Nunca imaginé lo monstruosamente grande que podría llegar a ser un único país, ni lo que se tarda en cruzarlo de punta a punta. Antes de que la llanura helada sepultase al mundo, pude ver cordilleras de paredes de cristal y bosques hechos de afloraciones de basalto, tan antiguos y enigmáticos como la misma Siberia. Una mañana alcanzamos un bosque de cedros que cubría las estribaciones de una larga cadena montañosa. Bajo aquellas ramas de verdor perpetuo bullía la vida, con esplendor efervescente. Los jilgueros poblaban con sus trinos el anfiteatro de ramas mientras los zorros cazaban agazapados y los cascanueces se cortejaban con agudos gritos. A hurtadillas

maquinaba su estrategia el armiño, compitiendo por la misma presa con algunas aves de pelaje tan blanco que dañaba la vista. De los troncos de recios árboles llamados alerces, colosos desde cuya copa podría haberse divisado la lejana Moscú, se desprendían hijos que las ventiscas derribaron. Las heladas los habían fundido al suelo, mezclando el agua con la trementina como un alfarero revuelve conchas molidas para que la cerámica no se deforme. Eran masas compactas en cuya piel había dejado su firma el rey de la taiga, el oso pardo, cuya silueta divisamos a lo lejos en un par de ocasiones. Toda esa explosión de naturaleza en estado puro nos llenó de alegría, y nos convenció de que, por mucho mal que los hombres sembraran en el mundo, siempre quedaba algo hermoso por lo que vivir.

Nombro ahora el telégrafo porque una línea, la más larga del mundo según Nicolás, corre paralela a las vías. Los ingenieros que dibujaron esta inmensa cicatriz en la piel de Rusia, con forma de tendido ferroviario, también aprovecharon para plantar postes y tender cables. Ocho mil kilómetros de telégrafo unían el cinturón urbano de Siberia con ambas costas, la oriental y la occidental, sorteando obstáculos tan imponentes como la plataforma peniastálica (llena de interesantísimas rocas ígneas y metamórficas, todo hay que decirlo) o la muralla natural de los Urales.

Esta línea telegráfica estaba conectada al tren mediante un ingenioso sistema de lengüetas; el tren poseía una especie de diente de narval que surgía de la locomotora, acabado en unas laminillas que golpeaban las cajas de repetición de cada poste. En cada golpe, parte de la energía que circulaba en ese momento por los cables era transmitida al tren, donde un telegrafista decodificaba la información y transcribía los mensajes. Es decir, que podíamos enviar y recibir telegramas aún estando en movimiento.

Fue así como contacté con Augustus, el padre de Ginka, y como él me dio las lúgubres noticias sobre lo que estaba pasando en Europa oriental.

Le trasmití en clave mi petición de ayuda, pues estaba seguro de que nuestros enemigos intentarían otro ataque antes incluso de que abandonásemos Asia. Todavía sonrío al recordar la cara del telegrafista cuando me empeñé en que transmitiese una serie sin sentido de números y letras que, sin que él lo supiera, escondía a su vez otra clave matemática aún más complicada. Augustus no tardó en responder con otro galimatías, cuya transcripción al alemán vendría a ser más o menos la siguiente:

Mensaje de Augustus Maudenhoff, con fecha de 15 de Marzo:

«Querido yerno, y perdóname si uso este término para referirme a ti (si me oyera Ginka, no sé qué pensaría); las noticias que te envió de Prusia no son halagüeñas. STOP. La situación en la frontera griega ha sufrido un serio revés para las tropas unidas de Prusia, Austria y Hungría. Es increíble cómo la amenaza de un enemigo común puede crear coaliciones entre vecinos que hasta hace poco eran rivales. Siete años seguidos de guerra cavaron una zanja entre nuestros pueblos que no nos ha costado rellenar en cuanto el turco

asomó su bandera. STOP. Los otomanos han invadido Atenas tomándose la revancha, tal vez, por antiguos conflictos que datan de tiempos homéricos, y están concentrando sus fuerzas cerca de Vladislava, en la frontera misma con el Imperio Austriaco. La Confederación del Rin, si alguna vez sirvió de algo, es ahora. Nuestros espías hablan de una caballería de jenízaros montada sobre carros de vapor, que no tiene parangón en Occidente. Varias ciudades han escuchado su atronadora carga antes de ser reducidas a escombros. STOP. Se dice que el mismísimo sultán Utman II Gazi marcha al frente de las tropas. ¿Es cierto o una burla de las avanzadas enemigas, para hacernos creer que su líder es tan valiente como Napoleón o Julio César? Yo solo sé, querido Nordhal, que ojalá el bueno de *Napoleone* siguiera vivo en la actualidad. Necesitamos un genio militar como el suyo para organizamos contra el Islam que viene pisando con carros de fuego, con el ojo puesto en el mismísimo Vaticano y quién sabe si más allá. STOP. Respecto a lo que me pediste, he tratado de enviarte ayuda. No sé si te llegará a tiempo, pero he persuadido a los supervisores del Servicio Secreto para que mantengan vigilados a los americanos. Lo último que nos faltaría es ser cogidos entre dos frentes. STOP. Mucha suerte y ojalá que la empresa en la que estás embarcado culmine con éxito. Creo que de verdad acabaremos necesitándolo. Dile a frau Irna que, si vuela lo suficientemente alto y observa desde arriba nuestra triste y convulsa canica azul, entone una plegaria por nosotros, los desgraciados que estamos anclados a la tierra...».

El mensaje de Augustus me preocupó aún más de lo que ya estaba, si es que eso era posible. Le transmití esta respuesta desde la oficina radio-telegráfica del tren:

«Estimado papá (y no es burla lo que crees detectar entre líneas); ardo en deseos de regresar a casa cuanto antes, sobre todo teniendo en cuenta cómo me marché, con una enorme prisa fundamentada en la idea de un pronto regreso, que al cabo de pocos días se tornó imposible. STOP Seguro que Ginka me echa mucho de menos, tanto como yo a ella. La imagino deseando reunirse conmigo para contarme en qué ha quedado su última lectura de poemas. Si yo tuviera permiso para asistir a esas reuniones, mostraría adoración por cada una de sus palabras como si fueran diamantes... aunque no creyera en ellas. Algún día tendríamos que empezar a cuidarnos de los poetas igual que de los soldados. Sus armas son menos ruidosas, pero igual de hirientes. STOP. Pero yendo al grano, te agradezco de veras que hayas atendido mi súplica. La situación empieza a escapársenos de las manos, y aún quedan varios meses de duro trabajo para llevar a buen término el plan de Irna. Esa mujer está un poco loca, me di cuenta nada más conocerla en el Neuschwastein, pero con el tiempo he comprendido que un poco de locura es

ideal para sacar adelante semejantes retos. STOP. Teniendo en cuenta cómo está la situación en Europa, una parte de mí agradece estar ahora mismo en el Asia profunda, allá donde ningún mal (a menos que sea un mal milenario, propio de estas tierras prehistóricas) podría alcanzarme. Pero otra parte ansía volver para luchar por mi país y defender las fronteras. STOP. Si todo va bien, nos veremos al otro lado del mar. Aún quedan muchas traviesas en esta vía por recorrer antes de llegar a buen puerto».

Al día siguiente recibí otro telegrama de Augustus, si cabe más oscuro que el primero. Supuso un jarro de agua fría para mis planes y mis esperanzas de salir con buen pie de Rusia. Decía así:

Mensaje telegráfico de Augustus Maudenhoff con fecha de 16 de Marzo:

«Querido Nordhal, lamento ser portador de malas noticias. STOP. La ayuda que tanto ansias obtener del SS puede que se demore un tiempo. Anoche, entre las dos y las cinco de la madrugada, los otomanos cruzaron la frontera austriaca rumbo a Knittelfeld. Algunos zeppelines de la Armada han detectado grandes columnas de hombres y caballería blindada cruzando el Drava y el Hron. El humo de los primeros combates se divisa en el horizonte. STOP. El Gran Pensionario, asistiendo a Su Majestad en calidad de secretario de Estado, le ha aconsejado enviar la Guardia Común a los lagos para frenar allí el avance de las tropas y ayudar a nuestros vecinos de Austria antes de que su país caiga bajo la bandera de la media luna. La Armada infla desde esta mañana las carenas de los zeppelines para realizar asaltos aéreos, y nuestra propia caballería blindada engrasa sus cañones. STOP. Dicen los expertos que ésta va a ser una guerra distinta a todas las demás que ha visto la historia, de trincheras más que de cargas de caballeros y de piqueros. Dicen que los otomanos no solo tienen obuses de gran calibre montados en sus caballos de hierro, sino que han desarrollado gases letales con aspecto de mostaza vaporizada, que son capaces de matar al instante a cualquier ser vivo. STOP. Me da miedo pensar hasta dónde hemos llegado, y a dónde nos llevará la locura de los hombres asistida por la ciencia oscura, la ciencia de las armas. Ojalá hubiese alguna manera de revertir el reloj universal y dar marcha atrás a la historia. De ser así, yo mismo la conduciría hasta el instante en que el primer mono bajó de los árboles y le pegaría un tiro en la cabeza. STOP. Debimos quedarnos en los árboles, Nordhal, créeme cuando lo digo. Tuvimos, la especie humana entera, que habernos quedado en los árboles...».

Sus palabras lograron estremecerme. No por la noticia de que a mi país le sería prácticamente imposible acordarse de mí y ayudarme en estas circunstancias, sino por

el tono lúgubre de las profecías. Augustus era un hombre de mundo, que había conversado en muchas lenguas y oído historias relativas al turbio pasado de nuestros países, y no se asustaba con facilidad. Si veía tan negro el futuro de Prusia, es que teníamos razones para preocuparnos.

Esta mañana, aún así, decidí conservar el buen humor. De nada servía gastar energías preocupándose, cuando estábamos al otro extremo del mundo. Me levanté, hice desaparecer la barba y me reuní con los compañeros de expedición para tomar un desayuno caliente. El paisaje que se divisaba a través de la ventanilla era de una blancura tan vasta y uniforme, tan gélidamente compacta e indistinta, que bien podría haber ocurrido que la máquina no se hubiera movido ni un centímetro desde el día anterior (o desde la semana pasada, ya puestos), y que el traqueteo estuviese ocasionado por un largo y ocioso tren de ruedas girando en vacío.

—¿Otra vez el guisante? —preguntó Nicolás con la inercia de quien sabe la respuesta. La mueca de mi cara se encargó de contestarle.

La princesa Asha me había reservado una silla a su lado, espalda con espalda con una mujer sentada en otra mesa. Nicolás centraba la vista en una camarera con un vestido escotado de muselina, la cual, inclinándose para limpiar una bebida derramada, parecía en peligro de derramar también sus propios senos pecosos.

—Muy amable —agradecí a la princesa, aceptando la silla—. ¿Cuánto falta para llegar al puerto de Vladivostok?

—Cuatro días —dijo Asha de la manera más calmada posible. Seguro que intuía el mazazo que supondría para mi estado moral el saber que aún estábamos a mitad de camino del Pacífico—. No se preocupe, Nordhal; dice el revisor que mañana llegaremos a la taiga. Densos bosques del norte. Eso hará que varíe un poco el paisaje.

—Cuatro días —repetí. De no ser porque habría supuesto una falta de decoro en la mesa, habría doblado hacia dentro mi espina dorsal hasta que mi cabeza se hundiera en el plato de sopa (del que rebosaba un cucharón exageradamente ornamentado, igual que de los cuencos de ponche de champán). En este tren había que tomar muy calientes todas las comidas, incluso la sopa del desayuno, dado que su sistema de calefacción apenas podía competir con el castigo divino de los doce grados bajo cero que había fuera—. No sé si lo aguantaré.

—Puede abrir una ventana y asomarse —sugirió Nicha. Probó un sorbo del líquido humeante que le había traído el camarero y, tras juzgarlo portentoso, vació el resto de un trago—. Con solo un minuto hará el resto del viaje congelado. Ya le sacaré del bloque de hielo con una pequeña hoguerita cuando lleguemos.

El comentario hasta me hizo gracia. Eso dará una buena idea de lo cansado que estaba.

—¿De verdad sabes hacer hogueras, de esas de trampero, Nicolás? —pregunté, arremetiendo contra el plato con mi cuchara tizona.

El geólogo respondió con otra pregunta:

—¿Tú no?

—¿Debería, acaso?

—¡Claro! Un buen geólogo no puede echarse al monte sin estar preparado para cualquier contingencia, llámese frío, calor, ventisca, seísmos, etcétera. No me digas que nunca has estado en la falda de un volcán esperando un corrimiento de tierras, o atento para documentar el infierno expansivo de una nube piroclástica.

—He estado en muchas laderas, y he espiado a muchos volcanes —contesté, haciendo esgrima de fideos y caldo dentro de mi boca—. Pero siempre provisto de un equipo de ayudantes. Nunca he cortado leña por mí mismo, si es a lo que te refieres. Ningún doctor debería ensuciarse las manos con ese trabajo, puesto que su cabeza debe permanecer siempre atenta y despejada para el trabajo difícil, el intelectual.

—Buf, si yo hubiese tenido que esperar a reunir una corte de lacayos que me siguiera a la mitad de los sitios donde he estado, me habría perdido todos los acontecimientos importantes de mi vida —rio. Deduje que, pese a su tono mordaz hacia los «científicos de pedigrí» como yo, en realidad no pretendía ser grosero—. Es muy difícil convencer a un séquito de porteadores para que trepen por un glaciar o una morrena, si uno va en plan señorito.

—¿Has estado en glaciares? —preguntó Asha, maravillada.

Teniendo en cuenta que Ginka me estaba esperando en su nido burgués de Brandeburgo, no sé por qué demonios sufrí un exacerbado ataque de celos hacia Nicolás, por haber ganado la atención de una mujer que era la primera vez que veía la nieve.

—He visto más de los que recuerdo —dijo el ruso—. De hecho, creo que he cruzado a pie casi todo el norte de mi país y buena parte del Círculo Polar. Fueron muchos años de caminar y destrozarme las botas cuando era joven —recordó con nostalgia—. Poco después de concluidos mis estudios, el gobierno me encargó que buscara fiordos capaces de albergar puertos para naves de gran calado. Y, ya que estaba, también yacimientos de mineral. Digamos que disfruté cien veces más el trabajo de excavador que el de cartógrafo.

—¿Dónde ha vivido durante estos años, en las ciudades del norte? —preguntó Asha, imaginando sin duda cuadros llenos de tejados levadizos, puentes de hielo y osos polares guarnecidos con arreos. Igual que nosotros teníamos nuestros mitos sobre la lejana y misteriosa India (yo mismo había visto cuadros de avenidas flanqueadas por torres en ruinas custodiadas por pájaros gigantes), los compatriotas de Asha también dejaban volar la imaginación pintando lienzos boreales.

—He tenido muchos hogares, aunque a veces no eran más que una naida<sup>[17]</sup> en medio del bosque. Desde Vladivostok hasta Lomonosovo, pasando por Turag, el Mar de Laptev, Dimnoie en las islas de Nueva Siberia... en fin, una buena colección de sitios expresamente creados por los dioses para congelarte las almorranas. —Si Asha se ofendió por este último comentario, no lo demostró. Seguía mirando al ruso con pestañas que aleteaban—. Durante el último año, sin embargo, he estado viviendo en

el enclave Alfa, preparándolo todo para el momento del lanzamiento.

Ese comentario volvió a resucitar las viejas preguntas en mi cabeza. Inclinandome sobre la mesa, dado ya el golpe de gracia a la sopa y hundida la cuchara en su vacío corazón, dije en voz baja:

—Creo que es hora de que nos diga dónde está ese enclave. Aquí no creo que nos espíe nadie.

—La impaciencia es la patrona de los despropósitos, Nordhal.

Sentí la ira instalarse detrás de mis mejillas.

—Sí, y el desconocimiento el padre de todos los fracasos —objeté—. Si no me dices adónde vamos, no podré hacer correctamente mi trabajo.

—Está bien —se resignó, y bajó aún más el volumen. La princesa se inclinó tanto hacia Nicha para oírle que su oscurísimo escote asomó unos centímetros entre sus capas de ropa—. Nos dirigimos, como ya sabéis, a la América soviética. Enlazaremos con el puerto franco de Noorvik mediante un vapor que tomaremos en Vladivostok. Un buque nos llevará por las marismas hacia el interior, a la cordillera de Neergolk.

Arqueé las cejas.

—¡Neergolk! Esa... es una de las zonas volcánicas más activas del Hemisferio.

—Exacto. Y me permitirás que no entre ahora en detalles, pero te daré toda la información que he recopilado durante este último año sobre los movimientos de la placa subperénica, que suministra energía a los volcanes. Te serán útiles para ayudarme a hacer los cálculos. Asha —miró a la princesa—, te pondrás a trabajar en la balística en cuanto lleguemos. Si hay suerte, la marea estará suficientemente alta hacia finales de año como para inundar la caldera del monte, y nos servirá de reactivo.

Es una prerrogativa de todas las buenas respuestas generar aún más preguntas, y ésta no fue una excepción. Pero antes de que pudiese organizarlas en mi mente para soltarlas a gran velocidad, como la cadencia de fuego de las armas automáticas que descubrí en Johnston, pasó algo.

Con un crujido de ruedas y frenos, el tren comenzó a detenerse.

—¿Pero qué cuernos pasa? —se alarmó Nicha. Los tres nos pusimos en pie. La mesita tembló, pero fue más por los golpes que le dimos con las rodillas que por la inercia de la frenada.

Miré por la ventana del vagón. Unos edificios chatos, negros, con aspecto de almacenes o depósitos de combustible, eran el primer signo de civilización que veíamos en muchos días. Nicolás nos había contado que sus compatriotas acostumbraban a edificar con madera de álamos temblones y sauces (un recurso casi infinito, a tenor de los miles de kilómetros cuadrados de taiga que crecían al sur, formando bosques tan grandes como la misma Prusia), a la cual aplicaban un baño de pintura para oscurecerla un poco. Esto hacía resaltar los edificios sobre el blanco impoluto del suelo a kilómetros de distancia, facilitando que los viajeros encontrasen los enclaves y no se extraviasen en la vasta tundra.

Los edificios más lejanos se ocultaron detrás de otros que estaban pegados a las vías, llenos de escalinatas de hierro, tuberías y grúas para carga y descarga. Miré a Nicolás, intrigado.

—Ah, sí, la antigua parada de postas de Kurusk —aclaró—. La fundaron los mongoles hace tres siglos para abastecer a las caravanas que venían de Oriente. Pensaba que llegaríamos mañana.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Asha.

—En plena Siberia, a unos dos mil kilómetros al este de los Urales —dijo el ruso, rascándose la barba de cerdas negras como tizones—. La línea del Rossiya, así como el tendido del telégrafo, pasan por la ciudad de Cheremjovo y el lago Baikal, donde desembocan más de trescientos ríos. Sobre éste veréis uno de los puentes más largos del mundo, con casi ochenta kilómetros de apoyos. Os gustará.

Las puertas se abrieron y los pasajeros comenzaron a bajar para estirar las piernas. Escuchamos un sonido de acople y una tos hueca, a los que siguió un flujo de aire desde las tuberías al depósito de combustible del tren.

—El hontanar de este puesto supe de gas a las calderas —explicó Nicha—. Venga, bajemos. Estoy harto de pisar madera. Mis pies necesitan urgentemente sentir la nieve.

Estuvimos de acuerdo. Aunque no nos agradaba la idea de sentir un viento gélido en las fracciones de nuestro cuerpo que estaban expuestas, nuestra cordura exigía notar un tacto distinto en los pies; salir de la comfortable jaula de vagones para sentir el abrazo de la naturaleza y el aire libre.

Buscamos abrigo y bajamos la escalerilla. Nuestras botas se hundieron un centímetro en la nieve con un sonido similar al de varias capas de corcho al ser aplastadas. Los demás pasajeros se desperdigaron por el espacio que había entre la vía y los edificios, aunque la mayoría acabó entrando en una especie de tienda de suministros.

Un abanico de luz hizo su aparición cuando el sol rebasó el horizonte. En pocos segundos, todo el espectro de colores llenó de vida a un mundo antes mortecino; el viento que levantaba una película de nieve adquirió un brillo blanco, las nubes parecieron aureoladas de un contorno anaranjado, la lejana muralla de abetos del bosque se cubrió de diversos tonos de oro y esmeralda, y el mundo mismo pareció exudar un calor que realmente no poseía. La madera de las casas, sin embargo, siguió conservando su color ceniza.

Nicha soltó un exabrupto y dijo:

—Este es un buen ejemplo de la manera de pensar de mi país. Aún nos quedan por delante tres o cuatro mil kilómetros hasta llegar a la costa, y sin embargo estamos tan alejados del centro de Rusia que es como si estuviésemos en el extranjero. Necesitamos más ciudades, Nordhal, y un mejor sistema ferroviario que las comunique. Si no, Rusia será por siempre un enorme espacio vacío con todas las metrópolis apretujadas en una pequeña región del oeste.

—Pero si tu país es de esta manera, supongo que será porque las circunstancias climatológicas lo han hecho así —deduje—. A este lado de los Urales no se puede vivir ni cultivar a veinte grados bajo cero.

—Ahí es donde entra en juego la tecnología —adujo Nicha—. El vapor puede mover esas ciudades y mantenerlas calientes. Y Rusia tiene una de las mayores reservas de gas natural del mundo. Solo necesitamos que el zar se decida a hacer una explotación a gran escala de estos recursos y que invierta dinero del Estado en evitar la fuga de cerebros. Solo entonces, mi país será el gigante que dominará el planeta. Pero se necesita una pequeña visión de futuro —suspiró— de la cual los Romanov han demostrado carecer por completo.

Al oírle hacer esa reflexión, supuse que cuando mencionaba la «fuga de cerebros» que sufría el país, se estaba poniendo a sí mismo como ejemplo. Él no estaría trabajando para una extranjera si el zar hubiese cuidado de sus científicos con el mismo esmero con que cuidaba la flota de ultramar. Es cierto que Moscú, hoy por hoy, es una de las ciudades más avanzadas del mundo, pero me pregunté si tales avances no encubrirían una corrupción en el estamento científico que favorecía a unos pocos privilegiados, obligando al resto a emigrar si querían que se les tomase en cuenta.

Un destello de luz incendió las vías en el horizonte, al oeste de nuestra posición. Era un tramo por el que nosotros ya habíamos pasado, y que parecía ocupado por una segunda locomotora.

Asha formó una pantalla con la mano para poder fijar la vista.

—¿Qué es aquello?

Nicolás se encaramó a un amasijo de tuberías y oteó.

—Un tren, por lo visto. Pero es raro.

—¿El qué?

—Esta vía es usada exclusivamente por el Rossiya en esta época del año. Puede que sea un transporte de mercancías, pero... —Hizo un chasquido un poco desagradable con los dientes, señal de que estaba pensando en posibilidades que no le gustaban—. Se ha detenido.

—¿Y qué? —preguntó Asha—. Estará esperando a que quede libre el andén, a una distancia de seguridad. —Sabía lo que decía. La red ferroviaria que los europeos estaban construyendo a marchas forzadas en su país, para tratar de afianzar las comarcas enhebrándolas con un hilo de metal, también funcionaba de esta forma, con diversos trenes sucediéndose a intervalos de pocos minutos y acechándose unos a otros como serpientes.

Nicha parecía intranquilo.

—Lo sé, pero... aquí hay algo que me escama. —Se frotó la barba con los pulgares—. Llámalo exageración si quieres, pero la experiencia me ha enseñado a ser cauto. Nordhal, ¿no tendrás por casualidad un catalejo entre tu equipaje?

Compuse una expresión irónica, de «claro, tengo uno junto a mi caña de pescar

eléctrica y mi equipo de taxonomía, de los que nunca me separo cuando voy de viaje, no te fastidia...».

Una campana tañó tres veces, indicando a los pasajeros que era hora de volver a embarcar. El brazo artificial se despegó de la máquina y se contrajo como la articulación de un viejo achacoso, asiéndose a la torre-depósito. El tren quedó libre para proseguir su larga carrera hacia el Pacífico.

Regresamos al aire cálido del vagón, cuyo contacto agradecemos, y nos sacudimos la nieve de las botas en una especie de felpudo que los operarios habían colocado en las escalinatas. Asha se deshizo de algunas capas de su cebolla y miró por la ventanilla. Desde ese ángulo no se veía lo que estaba situado detrás del tren.

—No lo veo. Tendríamos que ir hasta el vagón de cola y asomarnos.

La campana volvió a tañer y el vagón se puso en movimiento. Los tres recorrimos toda la longitud del tren por los estrechos pasillos rumbo al de cola. Al cruzarnos con uno de los revisores, Nicolás le abordó:

—Тот кто? следует за нами.

El hombre, que lucía una poblada barba gris sobre un rostro picado de viruelas, la partió en dos con un mohín:

—Я не знаю это. Это походит на гражданский поезд.

Nicolás le dio las gracias (una de las pocas palabras en ruso que yo había aprendido) y seguimos avanzando hacia el mirador de popa. Nicha explicó:

—Ha dicho que no tiene la menor idea de qué tren es ése que nos sigue, pero que se ha puesto en marcha al mismo tiempo que nosotros. Si realmente es un mercancías, lo lógico será que se detenga en el andén de Kurusk, igual que nosotros.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Asha.

—Tiene que repostar, por fuerza. Ningún vehículo que yo conozca aguanta mil kilómetros por estas vías sin reabastecerse.

Alguien pronunció mi nombre con un potente deje eslavo. Me volví para atender al único miembro de la dotación con el que había trabado cierta amistad a pesar de la barrera idiomática: el telegrafista.

—Señor, mensaje para usted. Urg... urgen... urgente —dijo a duras penas, colocando mal los acentos.

—¿Un mensaje para mí? ¿Ahora?

—Señor Maudenhoff —dio por toda explicación, y se volvió con la intención de que lo siguiera a la cabina del telégrafo.

Miré a mis compañeros, contrariado.

—Ve, Nordhal, ya nos ocuparemos de hacer las averiguaciones —concedió Asha. Nicolás estuvo de acuerdo, y se marcharon sin esperarme. Contrariado, pues tenía curiosidad por desvelar el misterio de ese extraño tren, desanduve el camino hasta el vagón número seis. Allí, en la minúscula oficina llena de carteles con caracteres en cirílico y su correspondencia en el código de señales internacional (un espacio sin ventanas, con el techo elevado y el suelo cubierto por una alfombra verde

flordelisada), esperé a que el operario acabase de transcribir el mensaje y me lo tendiera. Ocupaba casi toda la cara de una tarjetita de mensajería, con letra pequeña y gótica y caracteres especiales para los signos de puntuación. Después de descifrarlo, decía así:

Mensaje telegráfico de Augustus Maudenhoff con fecha de 17 de Marzo:

«Nordhal, no sé si este mensaje te llegará a tiempo, pero es preciso que conozcas los últimos informes sobre los americanos. STOP. Acabo de saber que nuestros espías han confirmado una nueva excavación de gran envergadura en los Estados del sur, que se lleva a cabo en estos mismos instantes con financiación del Gun Club. Así mismo, también hay rumores de un nuevo acopio de pólvora por toda la nación. No es descabellado pensar que Hensthor y su gente están preparando un segundo disparo. STOP. Y lo más importante de todo, lo que verdaderamente te será de utilidad: nuestros telescopios de Spree y del monte Birmitrapur han confirmado el avistamiento de destellos procedentes de la superficie lunar. Esos destellos corresponden a potentes explosiones y siguen un patrón. Es un mensaje escrito en una clave que aún no hemos podido descifrar del todo. STOP. Pero creemos que dice ESTAMOS VIVOS, ESTAMOS VIVOS. Posiblemente se trata de la primera expedición, que realmente sobrevivió al viaje. Cuídate mucho, Nordhal, y mantente a salvo. Estoy seguro de que, después de esto, cualquier esfuerzo de nuestros enemigos por hacer fracasar vuestra empresa será poco».

Arrugué la hojita entre mis manos. No podía tirarla a una papelera sin más, así que me la metí en el bolsillo con la intención de quemarla más adelante, como había hecho con las anteriores. Luego corrí en pos de mis compañeros. Merecían saber las nuevas cuanto antes. Las últimas palabras de Augustus me habían hecho subir la bilis a la garganta: *Cualquier esfuerzo por hacer fracasar vuestra empresa será poco.*

*Cualquier esfuerzo.*

Refiriéndose a un hombre con los recursos y la osadía de Hensthor, esa frase tenía muchísimas connotaciones, y todas ellas horribles.

*Estamos vivos.*

Esa parte del mensaje era crucial. Implicaba que si un diseño tan tosco como el de los americanos había conseguido llegar allá arriba, el que Irna tenía en mente era más que plausible. No solo para ir, además, sino también para regresar con varias toneladas de mineral auestas. E implicaba otra cosa mucho más importante: que en la superficie lunar, como afirmaban las fuentes históricas que citó Irna en nuestra primera reunión, reinaban unas condiciones capaces de sostener la vida.

Por increíble que pareciera, si los destellos luminosos procedían realmente de la primera expedición, eso implicaba que podían respirar (puesto que sus reservas de oxígeno ya haría tiempo que se les habrían acabado), y tal vez que hubiera presencia

de agua o incluso de comida en el enorme desierto blanco. Seguro que la bandera de los Estados Unidos ya ondeaba firmemente clavada en algún cráter, reclamando la propiedad de unos terrenos que quién sabe si ya tendrán dueño. Bien por ellos; se lo merecen, aunque sean nuestros enemigos.

*Estamos vivos.*

Un gusanillo nervioso hacía malabares en mi estómago, al pensar que en este preciso momento había humanos pisando la Luna, caminando por sus melladas estepas plateadas, enterrando las manos en el polvo y alzándolo para sentir el tacto de otro mundo. ¡Otro mundo! Un lugar jamás hollado con anterioridad por ningún ser vivo procedente de la Tierra. ¿Qué clase de nuevas y fascinantes rocas encontrarán? ¿Qué mineralogía? ¿Habrá volcanes, simas o glaciares? ¿Cómo se desgranará el polvo de la mano de ese visitante al impulso de un sexto de gravedad?

Y lo más importante de todo...

¿Estará habitado nuestro satélite? ¿Habrá una civilización oculta bajo la superficie, protegiéndose de los rigores de la radiación solar, o acaso será la suya una evolución congelada, incapaz de sobrepasar el estado de líquenes por falta de un equilibrio térmico adecuado? ¿Será la Luna el desierto que asemeja desde nuestra ventana, sin asomo de vida animal o vegetal? ¿O habrá otras posibilidades en las que ningún humano ha podido pensar, por ser las condiciones demasiado extremas y alienígenas para nuestra limitada imaginación?

Sea como sea, hay personas allá arriba mientras escribo estas líneas que conocen la respuesta a todas estas preguntas. Que ven con sus propios ojos cómo luce el viejo planeta azul tatuado contra el horizonte lunar (¿estarán disfrutando del primer claro de Tierra de la humanidad? ¡Qué envidia!). Ellos saben ya si hay vida en otros mundos y si esta vida es hostil o amistosa, hacendosa o pasiva, permisiva o intolerante, atea o religiosa.

Por primera vez desde que me embarqué en esta loca aventura sentí deseos de vencer el miedo y partir en la cápsula, convirtiéndome en un miembro más de la expedición en lugar de un simple técnico cuyo trabajo es fundamental, pero que al final se queda varado en tierra. ¡Aunque tuviese que ir sin séquito de estudiantes!

Sentí miedo de mí mismo después de pensarlo, y un insólito y precoz orgullo ante las posibilidades. Habría que esperar aún unos meses para saber cuál de los dos ganaría la partida.

Llegué al mirador de popa con todas estas marejadas aún removiéndose, bullendo y agitando espuma de pleamar en mi cabeza. Allí, en un balcón churrigueresco que se asomaba un metro más allá del último vagón, estaban Nicolás y la princesa. La melena al viento de ella contrastaba con la tez rígida y estirada del geólogo, a la que ninguna emoción ni racha de aire podría haber movido de su sitio. Nicolás tenía en las manos un par de prismáticos diminutos, de palco de ópera.

—¿Cómo has conseguido eso? —pregunté.

—No somos los únicos pasajeros que viajamos a bordo —contestó, como si eso

lo aclarase todo, y señaló a las alturas, justo por encima del tren que nos venía siguiendo y que aún era un bulto metálico en la distancia.

—¡Algo lo está sobrevolando! —exclamó Asha, y no me gustó el tono que empleó al hacerlo.

—¿Qué ocurre aquí, por el amor de Dios? —Tuve la desesperante sensación de que me había perdido unos hechos trascendentes por haber atendido al maldito telegrama.

Asha hizo un gesto hacia el otro tren.

—Al final no se detuvo en Kurusk —resumió—. En cuanto abandonamos el andén empezó a perseguirnos, y está aumentando la velocidad.

Eso era obvio. Lo que antes era un destello de faro a ras de la vía, crecía a ojos vista, acercándose más y más y aumentando su velocidad. Era un depredador que sabía que su coto de caza existía solo en las dos dimensiones de la vía, delante y atrás, parado o en movimiento. Variables muy simples para una persecución.

—Deberíamos avisar al maquinista —sugerí.

—No creo que hagan nada al respecto —opinó Nicha—. Ya saben que hay otro tren cerca, pero a menos que intenten chocar con nosotros no aumentarán la velocidad. Sería peligroso para los pasajeros.

Piratas. Fue lo segundo que pensé, después de considerar una tentativa del Gun Club. Imaginé un pueblo de corsarios del vapor, que recorrían la inmensa red ferroviaria sobre sus ciudadelas-locomotora, en lugar de hacerlo a caballo como sus antepasados, asaltando los trenes de mercancías y de pasajeros que osaran cruzar sus dominios.

Iba a comentarle esta posibilidad a Nicha cuando el ruso, aterrado, bajó los prismáticos y juró en su idioma natal.

—¿Qué has visto? ¿No será...?

En ese momento, Nicha nos agarró a la princesa y a mí y nos obligó, rudamente, a tirarnos al suelo.

—¡Cubríos! —gritó.

No tuve tiempo de preguntarle a qué venía ese arrebató de salvajismo. Las manchas oscuras que sobrevolaban el tren se hicieron más grandes, y una de ellas arrojó lo que parecía un huevo ahusado, con una pluma en un extremo y un pequeño punto rojo en el otro. Era gracioso, como ver dos planeadores antediluvianos que estuviesen poniendo sus huevos en un nido de nubes. Pero cuando ese huevo eclosionó, impactando muy cerca de nuestro vagón, lo que manó de su interior no fue vida, sino muerte.

Explotó con gran violencia, haciendo temblar el vagón y lanzando nieve medio derretida y proyectiles de tierra directamente a mi cara.

## IX

# Diario fonográfico de Irna Hohenstaufen (Registrado en una Picoretti Bambú, adquirida en la Exposición Universal)

*25 de Marzo. Volviendo a Prusia, con ganas de ver a mi familia.*

Moscú ha quedado atrás, y con ella la sensación de frío eterno y centelleante fulgor que transmiten las neviscas de febrero. Los colosos de cemento dibujan su propia cordillera en el horizonte, una línea interrumpida por sus propias oquedades que me recuerda la dentadura de un anciano. ¿Será capaz semejante metrópoli, en verdad, de resurgir de su cenotafio helado durante la primavera para brillar con los fuegos de las industrias?

Seguro que sí. Va a ser cierto lo que profetizaban los cultistas del valle de Hann, sobre que no está muerto aquello que puede yacer eternamente, solo sumergido en un periodo de sueño espiral, una percepción distinta y preclara del tiempo. Un tiempo hecho a la escala de las ciudades y no de las personas que las habitan, y que conforma la sangre, el éter, el humor vítreo a veces benigno y a veces nefando. Moscú parece una urbe concebida para encajar en los paraísos soñados por cultos paganos, con la cara lavada para adecuarse a las exigencias del nuevo siglo. Un nuevo punto y aparte desde que sabemos contar, y nos interesa hacerlo.

Y hablando de cultos ancestrales...

Mi humor ha ido cambiando de tono conforme el tren se alejaba de las llanuras y se iba internando en las colinas próximas a la frontera polaca. La alegría y la exuberancia que me transmitió la Exposición, motivadas por el hecho de saberme rodeada por tantísima gente que ha dedicado su vida a la ciencia, se han ido diluyendo en un poso de melancolía, una especie de tristeza de post-parto, afín por completo a ese momento en el que acaban los viajes y una se sabe atada a su rutina diaria. Solo que para mí esa rutina no existe, y desde luego mi viaje no ha hecho más que comenzar.

Entonces, ¿a qué viene este desasosiego? ¿Por qué me dan ganas de apoyar la

cabeza contra la ventanilla y dormir al arrullo del vagón, mientras Polonia entera pasa con su calmada idiosincrasia de planicies de hierba y bandadas de cigüeñas?

Estoy pensando en Prusia. Como concepto, más que como realidad. El mío es un país fundamentalmente agrario, como la mayoría de las grandes potencias del mundo, lleno de campesinos que aran la tierra e imitan el modo de vida de sus antepasados (fundamentalmente emigrantes semitas e ibéricos, fundadores de la raza aria y conocidos en ciertos escritos como «el pueblo de los ojos de cielo»), sin que les importe lo que pueda deparar el futuro. Solo la guerra, como enfermedad degenerativa de naciones, como viruela putrefacta de banderas, perturba esa tranquila existencia de rutinas agrarias y celebraciones religiosas. Esta infección y todo el sufrimiento que conlleva parecen inevitables ahora, y yo me pregunto... ¿por qué? ¿Por qué no hicimos nada por evitarlo, o no fuimos lo suficientemente inteligentes para preverlo? ¿Acaso los países actúan por sí solos, igual que nuestros cuerpos son ajenos a las decisiones o el interés de cada uno de sus órganos, y cada cierto tiempo sienten la necesidad de destruirse?

¡Qué preguntas tan tremendas! Casi siento nostalgia por otros tiempos de mayor barbarie, de una organización social más simbólica, cuando el vigor espiritual pagano anterior al Cristianismo (ese dogma concebido para mantener a la gente con la cabeza agachada y echándose la culpa de todo a sí mismos, para que no se la echen a sus gobernantes) alimentaba los sueños de nuestros progenitores y les organizaba el cosmos de una manera inteligible, formulaica, sin milagros ni enigmas trinitarios. Desde hace unos años tengo una visión de mi país reinspirado no en los principios del Derecho Romano, sino en la herencia de un millar de cultos pre-góticos. ¿Qué pasaría si dejásemos que la Logia Perfectibilista, la Cosmogónica Aeterna, la Sociedad Thule, la Ordo Dagoth o el Círculo Interior Masónico gobernasen la tierra, en lugar del no menos cabalístico (y enfermo de superstición) linaje de los Salzburgo? ¿Estaría nuestro rumbo menos perdido en manos de unos fanáticos de la magia ancestral, en lugar de en las de unos señores de la guerra disfrazados de autarcas Victorianos?

Quién sabe. Mejor dejar que Polonia siga pasando por la ventanilla, con su tranquilidad y su saber estar calmado y solemne, y que cada país aprenda a escuchar a sus propios órganos a su manera.

Irna Hohenstaufen *dixit*.

*30 de Marzo. En Brandeburgo, visitando la base aérea de la Armada Zeppelinista, en Dannefeld.*

La gente suele atribuirme la condición de hija única, pero se equivocan. Tengo un hermano, o mejor dicho, un hermanastro, fruto de la relación entre mi padre y su quinta esposa. Todos los demás vástagos que engendró mi progenitor (que tan mala suerte tuvo en la vida, pues sus primeras cuatro mujeres murieron de viruela, malaria y otros azotes llegados de Oriente en los barcos, y la quinta se marchó antes de que tan funesto destino la azotara también a ella) desaparecieron en el transcurso de

guerras olvidadas o en la exploración de los continentes vírgenes.

Por eso creo que, si estuviese vivo, denostaría la forma de pensar de mi hermano y las decisiones que condujeron su vida a lo que es ahora, un altivo oficial de la Segunda Flota Aérea Imperial. Hacía bastante tiempo que yo no tocaba en su puerta, en concreto desde que tomó por esposa a la hija de un almirante que según su criterio era un dechado de virtudes y según el mío una niña gazmoña y engreída. Pero bueno, cada cual tiene derecho a modelar su lado social para que encaje la pieza del puzzle que desee, sea una media naranja o un medio limón.

Después de instalarme en Brandeburgo mandé a Arno a visitar todas las consultorías de cuentas con las que trabajamos, para hacer un repaso general de débitos. Arno es un hombre muy capaz, con una gran memoria para los números, y seguro que pondrá en orden los continuos flujos de dinero que entran y salen de mis arcas. En ese aspecto me fío totalmente de él. Arno ha nacido para bregar con auditores y prestamistas, y si hay quien sale estafado de tales encuentros, nunca es él.

Por su parte, Sigurd ha regresado a su laboratorio para cumplir con una tarea que nadie más puede realizar. Una tarea de tal importancia, que de ella depende nada menos que nuestro regreso a la Tierra. Sus prodigiosos conocimientos de química nos servirán para desarrollar un nuevo tipo de propelente, basado en la pólvora, con el que rellenaremos unos cohetes chinos como los que usan en los fuegos de artificio, allá en la lejana Pekín. Ya se ha puesto a mezclar sulfatos y a rellenar pipetas, a ver qué es lo que sale. Espero que no salga volando por los aires junto con el laboratorio por estornudar junto a los mecheros de alcohol en algún momento crítico.

Una vez puestos en marcha todos estos asuntos de urgencia, fui a ver a mi hermano. Urik me recibió a bordo del navío insignia de la flota, el *Corsario Wan Guld*. Era un aparato impresionante, tan largo como un campo de hockey y con dos barquillas colgando a diferentes alturas, una para el equipo de gobierno y otra para los soldados. La panza del dirigible estaba trufada de hélices, vagones de carga, grúas para bajar éstos a tierra y volverlos a subir (para repostar sin necesidad de que todo el aparato aterrizase), y letales depósitos de bombas. Era un verdadero acorazado flotante, cuya barquilla principal estaba decorada siguiendo el buen estilo gótico alemán. Más que un puente de mando lleno de palancas e indicadores de presión, parecía una catedral invertida, con vidrieras decoradas con escenas bélicas.

Me hicieron esperar en medio de un descampado, sola, mientras el enorme monstruo volador descendía sobre mí y arriaba una barquilla. Urik me esperaba con una amplia sonrisa en la calafata del cabrestante.

—¡Hermanita! ¿Cuánto tiempo hacía, dos años? —preguntó, dándome un fuerte abrazo al salir de la barquilla.

—Tres, me parece —contesté, respondiendo al abrazo pero sin perder de vista dónde ponía mis pies. Hasta yo me asombraba de que estuviese dispuesta a subirme a una nave espacial y los zeppelines, sin embargo, me dieran un poco de miedo—. ¿Este chisme es seguro?

—Bueno, hasta ahora no se ha caído. Anda, ven, te presentaré a la oficialidad.

Penetramos en los recovecos de la catedral volante, en túneles angostos flanqueados de tuberías y adornados con vidrieras, coloreadas todas ellas en un espectro de rojos y naranjas, salmón pálido e incluso amaranto. La sala del navegante tenía forma ovalada, con un timón de barco plantado junto a mesas llenas de planos topográficos, pluviométricos e incluso barométricos. Había ocho ranúnculos encendidos en un candelabro, cuya luz reforzaba la que entraba por las claraboyas. El hombre a cargo del timón lucía un casco con un hermoso penacho rojo surgiendo de la carcoba.

Urik era el más joven de los mandos, con apenas cuarenta años cumplidos. Y también el más guapo. Alto, de mentón circular como tendente a la gordura y labios demasiado gruesos, tenía unos ojos sinceros y un aire de correcto dandismo que lo hacían parecer cercano y distante a la vez, como si fuese el común denominador de dos hombres que se hubiesen encarnado en uno solo para resumir. El nudo de la pañoleta que llevaba sobre la casaca (indicativo de rango y función) era tan grande como un pomelo.

A su lado había varios oficiales de la Armada, constelados de botones, galones y divisas como mapas celestes... además de sus bonitos cascos picudos. Siempre me ha parecido atractivo el casco de guerra, con su aguja dorada apuntando al cielo, aunque los zeppelinistas tenían un viejo chiste: era mejor no engrandecerse mucho en la batalla, no fuera a aumentar sin quererlo nuestra estatura y agujereásemos la panza del globo.

—Es un placer conocerla —dijo el capitán, con rango de almirante, a quien Urik me presentó como conde Leipzig. Era el único que llevaba plumas adornando la aguja del casco—. Su hermano me ha hablado mucho de usted.

—El placer es mío. —Le tendí la mano—. Es la primera vez que subo a la grupa de uno de sus corceles, y debo decir que estoy impresionada.

—No me extraña que una dama como usted se impresione ante el poderío militar —rio—. Tenemos un dicho en la Armada sobre las grupas de los zeppelines, que en realidad están situadas en su panza: «Cabalga el cuatralbo mirándole las pezuñas, no la crin, y tu enemigo creerá que te ha enterrado antes de tiempo».

—Interesante... una buena forma de valorar las pezuñas, sí señor —dije con una expresión de total seriedad en la cara. El conde debió captar un sutil atisbo de mi burla, y endureció un poco su mirada. No debería habérselo soltado de esa manera, pero yo soy así, impulsiva y creativamente mordaz con los cursis.

—Eh... mi hermana ha venido para darnos una gran noticia —intervino Urik con afán conciliador. Sentí cómo la primera plana en peso clavaba sus ojos sobre mí, sin olvidar dos cosas: primero, que era una mujer, y segundo, que puede que mis salidas de tono fueran toleradas en los ambientes de la aristocracia como algo gracioso y hasta deseable, pero aquello era el ejército, y el humor sobraba.

—Más bien, mi interés reside tanto en darles buenas nuevas como en hacer una

petición formal —expliqué—. Una petición de la que en su momento informaré al Gran Pensionario, pero que me gustaría exponerles desde ahora para conocer su opinión.

—Usted dirá —invitó el conde—, pero comprenda que con la situación tal y como está en la frontera, no podemos conceder grandes favores.

—Ni yo lo pretendo. —Afilé los ojos. Era hora de saber de qué pasta estaban hechos aquellos hombres; si su valor estaba a la altura de sus agujas—. Pero empecemos por las buenas noticias. Como mi hermano ya les habrá dicho, acabo de regresar de Moscú, donde he gastado buena parte de mi fortuna personal comprando la tecnología más puntera para traerla a Prusia y ponerla al servicio del Estado.

Los militares asintieron con un murmullo. Ese era el deber de todo buen ciudadano de pudientes, sí señor.

—Las especificaciones de todos estos inventos están siendo preparadas por mi equipo para suministrárselas tanto a las autoridades civiles como militares, a través del rey —proseguí, contenta por haber ganado su atención, y subrayando la necesidad de la mediación del monarca en el proceso. Así, tan avispados señores no sentirían la tentación de quedarse con los tesoros intelectuales para ellos solos—. Esto incluye nuevos tipos de taladros, componentes químicos capaces de reacciones extraordinarias (y que de seguro serán de enorme utilidad para sus zapadores y artilleros), rifles dotados de miras telescópicas —este último artículo venía a ser una depredación del arma que estuvo a punto de acabar con mi vida, pero preferí callarme ese dato—, y hasta máquinas pensantes, capaces de realizar cálculos matemáticos en un tiempo que haría que nuestros más veloces algebristas parecieran babosas sin cerebro. Una de esas máquinas podría ser incorporada en cada zeppelin de la flota, y mejoraría hasta en un trescientos por cien la efectividad de sus cálculos de tiro...

—Un momento, un momento —suplicó el conde, que comenzaba a sentirse sobrepasado por mi entusiasmo—. Todo eso que nos cuenta es muy interesante, señorita Hohenstaufen...

—Señora —corregí.

—Perdón, «señora». —Su mirada se cruzó con la de mi hermano para comprobar si él también se sentía agredido por mi condición de mujer autosuficiente, agresiva y viuda. Sin duda me había imaginado como la típica cotorra inundada de joyas, con más tiempo libre del que podía aprovechar, y no como alguien capaz de defender argumentos. Al cabo de unos segundos retomó la letanía de su discurso, con esa forma cadenciosa de perorar ante cientos de jóvenes en posición de firmes que jamás le discutirían—. Lo que quería puntualizar es que, si bien apreciamos su esfuerzo por contribuir al desarrollo mecánico o intelectual de la nación, es un poco tarde para refundar sus latifundios. Con los jenizaros a las puertas de varias ciudades, apenas queda tiempo para... «asimilar» —le costó encajar esa palabra— tantos adelantos dentro de nuestro esquema tecnológico, y menos para pagarle lo que pedirá a cambio. Ya sabe lo que quiero decir.

Claro que lo sabía. Me estaba diciendo de una manera muy poco sutil que la recompensa exagerada que esperaba que exigiese, similar a la que el capitán Vespucio pidió a los españoles en retribución por conquistar el nuevo continente, podía metérmela donde pudiera, al menos hasta que acabara la guerra. Y ya veríamos después.

Por fortuna, estaba preparada para ese ataque.

—Comprendo su postura, conde Leipzig —dije con candidez—, pero le sorprenderá saber que el pago que espero a cambio de estos favores ya lo he negociado con Su Majestad, y no tiene nada que ver con dineros ni con terrenos, ni con favores. Más bien, si todo sale como tengo previsto, dentro de poco seré yo la que financie la guerra, a pesar del precario estado actual de mis cuentas.

Los oficiales (menos mi hermano, que estaba cada vez más preocupado por mis palabras) curvaron imperceptiblemente los labios en una sonrisa. Algunos incluso se miraron los zapatos, en un intento por disimular lo disparatado que les parecía mi discurso. Creo que fue por mera cortesía que no me expulsaron en ese momento del puente de mando, cosa que aproveché.

—¿Financiar usted sola la guerra contra los otomanos? —El casco de Leipzig dio un saltito. De todos, él era el que menos se molestaba en guardar la compostura, y con sus ojos y sus cejas espinosas ya me estaba tildando de loca—. ¿No es un objetivo demasiado ambicioso viniendo de una aristócrata medio arruinada, cuando ni siquiera el Gran Pensionario nos da carta blanca para producir armamento en masa?

—Supongo que mi hermano ya les habrá puesto al corriente de que he vendido las concesiones en ultramar y los castillos, pero eso no cambia nada. Estoy embarcada en un proyecto que cambiará para siempre el rumbo de este país, y lo convertirá a la postre en uno de los más poderosos de Europa. —Antes de que interrumpiesen de nuevo, añadí—: Todo lo cual me lleva al segundo motivo de mi presencia aquí. El favor.

—¿De qué se trata? —sonrió el conde. Su cara era tan angulosa y arisca como las canteras de las que habían extraído el mármol para adornar las mamparas. Cuando hablaba, el simbolismo masónico de piezas como *Don Giovanni* se derramaba como un monzón desatado por su dialéctica—. La verdad es que, después de lo que acaba de decir, ardo en deseos de saber en qué podemos ayudar unos pobres militares como nosotros a la gran elegida del reino, depositaria de una tarea poco menos que sisífica...

Más risas de fondo. Endurecí mi postura y dije:

—Lo que les pido es tiempo, señores. Ni más ni menos. Sé que las operaciones para reconquistar los territorios de más allá del río Oder están en marcha, pero si siguen adelante con sus planes, comprometerán seriamente el futuro del reino. Les pido que tengan un poco de paciencia, para que yo pueda llevar a cabo mi plan, y les aseguro que nunca más volverá a preocuparles la falta de recursos, tanto monetarios como de minerales preciosos.

—¡Lo que nos está pidiendo es que le demos tiempo al enemigo para seguir avanzando! —estalló Leipzig, cansado de mis peroratas. Las mejillas de Urik perdieron color—. No sé si debería tomarla más en serio de lo que sus palabras merecen, o creer que en realidad trabaja para los otomanos y está tratando de confundirnos.

—Por favor, almirante, se lo suplico —intervino mi hermano, tratando de devolver las aguas a su cauce. Sería difícil retornar la conversación a las dimensiones de costumbre después de lo sucedido—. Mi hermana es tan patriota como yo. Si hemos malinterpretado sus palabras...

—¿Qué posibilidad hay de malinterpretar algo así? —El conde me apuntó con un dedo—. ¡Las palabras de esta mujer tienen tanto sentido como arrojar un lazo al cuerno de la Luna!

—No sabe cuánta razón tiene, almirante —murmuré—. Les agradecería, caballeros, que dejasen de interceder por mí o de juzgarme como si no estuviera presente, y escuchen lo que les digo. Puedo demostrar que hablo en serio. Solo necesito unos meses para estar en disposición de abastecer a Prusia con la mayor fuente de minerales, hierro, cobre u oro que jamás hayan visto. Lo único que les pido es que no se aventuren en campañas que puedan mermar seriamente nuestros recursos, porque si los jenízaros avanzan demasiado, ni todo el hierro del mundo los hará salir después. —Tomé aliento—. No soy una charlatana, si es eso lo que teme. Y mucho menos una traidora.

El aire se secó entre los ojos de Leipzig y los míos. Mantuvimos la entereza, cada uno a nuestro modo, esperando que el otro diese el siguiente paso. Por un instante pensé que el conde iba a ordenar que le trajeran una cajita de madera, que contendría pistolas acunadas en huecos de terciopelo con las que dirimir de una vez por todas esta discusión.

Pero no llegó a ese extremo. En lugar de eso, decidió ilustrar con un ejemplo por qué mi petición iba más allá de lo razonable.

—Debo reconocer que en un primer momento yo fui un firme defensor de la estrategia Príamo —suspiró—. Blindar nuestras fronteras para que los carros enemigos no cruzasen los ríos, y dejar que el mundo exterior se las apañase solo. Pero como demostró el larguísimo y devastador asedio de Troya, ninguna muralla detiene eternamente a un enemigo, bien sea por la fuerza de sus armas, bien por la de su ingenio. Si les damos el tiempo suficiente, acabarán encontrando la piedra que flaquea en el muro. —Se asomó al oscuro tubo de bronce que surgía de una máquina distribuidora de mensajes, y ordenó—: ¡Avante toda! Rumbo nueve seis cero, altitud dos mil pies. Que las naves de escolta se sitúen en formación de diamante. —Se mesó el bigote acabado en puntas rizadas—. La mejor defensa es un ataque, rápido y devastador, antes de que el agresor tenga espacio y tiempo para afianzar sus cabezas de playa. Ahora comprobará a lo que nos exponemos si nos limitamos a jugar esta partida a la defensiva.

*30 de Marzo. En la frontera con los territorios ocupados, sobre el río Oder; tras cinco horas de vuelo. ¡Qué panorama tan espantoso!*

Aguanté el tipo lo mejor que pude a medida que nos acercábamos a la frontera. De antemano sabía que la estrategia de Leipzig para hacerme desistir (pues estaba claro que si yo aún seguía conservando cierta influencia en la corte, y mis temores eran capaces de llegar de una forma u otra hasta el mismísimo monarca, lo último que debía hacer era ignorarme y dejar que mi paranoia se disipase por sí sola) era mostrarme en primera persona el horror que se vivía en los combates.

Yo nunca había estado en un campo de batalla con anterioridad; las únicas escenas que retenía en mi memoria sobre la guerra eran las que aparecían en los cuadros, pero imaginé que ni la compleja paleta de los genios era capaz de recoger en toda su crudeza las atrocidades de un campo lleno de cadáveres.

No me equivocaba.

Estuve preparándome mentalmente durante todo lo que se alargó aquel vuelo sobre los hermosos valles del Wipper y el Bode, diciéndome a mí misma que lo que iba a ver sería grotesco, y cruento, pero que de ningún modo debía afectarme tanto como para hacerme cambiar de opinión.

Debo reconocer que a punto estuvo de hacerlo.

El zepelín atravesó un plancton hecho de lluvia en suspensión, para asomarse a una extensa llanura de la que brotaban columnas de humo. El lejano resplandor de fuegos hería el verdor de la campiña, consumiendo aldeas con su agresivo manto de llamas y dejando poco más que oscuros cráteres en la tierra, manchas de putrefacción donde antes no había sino macizos de flores y eras rebosantes de vida. Las filas de hombres desaparecían tragadas por trincheras que, a modo de cortafuegos, contenían la plaga llamada guerra, ralentizándola pero no deteniéndola. Géiseres de polvo se elevaban en respuesta a la salva de algún cañón, y yo supe (aunque estaba demasiado lejos para apreciar los detalles) que, mezclados con aquella grava incandescente que salía despedida hacia el cielo, podía muy bien haber miembros humanos triturados, cabezas de ganado e incluso ropitas quemadas de niños que ninguna culpa tenían de lo que estaba pasando a su alrededor.

Sentí ganas de llorar, y por un momento, un breve y pasajero instante, pareció que Leipzig había logrado encontrar la brecha en mi muralla. Pero apreté los dientes contra las encías y me mantuve firme. En mi mente, transformé el paisaje de destrucción que estaba viendo en un panorama tenebrista, en un abrumador lienzo de Caravaggio donde las explosiones eran trazos de acuarela, el fuego vaporizaciones de óleo y el marrón que teñía los ríos antes azules, arruinando la pureza de la tierra, un espeso empaste de goma arábiga. Solo viéndolo así, como un cuadro renacentista, mi cerebro podía soportar tanto horror.

—¿Lo ve, señora Hohenstaufen? —Leipzig mostraba un tirón en un lado de la cara que torcía su expresión de forma maligna—. Esto es la realidad, la cruda y espantosa realidad. Si nos pide que actuemos a la defensiva y no avancemos,

aplastando al enemigo allá donde éste busca refugio para sanar sus heridas y reparar sus máquinas, pronto verá a la mismísima Brandeburgo arder con estos fuegos.

Tragué saliva. Y moví afirmativamente la cabeza. Lo sabía, era capaz de ver el futuro y de intuir sus consecuencias, pero seguía creyendo que mi postura era la correcta. Así se lo hice saber.

—¡Es usted más terca que una mula coja! —bramó el conde, asustando más a mi hermano que a mí. Urik seguía con la vista puesta en sus instrumentos, seguramente viendo algo más que medidores de altitud y presiones de gas de la carena. ¿El estancamiento de su carrera, tal vez?

Una alarma sonó a través de los tubos de transmisión de órdenes. Uno de los navegantes advirtió:

—¡Fuego enemigo a las dos en punto! ¡Estamos entrando en su pantalla defensiva!

—Ganemos altura —ordenó el conde—. Urik, prepárese para triangular.

Mi hermano ocupó otro sillón, supuse que el del artillero por la cantidad de botones y gatillos que tenía la especie de periscopio invertido al que iba sujeta la silla, y pegó el rostro a un visor. Rotó con silla y todo sobre el periscopio que se hundía en el suelo, y varió el juego de lentes para captar una imagen más nítida del terreno que estábamos sobrevolando.

—Caballería jenízara avanzando por el cuadrante nueve —anunció—. Los tengo a tiro. En espera por el informe de meteorología.

—Proceda —dijo Leipzig, taciturno. Sus dedos volvían a encontrar las puntas de sus bigotes y a distraerse con ellas—. ¿Lo ve, Irna? Esta es la ventaja de que el enemigo no disponga de fuerza aérea, y nosotros sí. Urik, dispare en cuanto llegue el informe meteorológico.

No comprendí a qué se refería hasta que vi, a través de la balconada, cómo los marineros descolgaban un larguísimo cable por debajo de la panza del aparato, lleno de veletas y hélices que giraban frenéticamente al impulso del viento y enviaban datos sobre la fuerza diferencial del aire.

—¡Viento a cuarenta nudos! —informó el operario del cable—. ¡Deriva en caída libre de ochenta pies, sur-suroeste!

—Entendido. Bombas fuera —terció Urik, corrigiendo el punto de mira en base al empuje que el viento ejercería sobre las bombas, y apretando cuatro gatillos simultáneamente. Escuché un rodar de metales pesados que venía de algún punto bajo mis pies, y el cielo se llenó de flores de acero. Las bombas iban ancladas a unos graciosos paracaídas, supuse que para disminuir el riesgo de dispersión del racimo.

Cerré los ojos un segundo antes de que las primeras impactasen contra el suelo. Escuché, eso sí, cómo mis queridos valles eran sacudidos por aquel aguacero de muerte. El sonido pintó árboles de fuego y seísmos de destrucción en mis oídos. No quería verlo, pero supe muy bien lo que estaba pasando. ¿A cuánta gente acababa de matar mi hermano con ese simple gesto? ¿Se le podía culpar a él de todas aquellas

muertes, cuando no era más que el instrumento de un señor despiadado que había movido su ficha en el tablero?

Cuando vi caer esos proyectiles, el maná envenenado de los dioses de la tormenta, comprendí que la verdadera agonía de la guerra no es resultar herido, sino ver el daño en las personas que te importan. No pude evitar pensar que incluso ese fiero luchador musulmán que barría nuestros campos también tenía una familia, y unos penates a los que rezar cuando caía el sol. Sentí un enorme vacío.

Los otomanos no disponían de zeppelines, pero eso no quería decir que estuviesen indefensos. Sus modernas cuadrigas, tortugas blindadas erizadas de espinas y cañones, alzaron sus mortales armas hacia el cielo y llenaron la tierra de brillos de disparo. Creí que soñaba cuando vi un manto de centelleos rojizos que apuntaba en nuestra dirección; el cielo vibró como si fuera un objeto sólido y elástico, y docenas de flores de humo brotaron de la nada a nuestro alrededor. Los estampidos llegaron un instante después. El conde se agarró a la barandilla y gritó:

—¡Maniobras evasivas! ¡Prepárense para una segunda descarga!

Los hombres se movían furiosos de un lado para otro. Yo, como era una simple observadora y no tenía papel alguno en aquel drama, procuré no estorbar mientras los tripulantes hacían lo posible por mantenernos en el aire. Miré por una ventanilla y vi, con horror, cómo uno de los aparatos que nos servían de escolta, un zeppelin de aproximadamente la mitad de eslora que el *Wan Guld*, caía envuelto en llamas. Cien hombres o más estaban muriendo en ese mismo instante ante mis ojos, mientras el balón de gas que los sostenía se incineraba como la cabeza de una cerilla.

Miré a mi hermano. Su rostro aún seguía enterrado en el visor de tiro del periscopio, por lo que no pude encontrar sus ojos, solo sus nudillos blancos y sus dedos engarfiados en torno a los gatillos. Quise creer que no era aquello lo que les llenaba de orgullo, la matanza sin sentido, el odio sin argumentos. Quise creer que las gloriosas gestas que los aedos de la Antigüedad habían inmortalizado no se referían al honor que subyace a la muerte desatada. Pero no pude. No, después de encontrar placer en los ojos de Leipzig, y darme cuenta que en realidad estaba disfrutando de todo aquello, de la adrenalina y el peligro, de la ponzoña y la sangre.

En ese momento fuimos alcanzados.

El navío se estremeció como una vieja enferma de sífilis, tosiendo y comprimiéndose con espasmos de metal y madera astillada.

—¿Qué ocurre? ¿Navegante? ¿Artillero? —bramó el conde. Mi hermano despegó la cara del visor e informó:

—¡Impacto directo en la barquilla de estribor! ¡El fuego se extiende por el costillar del globo!

La jerga técnica se me escapaba; los tripulantes gritaban intercambiando expresiones salpicadas de argot. El aire olía a mil cosas que se quemaban. Me hice a la idea de que estábamos en problemas cuando el puente entero (y con él el inmenso globo que teníamos sobre nuestras cabezas) escoró a la derecha y comenzamos a

perder altura. Esta vez los ojos de mi hermano sí se cruzaron con los míos. Y lo que vi en ellos fue miedo.

La lanza del cazador jenízaro había logrado abatir a la orgullosa águila imperial prusiana.

*2 de abril. A salvo en el campamento militar de Dresvan. Agotada y horrorizada a partes iguales.*

Urik no solo ha sido un buen guía y protector durante las últimas jomadas, sino también un excelente conversador. Después de que el *Wan Guld* cayera lentamente a tierra y saliésemos como bien pudimos de entre sus restos, junto con la mayoría de la tripulación, la ayuda de mi hermano resultó crucial para desandar el camino hasta el territorio controlado por los nuestros. Fue todo un espectáculo, un lamentable espectáculo, ver cómo el aparato se consumía como una antorcha gigante, ahogando en una llama al rojo blanco su costillar y sus elegantes barcazas. A los pocos minutos de tocar suelo no quedó de él más que un esqueleto ennegrecido, como el de una bestia legendaria con el corazón atravesado por la lanza de un caballero. Solo que en esta ocasión el caballero no portaba un yelmo emplumado, sino un turbante.

Para entonces, ya nos habíamos alejado lo suficiente como para que no nos alcanzara la densa nube de humo, que se empeñaba en reptar por el suelo en lugar de ascender, como era su obligación. Recuerdo que entre los supervivientes estaba Leipzig. Lo vi salir a cuatro patas de entre las llamas, ileso pero con el penacho de plumas del casco envuelto en fuego. Pobre hombre. En cuanto me vio se puso en pie, intentando recuperar parte de su dignidad, pero tal y como estaba, cubierto de hollín y con una chimenea en la cabeza, ofrecía un aspecto tan cómico que le volví bruscamente la espalda y me alejé corriendo. Era lo único que podía hacer para no estallar en carcajadas delante del abatido (en todos los sentidos) conde.

Mencioné lo de que mi hermano es un excelente conversador porque, en lo que duró el viaje al acuartelamiento más cercano, no paró de hablar. Me contó cosas sobre él, sobre la rama de nuestra familia que vivía en el este del país y a la que yo visitaba poco. Detalles sobre sus proyectos y aficiones, sobre el nombre que le pondría a sus futuras hijas (solo quería tener niñas a partir de ese momento, aunque no me explicó por qué), y sobre la idea genial que había tenido para añadirle unos engranajes a su monociclo de pedales para aprovechar mejor el impulso muscular. Muchos detalles que ayudaron a completar la imagen de Urik que yo tenía en mente.

Descubrí que en realidad le conocía muy poco. Y me dio pena. Quería estar más cerca de él y de sus futuras hijas, para que ellas también supieran de mí, de mis manías y mis locos proyectos, de todos mis viajes. Me emocioné, mientras cruzábamos el Bode, pensando en cómo sería mi papel de tía estrafalaria y medio chiflada para esas niñas. Seguramente las visitaría por Navidad, un par de veces al año a lo sumo, y me entusiasmaría ver cuánto habían crecido y cómo iban adquiriendo la elegancia de unas señoritas. ¿Les hablaría alguna vez de mi viaje a la Luna, o no viviría para disfrutar el calor de esa chimenea? No, por favor, Clotilde, no

juegues con las pavesas que es peligroso. Deirdre, siéntate como una señorita y descruza las piernas, que eso es propio de chicos. Ay, estas niñas.

La noche antes de llegar al acuartelamiento me di cuenta de que estaba proyectando mi propia familia idílica en la de Urik. Y lloré. Ya estuve casada una vez, y lo cierto es que cuando él murió me sentí... bien. Liberada. No estoy hecha para ser una mujer casada, me parece. Veo con buenos ojos la idea de meterme en un volcán y salir disparada al éter, pero me aterra volver a pasar por el altar. ¿Tiene esto algún sentido?

Por el bien de mi salud mental, espero que sí.

Urik se preocupó de buscarme no solo un buen alojamiento dentro del cuartel, sino también una plaza en el pequeño dirigible correo me llevará en breve a Brandeburgo. Qué agradecida le estoy. No solo por sus desvelos, sino por haber compartido conmigo aunque fuera un pedacito de su vida, de esa felicidad que últimamente solo he entrevisto en otros, y que me gustaría alcanzar por mí misma. Sí, muchas gracias, hermanito. Espero que no te derriben nunca más, y que si lo hacen, caigas en un plácido colchón de plumas junto a tus maravillosas hijas.

Ahora que he conocido el horror de la guerra de primera mano, estoy más convencida que nunca de llevar a buen término mi plan. Por Urik y los suyos, y el resto de las familias inocentes que sufren una guerra que ni han buscado ni tienen por qué aguantar. Debo regresar cuanto antes a Brandeburgo para ver cómo van los progresos de Sigurd y Arno en los trabajos que les encargué. Y después de eso, cogeré el primer barco al enclave Alfa.

## X

# De la correspondencia personal de Nicolás Chemov (en caligrafía cirílica)

*12 de Abril. A bordo del «Kamatuk», un transporte marítimo pesado, en los fiordos de Alaska, el prodigioso y virginal paraíso de los osos, los castores y los egregios alces blancos. Rumbo al enclave Alfa. Carta a Irna Hohenstaufen sin membrete.*

Oh, Irna, espero que cuando leas estas líneas (que ojalá lleguen a ti por vía telegráfica o de algún otro modo más veloz que el correo postal) hayas partido de Prusia y estés de camino a Alaska, para reunirte con nosotros. Te echamos mucho de menos. Dicen que una persona puede convertirse no solo en la cabeza pensante, sino también en el alma de un proyecto, y en este caso, dado que es tu proyecto, tu sueño, tenerte tan lejos hace que me sienta como el barco que añora la pulsátil luz del faro para saber qué dirección ha de tomar. Un barco que, sin estrellas a ras de mar que lo guíen, busca privado de capitán el horizonte.

Por supuesto, aquí somos todos profesionales, cada cual en su terreno, y podríamos continuar con la misión nosotros solos si (Dios no lo quiera) a ti te ocurriese algo. Pero puestos a desear, quiero tenerte cerca para ir informándote de las novedades y que veas levantarse, metro a metro y gramo a gramo, el fruto de tu esfuerzo.

¿Cómo contarte las vicisitudes que hemos tenido que pasar para llegar hasta aquí? Es difícil. Se me hace duro buscar las palabras para relatar cómo acabó nuestra aventura en el Rossiya, ya que la intensidad de lo vivido apenas encuentra una fiel traslación en este universo caligráfico. Aún tengo que chistarle a Nordhal por las noches para calmar sus pesadillas, pues no cesa de ver amenazas en cada sombra ni de revivir los tristes hechos de aquel día, que a punto estuvieron de matarnos junto con cien pasajeros más.

Fuimos atacados por un enemigo tecnológicamente superior, eso está claro. ¿Su identidad? Nunca lo supimos, aunque cada cual tiene sus sospechas. Nordhal y Asha apuntan a los americanos. Yo me inclino a pensar que fueron los piratas mongoles de las vías férreas, que ya sabes que actúan en las intermediaciones del Baikal y son la

causa de que el Rossiya esté armado, aunque los pasajeros no lo sepan. Pero es cierto que, si fueron ellos, alguien les estaba financiando, porque no me creo que los planeadores con los que sobrevolaron la vía los hubiese inventado ningún pirata.

Sí, has leído bien: planeadores. El tren que nos seguía era uno de sus escualos de acero. Son viejas locomotoras en desuso, revestidas con un blindaje remachado y tocadas con lonas de tiendas irsk, muy propias de las tribus de pastores, que las hacen parecer campamentos de los antiguos budas guerreros. Pero lo más asombroso fue que nos atacaron también desde el aire: lo que en un primer momento parecieron pajarracos antediluvianos resultaron ser hombres con alas; igual que las imaginadas por el maestro Da Vinci, pero más parecidas a cajas voladoras que a extremidades de pájaros.

Nada más pasar el peligro hice un esbozo de las mismas en mi cuaderno de notas, ya que si tal ingenio es capaz de volar sin el soporte de tanques de hidrógeno, podríamos aprovecharlo para nuestros fines. Estaban hechas de tela muy ligera que recubría un andamiaje rectangular, con dos especies de alas paralelas y una nariz que sobresalía como un espolón, sobre la que iba montado lo que yo juraría que era un timón. Los tripulantes de esas cosas, uno por planeador, iban tumbados boca abajo en el centro del aparato, rodeados por sacos de bombas.

Igual que la Armada zeppelinista de tu país les envía regalitos explosivos a las tropas que se mueven por tierra, estos hombres cargaban con proyectiles que nos lanzaron a la cabeza. A nosotros nos pilló en el vagón de cola, uno de los más peligrosos si hay un descarrilamiento, así que corrimos en dirección a la máquina delantera para alertar a la guardia.

El escualo seguía acercándose. Nordhal y Asha me suplicaron que hiciera algo, e incluso sugirieron que nos lanzáramos del tren en marcha sobre el colchón de nieve. No habría sido un mal plan si hubiésemos estado indefensos contra aquellos malditos salteadores. Pero no era así. Te habría gustado ver sus caras de asombro cuando el mecanismo defensivo se activó, y del techo del Rossiya surgieron unas torretas perfectamente armadas que comenzaron a vomitar fuego sobre nuestros atacantes. Nordhal me dijo que ya había visto un invento similar en su último viaje a los Estados Unidos, al que sus operarios llamaban «ametralladora». Sin duda es uno de esos inventos convergentes que acaban por surgir en varios países al mismo tiempo, como consecuencia de una progresión lógica de la ciencia. Nosotros preferimos llamarlas «vomitadoras», aunque suene mal. Es más agresivo.

Nuestro fuego de cobertura mantuvo a raya a los pájaros, derribándolos en cuanto hacían una maniobra difícil. Pese a la genialidad de su diseño, esos planeadores son muy lentos; para girar necesitan entrar en una espiral muy amplia, lo que a la postre resultó ser su perdición. Los vi caer atravesados por nuestras lanzas de proyectiles, y sentí lástima por los pilotos, pues hay que ser valiente para convertirse en pionero de una nueva tecnología, y muy estúpido para emplearla en atacar nada menos que un tren soviético. Aún me estremece la violencia de las explosiones cuando impactaban

contra el suelo y los sacos de bombas detonaban.

El escualo fue harina de otro costal. Nuestras vomitadoras no eran lo suficientemente potentes para abollar sus escudos delanteros, así que no logramos frenar su avance hasta que estuvo prácticamente sobre nosotros. ¿Has visto alguna vez una locomotora provista de ariete, como las antiguas galeras romanas? Yo sí, y te aseguro que no es una visión tranquilizadora. El escualo poseía un morro chato que se abrió para mostrarnos una especie de arpón gigante, disparado por una ballista. Cuando se incrustó en nuestro vagón de cola (a estas alturas sin pasajeros) sentimos la vibración a lo largo de toda la cadena de coches.

Las ruedas chirriaron y emitieron cascadas de chispas, a punto de salirse de las vías. Fue un sonido que nos puso la carne de gallina. Con los dos trenes firmemente unidos por la catenaria, corríamos un peligro enorme de descarrilar. A la velocidad que íbamos, si nosotros nos convertíamos de pronto en un alud horizontal de vagones dando vueltas sobre sí mismos, el escualo chocaría con ese alud de frente y también sería destruido. Sin duda, los piratas apelaban al sentido común de nuestro maquinista para que frenase antes de provocar una tragedia y que murieran cientos de personas. Pero por fortuna, en ese momento ocurrió algo.

Llegamos al puente sobre el Baikal.

La llanura se convirtió en un terraplén, y el agua sustituyó a la inmensa estepa blanca. Sé que nunca has visto el lago de escarcha, como lo llaman por aquí, y que quieres hacerlo antes de morir. Sin duda es una visión sobrecogedora. Y tú que entiendes de ingeniería y mecánica industrial, sabrás apreciar el esfuerzo que supuso plantar más de ochenta kilómetros de pilotes en el agua para tender sobre ellos el puente más largo del mundo. Esta cuerda que corta la semicircunferencia del lago está pensada para sostener dos trenes en sentidos opuestos, y por fortuna no había ninguno cruzándolo en ese momento en nuestra misma dirección, o habríamos tenido que frenar demasiado bruscamente. Pero la vía estaba despejada, y yo tenía una idea.

Ya, ya sé que pensarás: «otra vez el vanidoso de Nicha con sus gestas heroicas», pero te prometo que ésta es real. Sabes que nunca le he caído demasiado bien a Dass, y que no me encubriría en semejante mentira si los hechos no hubiesen sucedido así, como te los cuento. Así que la idea de soltar el último vagón, que ya era irrecuperable, fue mía. Y también la de distribuir a los demás pasajeros sobre los puntos de equilibrio, cercanos a las puertas que comunican un coche con el siguiente, para minimizar el balanceo de la inercia al «soltar la cola».

Tenías que haber estado aquí para ver cómo el último coche se desprendía del Rossiya, impactando como un peso muerto contra el perseguidor. ¡Qué espectáculo! Llámame megalómano si quieres, pero jamás olvidaré (y creo que hasta aplaudí al verlo) el momento del impacto en el puente, a sesenta metros de altura sobre el lago, cuando el coche y el escualo chocaron, se salieron de las vías y se elevaron como las cabezas de dos cobras iracundas. El estruendo fue ensordecedor, hubo una explosión de llamas y humo, el coche abandonado se partió en dos y cayó por un lado de la vía

al agua, arrastrando como una longaniza al resto del tren pirata. Creo que la salpicadura de espuma que provocaron al impactar contra el lago tuvo doscientos o trescientos metros de largo por casi veinte de altura.

Nordhal sueña con ese momento una y otra vez desde entonces. A veces me meto con él soplando en mi gaseosa y haciendo burbujas, para ver qué cara se le pone. Él me contesta con algunos adjetivos floridos que, te lo juro, no había oído antes en ningún prusiano. Asha se lo tomó con más calma, aunque en *petit comité* me confesó que tardaría en subirse de nuevo a un tren.

Los días han transcurrido muy rápido desde entonces. Bordeamos la China por el extremo nordeste para llegar a la franja de litoral que pertenece aún a mi país, y donde están algunos de nuestros puertos más importantes. Poca gente sabe que Vladivostok se encuentra más al sur que la mismísima Pekín, y que es el hogar de una de las más importantes flotas balleneras del Pacífico. Una vez allí abandonamos el que había sido nuestro hogar durante las últimas semanas, el castigado Rossiya (no sin algo de tristeza, lo diré), y embarcamos en un vapor que nos trajo a Alaska. La cantidad de preguntas que tuvimos que responder a la comisión investigadora sobre el ataque de los piratas parecía no tener fin, pero como buenos ciudadanos acabamos obteniendo nuestro permiso de viaje.

Así que ahora estamos aquí, en los fiordos al pie del monte Chak'nauttuk, disfrutando de una maravillosa vista. Al menos yo. Dass se ha pasado el viaje inclinado sobre la baranda de estribor, mirando sin ver el mar. Parece que no le gustan nada los barcos pequeños, y se regodea insultándolos mientras murmura no sé qué bobadas sobre unos trasatlánticos de lujo.

Ayer, mientras bordeábamos las dunas de arena de Takknut (¡desiertos de arena dorada en Alaska, quién lo diría!), y enlazábamos con la corriente trufada de salmones del río Jabarovsk, me acerqué a él para saber si aún estaba vivo, o si era un maniquí congelado a la baranda.

—¿Nordhal? —pregunté—. ¿Te llega aún la sangre al cerebro?

El geólogo me miró con cara de pocos amigos.

—La sangre sí —masculló—. Del oxígeno no estoy tan seguro. —Hizo un leve gesto hacia el frente de dunas que llegaba hasta el mar—. ¿Cómo explicas semejante paisaje en estas latitudes, Nicolás?

—Es sencillo: en los desiertos polares las precipitaciones son escasas y de menor cuantía que la evaporación. Eso reseca la tierra en los aluviones del Cámbrico.

—Desiertos de arena helada... es lo último que me faltaba por ver. —Nordhal miró a uno de los tripulantes, un indio con la piel tan oscura y brillante que parecía bañada en aceite—. ¿Qué clase de gentes son éstas? Jamás había visto unos rasgos faciales tan simiescos, salvo en algunos negros africanos... o en ciertas razas de la India. —Miró alrededor, no fuera a estar cerca la princesa, pero estábamos fuera de peligro. Hacía unos momentos la había visto entrar en su camarote.

—Son atabascos, una tribu oriunda del sureste. Muy buena gente, aunque su

idioma es lo más increíblemente difícil que afrontará jamás tu lengua. Aún no me explico cómo se pudo desarrollar un lenguaje humano sin apenas vocales, tan solo una delicada fricción de consonantes. Y además —sonreí—, tienen setenta y nueve formas distintas de llamar a la nieve.

—¿Tantas? ¿Por qué?

—Depende de su color, si es azul o blanca, si está esponjosa o helada, si resbala con facilidad por las laderas, si acaba de caer del cielo o lleva tiempo casada con la tierra, si al evaporarse adopta forma de pájaros o de peces... —Me calé bien el ushanka sobre las orejas. Hacía tanto frío que parecía que en cualquier momento se iban a cristalizar en afiladas hojillas las crestas de espuma de las olas—. Entiendo que cuando se convive con un medio tan dinámico como la nieve, uno acaba por encontrarle mil rostros a lo que a los demás nos parece simple agua congelada en hexágonos.

—Supongo que sí... —La vista de Nordhal se perdió en los meandros del río, que empezaban a dejar atrás los bancos de arena para vestirse con exuberantes bosques de coníferas. Estratos de nubes preñadas acibillaban con cordones de lluvia las planicies acuáticas, tamborileando con dedos rotundos en los saledizos de espuma de las olas. El delta no tardó en difuminarse en las nieblas del río, densas y plateadas a primera hora de la tarde.

De fondo, la tierra empapada de lluvia se saturaba de luz brillante por un lado y se adornaba de ricas sombras por el otro.

—¿Cómo crees que será, Nicolás? —preguntó Dass, la mirada perdida en los bancos de arena.

—¿El qué?

—La Luna. ¿Qué piensas encontrar allá arriba?

Me froté el mentón. Realmente era una pregunta difícil, si tenía que contestarla con franqueza.

—He meditado sobre ello muchas veces —admití—. Pero sin llegar a ninguna conclusión definitiva. Es imposible saberlo, a menos que uno suba y lo vea con sus propios ojos.

—Pero alguna imagen mental tendrás hecha —insistió—. Yo, cuando cierro los ojos, a veces veo desiertos de arena plateada, con grandes cordilleras a lo lejos que señalan los márgenes de los cráteres. Y también restos de antiguas cordilleras, que ya eran viejas cuando la Biblia mencionó las grandes inundaciones del Oriente. —Compuso una expresión soñadora—. Otras veces veo ciudades hechas por manos no humanas, donde operan civilizaciones que son una metáfora de las terrestres. ¿Qué opinas?

—El que acabas de mencionar es el camino de los poetas —opiné—. Utilizar la imaginación para elucubrar sobre cosas muy terrenales, la mayoría de ellas con afán didáctico. —Sacudí la cabeza, como si en realidad me sedujera muy poco esa idea—. Tengo un perro que se llama Huim. Eso debería darte pistas.

El geólogo escarbó en su memoria en busca de la referencia, pero no la encontró.

—La verdad es que no lo comprendo, lo siento. —Se ruborizó un poco—. Lamento confesar que no soy tan culto como aparento.

—Es normal. ¿Cuánta gente ha leído *Viaje a varios lugares remotos del planeta*<sup>[18]</sup> en su versión traducida al ruso, la más fiel al manuscrito original? Pocos. —Hice un mohín—. El cuarto libro, *Gulliver en el país de los Huim*, es el mejor. En él describe una sociedad formada por caballos que no necesitan hablar para entenderse, y cuya compañía es preferible a la de los humanos.

—Ah... entiendo. Eso no es muy filantrópico, que digamos. ¿Esperas encontrar en la Luna una sociedad metafórica, Nicha, que nos enseñe los placeres y los peligros de llevar al extremo las ideas políticas humanas?

—Estoy dividido: por un lado, mi alma de científico me pide a gritos hallar polvo, rocas, materiales diamagnéticos y pistas que nos muestren cómo fue la Tierra, supuesta madre de la Luna, en eras geológicas pretéritas. Pero por otro, ardo en deseos de inclinar la balanza del lado de los poetas, y bajarme de la cápsula para ver que Cyrano o Swift o Hsui tenían razón, y encontrar gente con vestiduras exóticas respirando oxígeno y clamando a gritos que el socialismo o el más puro y desinhibido nepotismo han sido un éxito en su mundo. Y si me preguntas, o si te interesa saberlo —añadí como colofón—, te diré que la filantropía me importa un comino.

—Amén, hermano.

Nordhal permaneció en silencio unos minutos. En un momento dado, señaló a las montañas que se elevaban con nieves perpetuas al norte.

—¿Es allí donde vamos?

Observé el cono truncado de uno de los numerosos volcanes de la franja de Chehov, que bordeaba Alaska por el oeste. Nuestro objetivo.

—El monte Neergolk —asentí—, un coloso que da nombre al sistema que lo alberga. No sabes cuánto tiempo llevo esperando el momento.

—¿Qué momento?

—El de verlo desatarse y liberar toda su furia. —Respiré hondo—. Aquello para lo que nació.

Dass me miró con una mezcla de sentimientos, todos ellos opuestos. Seguramente no sabía qué pensar de mí; con qué imagen final de un «Nicolás» osado y medio loco quedarse.

—¿Está prevista su erupción para dentro de poco? —me preguntó, a sabiendas de que por más que nos gustase acelerar el proceso, la Naturaleza medía los tiempos entre manifestaciones geológicas en siglos y milenios, no en meses o semanas.

Me separé de la baranda, abandonando la silueta de mis manos en el vaho.

—Sígueme, Nordhal. Tenemos que hablar.

Dass obedeció, para reactivar un poco las piernas y buscar el calor que la caldera transmitía al resto del barco. Creo que estaba disfrutando realmente de la vista, el sinuoso paisaje en vertical de los fiordos, algo a lo que los centroeuropeos no están

acostumbrados.

Cuando estuvimos reunidos en el camarote de Dass, la princesa incluida, decidí contarles el resto del plan. Sé que tú habrías preferido estar con nosotros en un momento como éste, Irna, pero juzgué conveniente que sus cerebros fuesen madurando ya sus ideas en lugar de perder el tiempo con elucubraciones sobre lo lejos que está la familia, o el peligro que supone estar tan cerca del cuartel general de Charlyon, apenas medio continente más abajo.

Nos sentamos en taburetes. Asha a mi izquierda y Dass a mi derecha. Ambos tenían la vista clavada en el papel sobre el que yo dibujaba unos trazos rápidos para representar el volcán, su cráter, la cámara magmática y el tubo volcánico que comunicaba todo aquel infierno con el mundo exterior.

—Hay volcanes, como sabéis, que están en permanente estado de erupción en según qué eras geológicas —comencé—. El Stromboli, en Sicilia, ha estado activo desde los tiempos de Plutarco. El Izalco, en América Central, lleva vomitando fuego desde antes de que los mayas construyesen sus primeras ciudades. El monte Neergolk posee unas características que lo convierten en un dios para los nativos, y en una herramienta valiosísima para nosotros.

Dass y Asha se miraron, intrigados. Yo proseguí, haciendo un borrón de lápiz en el óvalo de montaña.

—Este volcán es un tipo de montaña escudo, de pendiente suave y con una cámara magmática relativamente cercana a la superficie. De hecho —subrayé la línea del mar en el papel, cercana en esa escala al corazón del monstruo— solo se encuentra a unas pocas decenas de kilómetros por debajo de la superficie. Podemos llegar a conectarla con el mar si perforamos en el lugar adecuado.

Asha no comprendió al principio las terribles implicaciones de lo que le contaba, pero Dass me miró consternado.

—¿Perforar? —repitió—. ¿A qué demonios te refieres con «perforar»?

Hice un cuenco con las manos, como quien hace acopio de agua de lluvia para llevársela a los labios.

—Hace falta como mínimo un empuje equivalente a quince mil kiloborjs por metro cuadrado para impulsar un proyectil hasta las capas altas de la atmósfera. —Recurrí sin querer a una medida rusa, pero supuse que mis compañeros traducirían a sus propias magnitudes—. Los americanos lo resolvieron apilando toneladas y toneladas de pólvora en un foso. Nosotros no disponemos de semejante cantidad de recursos, ni de brazos suficientes como para cavar un agujero tan hondo. Pero sí que tenemos esto —me toqué la sien—. El ingenio.

—¿Pretendes usar un volcán como cañón? —comprendió Dass. Su rostro era una metáfora de la incredulidad.

Coloqué la punta del lápiz en la base del dibujo.

—Exacto. No es necesario gastar una cantidad ingente de dinero para fabricar una explosión descomunal, a partir de un entorno de reposo absoluto, cuando éstas

existen de manera normal en la naturaleza. En el interior del tubo volcánico se generan presiones, calores y fuerzas tan descomunales que un solo volcán podría mandar a la Luna a media Rusia... si supiéramos cómo enfocar en un único punto todo ese empuje desperdiciado.

—O sea —discurrió Asha, con su distanciamiento típico—, que lo que Irna pretende es hacer estallar este volcán y situar nuestro proyectil dentro de la cámara magmática.

—No tan abajo, por fortuna —torcí el gesto—. Nos asaríamos a mitad de camino. Pero sí que vamos a colocar la cápsula dentro del tubo, a pocos metros de la superficie. Durante meses estuve buscando un volcán que reuniese las características necesarias para el experimento, incluyendo inclinación relativa del cono, densidad de materiales, profundidad y capacidad de la cámara magmática y disponibilidad de agua en las cercanías. Y creo que el Neergolk —golpeé el papel con el lápiz—, es nuestra montaña. Sin lugar a dudas.

Nordhal alzó las manos.

—A ver si lo he entendido —rezongó—. No me parece mala la idea de aprovechar la energía magmática, la verdad, pero ésta no surge de pronto. No es explosiva, sino expansiva. La lava fluye hacia el exterior y puede llegar a brotar como un geiser con una fuerza considerable, pero mucho menor que la que necesitamos para enviar la cápsula a la estratosfera. —Hizo cálculos en su cabeza—. Si supiésemos que el volcán va a acumular la suficiente cantidad de energía bajo la superficie y ésta se libera de golpe, tal vez... —Se detuvo a media conjetura, y me miró, los ojos como platos—. Por Cristo bendito...

Sonreí.

—Creo que al fin lo has comprendido.

Asha nos miró a los dos, alternativamente.

—¿El qué? ¿Qué pasa?

Dass tragó saliva y respondió:

—El cráter está parcialmente taponado, ¿verdad? ¡Es un tipo peleano, muy viscoso y explosivo! —Me señaló con un dedo tembloroso—. Pretendes bombear agua de mar en el sistema de túneles que conecta con la cámara magmática, para que se evapore y forme una burbuja de gas de alta presión. Cuando esa burbuja encuentre su salida natural hacia arriba...

—... Obtendremos tal cantidad de energía que tendremos que actuar a la inversa de los americanos —asentí—. Nuestro problema será cómo disipar la potencia sobrante, no cómo fabricarla. Estaremos en un caso inverso al del cañón del Gun Club. Por supuesto —maticé—, habrá que trabajar el cráter para reforzar las paredes con acero y crear una especie de carena, para que la «bala» surja en línea recta. Pero aún así supondrá una inversión muchísimo menor que la de excavar un túnel de medio kilómetro de profundidad.

Dass paseó intranquilo por la estancia. Asha analizaba mi esquema, haciendo

complejos cálculos bajo su negrísima cabellera.

—Necesitaremos alcanzar un grado de precisión algebraica increíble —se temió.

—Para eso nos ayudaremos no solo de su mente y de los conocimientos en dinámica de ondas del señor Dass —dije—, sino de los tesoros que nos hemos traído de Moscú. —No me hizo falta decirlo en voz alta, pero a todos nos vino a la mente la prodigiosa máquina de calcular de los noruegos, el ábaco de diferenciales, y también el «Griego», la taladradora definitiva—. Con todas estas herramientas a nuestro alcance triunfaremos, ya lo verá.

—Hay que ser muy osado para meter un tubo de metal en un cráter y decir algo así —murmuró Dass—. ¡Claro! —Se golpeó los puños—. Ahora comprendo por qué Irna insistió en que mi diseño incluyese la manera de aguantar enormes empujes laterales.

—Yo viajaré en la cápsula junto con Irna —confesé, aunque era algo que los demás ya sospechaban—. Así que le garantizo, Nordhal, que afinaré al máximo los cálculos antes de dar el paso definitivo. Me va la vida en ello.

—Yo también iré —anunció Asha. Sus palabras nos cogieron con la guardia baja.

—¿Cómo dices?

—Quiero ir en el viaje —repitió—. No he venido hasta aquí para quedarme en tierra. Subiré con vosotros hasta la Luna, y desde allí rezaré para que mis padres puedan verme y se sientan orgullosos.

—Creo que podremos incluir unos cuantos kilos más en el peso —elucubrè—. Y en su caso, la verdad es que no son muchos. No se ofenda.

La princesa interpretó mis palabras como un halago.

—No lo hago. Gracias, Nicolás. ¿Cuándo llegará el resto del material al enclave?

—Viene repartido en las bodegas de varios barcos. Un equipo de montaje, formado por athabascos y compatriotas soviéticos, nos espera en las faldas del Neergolk. Ellos serán la fuerza bruta, y ustedes, Asha y Dass, la maquinaria pensante. Si nos ponemos a trabajar desde que atraquemos, tendremos listo el experimento para la próxima fecha en que la Luna pase por el cenit, dentro de seis meses.

—Seis meses me parece poco tiempo, para todos los cálculos y los preparativos que tenemos por delante —protestó Nordhal.

—Es vital que sea así —argumenté—. Cuanto más tiempo pase, más riesgo corremos de un sabotaje. Y si Hensthon prepara un segundo viaje, es necesario que nos adelantemos para poder plantar también nuestra bandera.

—Qué tontería —opinó Asha—. Como si la Luna no fuese lo suficientemente grande para todos.

—Eso es lo que yo siempre he defendido, querida —dije con amargura—. ¿Pero quién escucha a un pobre ruso loco, cuando lo que hay en juego son las mayores vetas de mineral jamás explotadas por el hombre...?

El barco nos condujo zigzagueando como un salmón por los meandros del río, hasta llegar a una bahía donde los restos de un antiguo muelle clavaban sus pilotes en la grava. Aquellos maderos rollizos armados con puntas de hierro se hundían en el agua y servían de fondeadero para barcas de nativos (kayaks, creo que las llaman), y unos cuantos lapoyes, iglúes flotantes emplazados en balsas de madera que los atabascos usan para cazar focas. Nuestro vapor, aunque modesto en comparación a los grandes trasatlánticos de Europa y América, se coló entre ellos como un gigante ruidoso y lanzó cabos a tierra.

En aquel muelle había personas que interpretaban escenas vivientes sobre la vida diaria: *La venta del Pescado*, *La Temprana Educación de los Infantes*, *Discusión por el Precio*, *Camaradería entre Pescadores*... Todos tenían la piel oscura, como Asha, pero eran sensiblemente más bajos y, sobre todo, más rollizos. Los ojos rasgados les conferían un aire exótico, como si fueran chinos de tez abrasada por el sol o graciosos duendes del norte. Esto último se hacía más patente en los niños, ataviados de la misma manera que los adultos y desempeñando con celeridad y presteza los oficios de sus padres.

Yo había convivido bastante tiempo con ellos, así que no me sorprendían ni sus costumbres ni su forma de ver la vida, pero supuse que sería todo un impacto para mis amigos el toparse con un crío de no más de cinco años que despellejaba y le sacaba los órganos a una foca armado con un cuchillo curvo, el tradicional y peligroso *dentak*, mientras silbaba una melodía con sus dientes de leche.

Asha seguía pareciendo una bola compacta de pieles, guantes, bufandas y gorros, mientras que Nordhal iba más ligero, con una chaqueta calada, un ushanka que le había comprado a un marinero y unas botas altas. Los tres bajamos a tierra, donde nos esperaba mi amigo y ayudante de toda la vida, Anok.

Le di un fuerte abrazo cuando nos encontramos sobre la tablazón, y le besé en ambas mejillas. Cruzamos unas cuantas palabras en su idioma y a continuación le presenté con orgullo a mis compañeros.

—Anok, estos son la princesa Asha, de la India, y el señor Dass, de la Europa Central. Muchachos —le palmeé el hombro—, este es Anok, nuestro guía e intendente durante el tiempo que pasemos en Alaska. Es un hombre excepcional, que de seguro nos resolverá más de un problema grave en los próximos meses.

—Encantada —asintió la princesa, ofreciéndole su mano. Se quedó un poco confundida cuando el nativo se acercó a ella y la saludó frotándole la nariz. Yo me eché a reír.

—No se lo tengas en cuenta, querida; es su forma de decir «hola». —Le pregunté algo a Anok que los demás no entendieron, y él me señaló un trineo tirado por una hermosa yunta de perros que nos esperaba junto a los almacenes—. Estupendo. Tenemos transporte.

—¿Perros? —se extrañó Dass.

Cargué los bártulos en el trineo y les indiqué dónde debían sentarse.

—¡Los mejores amigos del hombre! Y en estas latitudes, eso es más que un eufemismo. Aquí, tener cerca a un perro amaestrado puede suponer la diferencia entre la vida o la muerte.

Nos acomodamos en los toscos asientos del trineo y el guía ocupó el lugar del conductor, atrás del todo. Las cinchas nos pasaban por encima de la cabeza y latigaban a poca distancia de nuestras caras cuando Anok transmitía sus órdenes. Eso ponía incómodos a mis compañeros, pero les expliqué que era la mejor manera de gobernar uno de estos barcos del hielo, traducción más o menos correcta de la palabra que los nativos usaban para definirlos.

Durante el trayecto al monte Neergolk, observé que Asha no le quitaba ojo de encima a nuestro reservado guía. Anok era un hombre extremadamente viejo al que las temperaturas del norte mantenían con la piel bien tirante y los músculos en forma. Se movía con agilidad y soltura sobre su calzado de piel de reno, pero su rostro y sus manos (únicos fragmentos de piel a la vista) eran como fardos de ramas envueltos en trapos grises, una especie de desvencijado tipi indio plegado para viajar.

A diferencia de nosotros, los europeos, él nunca hablaba a menos que tuviese algo importante que decir, por lo que su silencio podía ser confundido con hosquedad o mal humor. Dass parecía entenderlo así, pues se sentía incómodo con la cercanía del indígena —su fuerte olor corporal tendría también algo que ver, imagino—. Asha, por el contrario, lo miraba con un interés que sobrepasaba lo meramente antropológico. Me pregunté si veía en Anok a un hombre curtido en los rigores del continente con quien poder hablar sobre los misterios del oso polar o del esquivo lince, o si más bien pensaba en él como en un sirviente.

El trineo ascendió sin prisa por senderos que solo estaban ahí para los ojos de Anok, y acabamos llegando a las estribaciones del volcán. El colosal Neergolk arrebató nuestro aliento desde temprana hora de la mañana, con su perfil cónico y sus profundos desfiladeros tallados por erupciones prehistóricas. Cuando llegamos a media altura, a eso de las seis de la tarde, seguía arrancando expresiones de asombro de Nordhal.

—¡Es maravilloso! —decía el geólogo—. ¿Y cuándo dices que entró en fase eruptiva por última vez?

—Hace unos años, pero no te preocupes; los nativos conocen bien al padre fuego, y pueden predecir con una exactitud digna de nuestros mejores instrumentos sus salidas de tono. Para ellos es como una especie de dios dormido que a veces se agita en sueños, y cuando lo hace, el mundo entero tiembla.

Llegamos a un campamento de casetas de campaña y chozas nuevas, recién construidas. Aparejos de metal, instrumentos de medición sismográfica, un tendido de cable para el telégrafo e incluso un pequeño globo aerostático nos indicaron que ya no estábamos en territorio indígena, sino en la pequeña ciudad científica que los operarios de Irna habían subido hasta allá arriba para controlar la montaña. Después de saludar a los capataces, Anok tuvo que atender a sus deberes. Se bajó del trineo y

dejó que los dóciles perros lo condujeran por sí solos hasta la perrera, donde los cuidadores se harían cargo de desuncirlos y de alimentarlos.

Unos técnicos soviéticos se acercaron exhibiendo amplias sonrisas. Se los veía muy ocupados, y alegres de ver caras nuevas por primera vez en meses. Una mujer nativa que tenía la dentadura hecha de madera (con piezas rectangulares y radiantes, empapadas en barniz) nos ofreció unas tazas donde humeaba una bebida tradicional. Era su forma de decir «bienvenidos, estamos contentos de tener nuevos huéspedes».

—Le dejo que cotorree con sus futuros compañeros de trabajo, Nordhal — comenté—. Voy a ver si está preparado nuestro bungalow.

Dass miró el cono truncado, situado unos doscientos metros por encima del campamento base, donde se apreciaba una especie de grúa anclada a los bordes y que dejaba caer una gruesa cadena al interior del volcán.

—Le presento a nuestro cañón particular, Nordhal —dije, orgulloso—. El monte Neergolk, dios supremo de los atabascos.

Dass lo miró con respeto. No tanto como se mira a una montaña como cuando se atisba un breve destello de divinidad encerrado en una solución piroclástica. Era cierto: estábamos en manos de aquel dios primigenio, aquella entidad con cuerpo de roca y corazón de magma. Creo que no fui el único en rezar para que los antiguos mitos de esta tierra salvaje nos concedieran su favor, y no nos viesen como un mero sacrificio, un dulce bocado con el que festejar desde sus distantes olimpos la estupidez humana...

Habíamos llegado a nuestro destino. La Luna estaba solo a unos pocos pasos de distancia. A partir de ahí, todo era cuesta arriba.

## ACTO TERCERO

### Un arco de cielo fugitivo

*Donde la cara oculta de la  
Luna deja de ser un  
misterio para el Hombre,  
los secretos largamente guardados,  
por el satélite son revelados,  
y un dragón se come una muesca.*

## XI

### **Del diario de Nordhall Dass (en taquigrafía)**

*1 de Octubre. A pocos días del lanzamiento. ¿O debería decir del desastre?*

Quería empezar esta adenda con un tierno «querida Ginka», pero algo en mi interior me lo impide. Es un sentimiento contradictorio, que hace que mi corazón lata más deprisa con la emoción de escribirle una nueva misiva a la mujer que echo de menos, pero que a la vez provoca que la pluma tiemble, y que mi por lo general elegante criptografía parezca la de un borracho sin educación. Sin educación ni el menor sentido de las matemáticas.

Hace meses que no sé nada de ella. Tenemos prohibido estrictamente enviar correspondencia que pueda ser rastreada, a menos que se trate de comunicados de máxima prioridad con el centro de mando del SS. He de confesar que sí, que se me ha pasado por la cabeza colar entre estos comunicados uno o dos mensajes que el padre de Ginka pudiera descifrar, pero sin duda los analistas se darían cuenta, y sería muy poco elegante por mi parte pedirles que los ignoraran. ¡Dónde iba a quedar la reputación de un humilde geólogo y geómetra prusiano, después de eso!

Me he habituado a vivir en esta singular tierra de maravillas, esta Alaska que en su día perteneció a la Gente de Piel Oscura, y antes que a ella a los osos, a los ciervos y a las nutrias. Anok me ha contado que existen antiquísimas leyendas, de esas que solo se transmiten entre miembros elegidos de una misma tribu (para no dejar registros permanentes en papel o piedra), que afirman que incluso hubo otros dueños del continente antes que los osos. Seres que vinieron del espacio para dormir en profundas grutas y que, si lo que cuentan los ancianos es cierto, aún siguen allá abajo, esperando que llegue un día en el que despertarán y reclamarán como suyos los vastos planetas y los infinitos espacios. Desde luego, estos nativos estarán atrasados con respecto a nuestro nivel cultural, pero tienen una gran imaginación.

El ritmo circadiano de mi organismo ha ido variando poco a poco. Ya no se vuelve loco por los días de veinte horas o por sus noches sin fin, ni tampoco por las temperaturas tan bajas que hacen deseable pasar unos días de asueto en el infierno. Estoy habituado a abrir los ojos por la noche y descubrir que una suave luz de

mediodía lo baña todo, acompañando el azaroso trajinar de las ardillas, a pesar de que según mi viejo cebollón son las dos de la madrugada. Eso ha ido cambiando conforme el otoño se iba adueñando de los alcázares conquistados por el verano, y ahora hay más penumbra que luz, más frío que calor.

Irna, Sigurd y Arno ya se han reunido con nosotros, y trajeron buenas noticias. La fortuna de Irna, según Silvestor y su poderosa magia para las finanzas, todavía dará unos pocos coletazos antes de evaporarse, lo que nos permitirá aguantar como mínimo hasta la fecha del lanzamiento. Así no tendremos que pedirle a nadie que trabaje gratis. No hay nada peor para la moral de un equipo que saber que sus esfuerzos son pagaderos de una forma simbólica. La eficiencia se va volviendo también simbólica, en tales circunstancias, y eso no nos conviene.

Sigurd ha hecho un gran trabajo con su pólvora altamente energética, a la que él llama familiarmente *garvoro*, y se ha traído muchos tubos prensados de propelente de Europa. La gran ventaja que tiene este explosivo es que se mantiene inerte a menos que se mezcle con una solución de agua ionizada (¿habrán tenido algo que ver sus experimentos de galvanización de cadáveres con esto, me pregunto?), así que no corremos peligro de que los tubos exploten con la sacudida del despegue.

Gracias a los entusiastas operarios nativos y a los técnicos soviéticos, el sistema de lanzamiento del *Antilops* (¡nuestro bajel celestial tiene nombre! Creo que Irna lo ha bautizado así en honor al primer barco de Gulliver. Espero que no haga tan mal papel en la historia como aquél...) ya está perfectamente montado, y listo para su uso cuando la montaña se agite. Todavía hay noches en las que me despierto hecho un manojo de nervios al imaginar lo cerca que está ese día.

¿De verdad hemos podido llegar tan lejos?, me pregunto con sinceridad en las agotadoras noches de sol. ¿Seremos capaces de ir hasta la inevitable conclusión de esta locura?

Recuerdo la primera reunión que mantuvo el equipo, en el castillo de los Alpes. ¿Tanto tiempo hace ya, Dios mío? En el transcurso de aquella primera toma de contacto, ella trató de convencernos de que su sueño no era producto de la demencia. O que si lo era, tenía ilustres precedentes que no era menester tomar a broma. Nos habló de valientes aeronautas en linternas chinas y de cosas igualmente cómicas, pero se le olvidó mencionar una que ahora me gustaría que fuese cierta. Decía Cyrano, cuando regresó de su fastuoso periplo por nuestro satélite, que después de haber sufrido un accidente se había untado el cuerpo con médula de buey. Y como se encontraban en cuarto menguante y en esa situación la Luna atrae a la médula, el satélite sorbió tan golosamente el caro unguento que Savinien acabó aterrizando en las planicies de polvo.

En absoluto imaginaba yo que la astronomía y el mundo culinario tuviesen tanto que ver. De hecho, de haberlo sabido antes, habría convencido a Irna para que se trajese unos cuantos tanques llenos de médula con la que untarnos, para que el despegue de la cápsula fuese más suave.

Bromas aparte, Irna me ha propuesto que los acompañe en el viaje. Mi contribución está siendo muy valiosa aquí, en la Tierra, y ella afirma que lo será aún más en la Luna, cuando se pongan a buscar yacimientos de fosfido y de radio. Reconozco que me halaga esa confianza, pero tengo la absoluta convicción de que dos geólogos serán innecesarios, pues Nicha ya ha confirmado su participación en el vuelo. No es cobardía. Tampoco falta de curiosidad. Lo cierto es que no me veo metido dentro de una bañera giratoria, vestido con un traje de buzo, aplastado por colosales fuerzas gravitatorias y sin saber cuándo llegará el momento del impacto.

No, creo que permaneceré aquí, en el búnker del pico Atolohai, a veinte kilómetros del volcán, desde donde los técnicos controlarán la buena marcha del despegue.

¿Cómo resumir la genialidad del diseño que hemos parido entre Nicha, Asha, Sigurd y yo? Porque la vanidad no es pecado, dice la Iglesia, cuando no se basa en mentiras o grandilocuencias ni se usa para dañar a terceros. Traté de hacerles un dibujo a mis jefes para detallarles cómo funcionaba, pero si ya es difícil mandar estos mensajes cifrados, los dibujos son imposibles de ocultar, así que se lo resumí con palabras:

Imaginaos, les dije, que queréis meter a tres o cuatro personas dentro de un tapón de corcho, y ese tapón lo colocáis encima de una válvula de gas a presión. No os interesa que, cuando las fuerzas orgánicas sean tan elevadas como para lanzar el corcho por los aires, esas personas mueran aplastadas, ¿verdad?

Esto se arregla acudiendo a los elementos naturales que, según Aristóteles, componen la matriz de todo lo que existe. ¡Cinco y no cuatro, como vulgarmente se piensa<sup>[19]</sup>!. Lo que haces es fabricar unas campanas o bañeras giratorias, montadas en una especie de noria con brazos, y las haces girar a gran velocidad sobre su eje (¡todo esto dentro de la cápsula!) para compensar algo que los aeronautas franceses llaman «momento de inercia», sea lo que sea. Estas bañeras están llenas a rebosar de un líquido compacto, más denso que el agua pero menos que el aceite, para amortiguar las fuerzas de gravedad. Y flotando dentro de ese líquido almizcleño y muy, muy frío, los heroicos cosmonautas con trajes de buzo que parecen armaduras medievales. Yo me los he probado y la verdad es que pesan una tonelada, pero Irna tiene razón al recordarnos que, una vez en órbita, la cuestión del peso de los objetos carecerá de importancia.

Luego tenéis el problema de la presión lateral. Nuestra bala pesa más del doble que la de los americanos, y está hecha de un primo hermano del acero, el arrabio de vanadio-plomo (conseguido mediante técnicas de fundición a crisol abierto), no del bueno y fiable aluminio. No teníamos tanto dinero. ¿Cómo elevar todo ese peso descomunal, al que encima se le ha añadido una especie de bodega de carga para traernos todo el mineral que consigamos en la Luna? De eso se encargará el volcán. Pero claro, para conseguir la mínima presión adecuada para salir disparados hay que aguantar nada menos que cuatro minutos (¡¡cuatro!!) dentro del tubo magmático,

mientras se llena de gas y se carga de energía como un cañón cebado con la fuerza del sol, con la furia de Hades y Apolo combinadas tras un día de borrachera a las puertas de Troya.

La solución se me ocurrió a mí, y vuelvo a pedir disculpas si redundo en uno de los pecados capitales, la vanidad. Más bien lo rozo con la punta del pie.

Explicué a los analistas que el truco para no ser aplastados como una caja de zapatos no está en construir una cápsula rígida, como la del Gun Club, sino una que *permita* y asimile como algo natural ese aplastamiento. Así pues, nuestra nave está hecha de unas placas semirrígidas cosidas con hilo de vanadio, que poseen dos estados: uno de relajación, en el que la nave se encuentra fría y dilatada y tiene una forma similar a la de una rechoncha punta de bala, y otra caliente y comprimida, fina como un clavo de carpintero, en la que esas mismas placas se han ido plegando en espiral, enrollándose sobre el eje de la bala. Imaginen que tienen una flor abierta en la mano y aprietan poco a poco el puño, cerrando paulatinamente los dedos. ¿Se quiebra la flor? No, solo se aplasta y se superponen los pétalos uno sobre otro para asimilar ese brutal empuje. Y cuando relajas la mano todo vuelve a su estado normal.

Algo parecido sucederá con la cápsula. Durante esos eternos, infernales, agobiantes cuatro minutos, a medida que la presión y la temperatura del tubo aumenten a razón de varias decenas de grados por segundo, hasta llegar a un punto de equilibrio con la tolerancia de la roca, la nave espacial se irá haciendo cada vez más pequeña hasta convertirse en una grotesca lanza diomedéica en la que apenas quedará sitio para las bañeras giratorias y sus ocupantes. El gélido líquido de las bañeras se irá calentando y ayudando a disipar todo ese calor, mientras el blindaje de los trajes hace el resto.

Lo que vendrá a continuación pertenece al terreno de la leyenda.

En fin, la cuenta atrás está en marcha. Quedan pocas jornadas para lo que Irna llama jocosamente el «Día D» —la sigla de Demetrio, el primer poeta romano en ofrendar versos a la Luna—. No hemos tenido noticias del Gun Club desde hace varios meses, y eso, en el fondo, me preocupa. Como agente de campo, sé de buena tinta que la información no puede ser escondida para siempre. Tarde o temprano sabrán que estamos aquí, a pocos miles de kilómetros de su sede central de Fairfax, Virginia.

Tiemblo al imaginar la reacción de una gente tan loca y sedienta de sangre. Llevan tanto tiempo refugiados bajo el paraguas de la autocomplacencia, que creen que la lluvia no existe.

Que sea lo que Dios quiera. Y si los seres esos de los que hablan las leyendas de los antepasados de Anok, los que vinieron del espacio para dormir sin sueños bajo el manto terrestre, despiertan a causa de la tremenda explosión que pensamos desencadenar...

... ojalá no den saltos tan grandes como para atrapamos al vuelo.

El nerviosismo crece en el seno del equipo. Estos últimos días apenas he visto a Irna o a los demás: se están preparando para el crucial momento del despegue, practicando unos ejercicios especiales varias horas al día y acostumbrándose a caminar con los pesados trajes espaciales.

Al desempacarlos (los construían en París, según me contó Nicolás, aunque las diversas sastrerías y herrerías que juntaban las piezas no conocían el aspecto final del producto, y mucho menos su función) me entró un acceso de risa. Eran muy gruesos, como si constaran de varias capas de tela remachada, rellena con algodón, y éste a su vez reforzado con bolitas de madera. Llevaban refuerzos de metal en el pecho, los hombros, los antebrazos y los tobillos, una especie de cota de mallas medieval que hacía de tejido conjuntivo y que estaba pensada para disipar el calor. Si nuestro satélite resultaba carecer de atmósfera, las temperaturas a nivel de superficie serían tan extremas, como bien había señalado Nicha, que se freirían sin una protección adecuada. Esa cota se unía a una especie de mochila con enganches para varias cuerdas, un casco esférico, de buzo, con gruesos cristales en los puntos cardinales, unas rejillas de metal que los protegían de los impactos, y un caño que salía de su parte superior para acoplarse a la manguera del aire.

El diseñador se había permitido incluir unas pinceladas de hierro forjado en el diseño, intuyendo que el destino final de los trajes era dar paseos por las profundas fosas oceánicas. Me refiero a esos adornos tipo caracola que sirven para ocultar la rosca de la manguera de oxígeno, o los ribetes que adornan los anillos del blindaje, haciéndolo parecer una toga bordada con escamas de celacanto.

Me costó imaginar al estirado Arno Silvestor, con su cabello ahogado en brillantina pegado al cráneo, o a la escuálida Asha, con brazos y piernas tan finos que parecían de papel, embutidos en semejante atuendo, andando como patos mareados y tirando de los cables que los conectarían a la cápsula. Todo esto sería necesario si los teóricos estaban equivocados y allá arriba, para desgracia de los exploradores, no había oxígeno. Si lo que les aguardaba era un erial desértico e inmerso en el más espantoso vacío (dato que contradecían los destellos de luz de la primera expedición, cuyos miembros parecían haber sobrevivido al tiempo límite de sus reservas de aire), la férrea protección de los trajes y el aire comprimido de las bombonas constituirían su única posibilidad de sobrevivir.

Y hablando de Arno...

Cada vez tengo más claro que su principal interés en este proyecto reside en asegurarse la cercanía y la complicidad de Irna. No solo por la parte económica de esa unión, elemento que anhelaría cualquier mecenas ante la promesa de multiplicar sus dividendos, sino por otros intereses más... digámoslo así, «ordinarios».

En efecto, el amor que parece sentir Silvestor por la aristócrata cada día es más difícil de encubrir. Me recuerda a mi relación con Ginka, pero más prohibida, menos susceptible de aguantar las críticas de la opinión pública. Al fin y al cabo, Ginka y yo

pertenecemos al mismo estrato social y nuestra alianza sería aplaudida, pero Arno y la aristócrata están perdidos en las reglas de una sociedad que quema los puentes que sus corazones tienden sobre esos estratos.

¿Corresponde Irna a estos sentimientos? ¿Tiene posibilidades el pobre Arno de ganar su corazón, a pesar del viento en contra? No sabría decirlo. Cuando uno lleva meses encerrado en un campamento base, trabajando, y su única posibilidad de diversión es releer por enésima vez los informes de presión de la cuenca geológica o los pocos libros sobre metalurgia que Sigurd traía en su equipaje, comienza a encontrar solaz en el comportamiento humano. Se fija en las cosas que suceden a su alrededor, y se distrae imaginando posibilidades y espiando para ver si éstas se hacen o no realidad, en un sentimental y disparatado juego de apuestas.

Chismorreos, creo que lo llaman.

Me he vuelto horriblemente chismoso. Un auténtico y diplomado metomentodo. Me fijo en las idas y venidas de la gente e incluso tomo notas (que los santos que amparan la decencia me perdonen) sobre quién es quién y por qué está con éste o se va con el otro. Es divertido, y me permite en cierta medida catalogar a las personas con las que comparto techo.

Por ejemplo, me he dado cuenta de que la princesa cada vez frecuenta más los barracones de los nativos, con la excusa de redactar un informe sobre tan curiosa raza de hombres, y que sus entrevistas incluyen siempre a Anok. Pasan mucho tiempo juntos, conversando e intercambiando gestos sutiles (páginas seis a doce de mi cuaderno de chismorreos). A ella parece fascinarle el anciano nativo, a un nivel que podría trascender el interés antropológico. Y como me resulta imposible indagar en el pétreo rostro de Anok para clasificar sus emociones, no puedo estar seguro de dónde pondría la equis en mi cómputo de esa relación: si en el lado de «pronta boda» o en el de «abominable cataclismo».

Arno, por su parte, ejercita escapadas en plena noche cuyo objetivo son las dependencias de Irna, pero la mayoría de las veces vuelve resoplando, asalta el bar y se acuesta tras haber abrigado el fondo de cinco o seis vasos de bütui, una bebida cuya composición prefiero no conocer. Me da pena, porque yo sé lo que se siente cuando te acercas cual alondra matutina, trinando feliz y contento, a la ventana de tu amada, y lo único que recibes a cambio es un golpe de la contraventana. Sin embargo, aunque la observancia de este ritual pudiera llevarme a conclusiones lógicas (como que Irna solo quiere tener cerca la cartera de Arno y sus ocasionales chistes de loros, para reírse en los momentos de mayor estrés, y nada más. Páginas catorce a diecinueve del cuaderno), al día siguiente la respuesta de Irna a este cortejo es más favorable de lo que uno pudiera prever. Pasa muchas horas pegada como un molusco a Arno, le ríe casi todos sus comentarios, hasta los más irritantes, y se permite el lujo de rozarlo con la mano o el hombro, en plan compañerismo; un contacto físico que nos está prohibido a los demás.

No sé qué pensar. Estos son los misterios que vuelven más pasaderos los largos

días de trabajo aquí, en el confín del mundo: las cabriolas de los volatineros del teatro sexual humano. Las tablas que voy ganando en esta doctrina son las que me permiten saber, a pesar de que sus protagonistas intentan mantenerlo en el más escrupuloso secreto, que Nicolás tiene cuatro amantes, todas ellas nativas de diecisiete años, o que el respeto profesional entre dos de nuestros técnicos (Mijaíl y Loprenkyo, creo que se llaman) es tan profundo que ellos preferirían estar siempre juntos, incluso compartiendo las mismas sábanas.

Irna, por su parte, también parecía tener secretos. Desde que llegó a Alaska se sumó de manera entusiasta a los entrenamientos, las charlas de ingeniería y toda reunión posible que tuviera algo que ver, aunque fuese remotamente, con el lanzamiento de la cápsula. Pero había añadido un detalle curioso a su figura, que no desentonaba con ella, como los cigarrillos esos tan pequeños que fumaba a toda velocidad.

Se trataba de un reloj.

No recordaba habérselo visto antes, aunque es cierto que una de las cosas que más me llamó la atención durante mi breve estancia en el castillo Neuschwastein fue la cantidad y variedad de relojes que había por todas partes: de pared, de cuco, de agua, de péndulo, incluso algunos analemáticos de sol y un arcaico Foliot. Pero el pequeño cebollón que se había traído a Alaska era especialmente raro. Estaba emplazado al extremo de una cadena, como las leontinas, pero no tenía manecillas de ningún tipo. Es más, decidí llamarlo «reloj» por su tamaño y su forma plana y circular, y por la manera que ella tenía de mirarlo. No hubo manera de sonsacarle a Irna ni una palabra sobre él. Lo único que se dignó a decirnos, cuando insistimos en el particular, fue:

—Es una herramienta que nos será muy útil allá arriba —señalando las estrellas.

Y punto en boca. Aquí nadie se libra de tener sus secretos.

En una ocasión, uno de los rusos bien avenidos —Loprenkyo, si no recuerdo mal—, se me acercó medio borracho y preguntó, melancólico:

—¿Cómo crees que serán? —mientras señalaba con lo que quedaba del ron a la Luna.

—No te comprendo. ¿Cómo serán quiénes? —respondí yo, que estaba tratando de calarme una chaqueta que había perdido dos botones. El termómetro de resistencia marcaba una temperatura en el exterior del campamento de menos nueve grados.

—Ellos. Los seletin... seletni...

—Selenitas.

—Eso. ¿Por qué rayos no los llaman lunáticos, y ya está?

—No sé en tu idioma —sonreí—, pero en el mío esa palabra ya tiene significado, y es bastante ofensivo.

—Si existen, ¿cómo serán, doctor?

Me hacía gracia ese apelativo. Había gente en la base que me llamaba doctor, y era más por mi aspecto de europeo estirado y sabio que porque tuviera un diploma colgando de la pared.

—Supongo que altos, estirados y flacos —imaginé—, porque sus cuerpos no tienen que luchar con un tirón gravitatorio como el nuestro. Y menos densos. De haberlo, apostarí a que el campeón de los pesos pesados de la Luna no podría medirse en una prueba de fuerza contra un niño de la Tierra.

—No me refería a eso... —Pareció hundirse en la botella, y yo comprendí a qué se refería. Acababa de salir del barracón, más bien con prisas, interrumpiendo unos agradables susurros que estaba manteniendo con su compañero Mijaíl cuando entraron unos técnicos. Sentí lástima por él. Mantener en secreto una relación, por presiones sociales o culturales, es tan demoledor como una herida de guerra que nunca cicatriza. ¿Serían capaces de amar los selenitas, y tendrían tantas restricciones como los ciudadanos terrestres?, fue lo que quiso preguntar en realidad.

Y yo, por mucho que me apenase, no tenía respuesta.

Esa noche la pasé mirando al cielo, pensando en qué formas tan raras adoptaría el amor en otros mundos.

Vale. Aunque me he ido por las ramas, lo que quería anotar al principio de esta adenda es que esta mañana ha llegado el Griego, la portentosa excavadora que vamos a instalar en la cápsula. Vino desmontada en piezas en la bodega de un barco mercante. ¡Pero qué poco interesantes me parecen ahora los asuntos geológicos, tras haber hecho espeleología en las relaciones sentimentales de mis compañeros! Sin embargo, más allá del entretenimiento, lo que aquí importa es la misión, así que esta mañana me levanté temprano, bajé en trineo hasta el muelle y supervisé el proceso de descarga del Griego, apodado también «la barrena» o «el topo».

Su volumen me impactó: desmontado, invadía casi todo el muelle de atraque. Rehecho, ocuparía el ochenta por ciento del volumen de la cápsula. Entendí que, una vez en el espacio, los cosmonautas se moverían a horcajadas sobre semejante monstruo, convirtiendo en habitáculos los huecos que la barrena dejase entre mamparas. Habíamos instalado el otro gran ingenio hacía una semana, el ábaco computacional de los noruegos, y ya me dio la impresión de que el espacio habitable se había reducido hasta el límite de la claustrofobia, pero ahora...

Esto es todo. Me voy a ayudar a los técnicos a instalar el Griego. Un último vistazo a las paredes de la cuenca geológica me revela que los barcos con los buzos (los que conectaron las cargas que romperán el lecho del lago, abriendo unas fisuras por las que el agua se colará en las profundidades de la tierra) se están retirando. Han cumplido su propósito y se van, antes de que ese plácido remanso de agua helada se convierta en una catarata, un inmenso remolino que desaparecerá tragado por Lop-Zarok. Así llaman los nativos al tótem sumergido, una especie de ser bestial del inframundo con aspecto de marmota gigante.

Toda esta mitología desatada, en la que los atabascos parecen creer a pie juntillas, nunca dejará de sorprenderme. Me pregunto, y muy seriamente, si los selenitas también tendrán mitos recogidos en sus propias variaciones de *flos sanctorum*<sup>[20]</sup>. Y si sus dioses serán parecidos a los europeos, con vírgenes sin mácula

y mártires en eterno sufrimiento, o a los de las culturas ancestrales del mundo, con expresiones atávicas de los fenómenos de la naturaleza.

¿Existirá allá arriba una especie de gran taladrador de cráteres, un gusano blanco del tamaño de Islandia y que se come la Luna en un ciclo infinito en busca de su apetitoso corazón de queso?

Tengo que beber menos bütui por las noches...

*8 de Octubre. El día del lanzamiento. Con los nervios de punta.*

Contaba Cyrano que, cuando hizo pública la crónica de lo acontecido en las llanuras selenitas, las poco crédulas gentes de la ciudad de Tolosa se dividieron entre los que le creyeron sin reservas (y disculparon su sátira), y los que le tildaron de chiflado e incapaz. Creyentes y escépticos. Lunistas y Antilunistas.

Los primeros se habían preguntado en alguna ocasión de sus vidas, al igual que Cyrano, si el satélite realmente existía: si estaba allí, colgando de una especie de prosaica alcayata celeste, o si era un mero capricho de los dioses. Al fin y al cabo, ¿para qué sirve la Luna, nos podemos preguntar? ¿Tiene alguna utilidad, aparte de inspirar a los poetas y a los felinos en celo?

Los segundos se cuestionaban si el cerebro de Cyrano existía en realidad o si era un mero espacio vacío que abombaba su peluca. Algunos incluso hicieron un inventario de falsos tejuelos para disimular el contenido de los libros difundidos por el soñador. Por supuesto, nadie se atrevió a lanzarle estas acusaciones directamente al puente de la nariz, no fuera a ser que el verborreico lunático se enojara y fuera su acero el que pusiera punto y final a la conversación. Así era como se zanjaban antiguamente las discusiones científicas; solía tener razón el que quedaba vivo. Y si alguien no se lo cree, que le pregunte a Copérnico. La historia de la infamia: predilección por las hogueras.

Nosotros, los Lunistas, estábamos dispuestos aquella gloriosa mañana del ocho de octubre de mil ochocientos noventa y dos para demostrar que nuestras teorías tenían su propia espada que las defendiese. Los artificieros que habían situado las potentes cargas de nitroglicerina (para algo nos tenían que servir las toneladas de jabón que había encargado Irna en esta tierra en la que nadie se baña más de una vez a la semana) en el subsuelo acuático, en un entrante del río que lamía la falda del volcán, iniciaron una teatral cuenta atrás. Fue todo un espectáculo verlos enfundados en una versión más ligera de los trajes de cosmonauta, mientras instalaban las cargas, colgados de cables y bajados mediante grúas al fondo del lago.

Irna capitaneaba al resto del equipo en el campamento dos, el pequeño grupo de casas que los nativos habían plantado justo en el borde del cráter. Cuando el volcán estallase, tanto esas casas como las del campamento principal, los caminos que tanto trabajo nos había costado trazar y las grúas que habíamos instalado en la cima, absolutamente todo, sería barrido por la fuerza de la lava.

Me mordí el labio inferior, asustado por la que se nos venía encima.

En el instante en que se inició la cuenta atrás final, yo estaba de pie sobre el empenaje de una de aquellas grúas, asomado al abismo del cráter. Por debajo de mis botas, la cápsula se mecía colgada de poderosas cadenas. Y bajo ella, la oscuridad más tenebrosa, un angosto y tortuoso pasadizo hacia el centro de la Tierra.

—Bonito, ¿verdad?

Me volví hacia la persona que, escalando también la grúa, se asomó al abismo. Era Irna.

—¿Bonito? Curioso epíteto —rezongué—. Yo me atrevería a llamarlo espeluznante, pavoroso, sobrecogedor, terrible... pero nunca «bonito». —Hice sitio a la dama en la punta del mástil—. Hay palabras que se ajustan mejor a lo que es esto en realidad.

—Tienes que apreciar la belleza de los logros de tu propio intelecto, Nordhal —sonrió Irna, con una mirada feroz que me asustó—. Eso de allá abajo es un monstruo de la razón, un ave gigantesca con la que vamos a conquistar el espacio... o nuestra muerte.

—Para eso último no hacía falta venir tan lejos.

—Créeme, lo lograremos. Estamos a punto de entrar en la historia, Dass, y lo haremos por la puerta grande. La única lástima es que no vengas con nosotros.

—No. —Mi rostro se pobló de arrugas—. Qué va, eso sería una responsabilidad demasiado grande para mí. Prefiero permanecer al margen y dejar los laureles de la gloria para vosotros.

—La prudencia también es una virtud. Eso lo respeto.

Me pasé una mano por la cara en un simulacro de lavado en seco, arrastrando algún músculo desprevenido.

—Antes de irte, hay una duda que, sinceramente, me gustaría que me aclarases —dije—. Si no representa un problema para ti, claro.

—¿Cuál es?

Señalé la leontina que asomaba del bolsillo de su pantalón.

—Eso.

Irna sacó su misterioso reloj sin manecillas. Era la primera vez que yo lo veía tan de cerca, y me llamó la atención la especie de figurita de metal, un dragón rampante, que hincaba sus garras en el borde de la esfera.

—Es demasiado complejo para explicártelo en detalle, Nordhal —comentó, evadiendo mi pregunta—. Es un reloj de Alestes, una herramienta de cálculo muy poderosa.

—¿Cómo es que nunca he oído hablar de ella?

Irna, para mi frustración, devolvió el reloj al bolsillo.

—No he dicho que use las matemáticas a las que Nicolás y tú, y todo el mundo occidental, estáis acostumbrados —dijo, enigmática—. Alestes de Colean fue un clérigo del siglo once, un genio que hizo grandes descubrimientos científicos mucho antes de que la humanidad considerase volver a los tiempos de Platón o Pitágoras.

Esos conocimientos se habían perdido en las ruinas de la Europa medieval. Solo quedaba el misticismo.

—¿Y ese Alestes... inventó un reloj?

Ella asintió, casi con reverencia, aunque sus ojos seguían perdidos en el vacío bajo nuestros pies.

—Inventó algo... que no tenía parangón en la gnomónica<sup>[21]</sup> de aquel tiempo. En realidad sigue sin tenerlo. —Parpadeó rápidamente, para sacarse una mota de ceniza de un ojo—. Si Dios tuviese un reloj asido a su trono, sería uno de estos.

—Resulta chocante oírte hablar de Dios. ¿Alguna vez piensas en Él, Irna? —pregunté, un tanto a quemarropa—. ¿O en algún ser parecido al que reza Anok, cuyos actos sean tan perfectos que no puedan ser distinguidos de la ley natural?

La aristócrata me miró.

—Qué místico te has puesto de repente, ¿no?

—Por favor, contesta.

—Procuro no ofender Su nombre suplicándole cosas que en realidad están fuera de su alcance. ¿Por qué?

—Pensaba que os llevaríais allá arriba algo más que la esperanza en que unas cuantas ecuaciones estuvieran bien resueltas, nada más. Vaya —me lamenté—, si Sigurd me oyese decir esto...

Irna rio.

—¿Sabes, Nordhal? A veces me pregunto si en realidad necesitamos a una potencia superior de esas que están fuera del tiempo. Un Dios mínimo que al menos pueda restañar las heridas que la destreza de nuestro intelecto, por más que se afine, no podrá evitarnos. —Se asomó al abismo, al capricho del salvaje viento y de la gravedad. Su cabello, aunque corto, flameaba como un halo de llamas en torno a su cabeza—. Pero cuando rezo, lo hago a órdenes más elevados que los simples dioses. Yo ruego a la inevitabilidad de todas las cosas, incluso de Dios.

—¿Y encuentras consuelo?

—Inevitablemente.

Irna elevó la vista por encima del cráter. Una estela blanca delataba el impulso de un motor río arriba. Al seguirla con la mirada, Irna acabó descubriendo el negro perfil de un barco que se acercaba al muelle.

Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Debemos damos prisa —se limitó a decir, con una frialdad espeluznante—. Nos han encontrado.

El corazón comenzó a latirme como un caballo desbocado. Miré hacia el cráter mientras Irna retrocedía por el mástil. Diez metros más abajo, la cápsula estaba en modo de reposo, expandida como las faldas de una dama dieciochesca. Todavía no había empezado a comprimirse por la presión. Era un leviatán pintado de negro, laminado y simétrico: su cuerpo central estaba flanqueado por alas octogonales y

pequeños ábsides redondos, cuyos ventanucos recordaban a los ojos del pecio esmeralda en la novela de Melville. Una pasarela comunicaba con la escotilla, y por ella entraban y salían los técnicos, introduciendo los tubos de garvoro en el depósito. El sonido amplificado por campanas de trombón de la cuenta atrás resonaba a lo lejos.

—Menos cinco minutos, y contando —advirtió la voz.

Eché una última mirada al barco que se acercaba. ¿Eran nuestros enemigos, que al fin nos habían descubierto? Si se trataba de eso, no podían haber llegado en peor momento. No hay nada más desestabilizador para una cuenta atrás que un ataque con obuses en el último segundo.

Retrocedí a toda prisa, saltando al borde del cráter. Mis amigos ya estaban allí, enfundados en la ropa interior de sus trajes de cosmonauta: parecían calzones largos como los de los pioneros. A Irna y su pretendiente Silvestor les quedaban como un guante, pero Asha seguía pareciendo un poco demasiado flaca (esa mujer parecería delgada con cualquier cosa que se pusiera encima, hasta con la desnudez), Nicha un poco demasiado cosaco, y Sigurd un poco demasiado viejo.

Los miré a todos y por un instante mi voluntad flaqueó.

—¿Seguro que queréis hacerlo? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Hemos llegado demasiado lejos como para echarnos atrás, ¿no te parece? —sonrió el ruso.

—«Por fin llegó nuestro barco al abra de Tolón, y luego de dar gracias al viento y a las estrellas por el buen término de nuestro viaje, nos abrazamos en el puerto y nos dijimos adiós» —recitó Asha—. Lo escribió un poeta que ya estuvo allí arriba, donde nosotros queremos ir.

—Digámonos adiós, entonces —asentí—. Y demos gracias porque ni el oprobio, ni la delación ni la tiranía puedan eclipsar el espíritu humano.

Sigurd me dio un fuerte abrazo. Creí ver lágrimas en sus ojos, pero podía ser consecuencia de los gases sulfurosos que estaba emitiendo el cráter. Todos teníamos los ojos inyectados en sangre, en realidad.

—Cuídate mucho, viejo amigo —me deseó, sorprendentemente, él a mí—. Y no pierdas de vista el cielo.

—Puedes estar seguro de que no despegaré los ojos del firmamento. Estaré atento a cualquier señal que enviéis. ¡Ah! No te olvides de indicarme que habéis llegado sanos y salvos en cuanto os poséis en la superficie lunar.

—Descuida. Encenderé unas cuantas antorchas de garvoro en tu honor. —Esta vez sí que eran lágrimas lo que rodó por su mejilla—. ¡Gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus!

—Gaudeamus, amigo mío, gaudeamus...

La voz de los vigías tronó en los altavoces:

—*¡Atención, alerta de intrusos! ¡Estamos bajo ataque!*

Irna me miró. Ya no había nada más que decir. El presente se convirtió en un

instante excluyente para todos, una verdadera encrucijada de caminos. Y la sensación de tenerlo bajo control, para colmo, se esfumaba a cada segundo.

Los acompañé hasta el puente y fui ayudándoles a sortearlo. Una figura enjuta y veloz se colocó a mi lado. Era Anok.

—Sureños atacan —dijo con su voz de esparto—. Detonar cargas ahora.

De fondo escuché unas detonaciones. Anok no me estaba pidiendo permiso para ordenar a los artificieros que detonasen las cargas: me informaba de que ya lo estaban haciendo.

—Por la barba de San Patricio... —juré en voz alta, mirando a la negrura del tubo magmático. Imaginé la nitroglicerina creando bolsas de aire y calor en el lecho del lago. Bum, bum, bum. Detonaba secuencialmente para que las fuerzas se sumaran en lugar de anularse. Y luego, con mayor espanto si cabe, imaginé el enorme caudal de agua filtrándose y rellenando espacios que hasta ese momento eran feudo de los fuegos abrasadores de la tierra.

Sentí, más que escuché, sacudirse el corazón de la montaña. El volcán sentía hervir sus tripas. En algún lugar bajo nuestros pies, la cámara magmática se llenaba de agua y la convertía instantáneamente en vapor, una ardiente nube de gas con presión suficiente como para abrirse camino a través de kilómetros de roca hasta la superficie.

—¡Vamos, adentro! —grité, ayudando a Irna a entrar en la cápsula. Nos quedaba poco tiempo, y la cuenta atrás acababa de entrar en su último y peligroso tercio.

## XII

# De las notas de trabajo de Sigurd Garvorg (en diario caligráfico)

*8 de Octubre. ¡En marcha hacia la aventura!*

Gaudeamus, gaudeamus... sí, celebremos. Celebremos que somos jóvenes, ahora que podemos. Para mí la edad de ser joven y de correr descalzo por los atolones ya pasó hace mucho tiempo, pero dicen que la verdadera juventud reside en el interior de cada uno. Y yo de ésta tengo de sobras.

¿Cómo describir aquellos últimos minutos antes del lanzamiento, del sobrecogedor instante que Arno llamaba con sorna «la hora cero»? ¿Cómo relatar la angustia, el miedo a lo que pudiera salir mal, a los cálculos que no se hubiesen revisado mil y una veces? ¿Cómo enfrentar el pavor ante lo desconocido que cegaba nuestro raciocinio justo cuando más lo necesitábamos?

No puedo. Miles de preguntas se solapaban en nuestras cabezas con insatisfactorias respuestas. Nuestras vidas se habían reducido a una indeterminación, a un conjunto de acontecimientos elegidos por un censor ignoto para acabar en la picota. Y allí estábamos, náufragos en nuestras propias desdichas, en nuestro pánico irracional, guardando un solemne silencio mientras Dass y los rusos nos ayudaban a ponernos los trajes; luego nos íbamos introduciendo en los tubos del pulpo como postas en un rifle de caza.

El pulpo. Así lo llamaba Nicolás. A mí se me antojaba una planta de raíces aéreas, cuyas nervaduras surgían por encima de los motores del Griego y se retorcían hasta formar tentáculos, y éstos a su vez eran rematados por botellas de agua de tamaño humano. Cada cual teníamos asignada nuestra botella, nuestra «cuna», en la que flotaríamos y giraríamos violentamente y sin control hasta que la presión infernal del despegue se hubiese disipado.

Irna fue la primera en situarse en posición. Arno y Dass la ayudaron a sumergirse en el líquido helado mientras, de fondo, un panel constelado de números mecánicos y contadores manométricos palpitaba con vida propia y, por lo que parecía, con igual

congoja que yo. Irna nos hizo una seña desde el interior de la cuna, indicándonos que todo iba bien, y trabó los enganches de su traje a las argollas de la tapa. Esta iba encajada con rosca, pero tenía unos agujeritos practicados en lugares estratégicos para que, cuando la cuna girase a toda velocidad, el agua saliese disparada por esos agujeros causando un efecto de giro en la rosca. El mecanismo estaba pensado para drenar el agua a medida que la astronave se elevara, y así evitar que el cosmonauta, en caso de perder el conocimiento, muriese ahogado. Además, una vez que la tapa se desencajase (no volaría a ninguna parte, pues el propio peso del cosmonauta la frenaría) empujaría a éste fuera de la cuna en un rudimentario pero eficaz mecanismo de eyección.

El panel constelado de números vibraba. Era el frontal del ábaco noruego. Su inventor lo había bautizado con un nombre muy raro, una palabra sueca que traducida vendría a sonar como «cerebriniac», o algo así, pero era un nombre tan horrible que nosotros, los tripulantes, seguíamos refiriéndonos a él como «el ábaco».

Dass ayudó a entrar a los demás (a mí en último lugar, y casi tuvo que empujarme hacia abajo con la bota) y comprobó velozmente pero con mucha atención las adendas finales de la Giffard. Daba igual que la montaña entera estuviese ya temblando, convulsionando, agitándose, rabiando, encolerizándose, que Dass mantenía la compostura y trataba de no dejarse nada atrás. Bendito sea, mi joven niño; sus años de estudio en la universidad no habían sido en vano, pues además de dotarle de una mente privilegiada y despierta, lo había convertido en un gran ser humano.

Recuerdo la sensación casi, casi obscena que me produjo estar flotando en el líquido. Creo que estaba formado por hiel de ballena mezclada con otros compuestos de los que prefiero no hablar. Sumergido en la hiel dorada, me sentí retornar al útero materno, colgando ingrávido de los correajes de la placenta, sin noción de dónde estaba el arriba o el abajo de un horizonte que era una mancha borrosa tras una pared de carne.

Algunas acciones pueden hacer que la vida sea superior a la vida misma. Cuando Nordhal bajó una palanca y el pulpo se puso en marcha, contemplé su gesto a través de mi propia nube de burbujitas y supe que, pasase lo que pasase a partir de entonces, el mundo ya no sería el mismo. Daba igual que los americanos nos bombardeasen con obuses y nos borrasen de la faz de la Tierra: nuestro recuerdo permanecería imborrable en la piel de aquel continente ancestral llamado Alaska. Ya estábamos en el cielo, aunque aún no hubiésemos despegado.

Empezamos a notar la inercia del líquido mientras el pulpo hacía rotar su anillo central. Miré a las otras cunas antes de cerrar por última vez los ojos, y vi que mis compañeros eran borrones en diferentes úteros. Me entró un acceso de pánico. Apreté las manos contra el cristal, pues si fijaba la vista en lo que había fuera me marearía hasta el punto de vomitar, y no quería que el respirador acoplado a mi boca se obturase.

Dass me contó, más tarde, que las cosas no fueron nada bien a partir de ese momento.

Él terminó de comprobar los apartados de la Giffard mientras el mundo se convertía en una filigrana sometida a la cólera de un gigante. Fumarolas de gas surgían violentamente de la tierra por toda la ladera del volcán, mientras el lago se plisaba alrededor de dos enormes remolinos e iba siendo engullido por la cuenca. El barco fletado por el Gun Club era una fragata de guerra de la Marina Estadounidense; su oscura silueta se acercó a los remolinos a una distancia prudencial, lo justo como para estar en rango de alcance de los cañones y para no ser arrastrada por ellos. Su nombre quedó bien expuesto en la amura: *Dreadnought*. Era un monstruo armado con cañones de doce pulgadas, que de inmediato comenzó a verter una lluvia de fuego sobre el volcán.

El campamento base, la construcción más visible, desapareció bajo una intensa floración de pétalos de arena y orquídeas de fuego. Los edificios volaron por los aires convertidos en astillas, y las torres que sostenían el teleférico se convulsionaron y cayeron, amputados sus pies de cemento. Los cables latigearon y fustigaron algunos edificios, partiéndolos limpiamente en dos.

Nordhal había salido de la cápsula cuando comenzó el bombardeo. Afianzó la esclusa, escaló penosamente la cara interna del cráter y llegó hasta el borde, donde había otro hombre contemplando la desolación: era Anok, que miraba hacia el distante barco de guerra con los puños apretados.

—Locura de hombre blanco no tener fin —masculló, haciendo vibrar una barba que parecía cosida a su cara—. Querer matar montaña a cañonazos.

—No, no querer matar montaña —precisó Dass—. Querer matar sueño de Luna.

*Adenda del diario de Nordhal Dass, misma fecha y lugar, copiado posteriormente en las páginas del diario de Garvorg:*

Del perfil del acorazado brotaban flores de humo cuyo sonido llegaba retardado hasta nosotros. A aquella distancia, todo parecía inocuo, un mero ejercicio de guerra con maquetas que no podía hacernos daño. Pero me equivocaba. La potencia de los cañones bastaba para enviar proyectiles hasta la cima de la montaña, y en cuanto arrasasen el campamento base y sus oteadores descubriesen la grúa que asomaba del cráter, ésta sería su siguiente objetivo.

Deseé que los enormes remolinos que formaban senos en el espejo del lago se tragaran a aquel leviatán, pero aún en el improbable caso de que sus motores estuviesen apagados o no tuvieran fuerza como para sacarlo de allí, los americanos aún podrían disparar varias docenas de salvas y hacernos papilla.

Tiré del brazo de Anok, indicándole nuestra única salida: un antiquísimo sendero que, aunque parezca mentira, había sobrevivido a las erupciones de los dos últimos siglos, y que descendía zigzagueando hacia la parte posterior de la montaña, al bosque que cubría la vertiente norte. Si lográbamos llegar hasta él, con los

conocimientos de supervivencia de Anok y la ayuda de su gente los soldados jamás nos encontrarían.

Nos pusimos a caminar hacia el sendero, lo más rápido que el abrupto paisaje nos permitía. El rugido procedente de las entrañas del volcán era cada vez más furioso. Enormes peñascos se elevaban del suelo aquí y allá, expulsados por potentes emanaciones de gas ardiente que parecían los gemidos de un dragón de piedra. Si alguno de aquellos chorros tenía la indecencia de brotar debajo de nuestros pies, moriríamos calcinados antes de que nuestros cerebros supiesen lo que había pasado.

Anok corría como un gamo por la ladera, saltando de piedra en piedra con una agilidad asombrosa para sus años (¿más de setenta, me había comentado Nicolás?). Yo, con aproximadamente la mitad, tenía una quinta parte de su destreza. Me costaba avanzar entre las piedras, los pies me dolían y sentía que el mal de altura clavaba sus insustanciales garras en mis pulmones, vaciándolos de aire por más que yo me empeñase en llenarlos.

De repente, la grúa estalló. Fue un disparo certero de artillería el que la alcanzó en plena base, lanzándola por los aires junto con la caseta del teleférico y los cables. Anok saltó hacia mí y me sacó de allí un par de segundos antes de que las rocas del desprendimiento me convirtiesen en carnada para peces. Quise darle las gracias, pero el sonido se cristalizaba en mi garganta y amenazaba con desgarrarla si lo forzaba a salir. Otras piedras y géiseres cercanos crearon nuevas fracturas. El comienzo del sendero estaba a un tiro de piedra, pero ya no sabía si íbamos a poder llegar o no...

Anok tiró de mi chaqueta, obligándome a andar. Lo seguí a cuatro patas como un perro herido; ya no me importaba lo más mínimo mantener la compostura ante los indígenas. Que zurzan a las normas sociales, pensé; ahora lo que importa es sobrevivir.

Anok llegó hasta el borde del sendero, pero en lugar de continuar descendiendo y ponerse a salvo, se detuvo en seco. Oteó en la distancia y se agachó, pegándose al suelo como una serpiente.

No tardé en averiguar a qué se debía aquel extraño comportamiento: cuando miré hacia el bosque, vi que por el mismo sendero que nosotros pretendíamos aprovechar subían hombres. En realidad me costó un poco deducir que lo eran, pues más que soldados a la vieja usanza, sus pieles de metal brillaban al sol como corazas medievales. Eran infantería acorazada, con motores a vapor en la espalda que propulsaban unos trajes que más bien parecían exoesqueletos, y potenciaban el alcance de unas armas que, de tomar partido por alguno de los bandos en la guerra de Europa, de seguro inclinarían la balanza del conflicto a su favor.

Los guerreros blindados eran torpes y se movían lenta y pesadamente. Ese era su principal defecto, pero en la situación en la que estábamos nos sería imposible sortearlos sin que nos acribillasen con sus «vomitadoras» manuales.

La situación era desesperada. No podíamos bajar por la cara que daba al lago porque los cañonazos del *Dreadnought* barrían esa zona. Tampoco podíamos

descender por detrás porque las tropas blindadas, en una inteligente maniobra, habían cerrado los accesos al bosque. Y para colmo, el volcán estaba a punto de entrar en erupción. Abajo, la cuenca del lago casi se había vaciado, y comenzaban a asomar las algas del lecho.

Miré a Anok, angustiado. Los dos permanecimos unos segundos en silencio, agachados para que ni la metralla ni los tiradores nos abatiesen. Creo que así, sin palabras, logramos hacernos llegar el mismo mensaje.

Sí que había una salida. Pero era tan loca, tan absurda y peligrosa, que no solo estaríamos poniendo en juego nuestras vidas, sino también las de nuestros compañeros.

El terror no es buen pilar de apoyo para la sensatez, y en aquel momento ni Anok ni yo éramos un prodigio de auto control. Dimos media vuelta y huimos a la mayor velocidad a la que nos permitían nuestras piernas (y los chorros de gas y las nubes de escombros que teñían de negro los cielos) hacia el lugar donde estaba situada la cápsula.

*Continuación del diario de Sigurd Garvorg:*

Cuando el pulpo se detuvo pensé que la pesadilla había acabado. Que estábamos en órbita y el proceso había sido menos agotador de lo que habíamos supuesto. Pero para mi desgracia, aquella parada no significaba una mejora de la situación, sino todo lo contrario.

Mi cuna se abrió desde fuera, manipulada por unas manos enloquecidas. Lo primero que pensé fue que la energía de la explosión había sido tan fuerte, tan exagerada, que nos había enviado hasta la Luna en un tiempo inusitadamente corto, y que aquellas manos eran las de los asombrados selenitas que venían a rescatarnos. Pero no; en cuanto vi el trasero de Nordhal (con su consabido pantalón a cuadros), trepando por el borde de la cuna y metiéndose dentro, supe que algo no iba nada, pero que nada bien.

—¡Hazme sitio! —gritó mi antiguo pupilo, y nos comprimimos en un espacio pensado para un solo tripulante. El líquido luchó por ser fiel a la ley de Arquímedes, pero Dass, tiritando, cerró la tapa de la botella y nos dejó a los dos abrazados dentro, con cara de pánico. Yo le miraba a los ojos y pensaba que se iba a asfixiar, pero Dass había sido lo suficientemente previsor como para meterse en la boca otro tubo de respiración.

A través del cristal de la cuna vi que yo no era el único en recibir a un visitante inesperado: en la botella de Asha, situada a mi izquierda, también se coló otro pasajero cuya silueta no pude identificar.

¿Cómo habían conseguido bajar hasta aquí, con las altísimas temperaturas que seguro habría en el exterior? ¿Cómo habían logrado sortear la pasarela y vuelto a abrir la escotilla de la cápsula? No es que fuera imposible, y menos para unas manos capaces como las de Nordhal, pero este súbito cambio de planes era tan inesperado,

tan estrafalario, que por un instante pensé que me había desmayado por la presión y todo aquello no era sino un mal sueño.

Y como todos los malos sueños, a partir de ese punto no hizo sino empeorar: El pulpo se reactivó, haciendo girar sus brazos cada vez más deprisa. La inercia nos aplastó contra las paredes de la cuna, el sustrato líquido comprimido como un colchón sólido. El ábaco comenzó a lanzar destellos de sus apliques de fósforo y las ruedecillas con los números giraron frenéticamente.

Oímos una serie de ruidos amortiguados por la hiel: eran las paredes de la cápsula, que empezaban a comprimirse. La temperatura exterior y la presión debían ser gigantescas, las habituales en un tubo de magma justo antes de la erupción. Imaginé la pasarela fundiéndose y añadiendo metal derretido al refuerzo que habíamos instalado en el cráter, para que simulase un ánima de cañón lisa.

El diámetro de la cápsula se redujo. Nosotros girábamos tan rápido que apenas nos dábamos cuenta, pero alrededor del pulpo los tabiques se arrugaban, las mamparas encajaban unas en otras como las piezas de un puzzle. El diseño imaginado por Nordhal respondía bien a la presión, arrugándose como una flor en lugar de resistirla tenazmente.

Los manómetros se volvieron locos. El Griego gemía, aguantando sobre los hombros todo el peso de su pequeño mundo, incluido el módulo del ábaco, que también podía girar para hacer frente al plegamiento de las paredes. La aleación de vanadio se puso al rojo, dilatándose. Me pregunté con terror si fuera de la cápsula, a solo un par de metros de distancia, el tubo estaría lleno de magma.

El ruido era ensordecedor. El líquido de las cunas comenzó a hervir. Nordhal chilló de dolor, y estuvo a punto de escupir el tubo de oxígeno: él no llevaba puesto un traje de buzo, así que el calentamiento del líquido tendría que estar hirviendo su carne como en una olla a presión.

La cápsula tembló. Una vibración poderosa se filtró dentro de las cunas: estábamos a punto para el lanzamiento. El rugido del volcán se amplificaba como si estuviésemos dentro de una gruta profunda, subiendo más y más, vibrando más y más, trepidando y gritando y chillando y crujiendo y bramando más y más y más y más y más y más y más hasta que...

Silencio.

El silencio nos golpeó como una losa de mármol.

Frío, distante, impersonal.

Aterrador.

Las condiciones allá afuera seguían emulando las que Dante encontró en su infierno. ¿Me había quedado sordo y por eso había dejado de sentir aquella tortura? Esperé ver hilillos de sangre surgiendo de mis oídos o de los de Nordhal, tiñendo de rojo el líquido, pero no fue así. La única explicación que se me ocurría era que nos

estábamos elevando a una velocidad tan descomunal que ni siquiera las ondas podían alcanzarnos.

El ruido volvió en forma de un colosal estampido, y a pesar de las medidas de seguridad, del colchón inercial que se suponía debía darnos el líquido, a pesar de todos nuestros cálculos matemáticos y nuestras precauciones...

... fue como si el puño de Dios nos aplastase contra el fondo de la cuna. El líquido se convirtió en plomo y nos inmovilizó, mientras una fuerza ignota comprimía nuestros órganos internos hasta casi hacerlos gelatina. Quise chillar, pero pretender que el aire volviese a salir por la tráquea era un deseo tan fantástico como el de abandonar aquel suplicio y regresar a mi cómodo ático de Brandeburgo.

La visión se me nublaba. Quise decirme a mí mismo que estábamos volando, despegándonos de la madre Tierra, sintiendo el dolor de un bebé al cortar el cordón umbilical. En algún momento la cápsula debió expandirse de nuevo, abandonando la forma de aguja y descomprimiendo la bodega de carga. Mutábamos en plena aceleración, cruzando como un destello de locura las nubes, como una abandonada ofrenda de maná que desease volver al cielo.

¡Era lo más terrible, doloroso, extenuante, vertiginoso y demencial que nadie en los anales humanos había experimentado nunca! Y nosotros estábamos allí, al filo de la muerte, rezando para que alguna divinidad se acordase de nosotros y no nos castigase por semejante atrevimiento.

Al cabo de unos angustiosos minutos, la presión se redujo. Escuché una especie de estampido que me heló la sangre, pero solo era la esclusa de la cuna, tirando de los enganches. El líquido se había filtrado por los agujeritos y se había evaporado al enfriar el suelo. El compartimento de navegación de la cápsula era, pues, lo más parecido a una noche de bruma londinense que había en el espacio.

¿El espacio?

### XIII

## Diario fonográfico de Irma Hohenstaufen

*8 de Octubre. En el espacio exterior. ¡Que la socrática mayéutica, el arte de alumbrar a los espíritus, nos asista!*

Flotar.

Cómo describir las sensaciones que lleva aparejadas semejante palabra. Cómo traducir los matices, las consonancias, las secuelas de no estar atada a las cadenas de la gravedad.

Tosimos, nos quitamos los trajes de buzo, nos sacudimos la niebla de los ojos. Y nos preguntamos en un lenguaje que parecía simulado, un habla acuática más propia de tritones que de hombres, si estábamos bien. Todo parecía haber salido a la perfección, lo cual constituyó mi primera gran sorpresa.

Ver a Nordhal y a Anok salir de las cunas, sin traje protector y con la piel enrojecida, fue la segunda.

Ambos se desplomaron en el suelo, jadeando entrecortadamente. Los demás corrimos a asistirlos, aprovechando las migajas de gravedad que aún nos prestaba la aceleración. Si nuestros cálculos eran correctos, en pocos minutos, quizá segundos, estaríamos a merced de la ingravidez total, un fenómeno que iba más allá de la experiencia humana.

—¡Nordhal! —exclamé, inclinándome sobre él. Tenía quemaduras leves en la piel y ampollas reventadas aquí y allá, pero se recuperaría. Anok, que había salido como un muñeco con resorte de la cuna de Asha, parecía en iguales condiciones—. Cristo, ¿qué demonios estáis haciendo aquí? ¿Cómo os metisteis en la cápsula?

—Démosles un poco de agua —sugirió Arno, anclando los pies a las abrazaderas del suelo. En previsión de que no lográsemos manejarnos bien en ausencia de gravedad, habíamos incluido cientos de pequeñas grapas de cuero en todas las paredes, los techos y suelos, para caminar por la cápsula agarrándonos a ellas—. No quiero ni imaginar el sufrimiento por el que deben haber pasado. Si para nosotros, con los trajes aislantes, ha sido horrible, ellos...

—¡Arno, el agua! —le corté en seco. Comprendo que estuviera aturdido, igual que los otros, pero había que hacerlo reaccionar de alguna manera.

Mientras Arno abría el armario de los útiles y sacaba unas botellas (la llave colgaba del propio pasador), apliqué un masaje en los pulmones a Dass. Sigurd y Asha hicieron lo propio con Anok, mientras Nicolás sacudía la cabeza para despejarse. Una vez comprobó que los polizones estaban bien atendidos, se dedicó a revisar los manómetros.

—¡Nordhal, ¿me escuchas?! —exclamé, dándole unas bofetadas. El geólogo tosió, expulsó un esputo de hiel de ballena y me miró.

—¿Estamos muertos? —preguntó, con un hilo de voz.

—No, maldito idiota, no estamos muertos —suspiré—. O eso creo. ¿Nicolás? —me volví hacia el ruso.

—Todo bien, jefa. Estamos en ruta según lo previsto. Voy a hacer un repaso a la Giffard desde el principio, por si acaso.

—Genial. —Ayudé a Nordhal a incorporarse, cosa que no me resultó difícil porque ya carecíamos prácticamente de peso—. Sujétate a las agarraderas. Ahora, señor Dass, me va a explicar por qué...

—Los americanos —jadeó. Tenía los labios en ampollas. Mientras Arno se los humedecía con el agua de la botella, continuó—: Nos rodearon con sus tropas. Tenían los caminos vigilados. Yo... nosotros... no podíamos escapar al bombardeo. Si no nos hubiésemos refugiado en la cápsula, las balas...

—Tranquilo, lo entiendo. —Era verdad, aunque me seguía pareciendo una locura—. Lo que ocurre es que eso nos plantea un nuevo problema. —Todos me miraron—. Las reservas de aire, y el potasio para su purificación, estaban pensadas para un máximo de cinco personas. Y ahora somos siete. En el eventual caso de que en la superficie lunar no haya una atmósfera respirable, andaremos muy cortos de aire.

—¿Habrá agua allá arriba? —preguntó Sigurd, de fondo—. El hielo constituiría una fuente inagotable de oxígeno. —Miró a Dass. Sin duda, el sabio que había sabido leer en las rocas erosionadas de Martelia la presencia de glaciares sería de gran ayuda para eso.

—Dejadlo por ahora —sugerí—. Hay que hacer una revisión de los paneles, por si alguno resultó dañado durante el despegue. Arno, Sigurd, vosotros os encargaréis. —Los dos hombres asintieron y se pusieron manos a la obra, descendiendo por las escalinatas que habíamos fijado a la carcasa del Griego—. Asha, encárgate de tener bien atendidos a Dass y a Anok. Si necesitas algo del botiquín, cógelo. —La princesa asintió, recogiendo entre sus brazos al atabasco (que aún seguía medio inconsciente) y llevándoselo a uno de los catres. Dass fue tras ellos por su propio pie—. Nosotros, Nicha, comprobaremos las mediciones del ábaco.

Las siguientes horas transcurrieron muy deprisa. Teníamos una serie muy larga de tareas por hacer, y nos dedicábamos a ellas con diligencia y oficio. Hasta que no estuviésemos bien inmersos en una rutina, no volveríamos a las dimensiones de costumbre de la realidad.

Anok despertó, y los demás hicimos como que no vimos lo primero que hizo con

Asha, o más bien lo que Asha hizo con él, besándolo a la manera continental, con la lengua haciendo giros de husillo. Su pasión estaba tan fuera de lugar que hasta resultaba espeluznante. Y nosotros que pensábamos que ella era una anacoreta, y que Dios haría bien en librar al sagrado impulso erótico de los estragos de esa gente...

Que hubiera dos tripulantes más, aunque problemático con respecto al aire, era positivo porque nos descargaban de trabajo a los demás. Al cabo de un rato, Anok ya se encargaba de organizar la intendencia y asegurar los correajes de la bodega, mientras que Dass acompañaba a Sigurd en su exhaustiva revisión del Griego, por si alguna de las piezas internas se había salido de sitio.

—Ese maldito Charlyon —gruñí, mientras cotejaba mis datos con los indicadores del ábaco—. Sabía que intentaría algo a la desesperada, pero no que llegara a tanto...

—Ni que tuviera tantos recursos —sonrió Nicha.

—Seguro que ha logrado convencer al Senado de que mi proyecto es una amenaza para los intereses comerciales de América. Con semejantes cartas, nadie se atrevería a negarle la mayor.

—Aplacar a esa gente es tan absurdo como arrojar un lazo al cuerno de la Luna, como bien decía mi abuela. Seguro que cuando esta loca carrera espacial se les quede corta, intentarán algo aún más temerario, como variar el eje de la Tierra para volver cultivables los polos.

—No hables demasiado alto...

—Pero lo fundamental es que, a pesar de sus esfuerzos, hemos escapado. Por los pelos, vale, pero según la brújula inercial... —Nicha consultó los instrumentos— nos encontramos ahora mismo a ciento trece kilómetros de altura. Justo sobre el paralelo treinta.

Nos miramos en silencio. Por nuestra mente pasó exactamente la misma idea.

Convoqué al grupo en la sala de navegación. Los brazos del pulpo, ahora inútiles, se habían plegado para formar contrafuertes que reforzaban las paredes. Abrí un compartimento en su base, y destapé el tubo de un periscopio que atravesaba el eje longitudinal de la nave. Estaba chapado en cobre y tenía una especie de secreter asido al mástil, con carpetas llenas de cartas y planos de la Luna. Fue una idea de Nicha que, una vez puesta en práctica, nos sirvió de gran ayuda para otear fuera de la cápsula.

Todos me miraron, expectantes. Como líder de la expedición, tendría el privilegio de otear por primera vez por aquel chisme.

Aproximé la frente al ocular, con un inmenso respeto, como si lo que contenía aquel tubo fuese una especie de secreto prohibido a los hombres desde tiempo inmemorial.

Lo que vi me contrajo el corazón.

No pude describírselo en voz alta a mis compañeros, así que unos minutos después pasé el turno al siguiente. Y después de éste vino otro, y así hasta que todos (incluso Anok, que no parecía creerse que estuviese de camino a la Luna) miraron por

el periscopio.

Por sus caras se desparramó la misma sorpresa.

La Tierra, nuestra queridísima y amigable Tierra, vieja compañera de fatigas y de hazañas, giraba como una peonza por debajo de nuestros pies. Esférica (ay, si el tribunal del Santo Oficio hubiese podido ver esto hace siglos...), mordida por un semicírculo de oscuridad en el hemisferio sur —dentro de unos días habría Tierra Llena, y entonces podríamos contemplarla en todo su esplendor—, vestida con un encaje de nubes que apenas dejaba ver el inmenso azul del océano que se extendía por debajo. Un planeta limpio, impoluto, como un diamante en bruto. Un arco de cielo fugitivo. Parecía mentira que hubiese seres humanos allá abajo peleándose y quemando bosques para satisfacer sus absurdos y egocéntricos planes, cuando desde lo alto todo parecía en calma.

Entonces entendí de dónde le venía a Dios la serena majestad con que lo retrataban los pintores: ¿quién no podría estar sereno y en paz consigo mismo y con la Creación mirando las cosas desde allá arriba, a tanta distancia del suelo? ¿Quién no se sentiría tan superfluo como un sueño olvidado al amanecer, cuando la misma majestuosidad de lo creado se inclina sobre nosotros como un muro de estrellas?

La misma pregunta germinó en la mente de mis compañeros. Nicha tenía cara de preguntarse por qué había perdido tanto tiempo observando a las encorsetadas busconas de los salones mientras danzaba al son del pianoforte de Balakirev, cuando podía haber estado practicando el noble arte del vuelo. Nordhal y Sigurd tenían el centelleo de la maravilla en los ojos, y sin duda navegaban en ese momento por sus recuerdos, buscando a alguien con quien les hubiera gustado compartir el momento. Nordhal, las manos recogidas detrás de la cabeza como una almohada, tenía una expresión que evidenciaba una total satisfacción intelectual y espiritual, rayana en la libido. Asha también parecía conocer algo de las políticas que se hacen a medianoche, pues su cuerpo entero quería entregarse a la visión celestial, temblando como una niña a las puertas del descubrimiento del ritual prohibido. Arno canalizó su nerviosismo en una serie de murmullos ininteligibles, encadenando exclamaciones de asombro y votos a preces, mientras con un dedo mareaba su flequillo, arremolinándolo con la fogosidad de una conspiración bizantina.

Anok emitió un escueto «grunf» y volvió a sus quehaceres.

—Una vez oí un poema que escribió un jovencito enamorado —susurré, intentando fijar la vista en Alaska. Un borrón de tinta manchaba como acuarela la costa: el penacho de humo del Neergolk, difuminado por el viento en dirección al Mar de Chukotka—. Era apenas un fragmento. Decía que había llegado tan lejos buscando a su amada, que si hubiese dado un solo paso más estaría volviendo. Esa limitación ya no se nos aplica a nosotros, caballeros. —Señalé el periscopio, pero me refería al planeta que se alejaba—. Nos hemos liberado de la geometría de un mundo esférico, y si bien al comprobar que no hay allá abajo ninguna tortuga sostenida por elefantes, y que los océanos no caen por el borde del mundo —le guiñé el ojo a Asha

—, eso no significa que no haya mil mitos nuevos esperándonos allá donde vamos. Me estoy acordando ahora de los lunaperros que se llevaron los yanquis en su viaje...

—Lo que Irna quiere decir es que podría estar andando infinitamente en línea recta hasta encontrar a esa amada —sonrió Nicolás—. Da un poco de miedo saber que hay espacio abierto, sin muros ni montañas que lo delimiten, en todas direcciones y hasta una distancia imposible de calcular.

—Tened cuidado, no os contagiéis de la agorafobia del espacio —señaló Nordhal.

—Eso no me asusta —dije yo, con aire romántico—. Para mí, lo único que significa es que vamos a justificar el pensamiento de Arnaud: «la falta de muros solo implica que nada podrá detener mis sueños».

## XIV

### **Del diario de Nordhal Dass (en taquigrafía)**

*9 de Octubre. En un lugar desde el que, si pudiera, me asomaría a la ventana para verte pasear por los puentes del Havel. Melancólico.*

Mi querida Ginka... jamás creerías dónde estoy en estos momentos. Ni yo mismo me lo creo a veces, y me veo obligado a mirar alrededor y a palpar con mis manos (porque el tacto, va a ser verdad lo que dicen, contribuye a hacer más ciertas las imágenes que entran por los ojos) la estrecha cubierta de este buque que nos lleva a un destino incierto. Lo más paradójico es que, una vez comprobado que realmente estoy aquí, ese dato no me tranquiliza lo más mínimo, sino que despierta en mí una sensación de inseguridad como estoy seguro que jamás habrá sentido ningún ser humano. Ni siquiera los vikingos de las antiguas Eddas, que se hacían a la mar sin saber si el contacto con costas lejanas les permitiría regresar a casa.

En fin. Ahora menos que nunca podré hacerte llegar esta carta, pero en mi imaginación la recibes y la abres con infantil esmero, procurando no estropear el sobre, y devoras línea tras línea en busca de una frase romántica, de un beso deslizado sin querer en los párrafos.

Me duele todo el cuerpo. Tengo la piel roja como un estambre de amapola y un mapa de llagas que convierte cualquier movimiento que hago en un suplicio. Pero Sigurd, lo más parecido que tenemos a bordo a un médico, asegura que sanará en unos días. Me ha colocado una venda por todo el cuerpo que me permite moverme, pero que hace que parezca una antigua momia faraónica.

Ha pasado un día. Un día completo desde el Apocalipsis, desde el cataclismo que sacudió el mundo y nos lanzó como la piedra que, cargada de muerte, dio gloria a la honda de David.

Creo que me estoy contagiando del proselitismo católico de Arno y de Sigurd. En realidad, nunca he entendido qué valor puede tener esa anécdota del hondero y el gigante filisteo, más allá de la dimensión moral de la victoria del pequeño sobre el grande. Los judíos siempre se han referido a esta supuesta hazaña como un ejemplo de que su nación, parca en recursos y en ideas, podría llegar a enfrentarse con un

adversario cien veces mayor y derrotarlo, pero en la realidad, y para ser honestos, la gesta de David no tenía especial mérito en el mundo antiguo. Los honderos eran formidables adversarios en aquella época, y cualquier chaval con un trozo de cuero y una piedra podría haber hecho caer al más feroz soldado enemigo, si lograba acertarle en el cráneo. ¿Sabías que en otras partes de la Biblia se asegura que fue un sicario de David quien mató a Goliat, un mercenario llamado Eljanán, que trabajaba para él cuando ya era rey?

Ahora, sin embargo, el cuento de David se me antoja apropiado. Nosotros fuimos la piedra que, lanzada con mano diestra por el gigante Neergolk, tratará de rendir a sus pies la bandera de Selene, una diosa un poco díscola que nos recibirá, si todo va bien, en sus octantes. Espero que la negrura que vemos desde nuestras casas sea en realidad la sombra de la Tierra, y no una evaporación temporal del satélite como algunos han llegado a afirmar. Si no, me temo que pasaremos de largo en lugar de incrustarnos (qué miedo me da esa palabra) en la frente del coloso.

Aquí dentro tenemos poco tiempo para aburrirnos. El impulso que nos ha conferido el volcán nos mantiene a una velocidad sensiblemente superior a la del sonido, y Asha calcula que llegaremos a la Luna en ochenta horas, minuto arriba minuto abajo. Tienes que entender que, dada la compleja danza de los cuerpos celestes, con la Tierra moviéndose en torno al Sol y la Luna en torno a ella y las mil variaciones que ambos experimentan, no hemos sido disparados hacia el lugar donde estaba el satélite cuando salimos de la atmósfera, sino al punto donde estará dentro de ochenta horas. Imagínatelo como un pretendiente que quiere llegar puntual a una cita sin saber dónde está ahora mismo su amada, sino qué rumbo y velocidad lleva el coche de caballos que la está trasladando.

Tenemos lámparas de hidrógeno carbonado para iluminarnos, aparte de los rayos del Astro Rey que penetran por unos ventanucos con cristales lenticulares. La Luna se nos presenta como un coloso mucho más brillante que visto desde la Tierra. ¡Aquí no hay atmósfera que enturbie su belleza! Resplandece como un disco de platino, una estrella senil cuya superficie se ha petrificado por besar demasiados cometas.

No solo para iluminarnos usamos la caricia de la luz. El calor del Sol es fundamental para calentar la cápsula, pues al no haber una atmósfera en el exterior que conserve la temperatura, el termómetro desciende a una velocidad de vértigo. También eso estaba previsto en los cálculos del equipo de Irna, del cual nosotros solo somos la punta del iceberg: la aleación de vanadio que conforma las paredes no solo constituye una buena protección, sino también un excelente conservador de calor. El vanadio se calienta con facilidad y, aunque parezca mentira, se está comenzando a utilizar como revelador fotográfico (no olvides que ese nuevo invento desquiciado, el cinematógrafo, está causando furor en Europa; tanto es así que Irna se trajo una de esas «cámaras» de la Exposición Universal para usarla en la Luna). Espero que ningún selenita se ofenda por nuestra preferencia por los daguerrotipos, acostumbrados como están a que los retratemos caballete en ristre.

Uno de los aspectos técnicos que más me preocupaban de este viaje era el relativo a su final. Es decir, al momento en que la superficie del satélite esté tan cercana que podamos tocarla con los dedos, y se haga necesario frenar. Sí, Ginka, frenar, pues créeme si te digo que, a la velocidad que viajamos, podrías cruzar Europa entera en menos de una hora. Ni siquiera metiéndonos de nuevo en las cunas de aceleración podríamos sobrevivir a una parada en seco contra la llanura lunar, así que será necesario tomar medidas drásticas.

Fue Sigurd quien sugirió la solución: propuso que lo ideal para la segunda mitad del viaje sería invertir las tornas. Si al despegar confiábamos en un elemento externo para generar impulso, al aterrizar deberíamos generar ese impulso desde dentro de la cápsula. Los cohetes cebados con garvoro producirán una llamarada capaz de frenar el avance de la cápsula y de permitirnos aterrizar sanos y salvos. Sí, ya sé que parece una soberana estupidez ponerle cohetes a un vehículo para que salga disparado, pero estamos contando con que la menor gravedad exigirá también menor potencia para hacernos perder velocidad.

Pocos detalles más podría darte sobre lo que está pasando. Dejaré a buen recaudo esta página de mi diario (¡como todas las demás!) para mostrártela cuando vuelva, y que veas que mi amor por ti no ha disminuido ni un ápice a pesar de la distancia y el secretismo de los últimos meses. Sé que me esperarás, y que estarás rezando para que vuelva pronto.

Descuida, Ginka. Tu amor volverá a ti con el más increíble regalo que hacerse pueda a una mujer. Algo que será la envidia absoluta de tus clubes sociales.

Una flor de la Luna.

Extracto de la correspondencia de Ginka Maudenhoff (en tipógrafo):

*9 de Octubre. En la casa de mi padre. Sola. Sola en mi vacía soledad. Y harta.*

[...] y no, lo cierto es que apenas puedo escribir su nombre sin que se me revuelva el polisión.

No sé por qué dedico estas líneas (que espero sean las últimas) a ese vil traidor y mujeriego de Nordhal Dass. Este tipógrafo no merece gastar ni unos miserables martillazos en teclear semejante nombre. Y pensar que hasta hace solo unos meses ese supuesto «caballero» era toda mi vida, el eje vertical y bien vestido alrededor del cual giraba mi mundo...

Dicen que no hay odio más biliar que el de una mujer despechada. Pues bien, es cierto. Después de que Nordhal se marchase de Brandeburgo dejándome plantada, justo cuando íbamos a cerrar un poco más los lazos de nuestro noviazgo, pasé noches enteras llorando, atragantándome con mis propios argumentos; tratando de dar un sentido, un asomo de coherencia, a lo que estaba pasando. Pero no podía. Nada hay en el mundo capaz de explicar por qué al día siguiente de que Nordhal y yo

hablásemos por primera vez de matrimonio —empleando para ello el difícil código de los sobreentendidos— tomó un tren con rumbo desconocido. Me pregunto qué vicio alojado en el albañal de la adultez hace que las prioridades de los cuarentones sean distintas a las de las veinteañeras.

Bueno, en el fondo sí que hay una explicación. Pero es tan rastrera, tan indigna, tan... de las castas sociales inferiores, que me costó un esfuerzo tremendo admitir si quiera su existencia.

Nordhal está viendo a otra mujer.

Probablemente, tal y como me han sugerido mis amigas del salón de té, se estaría carteando con ella desde semanas o meses antes de su partida. ¡Puede que incluso la estuviese visitando en algún lupanar, con la excusa de sus viajes! Cuánta razón tiene la señorita Friedan, que nunca se ha casado, al decir que los hombres son como lobos al acecho de las jovencitas indefensas como yo, dispuestos a desgarrar su inocencia con sofismos afilados a la primera de cambio. (Chop, chop, un par de lágrimas mías caen sobre la página en blanco, diluyendo la tinta. Las seco con el pañuelo y prosigo):

Todo tiene un final en este mundo, incluso el aguante de una mujer casadera. Mi padre me ha repetido en numerosas ocasiones que no me preocupe, que Nordhal estará cumpliendo con alguna misión de la que no puede hablarme, y que dentro de poco regresará a mí con los brazos abiertos. No sé si estará conchabado con los gerifaltes de Dass, o si dispondrá de unos datos preciosos sobre su paradero que no quiere revelarme, pero estoy harta de este juegucito. No pienso perdonarle, por más que aparezca mañana en la puerta de mi casa con un saco de collares de perlas en la mano. Si esta es la vida que una mujer puede esperar a su lado, episodios de desaparición llenos de incertidumbre seguidos por lloros desconsolados y arrepentimiento, que se busque a otra incauta.

Para mí, como si el señor Nordhal Dass está en la Luna. O en Kuala Lumpur, que vendría a ser lo mismo. Los tulipanes que con tanto esmero hizo germinar en mi corazón ya ha tiempo que se han marchitado [...]

*Continuación del diario de Nordhal Dass, de 9 de Octubre:*

Hoy hemos comido bien. Las provisiones que llevamos en la bodega nos abastecerán holgadamente, incluso con la carga extra de dos pasajeros. Antes de partir, Arno tuvo la delicadeza de preguntar a los futuros tripulantes por sus preferencias culinarias, por si había alguien que no tolerase la carne o que tuviera la enfermedad de la vasopresina, como él. Al apuntarnos Anok y yo al viaje de una manera tan brusca, el menú no tuvo en cuenta lo mucho que me había acostumbrado al bütui en los últimos meses, o la predilección por la dieta vegetariana del atabasco. De todos modos, los principios vegetarianos de Anok no se han sostenido ante la presión de las circunstancias, y ayer vi entrar en su boca un buen pedazo de filete de cerdo que no volvió a salir. Creo que yo lo estoy pasando peor, teniendo que acostumbrar a mi gástrico a conformarse, otra vez, con el suave frescor del agua.

Justo después de comer disfrutamos de un espectáculo sin igual, que pudimos apreciar bien a través del periscopio, bien a través de los ventanucos que habían sido incluidos en el diseño de la cápsula. Me refiero al nacimiento del Sol sobre la Luna, rasgando un horizonte que se tiñó de plata pura durante unos minutos. En la Tierra el color del astro es el dorado, pero aquí, sin atmósferas que lo distorsionen, su fulgor se parece más al de un metal sin aleación, de color platino incandescente.

Perdóname si mi relato parece inconexo, una asociación de ideas o de escenas sueltas más que un relato coherente de lo que pasó, pero aunque dentro de la cápsula hay relojes, aneroides, teodolitos y otros muchos instrumentos de medición, mi cerebro se empeña en permanecer desorientado, sin saber nunca qué hora es.

Anoche escuché a Arno intercambiando unas palabras con Irna. Ambos comparten pared con sus catres, uno encima del otro, y aunque hablan en voz muy baja, el curioso juego de ecos que hay aquí dentro me permite escucharlos desde el otro lado del Griego. Hablaban de la curiosa relación que se ha establecido entre la princesa y el indígena. ¡Son tan dispares! Nadie habría apostado jamás porque una erudita hindú y un hombre prisionero de una expresión huraña, de aturdimiento estólido, hicieran buenas migas. Es una demostración de que el amor, si es que se trata de eso, puede más que las barreras de las castas sociales y la pléyade de restricciones a las que la princesa está acostumbrada. Buenas noticias para los defensores del romanticismo, pero yo me pregunto: ¿no será el indígena un ser demasiado rudo y primitivo para ella? Ser listo, que lo es, no es lo mismo que refinado. ¿Y qué decir de la barrera idiomática? Anok cada vez entiende más palabras de nuestro idioma, pero desde luego, Asha nunca correrá el peligro de enredarse en su verborrea.

En fin. Es mucho mejor que los sentimientos que acompañen a los colonos sean de tan bella naturaleza, y no de odio o aprensión. Si tenemos que llevamos un pedacito de nuestra alma allá arriba, para sembrarla y que germine, que sea la bondad y no la inquina. De odios injustificados ya está demasiado lleno el planeta que dejamos atrás, como para encima cargarlos como equipaje a uno nuevo.

*Segundo extracto de la correspondencia privada de Ginka Maudenhoff (en tipógrafo):*

[...] que desde luego no voy a despreciar, solo porque tenga la misma edad que yo. Mi padre montó en cólera anoche, cuando se lo dijimos, pero tendrá que acostumbrarse. Al fin y al cabo, soy su única hija y su tesoro particular, y no querrá hacerme infeliz rechazando a mis pretendientes. Antes me metería a monja que permitir que sea otro quien juzgue los dictados de mi corazón. Dicen las monjas que conozco que, al estar casadas con Cristo, nunca han de temer que su marido las engañe. Supongo que es una ventaja.

El afortunado al que he dado carta blanca para que me corteje se llama Aldoux Lanfeld. Es irlandés, y vive con sus padres en una mansión un poco menos suntuosa que la nuestra, al otro lado del zoo. Pese a sus raíces, su familia se mudó a Prusia

cuando solo tenía dos años, así que ha crecido aquí y es tan «brandeburgués» (perdón por la expresión, pero se ha puesto de moda hace poco en los salones) como nosotros. Además, es guapo, con una prometedora carrera como gestor de pienso para caballos por delante y unos ojos que brillan como relámpagos dorados. No como el vejestorio de Dass, con ese aire de fría indiferencia y esos brazos que parecen ganar y perder peso al mecerse.

Aldoux es un prodigio de contención casi monástico. Con Nordhal había días en que me hacía pensar que las bocas están hechas para masticar y parlotear al mismo tiempo, pues cuando cenábamos no había manera que se estuviera callado contemplando las estrellas, o el hermoso bodegón que colgaba de la pared, o interiorizando algún bello sentimiento, como es privilegio de las almas enamoradas. Nordhal no sabía disfrutar del silencio delicado. Todo lo contrario, lo único que le producía placer eran sus actividades bucales, pues masticaba, bromeaba y derramaba hilos de saliva sin demasiada puntería dentro de las cucharas.

¡Por Dios, qué hombre tan desagradable! ¿Cómo he podido estar tan ciega? Siempre calentándome la cabeza con sus proyectos científicos absurdos, que ni entiendo ni quiero entender, en lugar de fijarse en las cosas bellas y simples que tiene delante.

Una vez, el señor Dass me pidió que le dedicase un poema a él y a los sentimientos que fluían entre nosotros. Pues bien, sirvan estos dolidos versos, esta rima sangrante, como despedida. Que los versos lleguen hasta él en sueños, porque yo ya he borrado su dirección de mis recuerdos:

Sean los desafíos eternos  
Sean los estremecidos cielos  
Sean las trompetas de los muertos  
Sean los solemnes juramentos.

Yo nunca pisé este mundo  
Queriendo preñarme para alumbrar  
Escorbuto y sarampión.  
Nunca madrugué en la mañana  
De gárgolas adornada  
Para sonreír a la vieja corrupción  
Que retoños añora de vientres fértiles.  
¿Quién puede en el dolor encontrar deleite,  
quién, en la muchedumbre sojuzgada,  
ha hecho del amor la vergüenza,  
de los placeres la desdicha?

Sean pues las caracolas muertas

Sean las flores de pestilencia  
Sean los puentes baldados  
Sean para mí las torcidas mientes.

Al mar septentrional lleva la sangre  
Un barco sin velas y con mástiles de sal  
Que con ciegos ojos vela las corrientes.  
Por él luchan los cuervos,  
Guerrean los buitres y mueren las aves  
Que del cielo caen heridas  
Sin encontrar nidos, no, solo tumbas.

Es del alma despechada el dolor  
Que todo destino temple,  
Y con sonoras rimas y tersas elegancias  
Digo que no al pasado, si solo tú, Piedad, me alumbras.

Adiós para siempre, Nordhal Dass. Espero que encuentres la felicidad en otros brazos... si es que es eso lo que en realidad anhelas [...]

## XV

# De la correspondencia personal de Nicolás Chemov (en caligrafía cirílica)

*10 de Octubre. Sobrevolando las llanuras perforadas de cráteres. El momento del alunizaje está próximo, pero antes...*

... Antes teníamos previsto hacer algo que jamás hombre alguno había hecho en la historia de la humanidad. A menos, claro, que la bala del Gun Club hubiese dado una vuelta completa al satélite, con lo cual el mérito sería por entero de ellos. Me refiero a que sobrevolaríamos la cara oculta, y seríamos los primeros en ver qué secretos han estado ocultos al ser humano desde que el mundo es mundo.

¿Iluminaría el Sol la faz de Selene? ¿Estaríamos demasiado cerca y la veríamos ocupando todo el espacio del cénit al nadir, como para que nos fuera imposible examinarla? Su día de más de trescientas horas nos recibiría de una forma u otra, y yo esperaba ser lo suficientemente sagaz como para ver pasar por debajo de mis botas las fases lunares, y así poder afirmar cuando regresara que las lunas de miel tienen sus momentos de cocción óptimos, igual que los bizcochos.

Faltaban cuarenta horas. Asha estaba absorta en sus cálculos, atenta a la más simple menudencia para estar segura de que íbamos por donde era preciso ir. Ella opina que el álgebra es una herramienta de arado sencillo, pero a veces, cuando habla para sí misma en voz alta, su vocabulario puede ser confundido con un lenguaje de otro mundo. Eso, en cierta manera, es tranquilizador, pues ver a una persona dominando misterios tan avanzados que no parecen hechos para mortales, irradia un sentimiento de seguridad que nos consuela a los demás.

Hemos tenido suficiente tiempo no solo para revisar la maquinaria de la cápsula, sino para charlar largo y tendido entre nosotros. Me fue grato descubrir, allá por la mañana del segundo día, que Arno Silvestor es un magnífico jugador de ajedrez, disciplina que en mi país causa furor. Yo me había traído en mi equipaje un tablero, con piezas muy pequeñitas acabadas en agujas que encajaban en los escaques. Al principio lo saqué para hacer una broma, sobre si íbamos a mostrarles lo mejor de

nuestra cultura a los selenitas en lugar de intentar timarlos. Pero cuando Arno lo vio, las cejas salieron repelidas de sus párpados. Me invitó amablemente a echar unas cuantas partidas, y yo, en mi soberbia, acepté dispuesto a darle una lección de poderío soviético.

Me sorprendí, y muy gratamente, cuando Arno comenzó a hacer uso de unas estrategias insólitas en un occidental. ¿Acaso no es chocante que un prusiano utilice la técnica Philidur, inventada por ese francés invencible pero perfeccionada por los míos? ¿O el arriesgado enroque Ajmátova sobre línea de alfiles y par de rey? ¡Me costó horrores ganarle las primeras partidas!

Para ser sincero, esperaba que Asha fuese una formidable adversaria (no en vano el ajedrez se inventó en su país<sup>[22]</sup>, y además posee un sentido de la probabilidad que ya quisieran muchos ajedrecistas), pero el caso de Silvestor hizo renacer en mi interior la esperanza hacia la decadente burguesía europea...

Poco después de su primera victoria sobre mis tropas de madera, Sigurd nos llamó a todos, emocionado, para que viésemos algo. Estaba asomado a un ventanuco, por el que entraba haciendo malabares la luz del satélite.

Nosotros, por supuesto, nos acercamos a asomar la nariz por esa puerta al espacio profundo. Lo que vimos nos dejó sin aliento.

El disco de plata ocupaba casi todo el espacio visible. Aun pegando el rostro al duro cristal de diez centímetros, apenas habríamos podido ver el horizonte. La cápsula rotaba lentamente sobre su eje, así que ella misma nos mostraría el espacio pasados unos minutos, pero en aquel momento el ventanuco estaba alineado con la vertical de un gigantesco cráter.

Irna sacó del estante cerrado con llave un plano, una de nuestras cartas orográficas. Metió los pies en dos abrazaderas del suelo, de modo que su cuerpo quedó pivotando como una peonza, y desenrolló la carta lunar. Arno la sujetó por la cintura.

—Señores —siguió el meridiano ciento ochenta con el dedo—, saben que por convención internacional se toma como meridiano cero de la Luna el que corre por el centro exacto de la cara visible. Es el que pasa por el Mare Vaporum y el cráter Aristillus. Pues bien, si nuestras observaciones del terreno son correctas y los cálculos de Asha no se equivocan en más de uno o dos decimales... —La princesa se hizo la ofendida—, la formación rocosa que tenemos justo debajo no es otra que el cráter Gauss, uno de los que se distinguen a simple vista desde nuestro planeta.

—¡Es una visión por la que bien podría uno morir! —exclamó Sigurd, cuyas piruetas y saltos de baile casi le costaron un serio chichón. Nordhal lo agarró de la mano y lo atrajo hasta el suelo para que se sujetara.

—Si en efecto es Gauss el que tenemos debajo —prosiguió Irna—, con sus ciento setenta y siete kilómetros de diámetro, significa que en breves minutos cruzaremos el terminador de la cara conocida, y nos adentraremos en territorio inexplorado.

Todos aplaudimos, aunque Arno siguió sujetando a la aristócrata para que su

cuerpo no pivotara. Era un movimiento aparentemente inocente, aunque sus dedos violaban la frontera del decoro unos pocos centímetros, quién sabe si por casualidad.

—Más allá del Gauss, el movimiento de libración de la Luna nos permite cartografiar otros pocos cráteres como el Jansky o el Lyot. Pero muy poca superficie más. Al rebasar el terminador, nuestra órbita nos conducirá como una flecha por el paralelo treinta.

—¿Podremos bautizar lo que veamos con nuestra propia terminología? —preguntó Sigurd, emocionado.

—Sí, pero habrá que consultar con los americanos, en el remoto caso de que nos los encontremos, por si ellos ya han adjudicado algunos nombres. Hemos de respetar la antigua costumbre de conservar los nombres originales que adjudican los exploradores o sus mecenas.

—Querrá decir la costumbre occidental —puntualizó Asha—. Ustedes, los europeos, están acostumbrados a cambiar los nombres de los sitios que descubren, como si nadie hubiese puesto el pie con anterioridad en ellos. Ignoran que las gentes que vivían allí ya llevaban usando nombres con miles de años de antigüedad.

—Nunca otras palabras han sido más sabias, mi princesa —concedió Arno—. Nuestra soberbia de tribu avanzada nos hace creer que tenemos derecho a renombrar los lugares que vemos, olvidando que hay formas de referirse a la tierra tienen más años que Prusia e Inglaterra juntas. Pero en el caso de la Luna podemos afirmar que somos auténticos pioneros.

—Me vais a permitir que os contradiga —opiné—. Si extendemos el razonamiento de Asha hasta sus últimas consecuencias, concluiremos que si existen los selenitas habrán bautizado ya los accidentes del terreno. Así que habrá que preguntarles a ellos.

—¿Y si sus nombres no pueden ser pronunciados por nuestras gargantas? —intervino Sigurd—. Estamos dando por sentado, en este curioso debate etimológico, que los selenitas exhalan aire como nosotros, de unos sacos pulmonados, y que ese aire se puede modular para formar sonidos. ¿Pero qué ocurriría si se comunican por otros medios que al ser humano le sería imposible reproducir?

—¿Como cuáles?

—Telepatía, por ejemplo. O mediante pulsaciones en una gran telaraña sensible. ¡Puede que los selenitas sean arañas gigantes, como las del Carbonífero, y su lenguaje consista en un código de señales! O puede que usen el olfato sobre un código de olores —se encogió de hombros—. Tal vez ellos llamen a la Luna *snif-snif-sniiiiif* —arrugó la nariz de forma graciosa, como un caniche—, y al cráter Gauss *sniiiiif-snif-sniiiiif*.

Reímos su ocurrencia, pero en el fondo nos dimos cuenta de que tenía razón. Por eso Irna dijo, a modo de conclusión:

—En tal caso pactaremos con ellos algunas voces que sean gratas al oído, o al sentido que sea. Bien —recapituló, volviendo al plano—. Dentro de poco, el centro

de gravedad desplazado de la cápsula hará que ésta rote, apuntando su base hacia el suelo. Eso y nuestra velocidad de giro nos permitirá mantenernos de pie como una peonza. En cuanto veamos asomar las montañas del perímetro usaremos los cohetes de garvoro para ir frenando, o nos estrellaremos contra la superficie a una velocidad de seiscientos kilómetros por hora.

—Nuestra expedición dejaría una huella muy profunda, sin duda —bromeó Dass—. ¿Cómo llamarían desde la Tierra a nuestro agujero, *cráter Láwqa*<sup>[23]</sup>?

—No chocaremos —prometió Irna—. Aterrizaremos sanos y salvos, cómodamente arrullados por las leyes de Newton.

—A mí me tranquilizaría que fuese por las de Rostov<sup>[24]</sup> —tercié, haciendo una señal de la cruz. Eso sorprendió a Arno, pues él tenía entendido que los Estados Decembristas Soviéticos eran oficialmente laicos, el paraíso mundial del ateísmo. Y no iba desencaminado, pero en los momentos de máxima ansiedad hasta el más incontestable ateo desempolva su pedacito de superstición.

—Una vez hayamos alunizado —prosiguió Irna— nos ajustaremos al plan de trabajo tal y como estaba previsto. Estos cuatro brazos de más serán repartidos de la siguiente forma: Anok, te unirás al equipo del Griego al mando de Arno, y ayudarás en la prospección. Nordhal, secundarás a Nicolás en la cartografía y realizarás estudios geológicos para determinar cuál es el lugar idóneo para perforar.

—Entendido —dijo Dass, en tono marcial. El athabasco se limitó a mover afirmativamente la cabeza.

—Si encontramos una atmósfera respirable, o una manera de reponer el suministro de oxígeno, continuaremos con el plan original de permanecer aquí todo un ciclo lunar. Si no, estamos obligados a partir mucho antes, para lo cual usaremos los cohetes de Sigurd.

—¿Bastarán para elevar tanto peso de la superficie? —preguntó el aludido.

—Sí. Recuerda que nuestro peso, y por lo tanto la fuerza necesaria para eludir el tirón gravitatorio, es mucho menor que en el punto de partida. Los cohetes que no usemos al detenernos, que serán más de la mitad de los que llevamos, nos impulsarán de nuevo hacia arriba. De todos modos, siempre podemos buscar otro volcán —bromeó.

—¿Y de dónde íbamos a sacar agua para hacerlo eructar? —preguntó Arno, pegando los ojos al periscopio—. Por lo que se comienza a distinguir, esos supuestos mares están más secos que el gaznate de mi tía Gertrud, que era abstemia...

—Algunas teorías afirman que la Luna se encuentra en una especie de estado de sueño, como el que tenía nuestro mundo cuando aún no había alumbrado la vida —apuntó Asha, arrebatándole delicadamente el monopolio del periscopio a Arno—. Si es así, puede que haya grandes masas de agua congelada bajo la superficie, en forma de glaciares, esperando a que la actividad volcánica del planeta retome para derretirse y refundar sus océanos. Al Griego no le costaría mucho llevarnos hasta esa cáscara helada.

—Ojalá no te equivoques —deseó Irna—. Porque encontrarla nos libraría de una vez por todas del problema del oxígeno.

—Espero que la Luna no se enamore de nosotros y nos encadene a sus brazos —suspiré—. Uno sabe lo tenaz que puede ser una mujer cuando se trata de no dejar escapar al hombre que ama.

—Je, je. Sí —sonrió Dass.

*11 de Octubre. Hemos girado, y nuestras posaderas apuntan hacia el satélite. Según los cálculos de Asha, caemos a lo largo del paralelo treinta a más de quinientos kilómetros por hora. El momento se acerca.*

Uno no percibe esa fantástica velocidad si no hay elementos en el exterior que estén inmóviles. Sí, tenemos los cráteres y las escasas cordilleras que los rodean (es curioso que la Luna se nos descubra como un lugar bastante plano y monótono, a pesar de lo erosionado de las planicies), pero como nuestro cerebro no se hace una idea exacta de a qué distancia están, pues no vemos ciudades ni campos arados que hagan de estructuras reconocibles, lo mismo podríamos correr más veloces que una bala de cañón o con la tranquila majestad de una lechuza de la taiga, que lo percibiríamos igual.

Tras rebasar el terminador, nos agolpamos en torno a los ventanucos y nos turnamos con avidez el periscopio. Nuevas cotas de altura y profundidad iban apareciendo a mayor velocidad que la que nuestros ojos podían medirlas y nuestras lenguas bautizarlas. Durante milenios, los humanos habían fabulado sobre la cara oculta, proyectando en ese proscenio desde océanos y continentes fértiles hasta templos donde habitarían las deidades de muy diversas mitologías.

Cyrano subió hasta aquí y vio criaturas que andaban a cuatro patas para disfrutar de la cercanía del suelo, libros parlantes, guerras equilibradas en su moralidad y comidas hechas con el olfato en lugar de con la boca. Nosotros vimos más cráteres, más extensiones áridas de color metal, más heridas hibélicas en el canto de esta enorme moneda. Nada que fuese especialmente llamativo y que no estuviese en la cara conocida, a no ser porque tenía otra distribución distinta.

Nuestra mente de científicos suspiraba aliviada, pues habría sido una verdadera hecatombe para las teorías sobre el funcionamiento del universo que por un lado el satélite pareciese un erial y por el otro un vergel, con niños correteando de aquí para allá a la sombra de enormes datileras. Pero por otra parte... el soñador que uno lleva dentro, por muy devoto de la ciencia que sea, comenzaba a revolverse. ¿Era posible que la Luna fuera así de predecible, sin misterios ancestrales ni ciudades ocultas? ¿Sin lupanares alienígenas ni tabernáculos divinos? ¿Sin una impostura a nuestros credos, más antigua que la misma humanidad?

Tras un instante de ensueño, alguien reaccionó. Nordhal fue el primero en moverse. Su cerebro, me di cuenta, poseía una cierta inmunidad a las dudas existenciales. Señaló con el dedo a un gran círculo de piedra que expandía radios en todas direcciones, y sentenció con voz solemne:

—Yo te bautizo *Cráter Ginka*. Por favor, que alguien apunte las coordenadas de ese accidente.

Sigurd cogió una libreta y consultó los paneles del ábaco, programados por Asha para rastrear nuestra posición respecto a puntos siempre visibles, en este caso estrellas muy lejanas de la constelación de Sirio.

Eso desató la fiebre. Varios pares de dedos se dispararon siguiendo la estela del de Nordhal, y los bautismos comenzaron a llover con la fiereza de un monzón. Incluso la tranquila Irna, que parecía contenta con nuestro jolgorio pero reacia a practicar estos juegos, acabó cediendo a la tentación y denominó a una de las grandes planicies «Mare Ivanoviensis», en honor a su abuela, María Ivanova. Anok se animó también, y apuntó hacia algunos cráteres nombrando espíritus de árboles y bestias de la tierra. Asha recurrió a la increíble variedad de nombres de su panteón de dioses, y dejó caer aquí y allá algunos «Gautama», «Siva» o «Bhavani». Yo vislumbré en la distancia un océano de polvo de cobalto, una extensión gris metálica intocada por la lluvia de meteoros que había castigado al satélite desde tiempo inmemorial, y la llamé «Mare Moscoviense» en honor a mi ciudad. Uno se pone sentimental cuando está a cientos de miles de kilómetros de casa.

—Mirad, ¿qué es eso? —preguntó de repente Sigurd, la nariz incrustada en el cuero del periscopio.

—¿Qué es qué...?

Se apartó y cedió el lugar a Irna. Esta contempló el paisaje que encuadraba aquel pequeño visor, en silencio, y así permaneció un rato, girando lentamente el periscopio a medida que la cápsula avanzaba.

Los demás nos miramos, nerviosos y excitados.

—¿Qué ocurre, Irna? —preguntó Arno.

La aristócrata se apartó del visor y me señaló.

—Mira esto, Nicolás. Y dime si es lo que creo.

La curiosidad apenas me dejó enganchar correctamente los pies en las abrazaderas. Me aproximé a trompicones al aparato y pegué la nariz al cuero.

Encuadrada en aquella lente había una panorámica del «Mare Moscoviense» que ya estábamos dejando atrás, y de otra cosa: unos profundos cañones practicados en la linde de la llanura que, sin duda, debían ser los radios tectónicos de grandes explosiones meteoríticas. Pero había algo extraño en ellos.

Una fantasmagórica bruma blancuzca se deslizaba por las grietas como el hálito de una inmensa criatura de piedra. La bruma se anudaba en zarcillos plumosos que lamían las paredes de aquellos radios, acantilados que vistos desde la distancia parecían estrechos, pero que bien podían tener entre veinte y treinta metros de anchura.

A vista de pájaro la bruma parecía inmóvil, pero cuando la fuimos contemplando se nos quedó la sensación de que fluía lentamente, como si supiera que no había un cielo al que agarrarse. No se perdía en el vacío porque no abandonaba esos canales; el

paisaje de grietas la acogía en su regazo, un anfiteatro espectral de cordilleras alzándose en la neblina y cañones deteniéndose debajo.

Recordé la promesa que Irna había hecho en una de nuestras primeras reuniones, sobre que iba a escarbar en el suelo lunar en busca de los misterios que llevaban eones enterrados, si hacía falta con sus propias manos. Pues bien: la buena de Irna no tendría que destrozarse las uñas. Los misterios comenzaban a aflorar por sí solos.

—¿Atmósfera? —preguntó Arno, esperanzado.

—Parece un gas con una capacidad asombrosa de refractar la luz —dije yo—. Y no es un fenómeno local. Mirad allí. —Señalé otras depresiones del terreno, donde también se enredaban filamentos de bruma. Estas regiones dispersas no estaban conectadas unas con otras, al menos en la superficie, por lo que deduje que la bruma no era algo propio de un único cráter, o de un sistema de cañones. Parecía algo habitual en la cara oculta de la Luna.

—Sea como sea —apuntó Asha, consultando los manómetros—, saldremos de dudas dentro de un momento. Vamos a aterrizar.

—¡Rápido, el garvoro! —exclamó Sigurd. Todos saltamos como accionados por un mismo resorte. La trayectoria que nos gobernaba llegaba a su punto final, y el indicador de velocidad (basado, una vez más, en nuestra posición relativa con respecto a las estrellas-faro) no bajaba de quinientos kilómetros por hora.

Como si nos fuera la vida en ello, nos acomodamos en nuestras respectivas literas, aseguramos los cinturones de seguridad y clavamos los ojos en la vertiginosa rueda de números del ábaco. Estos no cesaban de superponerse, pisándose y atropellándose y faltándose incluso al respeto, mientras la cápsula descendía en una curva mortal hacia un inmenso cráter que Dass, hacía un minuto, había bautizado *Lares*, en honor a los dioses tutelares de las encrucijadas.

Por un momento creí estar de vuelta en la Ciudad de las Ciencias y las Letras de Moscú, donde había pasado mis años mozos entre fórmulas y experimentos y rubores adolescentes ante la proximidad del sexo opuesto. ¿Por qué me retrotraía en esos tensos instantes a un momento de mi pasado presuntamente agradable, cuando mi vida pendía de un hilo?

No lo sé. Tal vez fuera un mecanismo de defensa. Una identificación tardía con todas aquellas fórmulas magistrales para la física y la química que insistían en meternos en la cabeza, como si fueran parte de un idioma que no tenía traducción fonética. Vi a mis profesores con togas negras encima de unas chaquetas de cheviot. Pantalones a cuadros. Espantoso. Quería salir a jugar con la nieve.

—¡Comenzamos la maniobra de frenada! —gritó Irna, tirando de las palancas que estaban situadas, estratégicamente, cerca de su litera. Las palancas accionaron unas mechas que prendieron la pólvora de los cohetes, y sentimos una brutal sacudida. El mundo pareció volverse del revés. Mientras que la mayoría de los propulsores estaban situados debajo, en la parte inferior de la cápsula, varios de ellos, formando una roseta, salieron disparados de la parte superior y extendieron una larga cadena.

La cápsula, vista desde fuera, recordaba un extraño badajo de campana que colgase hacia arriba. El anillo de cohetes inferiores nos proporcionaba el empuje necesario para frenar la caída, mientras que los situados en la cadena ayudaban a mantener vertical nuestro eje.

De repente, todo acabó.

Hubo un golpe tremendo que hizo temblar las paredes del habitáculo, y a nosotros saltar violentamente de los catres. Gracias a los cinturones de seguridad no salimos volando hasta golpear el techo, con una contundencia que posiblemente nos habría matado. Dass estaba en la litera de Sigurd, abrazado a él como un hijo a su padre, y Anok en la de la princesa. Los cinturones, por fortuna, aguantaron sus pesos combinados.

Noté una sacudida que me paralizó los pulmones, cerrándome la garganta en torno a un grito ronco. Mis lóbulos frontales arrojaban el dato instantáneo de que si había una ocasión óptima para recordar mi vida, de verla como una sucesión de cuadros en busca de algún dato crucial, era ése.

La cápsula rebotó, golpeó una superficie dura e inclinó su eje más de noventa grados. ¡Sentíamos gravedad, por Dios, la bendita —y espantosa— *gravedad!*

La noción de lo que era el arriba y el abajo regresó como un bálsamo para los sentidos. Por un instante me pareció ver, a través de un ventanuco, cómo la cadena que supuestamente debía habernos mantenido verticales se desplomaba sobre una llanura terrosa, y levantaba una nubecita de polvo. Fue algo más onírico que real.

La cápsula, al fin, se estabilizó y dejó de girar. La gravedad sugería que habíamos caído no totalmente de costado, pero sí con una inclinación de más del cuarenta por ciento. Busqué los rostros de mis compañeros, mascullando en ruso unas maldiciones. Me dolía el vientre porque el cinturón había impreso en la piel una marca roja. Los demás también parecían estar ilesos, aunque tardarían varias horas en borrar las caras de susto.

El silencio más absoluto se hizo dueño de la realidad.

Habíamos llegado a la Luna.

## XVI

# Diario fonográfico de Irna hohenstaufen

*10 de Octubre de 1892. En la Luna.*

El aire regresó como oro líquido a mis pulmones.

Quemaba.

Tanteé con la mano hasta encontrar el mecanismo de seguridad que me ataba al camastro y lo destrabé. Me llevé una sorpresa cuando la correa, en lugar de quedar flotando en el aire, descendió lentamente, siguiendo los dictados de una débil...

... ¿gravedad?

Me incorporé. Todavía era demasiado pronto para separar el volumen de aire de mis pulmones entre el que necesitaba para vivir y el que podía transformar en palabras, en preguntas, ¡en plegarias! Mis compañeros estaban bien; tan mareados como yo, doloridos, maltrechos e incluso manchados de su propio vómito, pero ilesos.

¿Significaba eso...?

Tenía que verlo con mis propios ojos. Me deslicé hacia un lado del camastro y salté al suelo. Caí lentamente, igual que la correa. Fue la sensación más extraña de mi vida, incluso más que la ingravidez del espacio profundo.

Comprendí que había llegado el momento de calzarme las botas del traje de buzo. En el espacio no servían de nada porque su refuerzo de metal no pesaba, pero en esta gravedad me servirían para permanecer de pie y no volar alocadamente como una libélula.

La cápsula estaba inclinada, pero parecía estable. Ya no se movía. Me aproximé al ventanuco y, tras inhalar un poco de aire y prepararme para lo imposible, pegué la cara al cristal para ver qué había al otro lado.

¿Cómo reducir a palabras la majestad de lo infinito?

Una vez, un poeta (¿o fue un científico?) dijo que los humanos solo lograrían apreciar la verdadera gloria de lo real, los profundos y complejos matices de la Creación, si se deshacían de las supersticiones del progreso, de la mentalidad gregaria que conduce a las conductas serviles y a la apatía. Solo al medrar con la parte de

nuestro ser que no ha sido domesticada por los convenios necesarios para «formar especie», podríamos distanciarnos de ellos hasta el punto de poder mirarnos desde fuera, observarnos a nosotros mismos mientras pensamos y actuamos y pacemos como vacas en los pastos de la vida.

Yo me sentí capaz de hacerlo cuando miré a través del ventanuco, de un cristal sucio de polvo lunar e incrustado de piedrecillas, a lo que me esperaba fuera.

Si Dios existía, seguro que no querría vivir allí.

Vi una planicie inhóspita, de polvo estratificado como si mil erupciones hubiesen brotado de otros tantos cráteres y se hubiesen amontonado unas sobre otras. Sudarios y lienzos de desolación pulcramente apilados por las hacendosas manos de la Eternidad sobre un lecho de planetas.

Vi grietas en el suelo, de bordes suaves, que tatuaban como venillas la cuenca de aquel cráter que Dass había llamado Lares, conduciendo la vista hasta la lejanía, al circo de montañas que, dado su origen explosivo (las «montañas» que veíamos eran el amontonamiento de rocas causado por el impacto de un meteoro, marcando el lugar donde murió la onda expansiva) estaba inclinado hacia fuera, abatido por un viento inexistente. Entre las montañas y nosotros se alargaba la sombra de inmensas rocas, pesadísimas, varias veces más altas que nuestra cápsula, incrustadas en el terreno como lápidas de expediciones que no tuvieron éxito. Por encima de ellas, un cielo vasto, distinto, sin un cuerpo masivo que atrajese de inmediato la vista. Una inmensidad oscura, herida de estrellas, sin el parpadeo familiar de la atmósfera, tan irreconocible que daba miedo.

Pero lo más impresionante, lo que realmente me hizo abrir la boca de asombro, fueron los zarcillos de niebla (a esta distancia ya no había duda de que se trataba de alguna clase de gas) que brotaban de las grietas, tendiendo dedos espectrales hacia las estrellas, como queriendo arrancarlas del éter para llevárselas a su prisión de oscuridad en el subsuelo lunar.

Dejé salir el aire de mis pulmones, con un silbido.

Desde luego, no era el vergel bucólico y tentador que muchos soñaron, adaptado al deseo humano de vivir al límite de diversos espacios.

Una mano se apoyó en mi hombro. Nordhal.

—Es lo más horrible que he visto nunca —sentenció, colocándose a mi lado para ver mejor—. Y lo más hermoso, a la vez.

—¿Hermoso?

—Geológicamente, quiero decir. En cuanto dejen de dolerme las piernas, pienso salir ahí fuera y empezar a tomar muestras de todas esas rocas, del polvo e incluso de las sombras, para la posteridad.

—Te acompañaré —se ofreció Nicolás, mientras ayudaba a Sigurd a incorporarse del camastro y examinaba su cuerpo en busca de fracturas. El anciano parecía estar bien, pero aún no había recuperado el habla.

—Uhm... mejor será no arriesgarnos a una primera salida hasta que calibremos

bien la situación —aconsejé—. Por la forma como se comporta ese gas, yo diría que lo que nos rodea es una especie de tenue vacío. Corrígeme si me equivoco, Nordhal.

—Es una posibilidad —dijo el geólogo—. Esas emanaciones indican que el subsuelo de la Luna está lleno de gas, pero puede que la gravedad no sea lo suficientemente potente como para retenerlo. Yo no saldría sin la protección de los trajes. Además —señaló las cortinas de gas plateado—, ni siquiera sabemos si es respirable.

—Si la hipótesis de Charlyon es cierta —terció Arno—, todos los mundos creados por Dios poseerán condiciones óptimas para que prospere la vida de su criatura superior, el Hombre. Por lo tanto, ese gas por fuerza tiene que ser respirable.

—Llámame fanática del empirismo si quieres —gruñí—, pero aquí nadie va a respirar nada que no hayamos traído nosotros. Al menos por ahora. Y hablando de probabilidades...

Saqué mi adorado reloj de Alestes y lo consulté. Los demás me miraron, cautivos del interés. Era la primera vez que lo usaba delante de ellos, y no perdieron detalle de mis movimientos: giré el acople de ruedas centrales, destrabé el cierre de oro y dejé que la figurilla del dragón, que mordía la esfera desde su contorno, avanzara devorando unos cuantos segmentos. Emitió una especie de tintineo mezclado con un repique de conchas de mar que no se parecía a nada que ellos hubiesen oído antes.

El hechizo se rompió cuando devolví el reloj a su funda. Nordhal, de todos el que más abiertamente me había interrogado sobre el reloj, tuvo que aguantarse las ganas de satisfacer su curiosidad.

No tuve que ordenarles que hicieran lo siguiente: un exhaustivo examen de la cápsula y los aparatos de precisión, en busca de desperfectos. Al menos seguía habiendo oxígeno en nuestro barco. Si hubiese habido alguna grieta en el casco, a esas alturas habríamos notado cómo se escapaba hacia el «tenue vacío», de menor presión que el entorno embotellado de la cápsula.

Los muchachos revisaron el Griego, y salvo algunas pequeñas fallas fácilmente solucionables, estaba en perfecto estado. Listo para taladrar y llenar todavía más de agujeros al castigado satélite. Eso me llenó de nuevo el vaso del entusiasmo, y di la orden de empezar. Teníamos poco tiempo, y muchos minerales valiosos que extraer.

*11 de Octubre. Segundo día en el cráter Lares. No hemos encontrado nada de valor, pero seguimos excavando, incansables.*

La puesta en marcha del Griego tuvo lugar sin incidentes. Al principio la maquinaria protestó, pero había sido construida recia, para aguantar los entornos submarinos de la Tierra, e hizo bien su trabajo. Antes que eso, tuvimos que enfundarnos los trajes de buzo para salir y tirar de unos cables asidos a la cápsula. Esto la enderezaría y haría que la taladradora apuntase hacia abajo, al corazón del satélite. Fue un momento sublime.

Tuve el honor de ser la primera. Este delicado aspecto de nuestra misión, el de

quién sería el primero en hollar en suelo lunar, no había sido hablado en las reuniones. Tal vez todos daban por supuesto, incluso los que no pensaban venir, que yo sería la agraciada. Al fin y al cabo ésta era mi expedición, ideada y financiada por mí, la materialización de mi sueño. Por lo tanto, cuando me enfundé el aparatoso traje (que en esta gravedad no parecía tan pesado como en el monte Neergolk) y abrí la esclusa, mis compañeros no pusieron pegas. Todo lo contrario, me animaron a hacer historia.

Por primera vez desde que la humanidad bajó de los árboles —según algunos— o se separó del linaje de Abraham —según otros<sup>[25]</sup>—, un ser humano estaba a punto de hollar la Luna.

Abrí la compuerta. La cámara de descompresión era un tubo giratorio, una especie de enlace con el mundo exterior. Luego me esperaba una pequeña escalinata extensible, que se apoyaba en el suelo entre las palas de estabilización de la nave. Descendí aquellos escalones tratando de recordar la maravillosa frase que había ensayado, específica para aquel momento, pero no me venía a la cabeza. ¡La tensión me bloqueaba la mente! Así que improvisé otra sobre la marcha, menos solemne, que sonaba así:

—El afán de lucro nos trajo, pero será la esperanza por la Humanidad lo que nos lleve de nuevo a casa.

Después me sentí un poco triste, pero no supe por qué.

Clavé la bota en el polvo. Era como andar por una playa, solo que estando debajo del agua todo el rato. Me costó adaptarme a esa forma de desplazamiento. A los pocos minutos, cuando la manguera que me enlazaba como un cordón umbilical a la cápsula se desenrolló del todo, miré hacia atrás y vi mis huellas formando una diminuta constelación de cráteres, zigzagueando nerviosas de aquí para allá, alejándose de rocas y de fisuras y esquivando obstáculos. Era una sensación irreal, como ver las hazañas de otro.

*He aquí un misterio capaz de empujarla a una a la teosofía, pensé. Al culto de un dios del vacío, un dios sepultado por el polvo blanco de sus propios huesos.*

La escalerilla de descenso pronto tuvo más invitados, y Nordhal, Arno y Nicolás bajaron a probar por sí mismos la sensación de estar pisando tierra (¿luna?) sólida. Dadas las características del sistema de distribución de aire, solo cuatro mangueras podían estar funcionando a la vez. Sigurd nos miraba con expresión hechizada desde la escotilla, gorjeando de asombro y júbilo.

Los minutos transcurrieron deprisa. Atamos cables (volteándolos y arrojándolos como lazos de vaquero) a la cúpula y, tirando lo más fuerte que la gravedad y los trajes nos permitían, enderezamos el artefacto. Su menor peso ayudó mucho en esta maniobra; estaba claro que unos músculos como los nuestros, curtidos en la gravedad terrestre, eran realmente hercúleos en este entorno.

Pusimos a funcionar el Griego. El colmillo giratorio emergió como un espolón entre las patas de la nave e hincó sus feroces dientes en el suelo. Confieso que estaba

muy preocupada por el momento en que lo activaríamos. ¿Y si uno de sus complejos mecanismos internos, vitales e insustituibles, se había dañado con el choque? ¿Y si nuestra principal herramienta nos abandonaba a nuestra suerte sin cumplir con su cometido?

Pero mis angustias eran vanas, pues cuando Arno giró el selector, el vientre del monstruo rugió, expulsó unas vaharadas de humo y, con un estremecimiento que hizo temblar la cápsula, se puso en marcha al máximo rendimiento. Creo que todos nos sentimos como el padre que, esperando al otro lado de la puerta, aquietaba su deambular al oír los vagidos del recién nacido.

Nuestros geólogos comenzaron los análisis de terreno, estudiando las rocas que la barrena iba arrojando hacia fuera. Mientras tanto, me alejé un poco de la cápsula, situándome al límite de la manguera de aire, y extendí las patas de un trípode. Las clavé en el polvo y alineé su cabeza con la línea del horizonte. El trípode me serviría para sostener el cinematógrafo, ese genial invento que había comprado en la Exposición.

Situé la parte receptora de imágenes, la «cámara», encima de la cabeza rotatoria, y destapé el objetivo. Una manivela hacía girar el mecanismo, dando vueltas completas sobre sí misma en lugar de hacer un simple movimiento de bombeo.

A Nordhal debió parecerle gracioso ver a una mujer tomando imágenes de la Luna con su chisme de manivela. Me saludó cortésmente cuando giré el objetivo hacia ellos, sin saber que las características de aquel aparato harían que sus movimientos se reprodujeran luego a mayor velocidad de la normal, confiriendo un aire burlón a su gesto.

He aquí algunas piezas que rodé con la cámara mientras duraron mis paseos por el exterior:

... Nordhal y Nicolás superpuestos a un claro de Tierra, con una nube de escombros lanzada por el Griego frente a ellos. Llevaban instrumentos de medición y un maletín con productos químicos para identificar los minerales que la barrena fuera extrayendo. Nordhal se inclinaba, cogía una piedra o la atrapaba al vuelo (no era difícil, dado su lánguido arco de caída) y se la pasaba a su colega para que la analizara. Ambos la miraban, aproximándola a las rejillas de sus cascos, y o bien la desechaban, tirándola con desdén a un lado, o le ponían una etiqueta y la metían en una bolsa.

... Sigurd y Asha bajando a dar un paseo, una vez los geólogos entraron para descansar y catalogar las muestras. El anciano brincaba como un niño, entrechocando los talones de sus botas mientras señalaba en todas direcciones y hacía gestos exagerados. Todo para él era una sorpresa digna de celebración. Asha, curiosamente, lo primero que hizo al bajar de la cápsula fue rezar. Tendió una especie de esterilla en el suelo y, amasando un pequeño altar con tierra lunar sobre el que depositó una

figurilla, juntó las manos en lo que era el primer oficio religioso hecho en la Luna.

... Nordhal haciendo sombras chinescas con la luz que llegaba rebotada de la Tierra, jugando a tatuar siluetas sobre las lejanas montañas (al no haber atmósfera, es sorprendente lo recta y lo lejos que llega la luz). De sus dedos brotaron pájaros, ratones y caras sonrientes. No me di cuenta en aquel momento, pero cuando revisé las bobinas vi que una sombra que me había parecido graciosa —representaba algo así como un dinosaurio con la boca abierta— cruzaba por delante de las montañas, y pensé que Dass era un verdadero artista. Pero al fijarme bien, vi que Nordhal se había dado la vuelta y caminaba de regreso a la cápsula cuando aquella sombra chinesca cruzó por las laderas. ¿Ilusión o realidad? Nunca pudimos averiguarlo, pero aún me estremezco cada vez que reviso esta escena.

... Anok atreviéndose a horadar un paraíso intocado diferente del suyo, igual de virgen y fascinante que los paisajes de Alaska. Pisaba donde nosotros lo habíamos hecho antes para no castigar más de lo necesario la belleza del lugar, mirando con un catalejo (encajado en el casco mediante una abertura de ojo de pez) hacia las distantes montañas. Estaba reteniendo en su memoria cada detalle para contárselo después a sus nietos en las largas noches de invierno. Viéndolo pero no dañándolo, con la fascinación y la amabilidad propias de las antiguas tribus. Me recordó el respeto que nuestros antepasados profesaban hacia la tierra, sintiéndose parte de un equilibrio que no debían vulnerar, y que se perdió con la llegada del progreso.

... Arno aproximándose a una de las misteriosas grietas de las que emanaba el vapor. Cuando enfoqué su silueta alta y delgada recortándose contra aquellos siniestros dedos de gas, sentí un escalofrío que trepó por mi espalda hasta la base del cuello. No había tenido ocasión de pensar en los peligros a los que nos estábamos exponiendo al salir a aquel entorno por primera vez, sin armas ni defensa posible contra cualquier cosa que pudiera ocurrir. ¿Y si el satélite estaba habitado? ¿Y si además de los amables selenitas de los que hablaban las églogas de Cyrano había también depredadores, o guerreros despiadados que, al igual que los humanos, también hubiesen inventado la guerra?

Todas estas y muchas más piezas de tiempo quedaron para siempre almacenadas en las bobinas de la cámara. Las estaba guardando en los arcones reforzados que había debajo de nuestros catres cuando Dass se acercó a mí, torciendo el gesto, para darme el primer informe de situación.

No era bueno.

*11 de Octubre. Dentro de la cápsula. Un análisis de progresos no demasiado optimista.*

—¿Nada por ahora, caballeros? —pregunté, secándome el sudor con una toalla. Era sorprendente lo mucho que sudábamos dentro de los trajes a pesar del cortante

frío exterior. Eso significaba que los modistos parisinos habían hecho bien su trabajo.

Los geólogos asintieron, taciturnos.

—Analizando el detrito de la excavación —resumió Dass— hemos identificado estratos de basalto, una roca ígnea plutónica a la que llamamos anortosita, y plagioclasas minerales que recuerdan al feldespató. En conjunto, nada que no existiera ya en el planeta madre. Rocas comunes, vamos.

—Es decir, que por el momento nada de minerales valiosos —dijo el ruso.

Tomé un poco de linimento del botiquín y me lo apliqué sobre los hombros, allá donde descansaba el anillo de la escafandra. Tenía dos marcas semicirculares en la piel, justo sobre los pechos.

—¿Nada de oro ni radio?

—Aún es pronto. Sería demasiada casualidad que, teniendo un satélite entero donde posarnos, fuéramos a acertar justo sobre una mina de oro —sonrió Nordhal—. Pero estos hallazgos tienen un lado positivo.

—¿Cuál?

Dass jugueteó con las puntas de su bigote. Desde que vivía en el campamento del Neergolk se había dejado crecer una especie de bigote de aguja arqueado en los extremos, supongo que para recalcar su origen europeo entre tanto indígena, pero no le sentaba nada bien. Ese bigote, además, se le doblaba hacia dentro y arriba cuando se ponía la escafandra, amenazando con pincharle los ojos.

—Muy fácil: hasta ahora no estábamos seguros de qué composición química y mineralógica tendría la Luna —explicó—. Sí, hay muchas teorías sobre su formación que respaldan la tesis de que posee los mismos elementos que la Tierra...

—Que si se desgajó de ésta hace millones de años, que si el impacto de un enorme meteorito lanzó a los cielos un pedazo del manto... —enumeró Nicha.

—... Pero solo eran eso, conjeturas. Ahora sabemos que es verdad. Los elementos minerales selenitas son parecidos, si no los mismos, que los del planeta madre. Eso es una garantía de que aquí encontraremos vetas de metales nativos y conductores de la electricidad, como el oro.

—Eso está muy bien —dije yo, cansada. En aquel momento habría dado lo que fuese por una buena ducha, pero hasta que no regresáramos tendríamos que ahorrar agua y asearnos con toallas. Maldije en silencio a los bohemios y sus malditas descripciones bucólicas del satélite—. Pero no nos sirve de nada si no podemos reducir el área de búsqueda.

—Excavemos en profundidad —sugirió Nordhal—. Hay más probabilidades de que encontremos minerales heterogéneos cuanto más abajo estemos.

—¿Y si exploramos las grietas? —sugirió una voz. Nos volvimos hacia la princesa, que estaba recorriendo la cortina giratoria asida al conjunto de vigas, y que nos servía de cambiador. Había recuperado un vestido muy cómodo que en su tierra usaban para practicar el *nadurâshtra*, la silvicultura del norte del país—. Aún no sabemos si el gas es respirable o no.

—No podríamos llevar la cápsula hasta allí y hacerla descender hasta el fondo con seguridad. Tendríamos que encajarla en los bordes, y el Griego mordería en vacío.

—Pero si descendemos por una de ellas —argumentó Asha, con la voz sosegada que siempre acompañaba sus razonamientos—, tendremos una visión lateral de los estratos hasta una buena profundidad. Es como si la naturaleza nos ofreciera un corte longitudinal del pastel para que sepamos dónde excavar.

Los dos geólogos se miraron. Era una solución tan obvia que no se les había ocurrido.

—Bravo, Asha —aplaudió Nicolás—. Eso es pensar de manera reduccionista, y no lo que hacemos nosotros.

—Admito que la idea es atractiva —dijo—. Con las cuerdas podríamos intentar un descenso, pero alguien tendría que quedarse cuidando del torno.

Arno se irguió en toda su estatura, y eludió por milímetros golpearse la frente contra una viga.

—Me ofrezco voluntario para bajar —dijo, entusiasmado por haber hallado una función distinta a la de operador de la barrena—. De joven fui miembro del equipo real de escalada de Pomerania. Tengo mucha experiencia en el descenso libre, y aquí me será más fácil, debido a la gravedad.

—Mi querido aspirante a plutócrata, es usted una verdadera fuente de sorpresas —rio Sigurd, sentado junto al panel del ábaco.

—¿Plutoqué...?

—Me parece bien —accedí—. Haremos un primer intento, y si sale bien, tomaremos muestras de ese gas.

Los demás estuvieron de acuerdo, y pronto Arno estuvo vestido con los paramentos necesarios para tan singular empresa. Nordhal y Nicha lo acompañaban para ayudarlo con la manguera del aire, que debía mantenerse siempre por encima de él para que su peso no le desequilibrara. Arno cogió los útiles de escalada y los asió a los enganches del peto.

Antes de salir me dedicó una mirada tierna. Yo me había mantenido a prudente distancia de sus intentos por acortar distancias, tanto en la tierra como en el espacio, aunque no quería que se alejara demasiado (ni frustrar tan pronto sus esperanzas) porque era el principal pilar económico de la empresa. Recuerdo que cuando le vi salir de la cápsula como un caballero andante de armadura impermeable y botas de caucho, escoltado por los pajes que velaban por su umbilical de aire, sentí lástima. Por lo que tendría que confesarle cuando regresáramos a casa, si es que regresábamos. Me consolé pensando en que la cantidad de dinero que iba a recibir en pago por sus esfuerzos sería tan, tan desmedida, que tendría a la mitad de las jovencitas de la Corte rendidas a sus pies, no importa que las doblase en edad. Un hombre tan pragmático como Arno se conformaría con vivir así: con riquezas fabulosas y jovencitas melosas y divinas suspirando por sus huesos, en canje por el

verdadero amor. Eso, al menos, era lo que yo pensaba.

Nos apretamos contra los ventanucos para verlos trabajar. Nuestros aguerridos exploradores se aproximaron al borde de la sima, afianzaron bien sus piernas en el suelo y se asomaron al abismo. Sus siluetas se difuminaban entre besos de bruma y caricias de plata, volviéndolos etéreos como sueños.

Los geólogos agarraron bien a Arno por los brazos y lo inclinaron hacia delante, sosteniéndolo en ángulo con respecto al suelo para que pudiese ver mejor. Arno hizo una señal para que lo izaran. Les llevó menos de tres minutos clavar las escarpías y atar las cuerdas a las mayores rocas de las cercanías. Para comunicarnos en ausencia de aire, utilizábamos un ingenioso sistema que Sigurd había inventado y que llamaba «enlazador»: se trataba de una variante de este fonógrafo donde queda recogido mi diario. Dentro del casco, justo debajo de la boca, había una lengüeta muy fina que se activaba por presión de aire. Estaba conectada a un minifonógrafo que registraba lo que decíamos y lo grababa en un tambor diminuto. Para no activar el sistema por error, nos habíamos entrenado a conciencia (menos Nordhal y Anok, claro) para respirar por la nariz, ignorando el reflejo de ensanchar la laringe y los bronquios cuando el cuerpo necesitaba un mayor aporte de oxígeno. El susodicho fonógrafo no solo grababa la señal, recogiendo nuestras voces en una especie de diario automático de la misión, sino que la transmitía por un cable de cobre que viajaba por dentro de la manguera hasta el ábaco, y de ahí a las trompetillas del resto de los trajes.

Mientras los hombres trabajaban, Sigurd me comentó:

—¿Sabe, Irna? Esto me recuerda a las andanzas de un caballero español del cuál oí, en una ocasión, una zarzuela.

—¿Una zarzuela?

—En efecto. —Movi6 afirmativamente la cabeza, dejando que los pelos de su barba resbalasen por el ventanuco—. Se trataba de Sindulfo García, un científico de la bella ciudad de Zaragoza. Según asegura el autor, el prodigioso Sindulfo inventó una máquina a la que bautizó «anacronópete<sup>[26]</sup>», y que servía para viajar a través de las auroras bonancibles no del espacio, sino del tiempo.

Le miré, impresionada.

—Qué imaginación la del libretista. Nunca oí hablar de un ingenio capaz de semejante hazaña.

—Creo que un escritor inglés de cierto renombre está usando un concepto similar para escribir una novela, ahora mismo, pero Sindulfo ya viajó en aras de los siglos hace algunos años. —Miró por otra ventana a la Tierra, donde el crepúsculo se deslizaba rápidamente por las aguas del Atlántico. En los continentes desdibujados comenzaron a brillar algunas luces—. Digo que esta situación me recuerda a su hazaña porque el *Antilops*, bajel en el que hemos surcado los cielos a remembranza de Gulliver, se me antoja una especie de anacronópete, en el que en lugar de viajar por el espacio hubiésemos retrocedido a una época pretérita de la misma Tierra.

Fruncí el ceño.

—¿Quieres decir que la Luna evoca en tu imaginación cómo debió ser nuestro planeta en sus orígenes, antes de todo aquel escabroso asunto del jardín del Edén?

—¡Trágico asunto, sí señor, que condenó a nuestra especie por una decisión desacertada! —sonrió—. ¿O tal vez no? No suelo comentarlo en voz alta, pero siempre me he sentido muy afín a la forma de razonar de Eva. La alternativa que tenían, ella y el abovinado macho de la especie con el que vivía, era subsistir eternamente en una especie de borreguez bucólica, sin hacerse preguntas ni interesarse por cómo funcionaban las cosas. O eso, o alargar la mano y coger la manzana del conocimiento. ¡El fruto de la ciencia! Estando yo en su lugar, me temo que también habría escogido la manzana.

—Una interesante reinterpretación del mito —concedí—. Por lo tanto, la serpiente que infectó a Eva con su veneno era la curiosidad científica, ¿no? Algo contrario a Dios desde el comienzo de los tiempos.

—¿Qué habría hecho usted, Irna? —Me miró con intensidad—. ¿Habría escogido la placidez bovina, andando desnuda y feliz por los montes sin atreverse a mirar más allá de las barreras, o daría a luz a su propia serpiente?

Hice un mohín.

—Supongo que, en una situación así, me dejaría morder con gusto. Luego inventaría un anacronópete y retrocedería al momento de la Creación para convencer a Dios de que no fuera tan severo e hiciera las cosas de otra manera. Seguro que, como mínimo, se habría dignado a escuchar mis argumentos.

—¡Cuidado, porque Sindulfo hizo eso mismo: aceleró hasta el mismísimo comienzo de la Creación, y allí murió cuando estalló su máquina! —Compuso una expresión triste—. Puede que ese sea el trágico destino de los pioneros: morir solos y desamparados si intentan llevar su pasión, el arriesgado mordisco a la manzana de Eva, al extremo de la locura.

Miré por el ventanuco a las figuras de Arno, Dass y Nicha, que se disponían a iniciar el descenso.

—Ojalá no sea ese el destino de *todos* los pioneros, Sigurd —deseé—. Ojalá no lo sea.

## XVII

### Del diario de Nordhal Dass (en taquigrafía)

*11 de Octubre. Descendiendo por una grieta lunar. Había un elemento en este paisaje que me recordaba algo, un rasgo que me era tremendamente familiar y a la vez extraño, pero se me escapaba qué podía ser...*

Era una emoción desasosegante. La sensación de que yo ya había estado antes en aquel anfiteatro alienígena, aquel proscenio tenebrista entintado de claroscuros, cosa imposible. Pero el *déjà vu* era tan fuerte como cuando alguien que conocía me invitaba a pasar a su casa, una casa donde yo había estado mil veces, y las palabras y los gestos eran siempre los mismos.

Arno estaba bien sujeto a la cuerda. No nos mintió cuando hizo alarde de su pertenencia a una sociedad de escaladores, pues sus movimientos eran seguros y rápidos. Un pie después de otro, una mano aquí y una rodilla allá, fue desapareciendo paulatinamente entre la niebla a medida que ganaba metros y se separaba de la cima. En la Tierra le habría resultado difícil pasar hacia atrás tantas páginas de su vida de golpe, hasta regodearse en las notas a pie de página de su juventud, pero la Luna te ofrecía una gravedad con la que podías discutir y un horizonte lo bastante cercano como para agarrarlo con las manos.

—Sujétalo fuerte —dijo Nicha. Su voz me llegaba a través de la trompetilla del casco, por el «enlazador».

—Tranquilo. —Apoyé los pies entre dos rocas—. Pesa lo mismo que un niño de nueve años.

—Sí, pero un tirón de la cuerda podría arrastrarnos al fondo. Piensa que si bien el peso es mucho menor, la inercia también se multiplica.

Dejé de discutir y me incliné más hacia atrás, como si estuviese apoyado en el vacío. No, no voy a llamarlo vacío: allí había aire. Tenue, refulgente, posiblemente venenoso para el ser humano... pero aire. Incluso había momentos en que nos movíamos y el ruido de nuestras pisadas, hundiéndose en el polvo, llegaba amortiguado a nuestros oídos.

El único momento en que tuve miedo fue cuando perdimos a Arno de vista. La niebla duplicó su sombra y la convirtió en un manchón confuso. Al rato, lo único que

quedaba para atestiguar su presencia era el tubo de la manguera, que partía de nuestras manos y oscilaba suavemente en la bruma. He de confesar que Arno nunca me cayó demasiado bien, sobre todo por aquel amago de amenaza que me hizo de no acercarme a su adorada Irna, como si fuese un león defendiendo a sus hembras. Qué dislate. Como si una mujer así pudiese ver algo en mí que la atrajera.

Pero una cosa tengo que concederle: en aquellos momentos se comportó como un valiente. Él sabía que ninguno de nosotros tenía tanta experiencia en escalada, y se ofreció voluntario a pesar de que, durante unos interminables minutos, estaría solo. Completa y devastadoramente solo, en un entorno en el que cualquier cosa podía matarle. No es lo mismo estar solo en una selva o en un desierto terrestre, ni siquiera flotando a la deriva en medio del océano, que aquí arriba, en un entorno frío y hostil, lleno de miles de nuevas formas de acabar con la vida de un hombre.

Creo que Arno, cuando descendió al fondo de aquella grieta, estuvo más solo que ningún otro hombre antes en la historia. Más que cuando el inglés John Franklin, hace pocos años, se acercó demasiado al paso noroeste del Ártico canadiense y desapareció con toda su tripulación. Más que cuando Moisés subió al monte de las revelaciones y se trajo sus pesadas tablas de la Ley, y el cincel con el que las había tallado. Más incluso que Gilgamesh cuando, en las orillas del río de la vida, encontró el secreto de la eterna juventud y a su insigne antepasado.

Arno llevaba consigo al único pasajero que habíamos traído para hacernos compañía en esta aventura, y que no era humano: el periquito Balnibarbi, al que Anok le había cogido tanto cariño desde que se supo que su destino sería acompañarnos a la Luna. El pequeño Balnibarbi estaba metido en una jaula presurizada, llena de aire y mantenida caliente por un depósito de brasas que llevaba en la parte inferior. Más que una jaula, pues no tenía barrotes, era una especie de campana de cristal con una puertecita. Irna había insistido en traerlo después de enterarse de que los americanos llevarían parejas de perros, para soltarlos y ver si se reproducían y se aclimataban a la Luna... pero yo sabía que la presencia del pájaro iba a sernos más útil que eso.

El pájaro se había mantenido más o menos calmado durante todo el viaje, una vez se le pasó el susto del despegue. De haber sido él yo no lo habría estado tanto, pues si conociera su destino seguro que trataría de hallar un modo de escapar y salir volando. Aunque no tuviese adonde.

En efecto, el papel que el ingenuo periquito iba a desempeñar era meramente científico, ya que nos diría si el aire de las grietas era respirable o no. Una vez Arno se afianzase en un saliente, abriría la puertecita y dejaría que la naturaleza siguiese su curso: Balnibarbi inhalaría el aire lunar, diciéndonos si el susodicho gas era apto para los humanos o no. ¡Ventajas de compartir aparato respiratorio y eritrocitos con muchos otros animales de nuestro mundo! Así sabríamos si teníamos que seguir dependiendo de nuestras reservas de aire o si, por el contrario, podíamos inhalar con fuerza y sin temor esa misteriosa mezcla.

Una pregunta que venía una y otra vez a mi cabeza era la siguiente: si aquello era aire, ¿cuál era su origen? ¿Qué clase de proceso químico lo generaba en las profundidades, para ascender víctima de la fuerza centrífuga de la Luna o de la seducción de la Tierra? Era innegable que no habíamos visto ningún tipo de vegetación que pudiese producirlo, aunque es cierto que esa vegetación podía no ser externa, sino intraselenita, y florecer en cuevas y angostos pasajes allí donde no llegaba la luz del sol. Pero entonces, ¿qué usaban como catalizador de la fotosíntesis?

Estaba perdido en esas cavilaciones (y en la lástima que sentía por el pobre periquito, a pesar de su enorme contribución a la ciencia) cuando la manguera se relajó. Miré a Nicha por la ventanita derecha de mi casco.

El ruso preguntó por el enlazador:

—¿Arno, me oyes? ¿Ha ocurrido algo? —Silencio—. ¿Estás bien?

Nada más dejar de hablar, otra voz a la que había estado pisando reconquistó el uso de la línea (el enlazador solo permitía hablar a una persona a la vez, ocupando todo el canal). Era la de Arno.

—... ¡Oh bien! ¡He llegado a una especie de saliente, aunque la sima es mucho más profunda! Apenas puedo ver el fondo desde aquí.

—¿Qué ves ahí abajo?

—Unas rocas preciosas, cuyos nombres seguro que vosotros adivinaréis. Lo que es yo, no tengo la menor idea. —Su voz llegaba nítida, como si me estuviese hablando justo al lado de la oreja—. Pero hay... hay algo muy raro. —La voz nos llegó entrecortada—. E... l... ga... s...

—¿Qué dices? —pregunté, dándome un golpe en el casco como si eso pudiese mejorar la señal—. ¿Qué pasa con el gas?

—Parece emanar de la propia roca —dijo la voz de Arno, recuperando la fluidez—. Es como si esta pared estuviese hecha de corcho de alcornoque en lugar de piedra, y se evaporara al contacto con la luz.

—¿Has hecho el experimento con Balnibarbi? —inquirió Nicha, pisándome la siguiente pregunta.

La voz de Arno volvió a llenarse de nieve, como si allá abajo hubiese algo que distorsionara el impulso que corría por dentro del cable. La potente sensación de déjà vu regresó, y más fuerte que antes.

—Negativo. Procedo ahora mismo a abrir la puertecita de la jaula.

Resulta imposible describir lo preocupados que estábamos ante el veredicto de un simple pajarillo, por las consecuencias inimaginables que pudiera tener para nosotros.

—A ver, abriendo la puertecita... ya está. —Unos segundos de espera—. Creo que se está poniendo morado, aunque podría ser un efecto óptico. La luz se comporta de manera muy rara aquí abajo. —Más silencio. De repente, un grito—: ¡Válgame el cielo!

Nicha y yo brincamos de tal manera que casi saltamos dentro de la sima.

—¿Qué dem... onios ocurre? —pregunté de sopetón, tropezándome con mis

palabras.

La voz de Arno remontó el cable, llena de entusiasmo:

—¡Sigue vivo! ¡Ha pasado más de un minuto y el pequeño Balni aguanta!

—¡Hurra por el pájaro! —nos llegó desde la cápsula. Los demás habían montado una especie de celebración, con danza india alrededor del Griego incluida. Parecía como si la transmutación de aquel gas en algo tolerable por nuestra sangre hubiese sido mérito del pajarillo.

—La primera parte del experimento ha salido bien —dijo Irna—. Pero queda la más importante.

—Lo sé —contestó Arno, nervioso. La manguera que se perdía en la niebla se agitó como una anaconda, queriendo estrangular el gas que circulaba por fuera y por dentro de ella—. Queda por saber si también es inocuo para los humanos. —Reflexionó durante unos segundos—. ¿Me quito la escafandra? Soy el que mejor situado está, con más volumen de gas alrededor que vosotros.

Irna casi rompió la lengüeta del enlazador de la efusión.

—¡Negativo! Repito, negativo. Tenemos que someter a Balnibarbi a un periodo de cuarentena. Que no haya muerto instantáneamente no significa que el aire no sea venenoso. A lo mejor colapsa su sistema circulatorio dentro de un rato. Hay que esperar.

—Estoy de acuerdo —opiné—. Además, me gustaría analizar al microscopio una muestra de esa roca que se sublima con la luz. Arno, ¿puedes raspar un poco de ese «corcho de alcorcho»?

—Claro que sí —chasquido—, espera un minuto.

Miré a Nicha por la ventana enrejada del casco.

—¿Crees que tiene algún sentido?

—¿Lo de la sublimación de la roca? —Debió encogerse de hombros, pero el pesado traje apenas mimetizó el gesto—. Tal vez. La sublimación inversa permite la concreción de algunos cristales de roca a partir de los gases del magma. El proceso contrario podría ser posible a temperaturas realmente elevadas, pero... —Señaló la grieta—. Aquí falta el calor. Y que la mezcla resultante sea respirable... me parece inverosímil.

—Es como si esas rocas encerrasen una buena cantidad de oxígeno y nitrógeno —discurrí mientras tiraba de la cuerda—. Y son sólidos demasiado concretos, no hidrocarburos blandos como el naftaleno. Para que una piedra libere gas sin estar sometida a un incremento térmico, tendría que...

—Estar hecha de oxígeno fosilizado —comprendió Nicha—. Pero creo que ni siquiera la Naturaleza sabe hacer eso. ¿Sabes tú?

—Yo no.

La conversación murió ahí, porque el guante de Arno ya surgía de la niebla, palpando frenéticamente el borde de la sima. Sostuve bien la cuerda mientras mi compañero le ayudaba a subir. Arno llevaba en la mano la campana de cristal del

asustado periquito, que aleteaba chocando contra las paredes.

*12 de Octubre. Fin del periodo de cuarentena. El periquito sigue vivo, lo cual es una magnífica noticia. Aunque es cierto que se ha vuelto un poco morado, lo que no me gusta tanto.*

Al amanecer del día siguiente nos hallábamos los siete reunidos dentro de la cápsula, contemplando en silencio al pajarillo. Seguía vivo y en aparente buen estado (incluso había recobrado el apetito, y picoteaba con avidez), pero sus plumas se habían decolorado, adquiriendo un tono virado al azul turquesa que no parecía natural.

Anok le acarició la cabeza y el pájaro saltó a su dedo, para seguir comiendo desde allí.

—No parece estar sufriendo —comentó Sigurd—. Salvo por el detalle de la decoloración, yo diría que es el periquito más sano que he visto.

—¿Has estado en Sudamérica? —preguntó Asha—. Se dice que estos pájaros vienen de allí, y que hay más razas de ellos que de gatos y perros juntos.

—No lo sabía. Pero no me extraña. —Le acarició el pico—. Son unos animalillos muy adaptables y testarudos.

—Puede que eso también se aplique a los humanos —terció Irna, sentada en su catre con las piernas cruzadas—. Si este animal ha sobrevivido, es que ese gas no es del todo dañino.

—¿Del todo...? —Arno elevó una ceja—. ¿Cómo se puede estar tranquilo ante un «del todo»?

La capitana (le habíamos adjudicado ese título por sufragio popular, aunque nos faltaba un casco dorado con penacho para regalarle) se volvió hacia mí, que estaba enfrascado en el análisis con microscopio.

—¿Cómo vas, Nordhal? ¿Tienes los resultados?

Me costó separar el ojo del aparato, pero lo hice con una amplia sonrisa.

—Sí. Y debo decir que son muy, muy prometedores.

—Déjame ver —pidió Nicolás, suplantándome ante la placa de muestras.

—Por un lado, lo que Arno bautizó hábilmente «corcho» debido a su aspecto esponjoso, es realmente una matriz de gases fosilizada —continué, como si estuviese dando instrucciones a mi cuadrilla de laboriosos *et alia* sobre la corrección de un texto—. Y además, es fotótropa, esto es, capaz de reaccionar de algún modo a la luz y «moverse» hacia ella, aunque lo que desplaza no es su masa, sino la orientación de sus enlaces. Esto crea una vibración que desprende calor y moléculas, y éstas a su vez forman el vaho.

—Es increíble... —dijo Asha, impresionada—. ¿Se sabe de algún material que presente esas características en la Tierra?

—Ninguno, pero quizás sea porque, para cristalizar, necesite lo único que tenemos en este entorno que sería imposible reproducir en nuestro planeta: baja gravedad durante un intervalo de solidificación de miles de años. Es lo que yo

llamaría, con el consentimiento de mi colega aquí presente —hice un gesto hacia Nicolás, que exhaló un gruñido—, *hipogravitas crystallus*, o cristal endurecido a baja gravedad. Por consiguiente, yo...

—¿Pero cómo es que los gases «fossilizados», como tú dices, son respirables por el género humano? —interrumpió Asha—. ¿No sería más común encontrar gases producto de la geotermia lunar que contuvieran silicatos, en lugar de oxígeno y nitrógeno?

—Pues... para eso aún no tengo respuesta —carraspeé—. Sin embargo, puestos a elucubrar, yo diría que es obvio que en otro tiempo hubo aire respirable en la Luna. Y ese aire, por procesos de la dinámica interna del satélite que no puedo comprender, se cristalizó formando estructuras volcánicas.

—Que reaccionan ante la luz —apuntó Arno.

—Que son fotótropas, para colmo de males —asentí—. Todo un desafío para la ciencia. Me gustaría llevarme unas muestras de este material de regreso a la Tierra, para...

—¿... fardar ante los concilios de medio mundo? —bromeó Sigurd.

—Sí, más o menos —respondí, un poquito ofendido—. Pero tengo derecho, ¿no? Por algo he subido hasta aquí arriba.

—Has subido porque huías como un conejo asustado de los cañonazos, y ésta era la única madriguera segura —puntualizó Arno.

—Está bien, basta de peleas —interrumpió Irna—. Nordhal, ¿qué más has descubierto? ¿Por qué decías que los hallazgos son muy prometedores?

—Ejem. —Hice el gesto de asegurar una corbata a mi cuello—. Creo haber encontrado restos de teluro, un polvillo semimetálico soluble en agua regia, que en ocasiones se encuentra presente en las minas de oro. Habría que bajar a esa sima para hacer pruebas, pero la presencia de este mineral podría ser una pista de que hay pepitas cerca.

—Apoyo la moción —dijo Arno de inmediato—. ¿Quién quiere acompañarme esta vez?

—Bueno, yo no he dicho que sea seguro. De hecho, el teluro ocupa el lugar número setenta y ocho entre los elementos más comunes en la corteza terrestre, y el oro solo el tercero. Además, si no encontramos una veta de cuarzo, la cuna primordial de ese metal...

No pude seguir con la exposición de las teorías que rondaban mi cabeza, porque me sobresaltó la potente voz de Anok. Hacía tanto que no hablaba, a no ser en voz baja, que cuando aquel vozarrón llenó la cápsula no hubo nadie que no hubiese querido saltar al techo y clavar las uñas.

El indígena vociferó algo así como:

—¡Shamepuek!

—«Hay algo ahí fuera» —tradujo Nicolás—. Es el grito de los cazadores de morsas cuando hacen sus iglúes al norte del país.

—¿Algo? ¿A qué se refiere con *algo*? —preguntó la princesa, intranquila.

Creo que no tardamos ni medio segundo en pegar nuestras narices a los cristales, observando una llanura que parecía especialmente tenebrosa.

—Debe haber sido una ilusión —sugirió Arno, medio en broma—. Una sombra sesgada por el intenso blanco de la llanura.

—Estoy de acuerdo —dije con acento jocoso, para disipar la tensión—. ¿Quién iba a andar a sus anchas por fuera de la cápsula, si está visto que aquí no hay...? —Iba a decir «aire», pero cerré la boca.

Nicolás parecía menos optimista. Al ver su cara de inquietud, Irna le preguntó:

—¿Estás bien, Nicha? ¿Qué es lo que piensas?

El ruso miró muy atentamente a Anok, que seguía con la vista clavada en la llanura como un lince al acecho.

—Anok procede de un antiguo linaje de cazadores y tramperos, entrenados desde hace cientos de generaciones en el arte de la observación. Si él dice que vio algo moviéndose, es que lo vio.

Eso logró sumir la cápsula en un silencio pesado, tan incómodo que, al rato, no me quedó más remedio que tragar saliva y romper el hielo.

—Bueno, no dudo de las facultades de nuestro amigo, pero podría haber sido una roca desplazándose, cayendo por una de las simas, ¿verdad, Anok?

El indígena me miró, con unos ojos glaciales que confirmaron al instante la historia de Nicha sobre su linaje, y volvió a mirar fuera. Al otro lado de los ventanucos no había sino un paisaje desolado, con la bruma formando inquietantes remedos de garras y la luz proyectando sombras chinescas sobre las montañas del fondo. Nada más. Ni un movimiento, ni la más mínima sombra de vida. Solo muerte y silencio.

—¿Y qué fuerza la desplazaría? —preguntó Sigurd—. Porque no hay viento, y yo no he sentido ningún temblor.

—Yo tampoco —murmuró la princesa, pegándose todo lo que podía (sin renunciar al decoro) al indígena, que seguía escrutando el exterior.

—No nos pongamos nerviosos —dijo Irna, con voz grave. Y luego de mirar al pajarillo y comprobar que estaba bien—: Va siendo hora de que intentemos otra salida. Arno, bajarás acompañado por Nordhal y por mí. Los demás esperaréis aquí, y... —miró de reojo a la ventanilla, no demasiado convencida— echad un vistazo de vez en cuando, a ver si averiguáis qué ha visto nuestro amigo el trampero.

Espoleados por la avaricia y el afán de obtener resultados, nos pusimos otra vez los trajes (no sé cuántos kilos había perdido ya ahí dentro, pero seguro que eran unos cuantos) y salimos a la llanura. Esta parecía distinta a la vez anterior. Nuestras huellas seguían allí, sin precipitaciones que las borrasen, y me pregunté si durarían hasta que otra expedición, dentro de quién sabe cuántos años, volviera a este lugar y las borrara.

Mis ojos se pasearon por las grandes piedras que brotaban como setas de la

llanura, testigos de un cataclismo sucedido hacía eones. El sol pintaba sombras tan densas en su base, tan oscuras, que parecían bocas hambrientas capaces de tragarse a cualquier intruso.

¿Sabes esa sensación que tienes cuando eres niño de que no estás solo, y que algo que no ves y es decididamente horrible está oculto detrás de cada objeto?

Yo tenía esa sensación.

Puede que fuera producto del temor desatado por el indígena de las narices, pero miré a aquellas rocas y me pregunté, en serio, si habría algo escondido detrás. Y cuánto tardaría en correr hasta nosotros si salía de repente de su escondite. ¿A qué distancia estaba la piedra grande más cercana, quince metros, veinte...? ¿Cuánto suponía eso para un plusmarquista lunar?

Una mano me sacudió el brazo.

—Espabila, Nordhal, que no tenemos todo el día —dijo Irna, aproximándose a la sima. Arno había vuelto a atarse los cables e iba a ser el primero en descender. Miré a la Tierra y la vi aureolada por un aro dorado intenso, un eclipse de sol que hacía resplandecer los océanos como enormes planchas de bronce. En cuanto volviese a salir por el otro lado, el sol desataría nuevas sublimaciones masivas de la roca de aire, y el volumen de gas que surgía de las grietas aumentaría.

¿Estarían acostumbrados los selenitas a esas tormentas de luz? ¿Serían capaces de predecirlas igual que nuestros meteorólogos saben leer los cambios de tiempo en las oscilaciones del aneroide?

En todo caso, si yo fuese uno de esos expertos en meteorología lunar, usaría más el pirheliómetro<sup>[27]</sup> que el barómetro para hacer mi trabajo.

Arno se perdió en las profundidades. Irna le siguió, mientras que yo me quedé arriba para controlar las cuerdas y las mangueras. Los comentarios que iban haciendo según descendían me llegaban me a través del enlazador como murmullos de sorpresa:

—Por Dios, Arno, esto es... increíble —decía Irna—. Mira esos estratos. ¿Qué clase de piedra es esta? ¿Por qué brilla tanto?

—La otra vez encontré un saliente... espera, tiene que estar por aquí. —Se superponía la voz de Arno.

—Es de una belleza catedralicia. —Otra vez Irna—. Nordhal, tienes que ver esto. ¿Qué pueden ser esos destellos que se reflejan en los cristales?

—¿Destellos? —se extrañó Arno—. La otra ocasión no vi ningún destello. Espera... sí, es como si la roca palpitase con vida propia, como si condujera alguna clase de pulso energético...

Se hizo el silencio.

Mis compañeros seguían ahí, lo sabía por las respiraciones y jadeos que de vez en cuando me llegaban por el enlazador. De repente, una maldición: era Arno, que había vuelto a subir trepando.

Lo ayudé a encaramarse a la pared y salir de la sima.

—¿Todo bien?

—Sí —sacudió afirmativamente la cabeza, aunque el casco apenas se movió. Estaba hecho un mar de sudor, tanto que pensé que su escafandra se convertiría en una pecera con nerviosas holoturias si volvía a bajar—. Tienes que echarle un vistazo a eso, Nordhal. Y también Nicha. Es portentoso.

—¿Qué habéis descubierto, una casita de caramelo?

—Uhm... mejor míralo tú mismo.

Me ayudó a descender. De solo cinco saltos estuve abajo, los pies apoyados en un saliente y tan inmerso en la niebla que apenas podía verme a mí mismo. Distinguí una mancha grisácea abriéndose paso dentro de la bruma, y mi corazón se aceleró. Las imágenes de un depredador selenita, evolucionado para capturar presas en el subsuelo, volvieron a mi mente.

Lo que salió de la bruma no tenía nada que ver con monstruos. Era un ser humano, y más en concreto Irna. No había reconocido su silueta de mujer-buzo por una razón muy sencilla.

Se había quitado el casco.

—¡Irna! —proferí, aterrado—. ¿Qué estás haciendo, por todos los...?

—Cálmate, Nordhal, el aire es respirable —dijo con tranquilidad. Había esperado a que Arno se fuese para hacer la prueba, desatornillando el casco e inhalando aquel malsano puré de guisantes. Sabía que si él estaba cerca no la dejaría hacerlo. Y había que salir de dudas.

—Pero es... es peligroso. ¿Y si te vuelves de color violeta como Balni?

La aristócrata arrugó su naricilla respingona. Parecía estar conteniendo un estornudo que se negaba a salir.

—La verdad es que huele raro. Como el aire que lleva mucho tiempo dentro de una cripta, sin renovarse. —Sonrió—. Pero es respirable. Esto nos ahorrará tener que regresar tan pronto a la Tierra. De hecho —hizo un mohín—, si lográsemos encontrar comida y agua potable, no tendríamos que preocuparnos por regresar en mucho tiempo.

—Yo quiero volver —precisé—. Cuanto antes, mejor.

—Lo sé, Nordhal. Me refería a que podríamos dejar una estación permanente en el satélite, custodiada por una persona o dos, mientras los demás regresan para dar la buena nueva.

No le pregunté quiénes estarían tan locos para quedarse meses o años en la Luna, en lo que se tardaba en montar otra expedición (y en encontrar otro volcán). Estaba claro, por su manera de mirarme, de tocar la roca y la misma bruma que había a su alrededor, que pensaba ofrecerse voluntaria si se daba el caso. Y conociendo a Nicha, a lo mejor le hacía compañía.

—Ven —me pidió, sacudiéndose las gotitas de vapor condensadas en la frente—; tienes que verlo por ti mismo.

La seguí, intrigado. La cornisa parecía estrecha, pero se ensanchaba

sensiblemente unos cuantos metros más allá y acababa en una serie de cuevas que llevaban al interior del cráter, justo debajo de donde estaba apoyada la cápsula. Más allá de la cornisa, era imposible precisar cuánto duraba la caída. El fondo podría estar a solo un par de metros, o continuar en línea recta hasta el centro de la Luna. Empujé unas piedras con la bota y las vi desaparecer en esa indeterminación; por lo pronto, aunque aquel aire transmitía magramente los sonidos, ninguno nos llegó de vuelta.

Penetré en el subsuelo siguiendo los pasos de Irna. Al principio me llamó la atención la piedra de corcho, como la había llamado Arno. Era una epidermis porosa y agrisada que recubría las paredes, con bastantes centímetros de profundidad (como descubrió mi piolet al escarbar un poco, hundiendo la piocha hasta la contera), que crecía como coral sobre un basamento de granito. Era como ver una eflorescencia de silicatos, o más bien, un estallido de cristales de aire prisionero.

La luz de mi linterna de gas (todos llevábamos una adherida al traje, en el peto) quemó literalmente la pared, dejando una cicatriz de la que brotaron volutas de humo. Era cierto lo que mencionaron Irna y Arno sobre los raros destellos que la bañaban con cascadas de luz, como si la piedra palpitase con energías internas. Pero más bien me pareció un efecto de rebote, el eco de un resplandor producido en el farallón de roca, que aquella epidermis amplificaba y transmitía por la superficie.

Fuera lo que fuese lo que lo estaba originando, no estaba frente a nosotros.

Pero no era eso lo que Irna quería mostrarme. Hizo un gesto para que la siguiese, entrando por un túnel que se volvía tan estrecho en determinados tramos que teníamos que ponernos de perfil para pasar. El conducto desembocó en una caverna enorme, un paisaje inesperado que me dejó con la boca abierta.

Para entonces ya me había quitado el casco y respirado aquel aire insalubre, por lo que si me cayó saliva de los labios como a un niño absorto en la contemplación de un juguete, ésta goteó en el suelo y no en mi traje. No era para menos. En primer lugar, la caverna no necesitaba de columnas que reforzaran la bóveda a modo de sala hipóstila, pues la gravedad permitía que la Naturaleza excavase un agujero de cientos de metros cuadrados y no preocuparse de colocar vigas. ¡Lo que habría dado Mangolfini, diseñador de la sala de las columnas del veneciano palacio del Dogo, por haber trabajado en un entorno similar!

La gravedad también era culpable del aspecto algodonoso y colmado de suaves elipses del techo. Estas elipses, blandas y tatuadas con curiosos arabescos al estilo de los anfiteatros magmáticos, en las faldas del Vorankrakoa, parecían el producto de un moldeado suave, más líquido que gaseoso, que hubiese endurecido la piedra de aire durante miles de años.

No tardé en darme cuenta de lo que realmente pasaba allí: lo que estaba viendo eran estalactitas lunares, ni más ni menos, creadas por la filtración de algún tipo de líquido que en su día corrió por estos túneles, y que la gravedad no tenía fuerza para arrastrar hasta el nivel inferior, sino que lo mantenía en constante flujo y reflujos por el techo. No me extrañaría que en un pulso entre gravedad lunar y tensión superficial

del agua venciese ésta última. Por eso no encontrábamos cavernas espinosas y abruptas, sino algodonosas como el interior de una esponja de mar.

—Hermoso, ¿verdad? —se maravilló Irna, la mirada perdida en los reflejos cuya ignición causaban nuestras lámparas. Su voz se refractaba en laberintos efímeros, juegos de damas a medio camino entre la presión y el vacío, triturándola a veces y en ocasiones haciendo que poseyera la fluidez de la música céltica.

—Una vez más, Irna, confundes el adjetivo —murmuré—. Esto no es hermoso. Es... celestial.

—Empieza por el análisis de los estratos, a ver si hay algo útil —dijo la Irna empresaria, enterrando bajo capas y capas de materialismo, una vez más, a la Irna poeta—. Voy a pedirle a Nicolás que baje.

—De acuerdo —murmuré, aunque ni siquiera me di cuenta. Estaba absorto admirando milenios de historia atrapada en la piedra, escuchando las leyendas que ésta me contaba. Historias sobre bólidos helados que caían del cielo, dejando su impronta en el lecho de antiguos mares ya evaporados.

Sí, la Luna tenía muchísimas historias que contarnos, y nosotros poco tiempo para escucharlas.

Advertí que me había quedado solo. El latigazo de miedo volvió a sacudirme, pero mi cerebro estaba tan absorto en el análisis de aquellos tesoros líticos que apenas le dio importancia. Irna volvería pronto con Nicha y los otros, y para entonces yo ya sabría si el concepto de «hallazgo útil» significaba lo mismo para mí que para la aristócrata.

Entonces me di cuenta de algo.

Me aproximé a una de las paredes, que se curvaba cansinamente hacia arriba como un melón hueco. En aquel corte longitudinal de los estratos había algo... inquietante. No conozco otra forma de definirlo.

Acaricié con la mano una franja muy fina de mineral, encajada como el requesón de una tarta entre capas de nata almendrada. Estaba lleno de reflejos cristalinos, constelaciones enteras de estrellas cautivas en diminutos cristales. Esos cristalitos, a su vez, no tenían una forma común: parecían copos de nieve hechos de cuarzo, una estructura demasiado compleja como para que la adoptara ese mineral, incluso en aquel entorno.

La sombra de una sospecha comenzó a rondarme la cabeza.

Irna apareció un rato después, junto con Arno y Nicha. Supuse que los otros vendrían detrás. Una vez decidido que no llevaríamos los cascos, no nos teníamos que ceñir a las restricciones que imponía el alimentador de aire.

La sombra de Nicolás se proyectó a mi derecha. Me encontró arrodillado frente a la lasca de estrellas, en lugar de estar haciendo lo que Irna ordenó, pero me daba igual.

—¿Qué has encontrado, Nordhal?

—Oye, Nicha —susurré, con ese aire distante de persona-docta-trabajando—.

¿Qué dirías que es esto?

La incredulidad se asomó a su cara.

—Si te digo la verdad, no tengo ni la más remota idea. Parece un mineral nuevo.

—Eso pensaba. ¿Habías visto alguna vez este tipo de cristalización?

Nicha sacudió la cabeza.

—Nunca. Ni siquiera creo que sea posible en la Tierra.

—Eso me temía —barrunté.

Irna también se acercó.

—¿Qué es eso, radio? ¿Oro?

—No, Irna —dije con paciencia—. Es... bueno, creo que podemos desempolvar nuestro latín para ponerle nombre, porque o estoy muy equivocado, o nadie ha visto jamás algo similar en nuestro planeta.

La aristócrata examinó los cristales con renovado interés.

—Un mineral desconocido... muy interesante. Sospechaba que podría darse esta situación. ¿Qué propiedades crees que tiene, Nordhal? ¿Podría servirnos para fabricar algo?

Me aparté un mechón de cabello de la frente, que me estaba haciendo cosquillas. El sudor lo había apelmazado hasta volverlo cortante.

—Lo que más preocupa no es eso, sino que la presencia de este material pone en jaque o bien una teoría sobre la formación de la Tierra, o bien otra sobre la formación de la Luna. Pero la equivalencia entre ambas ha dejado de ser cierta.

—¿A qué te refieres?

—Hasta ahora se pensaba que los minerales encontrados en el manto terrestre eran los únicos que existían —explicó Nicha, sumándose a mi perplejidad—. Hace casi dos décadas, un químico alemán llamado Julius Meyer enunció una ley química, según la cual las propiedades de todos los elementos son funciones periódicas de sus masas atómicas. Basándose en eso dibujó una tabla, la tabla periódica de Meyer.

—Aunque un compatriota tuyo afirmó haberlo hecho un año antes —señalé.

—Sí, y le pagaron echándole de la universidad por sus ideas reformistas<sup>[28]</sup>. En fin —prosiguió—, una vez rellenos todos los huecos de esa tabla, no quedaba espacio para nuevos materiales. La totalidad del planeta Tierra tenía que estar formada por los ya conocidos, salvo en regiones del núcleo donde las temperaturas son tan elevadas que, literalmente, no tenemos ni idea de lo que ocurre allí.

—Sin embargo, la presencia de este nuevo material, a esta temperatura y presión tan bajas —razoné—, demuestra que o bien la tabla periódica de Meyer es errónea, cosa poco probable, o bien...

Nos miramos. Casi no nos atrevíamos a revelar en voz alta nuestras sospechas.

—¿O bien qué? —preguntó Arno, de fondo—. ¡Contestad, maldita sea, dejad de haceros los interesantes!

—O bien el origen de la Luna no está tan ligado al de la Tierra como se pensaba —concluí—. Si en su masa hay un alto porcentaje de minerales exóticos, podría ser

que no se desgajó del planeta madre debido a un cataclismo, como muchos defienden. Podría ser que la Luna fuese un... «planeta», en el sentido más amplio del término. Un visitante no invitado en el Sistema Solar.

—No lo entiendo.

—Planeta significa «errante» —aclaró Nicolás.

—¿Queréis decir que este satélite fue en su día un cuerpo que vagaba por el espacio, y que fue pescado por la gravedad de la Tierra? —preguntó Arno, estupefacto.

Incliné la cabeza a un lado, fingiendo impotencia ante los datos que el mineral presentaba para su evaluación.

—Podría ser. Sí, ésa es una buena explicación.

En ese momento llegaban más personas a la cueva, todos los que quedaban en la cápsula. Tras los primeros momentos de oooohhhh y aaaahhh, que les dejamos disfrutar, pregunté:

—¿No es peligroso que todos estemos aquí abajo? ¿Y si se sueltan las cuerdas?

—Como siempre, mirando el lado negativo de las cosas, Nordhal —rio Arno—. ¿Qué les iba a suceder a esas cuerdas para desatarse, si las aseguramos con triple nudo a las rocas de allá fuera?

Me guardé para mí mismo la contestación, y el miedo que despertó la advertencia de Anok: *Hay algo ahí fuera*.

Qué frase tan simple y tan aterradora. Maldito indígena de los...

—¡Mirad! ¡Allí! —Di un respingo ante esa exclamación. Había sido Nicha, que se aproximaba corriendo a una de las paredes.

—¡Es oro! ¡Una veta de oro y cuarzo! —anunció, acariciando una franja brillante de la pared que estaba medio oculta por una piel de oxígeno. Estaba que no cabía en sí de gozo.

—¿Estás seguro? —preguntó Irna—. Por Dios, Nicha, dime que no tienes ninguna duda de esto.

—¡No la tengo! Fijaos. —Arrancó con el piolet unos trozos de cristal y piedra. Pequeños puntitos brillantes traicionaban la presencia del valioso mineral en ese afloramiento—. Lo hemos conseguido, Irna —dijo sin más, y la abrazó, dándole un fuerte beso en los labios que puso los pelos de punta a Amo. Irna, lejos de protestar, le devolvió el abrazo y, parcialmente, incluso el beso.

—¡Vamos, subamos a la cápsula! Ya sabemos dónde excavar.

—Ese techo no resistirá la acción del Griego —caviló Sigurd, rascándose la desordenada barba—. Tendríamos que cavar dentro de la pared, no en la cueva, para estar seguros de que no se vendrá abajo.

—En eso tienes razón —confirmó Nicha—. Haré los cálculos topológicos pertinentes. Por lo pronto, vayamos regresando a la superficie; hay que limpiar y engrasar las juntas de la barrena. Están llenas de polvillo lunar por la anterior perforación.

—De acuerdo —dijo Irna—. Nordhal, ven, por favor. Deja de curiosear en ese mineral extraño. Hay mucho que hacer arriba.

—Lo sé, lo sé —barrunté—. Solo quiero llevarme una muestra. —Arno seguía de pie a mi lado. Lo sabía por la sombra que proyectaba contra la pared. Señalé la franja del elemento reflectante (al cual, en mi desatada imaginación, ya le había puesto el nombre de *nordhalio*) y dije con sorna—: Ya te podrás reír de mi negatividad cuando regresemos con una muestra de esto y nos hagamos ricos. Entonces tendrás que reconocer tu falta de confianza, y me invitarás a una buena copa de oporto, para que te perdone.

—¿Con quién estás hablando, Dass? —Era la voz de Arno, que contestaba desde el otro lado de la cueva. También se había acercado a ver el oro.

Pero si él no estaba junto a mí, ¿quién demonios...?

Al volverme hacia el objeto que proyectaba aquella delgada sombra humanoide, me llevé el susto de mi vida.

XVIII

**Del diario de Nordhal Dass (en taquigrafía)**  
**«continuación»**

*12 de Octubre. En el interior de una cueva plagada de misterios. Al borde de un ataque al corazón.*

No era para menos. Porque cuando miré al ser, a la persona que yo creía era uno de los nuestros, vi una imagen que se me quedará por el resto de mis días grabada en la retina:

Era un ser humanoide, con dos brazos, dos piernas y una cabeza, igual que nosotros, pero tan largas que parecían deformes, como si hubiesen injertado los miembros de un gibón en un torso humano y le hubiesen aplastado el cráneo con un torno. La cabeza colgaba inclinada en un ángulo imposible, soldada al cuerpo por un cuello que eran dos tubos de cartílago con un hueco ahusado en medio.

La cosa estaba desnuda, o más bien tenía toda la piel, incluso la del rostro, forrada con una carnosidad porosa que no me costó identificar: era el mismo coral de aire que crecía en las paredes. Sus manos y pies, con las articulaciones dobladas en sentido contrario al humano, tenían solo dos grandes dedos segmentados cada una, finos y negros, y unos espolones de hueso que surgían del talón y de la muñeca y que, bien empleados, podrían hacer las veces de armas defensivas o de pulgares oponibles.

La cosa estaba mirándome fijamente desde las profundidades de su maquillaje de coral. No sé cuántos ojos se escondían debajo, ni si habría inteligencia tras ellos, pero lo que sí distinguí fue un orificio circular, un esfínter del tamaño de un puño, que estaba situado justo debajo del cuello y que al abrirse con una contracción babosa reveló un anillo de dientes afilados.

El alarido que expulsé debió oírse en la residencia de los Maudenhoff, en Brandeburgo. Di un potente salto hacia atrás que me llevó por los aires a través de media cueva, y dio con mis huesos en una de las paredes, cerca de donde estaba Sigurd.

—¡Ay! —gruñí, resbalando por el coral hasta el suelo.

Mi amigo me recogió, sobresaltado.

—¡Cristo! ¿Qué ocurre, Nordhal? ¿Qué has visto?

—¡A... ALLÍ! —grité—. ¡ALLIIIIIIIIÍ!

Todos miraron en la dirección que apuntaba mi dedo, a tiempo para ver cómo una silueta ágil y que no parecía tener huesos, sino fluir como un gel denso y oscuro, se colaba por un agujero del suelo y se esfumaba.

Nos quedamos atónitos, mirando el agujero, petrificados tras nuestros propios rostros.

Anok constató, en un hilo de voz:

—Shamepuek.

No tuvimos tiempo de poner en orden nuestros pensamientos, ni de devolver los corazones a su sitio para que se tranquilizaran, porque justo en ese momento sucedieron dos cosas. La primera, que el brillo pulsante que lamía las paredes se incrementó espectacularmente. Lo que lo provocaba estaba cerca de nosotros, y por la orientación de los reflejos, habría jurado que justo bajo nuestros pies.

La segunda fue que el suelo se resquebrajó. No lo vimos venir, así que poco tiempo tuvimos para ponernos a salvo. La base de la cueva se llenó de astillas como un cristal fracturado y algunas piedras cayeron lentamente del techo, como plumas flotando en el aire de una tarde de agosto.

La zona donde estaban mis compañeros cedió en bloque, y una porción circular de caverna se hundió bajo ellos. Apenas les oí gritar. Contemplé, igual que en una pesadilla, cómo Irna, Asha y Anok se hundían en aquel sumidero de rocas, quedando Nicolás y Arno justo en el borde.

Nicolás reaccionó y agarró a Irna por una mano, pero perdió pie y comenzó una pirueta que lo habría catapultado al foso, de no ser porque Arno estaba cerca para sujetarlo. Era curioso ver todos aquellos movimientos desesperados en baja gravedad; parecía una danza inconclusa de peces ciegos.

Me levanté como pude y fui a ayudar a Arno. Tumbados al borde mismo del pozo, vimos cómo Irna colgaba a muchos metros de distancia de otra caverna mayor que había debajo, en la que seguían cayendo las rocas como una lluvia perezosa. Anok y la princesa habían desaparecido en aquel maremagno de humo y gases liberados del coral, y el intenso resplandor ya tenía una fuente: provenía de un delgado hilo de luz rojizo tendido entre dos cuevas más pequeñas, dos túneles que contribuían a las circunvoluciones de una especie de tracto digestivo de galenas que se extendía bajo el cráter.

—¡Sujétame! —chilló Irna, con el guante resbalando entre las manos de Nicolás. Este podría haberla subido de un tirón, con un solo brazo incluso, pero apenas había conseguido agarrarle los dedos. Nicha estaba contorsionado, con medio cuerpo colgando del abismo y las piernas entre los brazos de Arno.

—¡No la sueltes! —suplicó éste.

—¿¡Qué crees que estoy haciendo, joder!?! —protestó el ruso—. ¡Se me resbala!

—Por favor... —suplicó Irna, con una vocecilla que demostraba que ya había

aceptado lo inevitable. En el segundo siguiente, los guantes de ambos se soltaron y ella cayó al foso.

—¡Noooo! —gritaron a la vez mis compañeros. Sigurd y yo los agarramos para que no saltasen detrás de ella. Era inconcebible: de repente todo iba bien, habíamos encontrado el tesoro que vinimos a buscar y la suerte nos sonreía, y un minuto después... la catástrofe. El caos reinaba a sus anchas, riéndose de nosotros y de nuestra frágil voluntad humana.

Tres personas se habían precipitado ya a un abismo lleno de gas que ni siquiera nos permitía ver sus cuerpos, dónde habían caído o si estaban bien. Y para colmo, el techo de la caverna seguía resquebrajándose. Al mirar hacia arriba y ver el plano de propagación de aquellas ondas de cizalla, adiviné qué parte del cráter sería la siguiente en desplomarse.

—¡La cápsula! —grité—. ¡Las ondas vuelven de rebote hacia la cápsula!

—¿Cómo? —parpadeó Nicha, con lágrimas en los ojos. Solo me estaba dedicando una fracción muy pequeña de su atención; el resto estaba puesto en Irna, y en Anok y Asha. No se los distinguía a ninguno desde aquí arriba.

Aferré a Nicolás por el anillo del traje, con violencia.

—Escúchame, por lo que más quieras. Vamos a morir todos aquí. —Eso logró captar su atención—. El techo de la caverna se resquebraja. Son ondas de rebote, las mismas que provocamos nosotros.

—¿Las que provocamos...?

—¡Con la barrena! —troné—. ¿No lo entiendes? ¡Nuestras perforaciones han taladrado el sustrato de roca, y han roto el frágil equilibrio de estas cuevas! Si no sacamos la cápsula ahora mismo de aquí, se hundirá y quedaremos atrapados en la Luna para siempre.

La verdad, los hechos fríos, fueron calando poco a poco en la aturdida expresión de Nicha. Abrió los ojos como platos, miró al techo y comprendió que estaba en lo cierto. El cráter había sido tan dañado por el Griego, que usamos inconscientemente sin saber que estábamos apoyados en la cúpula de un sistema de cavernas en lugar de en roca dura, que se estaba desintegrando.

—La... la cápsula... —balbuceó.

Le di un empujón.

—¡Reacciona, por el amor de Dios! Tenéis que salir ahí fuera, Arno, Sigurd y tú, desmontar el Griego y preparar la nave para un despegue de emergencia.

—¿Y tú?

Miré abajo, a la red de túneles que quedó al descubierto. El polvo se estaba asentando, y no había rastro ni de nuestros compañeros ni del misterioso rayo rojo. Pero tenían que estar allí, en alguna parte.

—Bajaré a por Irna y los demás —decidí—. No podemos dejarlos aquí.

—Iré yo —dijo Arno, convencido de su implicación en la suerte de su amada—. Es mi responsabilidad.

—Tú conoces el Griego mejor que yo —rebatí, furioso—. Y también los mecanismos de emergencia de la cápsula. —Miré a Nicha y a Sigurd a los ojos, sin pestañear—. Os habéis entrenado para esta situación durante meses. Por favor, dejadme ir a mí. Si no subís ahora mismo y activáis de inmediato el plan de escape, ninguno saldrá vivo de este infierno.

Me miraron en silencio, sabiendo que tenía razón. No les sería fácil admitirlo, así que ni siquiera lo intentaron: se limitaron a darse la vuelta y correr hasta donde esperaban los cascos colgando de las mangueras. Arno me dedicó un asentimiento de cabeza.

Comprendí. Era depositario de más confianza de la que podía manejar. Yo también estaba muy preocupado por nuestros amigos, pero no sabía si estaría a la altura de tanta responsabilidad. O de tanto miedo.

*12 de Octubre. Internándome en las profundidades de la Luna. Solo.*

Descendí a trompicones por el borde del agujero, con el riesgo constante de perforar el traje con alguna arista, hasta que estuve lo suficientemente cerca de la montaña de escombros como para intentar un salto. Eran más de ocho metros de caída, pero si apuntaba a la cima tal vez pudiera llegar planeando.

No le concedí un segundo pensamiento a la valoración de semejante plan, porque sabía que la parte racional de mi cerebro lo desecharía. Así que en cuanto estuve en posición y la idea acudió a mi mente, flexioné las piernas y me encontré a mí mismo volando, literalmente, hacia el centro del foso.

Mis pies tocaron la montaña de escombros. Me hice daño al rodar sobre las rocas, pero más allá de una contusión, unos arañazos y una herida que sangraba en mi mejilla, seguía con los huesos en su sitio. Bajé a trompicones y llegué a un punto en el que varias bocas de galerías se abrían ante mí. La imagen del extraño rayo de luz roja saliendo de aquellos túneles me causó más intriga que pavor. ¿Qué era aquello que había visto con mis ojos? ¿Un fenómeno natural o algo provocado por aquellas criaturas bípedas? Y de ser así, ¿estaría más avanzada su tecnología que la de nuestro planeta?

Esa posibilidad me aterró, sobre todo porque, de encontrar seres inteligentes viviendo en la Luna, mi bagaje cultural de Occidente, producto de una revolución griega y de un Renacimiento que puso muchas cosas en su sitio, pretendía... No, pretendía, no; *exigía* que fuesen individuos gráciles y pacíficos, a ser posible altos, bellos y envueltos en túnicas blancas, que nos diesen la bienvenida con un desfile de flores. Pero aquella cosa, aquel ser inmundo que casi me había matado de un infarto, se parecía más a una bestia, al reducto perdido de una civilización extinta, que a un sabio de peplo alargado y mirada noble.

Me negué a creer que semejante ser pudiese dar a luz una cultura capaz de generar rayos de luz que parecían sólidos. No, si antes no lo habíamos conseguido nosotros. Estaba siendo muy poco científico, lo sé, pero no podía evitar que la misma

carga cultural que me impulsaba a comprender las cosas me llenase el corazón de rechazo ante semejantes monstruos. De hecho, me vino a la mente un experimento que un genio serbio apellidado Tesla estaba llevando a cabo en aquellos años: se trataba de la Torre Wardencllyffe<sup>[29]</sup>, un intento de producir energía capturando las variaciones electromagnéticas del campo terrestre y, de paso, producir un haz de electrones capaz de derribar zeppelines y hundir barcos de ejércitos enemigos. Yo había oído hablar de semejante torre gracias a las Epístolas X, pero no tenía ni idea de si el invento les había funcionado o no.

¿Tendría la cultura selenita su propio rayo Tesla, su haz de partículas asesino? Y si era así, ¿cuáles eran nuestras posibilidades de plantarles cara si resultaban ser hostiles?

Mi fustigada imaginación capturó instantáneas en blanco y negro de una hipotética invasión de la tierra, donde los selenitas, montados en grandes vehículos blindados provistos del rayo de la muerte, avanzaban por las grandes capitales de Europa arrasándolo todo a su paso. Puede que incluso no tuvieran orugas, como nuestros ejércitos, ni caballería, sino ingenios con enormes patas de insecto que los ayudasen a sortear el terreno difícil.

Deseché esos pensamientos, que solo enturbiaban mi mente y me impedían pensar con claridad, y elegí uno de los túneles. Me introduje cautelosamente por él. El silencio era sobrecogedor. No había huellas en el suelo, pero los cuerpos de mis amigos (especialmente el de Irna, que al ser la última en precipitarse debió caer encima de los escombros, no debajo) no estaban allí, así que se los tenían que haber llevado.

Seguí internándome en la galería. Sus rebordes eran demasiado suaves, lo que sugería que era artificial. ¿Horadada por el rayo, tal vez? Lejos, sobre mi cabeza, sonaban estruendos rítmicos, las señas de identidad de un seísmo que preparaba la caverna para su derrumbe final. Me pregunté si los demás habrían tenido tiempo de escalar por las cuerdas y llegar corriendo hasta la cápsula.

De repente, el aire ligero trajo hasta mí un sonido, un rumor como el de las pisadas de un ciempiés amplificadas y el sonido de sus colmillos taladrando la tierra. Me estremecí. Seguí avanzando unos metros más, atento a las intersecciones, a cualquier sombra que se moviese de sitio. Pero cuando el túnel desembocó en otro mayor y pude otear a lo lejos, lo que encontré fue muy distinto a lo que había imaginado.

Ni ciempiés gigantes ni criaturas del Pleistoceno resucitadas en la Luna.

Era mucho más aterrador que todo eso.

*Extracto de la correspondencia personal de Nicolás Chemov (en caligrafía cirílica), de 12 de Octubre:*

«... pero no fue hasta que estuvimos fuera de la sima que respiramos con tranquilidad, dando gracias a todo lo divino y lo profano por habernos guiado hasta

allí sanos y salvos.

El temblor había arrancado parte del saliente, y tuvimos que enfrentarnos a unos cinco metros de absoluto pavor mientras lo recorriamos casi de puntillas, a medio paso del abismo. Dos de las escafandras se habían perdido, pues las habíamos dejado colgando de las mangueras en un entorno pacífico y estable, y el lunamoto las había rasgado. No habría para todos en el caso de que Dass regresase a toda prisa con nuestros amigos.

Recuerdo que cuando vi el corpachón de la cápsula posado sobre sus tres patas, un sueño de metal y cristal, quise creer que los milagros existían y que todos podríamos salir de aquel lugar sanos y salvos. Nada más lejos de la realidad, como luego se demostró, pero aquel fue momento para la euforia y los planes de emergencia ejecutados a toda prisa, no para endechas dedicadas a los amigos muertos.

Los tres llegamos a la cápsula casi a la vez, de un par de potentes saltos. Sigurd calculó mal la inercia y aterrizó de cabeza, quedándose medio enterrado en el polvo, y tuve que sacarlo de allí. Arno entró directamente en la esclusa de presurización y nos hizo sitio. Antes de entrar, sin embargo, me arrastré por debajo de la panza blindada de la cápsula. Gateando entre sus palas de estabilización, extraje con mis propias manos las mayores rocas que se habían trabado en las hélices de la barrena. Mi intención había dejado de ser excavar por el oro; todo lo contrario, en lo único que pensaba era en apartar la grava para que la punta del taladro se recogiese bien, y pudiésemos despegar cuanto antes.

Arno me quitó la idea de la cabeza con un simple y doloroso razonamiento:

—¡Nicolás, deja eso! ¡No nos vamos a llevar el Griego!

—¿Cómo que no? —protesté—. Si aterrizamos en otro cráter...

—¡No vamos a aterrizar de nuevo! ¿No lo entiendes? Cuando llegamos consumimos casi toda la potencia de los cohetes de garvoro. Si queremos partir hacia la Tierra, vamos a tener que soltar todo el peso que podamos.

Aprovechando que estaba bajo la cápsula, miré en derredor y examiné los tubos de los cohetes. En efecto, la mayoría estaban inservibles. Los restantes no tendrían fuerza como para hacernos despegar si no dejábamos algo muy pesado aquí, abandonado. Algo tan grande como la barrena.

Una mano se apoyó en mi hombro. Era Sigurd.

Sus ojos tranquilos me miraban a través del casco con un sosiego inaudito, una tranquilidad a la hora de afrontar los problemas como solo una persona que ha llegado a su edad puede comprender.

—Déjalo, hijo. Ya se ha acabado todo —me susurró por el cable, y yo, por mucho que me doliera, supe más allá de toda duda que estaba en lo cierto.

Entramos en la cápsula, quitándonos los trajes encharcados. A través de los ventanucos ya podía apreciarse cómo la llanura se agrietaba como un suelo arcilloso, y de aquí y allá brotaban furibundos géiseres. La cápsula tembló y se inclinó unos

grados más hacia el horizonte.

—¡Tenemos que despegar cuanto antes! —exclamó Arno. Yo sacudí la cabeza.

—¡No! Hay que esperar a que regrese Nordhal. Prepara la mecha de los cohetes que nos quedan y el encendedor.

Arno asintió, dedicándose a cumplir mi orden.

Sigurd me preguntó:

—¿Y yo qué hago, jefe?

Le dediqué una sonrisa.

—Rezar, amigo mío. Si sabes hacerlo, lo mejor es rezar».

*Continuación del diario de Nordhal Dass, de 12 de Octubre:*

En la nueva caverna había... entes. No sé cómo describirlos. Selenitas se me queda corto para expresar lo que deseo.

Una veintena o más de aquellos seres, que caminaban unas veces a dos y otras a cuatro patas, montaban guardia en torno a mis compañeros, Irna, Asha y Anok. Fue al verlos cuando experimenté la mayor de las alegrías, sentimiento que quedó eclipsado cuando uno de los monstruos levantó una especie de lanza gruesa y tecnológica y apuntó a una pared. De esa lanza surgió el rayo carmesí, que horadó en pocos segundos un nuevo túnel anexo. El tentáculo de luz lamía la roca y, allí por donde pasaba, la desmenuzaba y dejaba ardiendo los fragmentos como si fuese capaz de convocar los fuegos del infierno en su punta. ¡Ay, si el vitriólico Tesla pudiera ver esto!

Mis amigos estaban allí, rodeados por un anillo de selenitas, con las manos y los pies libres pero sin atreverse a salir huyendo. Yo tampoco lo haría, arriesgándome a competir en su terreno con una biología adaptada durante eones a este entorno. Aquellos seres podían correr más que nosotros y moverse como manchas líquidas de vida por las galerías.

El prospector (llamaré de esta forma al que blandía la lanza) siguió con lo suyo un buen rato, mientras los temblores aumentaban y parecía que la Luna entera fuera a partirse en dos mitades. Los alienígenas parecían apurados, pero no aterrados. ¿Es lícito que yo, un extranjero, categorice el lenguaje corporal de una especie que ni siquiera había visto antes? Claro que no. Lo cierto era que podían ser presas del mayor de los pánicos y la calma fuese su manera de exteriorizarlo.

Mis amigos sí que tenían miedo, y se les notaba. Irna miraba al engendro que tenía más cerca con una mezcla de asco y fascinación, preguntándose, seguro, qué función desempeñaba en su ecosistema aquel traje de coral de oxígeno. Tal vez fuese la versión autóctona de los trajes espaciales: una provisión de aire que creciera directamente sobre su piel para ser consumida en casos de emergencia, como que un derrumbe dejase al individuo aislado en la superficie, o algo así. Eso implicaba que lo que había debajo de aquel traje protector podía ser, literalmente, cualquier cosa, desde organismos de piel verde y fotosintética, a seres de piedra movidos por una

combinación de factores telúricos.

Asha estaba horripilada, pero por su forma de mover los ojos, saltando de un punto a otro con fría meticulosidad, supe que analizaba la situación absorbiendo la mayor cantidad de datos. Retrocedía espantada cada vez que uno de los seres se volvía hacia ella y le mostraba su esfínter dentado (¿una conexión directa con el estómago? ¿Había eliminado la naturaleza de aquellos seres el conducto esofágico colocándoles la boca en el extremo del fundus?), pero seguro que en su mente ya estaba orquestando un plan de fuga.

Anok, por su parte, no cesaba de mirar el emisor del rayo. Seguro que si aquel selenita cometía el error de acercarse demasiado a él, se lo arrebataría de las manos para usarlo como arma.

No era mala idea. De hecho, no se me ocurría otra forma de rescatar a mis amigos que robando esa especie de lanza, aunque era bastante probable que ni siquiera supiera cómo usarla.

¿Y si hacía algún ruido? ¿Atraería a algunos selenitas en mi dirección —glup—, el tiempo suficiente como para permitir a Anok hacer su movimiento? ¿Cómo podía hacerle saber mis intenciones?

Maldición, aquello era muy difícil. Yo había nacido para ser un científico, no un héroe, y ahora la vida me obligaba a pasar por el mal trago de cambiar de vocación.

Cuando mi sonrisa se volvió ruidos —castañeteo de dientes—, decidí que había llegado el momento de actuar. Era el todo por el todo, ya que no teníamos tiempo para más. Me puse en cuclillas, preparándome para dar un gran salto hasta la pared contraria y atraer sus miradas, cuando...

... Algo poroso rozó mi hombro.

Me volví en redondo para descubrir a uno de aquellos seres con el espolón de su mano tendido hacia mí. En absoluto silencio (no era difícil ser sigiloso en aquel aire tan tenue) se había colocado a mi espalda, a menos de un metro. Mi reacción al verlo, con el brazo extendido y el esfínter abierto y babeante, fue darle un puntapié y salir catapultado en dirección contraria. El ser se contrajo con evidente dolor, y esto era algo en lo que no había pensado hasta entonces: mi constitución de calcio y mis músculos tensados a una gravedad más férrea me volvían un enemigo mucho más peligroso que cualquiera de aquellos monstruos. Yo, aún siendo un cobarde más torpe que un bebé, tenía más potencia muscular que toda su tribu.

Pero claro, no poseía un rayo de la muerte.

Al verme caer en el centro del pasillo, el grupo se volvió hacia mí.

—¡Nordhal! —exclamó Irna, atónita.

Ese fue el momento que Anok aprovechó para arrebatarle la lanza al prospector. El rayo dejó de generarse en cuanto el alienígena la soltó, pero sus compatriotas, al ver la poderosa arma en manos del extranjero, retrocedieron espantados.

—¡Bravo, Nordhal! —me jaleó Irna, aunque yo no había hecho nada, salvo dar un brinco del susto—. ¡Salgamos de aquí, este sitio se viene abajo!

La pared que había estado perforando el selenita cedió, pero lejos de ser un bloque de roca sólido en el que deberíamos seguir excavando, resultó que no era más que un tabique separador.

Y lo que había al otro lado...

Anok casi dejó caer la lanza de la impresión. Estábamos tan patidifusos, el impacto para nuestros sentidos y nuestra psique fue tan fuerte, que los engendros bien podían haber aprovechado el momento para cogernos y amordazarnos.

Los selenitas estaban tratando de huir del desplome de las galerías creando un nuevo acceso a una zona ya ocupada. Por ellos, por su civilización, por siglos de trabajo que habían convertido aquel bosque de aire, aquella catedral de piedra de oxígeno, en un refugio para su raza.

Al otro lado del túnel había una gran caverna, cuya extensión tenía por fuerza que ocupar buena parte del cráter *Lares*. Su base estaba llena de construcciones que me recordaron las arcaicas metrópolis paleolíticas de algunas zonas de Asia, como Nínive. Había edificios, torres llenas de minúsculas ventanas y entradas laterales, puentes que las comunicaban, y agujas de coral de aire que se iban consumiendo como cirios de iglesia. Las calles, por llamarlas de alguna manera, estaban llenas de seres que caminaban de un lado a otro, de forma aparentemente desorganizada pero con su sosiego característico, mientras la enorme bóveda tendida sobre sus cabezas se resquebrajaba y las cascadas de polvo se les venían encima.

Lo primero que pensé fue que estaba viendo el amanecer de una especie de seres inteligentes, repulsivos a nuestra vista pero organizados y trabajadores, quizá en la fase de creación de ese concepto llamado «trabajo en equipo», para sacar adelante su sociedad preindustrial. A lo mejor teníamos delante una reproducción fidedigna de lo que fueron los primeros asentamientos humanos, con sus tímidos intentos de edificar una red social de apoyo a los miembros de su comunidad, diez siglos antes de Babilonia. Y por los destellos de otros rayos carmesíes que podían verse a lo lejos, supe que nuestro crimen era aún más atroz de lo que había supuesto.

Al llegar y posarnos sobre este santuario, al clavar nuestros dientes en el suelo y perforar la bóveda, habíamos roto un frágil equilibrio de fuerzas, tensiones y resistencias. Aquella gente llevaba horadando el cráter desde tiempo inmemorial, de una forma inteligente y con una profunda comprensión de las necesidades de la tierra: solo así se explicaba que su red de túneles fuera tan intrincada y sin embargo no colapsase los techos de roca de su mundo.

Nosotros, por contra, destrozamos ese equilibrio abriéndonos paso a la fuerza, violando su intimidad, cuando lo que debimos hacer era tocar delicadamente a su puerta y pedir permiso.

Sin embargo, dejando aparte el sentimiento de culpa que me carcomía por dentro, había algo muy inusual en aquel cuadro. Más allá del impacto que me producía descubrir una civilización alienígena, la parte racional de mi mente me decía a gritos que tuviera cuidado. Que algo no encajaba. Era el mismo sentimiento de *déjà vu*

brutal que había experimentado antes.

Asha fue la primera en descubrir de qué se trataba.

—¡Por los diez mil dioses védicos, mirad! ¡Allí!

Tendió su dedo hacia el fondo de la caverna, donde se amontonaban las construcciones de aspecto más antiguo. No es que las demás fueran nuevas, pero aquellas parecían realmente prehistóricas, con muros descascarillados y ventanas recorridas por grietas.

Uno de aquellos edificios destacaba como una joya entre los demás. Y lo más importante: sabíamos qué edificio era. Tenía nombre, y una arquitectura que era perfectamente reconocible por nuestra limitada cultura burguesa.

Un antiguo príncipe de la India lo había mandado construir como mausoleo para su esposa, amada en vida e idolatrada más allá de la muerte. Cuando los primeros exploradores ingleses en alcanzar aquellas tierras habían regresado con dibujos de aquel edificio para mostrárselos a su reina, ésta se había quedado maravillada por los tesoros que escondía el lejano continente asiático. Y por la tremenda sensibilidad para crear belleza de los artistas hindúes.

Aquel edificio, que Asha conocía muchísimo mejor que nosotros, era el Taj Mahal.

*Extracto de la correspondencia de Nicolás Chemov (en caligrafía cirílica), de 12 de Octubre:*

«... ¡Vamos, vamos, vamos! ¿Están preparadas esas mechas?

Arno asintió, jugueteando con un encendedor de alcohol entre sus dedos sudorosos.

—¡Sí! ¿Dónde cuernos está esa gente?

Escruté la llanura a todo lo que alcanzaba la vista, pero aparte de las grietas (que cada vez estaban más cerca de la cápsula, rodeándola como un ejército invisible del cual solo se pudiesen ver sus huellas en el polvo) no había nada más. Ni rastro de mis amigos.

—Todavía nada.

—Eso es que no van a volver —decidió Arno, histérico—. ¡Tenemos que salir de aquí, o corremos el riesgo de hundirnos!

—¡Vamos a esperarlos! —le grité, colérico. Sigurd, encogido como un bebé, esperaba acontecimientos sobre su catre, con los cinturones de seguridad anudados.

El sudor caía en gotas de mis pestañas. Solo era cuestión de tiempo (minutos, segundos tal vez) que una de aquellas fisuras se abriese justo debajo del *Antilops*, y o bien se lo tragara como una ballena a un pececillo, o dejase escapar una explosión de gas que lo catapultase por los aires, yendo a caer de forma violenta e irrecuperable en otro lado del cráter.

—Venga, Nordhal —supliqué—, ¿dónde diablos estás?».

*Continuación del diario de Nordhal Dass, de 12 de Octubre:*

Sí, desde luego que se trataba de aquel emblemático edificio situado en la región de Agra, el Taj Mahal. No cabía la menor duda. No podía ser que un arquitecto selenita hubiese construido uno similar coincidiendo con el mausoleo terrestre en líneas generales. Asha, que lo conocía bien, nos dijo que los arcos, la decoración, los frisos... todo era exactamente igual. Solo que mucho, mucho más antiguo y descuidado, como si fuese una reliquia de un pasado inmemorial.

Abrí desmesuradamente los ojos, dando cabida a una idea absurda en mi cabeza.

Miré al grupo de engendros que teníamos ante nosotros, pasmado.

Claro, eso explicaría por qué ellos eran bípedos, igual que nosotros. Y por qué, al igual que los humanos, respiraban la misma mezcla de gases.

Nicolás estuvo en lo cierto cuando enunció aquella teoría no convencional sobre el origen de la Luna. Esta no se había desgajado de la Tierra en un pasado distante para quedar atrapada por el pulso gravitatorio del planeta madre, en un cortejo sin fin que duraría hasta el fin de los tiempos. No era una hija fea y desértica parida por una madre pletórica de vida y hermosa.

La Luna *era* la Tierra, solo que en un futuro increíblemente lejano.

Asha y Anok me miraron, espantados. También ellos lo habían comprendido. Los selenitas eran humanos, como nosotros, o al menos lo que quedaba de ellos. Descendientes quizá de la generación que causó aquel cataclismo, que había arrasado mares y océanos, bosques y selvas, sabanas y glaciares; que había castigado su mundo hasta dejar solo un pequeño pedazo de él flotando en el universo. Un pedazo que, castigado por lluvias de meteoros y la huella de guerras imposiblemente devastadoras (¿eran los mayores cráteres de la Luna los testigos de esos conflictos terminales?) había caído por alguna especie de cuesta temporal hasta ser atrapada por sí misma, por una Tierra enorme y virgen y aún no devastada, en un pasado remoto.

Los selenitas habían cambiado desde entonces, si es que toda esta historia era cierta. De humanos normales habían pasado a tener cuerpos más apropiados para aquel entorno; habían aprendido a cultivar el aire usando el único sustrato del que disponían en abundancia, la piedra, y enterraban sus ciudades en el subsuelo para protegerse de los impactos de los meteoros. ¿Cuántos enclaves como aquel había diseminados por la Luna, bien en la cara expuesta o en la oculta? ¿Habrían olvidado los selenitas lo que una vez fueron, lo que podrían haber sido, para convertirse en topos ciegos y hambrientos que usaban por inercia la poca tecnología que les quedaba de sus antepasados?

Examiné la lanza, ahora que la tenía cerca. También era muy, muy antigua, tanto como aquellos edificios. Solo que los genios que la diseñaron poseían una tecnología tan avanzada que hicieron durar sus inventos para siempre.

No era descabellado: las cosas que construye el hombre en la actualidad, en nuestro glorioso siglo XIX, están hechas con unos materiales longevos que les confieren una duración infinitamente mayor que los artefactos construidos por las tribus primitivas, hechos de madera u hojas de árboles. Y si los selenitas no habían

tratado de comunicarse con sus antepasados del planeta madre, cuyas luces seguro que divisaban en la noche, era porque sus cerebros habían involucionado hasta una fracción de lo que llegaron a ser, o porque no deseaban que el ciclo de destrucción se repitiese.

—¿Qué les pasó a esta gente? —preguntó Irna, aterrada.

—Llegaron a un momento clave en su historia, y tomaron un camino equivocado —murmuré—. Sin duda poseyeron conocimientos increíblemente avanzados, pero no la sabiduría para usarlos correctamente. Estas son las consecuencias. —Señalé al grupo de alienígenas, poco menos que trogloditas deformes en los que ya quedaban muy pocos y difusos rasgos de la especie humana. Sus bocas situadas a la altura del pecho seguían babeando, violetas y purulentas como heridas al sol.

—Salir de aquí, ahora —dijo Anok, con su escueta sintaxis. Los demás estuvimos de acuerdo... menos Asha. La princesa estaba mirando el mausoleo con lágrimas en los ojos.

—Asha, ¿qué ocurre? —preguntó Irna—. ¿Estás bien?

—No —sollozó—. No lo estoy. Esto no debería estar pasando. No está bien.

—Claro que no, pero tenemos que marcharnos o moriremos aquí, con ellos.

Asha se zafó de su abrazo. Sorprendentemente, se alejó de nosotros unos pasos, en dirección a la ciudad.

—Mi padre me explicó una vez que las personas vivimos para perfeccionar el *kurhala*, el ciclo eterno de la vida. La Gran Rueda —dijo entre llantos—. Uno vuelve a la Tierra cuando necesita atar los cabos que dejó sueltos en otras vidas, en otras oportunidades. Esto que ha pasado... ha roto el *kurhala* del planeta.

—¿De qué estás hablando? —pregunté—. ¡No es momento de ponernos a filosofar, tenemos que llegar hasta la cápsula!

Asha sacudió la cabeza, apesadumbrada.

—No. Iros vosotros. —Eso nos dejó de piedra—. Yo no podría regresar sabiendo que esto es lo que nos espera.

—¿Y qué vas a hacer, quedarte aquí, con ellos? —señalé a los monstruos, que se estaban retirando en busca de otros túneles. Dada nuestra fuerza física, dudo que se planteasen siquiera la posibilidad de recuperar la lanza—. ¿Quieres acabar convertida en una de esas cosas, con piel de roca y brazos largos como un primate?

—Tengo que orar a los dioses para intentar recuperar el *kurhala* de este mundo, otra vez —insistió la princesa—. La Rueda tiene que tomar impulso de nuevo, volver a girar. Si no, estas pobres gentes tendrán la puerta cerrada a un nuevo renacimiento. Que el destino haya conservado durante incontables milenios ese edificio —apuntó al Taj Mahal— es una prueba de que ésta es mi misión. No podía ser otra.

—Ni se te ocurra pensar que vamos a dejarte aquí —dijo Irna, tajante. Yo se lo agradecí—. Nuestro hogar nos espera, Asha. El auténtico. Con nuestras familias y amigos. No puedes abandonarlos para rezar por un sueño que ya está destruido.

—Irna, sabes que te quiero muchísimo, como si fueras mi propia hermana —dijo

Asha—. Pero fíjate en ese templo, y usa la cabeza. ¿Qué probabilidades había de que, de todas las construcciones que pudieron haber sobrevivido en este mundo arruinado, de todos los edificios y las obras de ingeniería que esta gente pudo construir, fuera precisamente ésta? ¿Qué probabilidades reales, matemáticas, había de que nosotros eligiésemos precisamente este lugar para posarnos, entre los millones de kilómetros cuadrados de cráteres que posee la Luna?

Irna comprendió su razonamiento, pero no le gustaba lo más mínimo.

—Casi inexistentes —admitió.

—¡Eso es! —prosiguió Asha—. Por eso estoy convencida de que, de alguna ignota manera, hemos sido guiados desde el mismísimo principio. Mi destino está aquí, en ese templo milenario. Debo quedarme para hacer avanzar de nuevo la Rueda.

Otro temblor sacudió la corteza. Los selenitas habían desaparecido; ellos sabrían dónde refugiarse. No había tiempo para tratar de razonar con la princesa, así que señalé la lanza y luego al techo. Anok entendió.

Más o menos.

Me puso la lanza en las manos y señaló una especie de muesca que debía ser el gatillo. Luego se alejó un poco de Irna y de mí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Asha, secándose las lágrimas.

Pero era obvio.

Anok iba a quedarse con ella en aquel cementerio celeste. Cuidándola, protegiéndola hasta el fin de sus días. Así era la gente de Alaska, fiel y decidida hasta el final. Cuando los dos se abrazaron, se besaron en los labios y comenzaron el tortuoso descenso por la pared de la caverna, rumbo a la ciudad, ni Irna ni yo tuvimos fuerzas para detenerlos.

Era un giro más en el *kurhala* de sus vidas, y solo ellos podían afrontar las consecuencias.

*Extracto de la correspondencia de Nicolás Chemov (en caligrafía cirílica), de 12 de Octubre:*

«Estaba a punto de ordenar a Arno que encendiera las mechas cuando vi el haz de luz. Era una columna de energía actínica que surgió del suelo, abriendo un agujero desde abajo. De ese agujero surgieron dos figuras amparadas por la nube de oxígeno que las acompañaba, pero ésta se dispararía muy rápido. Las figuras parecían ejecutar poses, no movimientos, sus pieles esculturas de bronce líquido que brillasen en el estuche formado por las ondulaciones de aire.

—¡Allí están! —exclamé, sin poder creerlo. Con un solo movimiento me levanté, cogí varios cascos y me lancé dentro de la esclusa de descompresión. No me costó hacérselos llegar a Nordhal y a Irna, pero con las prisas ni tuve tiempo de preguntarles por los demás.

—¡Arriba, Arno, ahora! —urgió la aristócrata. De seguro sentía la cabeza como si se la hubieran sustituido por un saco de cal; sus fosas nasales se habían solidificado por el vacío parcial hasta convertirse en una masa sólida que le abultaba la piel entre

los ojos.

—¿Y los otros? ¿Y Asha? —preguntó Arno, pero su mano, que parecía actuar por sí misma, ya había prendido las mechas de los cohetes. El tiempo pareció detenerse, encallando en un arrecife de angustia, mientras la llanura se quebraba y grandes pedazos se iban hundiendo, y la mecha se resistía al avance del fuego en lugar de favorecerlo.

Entonces hubo un atajo, un arco de fuego que parecía eléctrico entre la combustión de la mecha y el ombligo del cohete, y lo siguiente fue un resplandor que vistió el interior de la cápsula con fuego blanco. Los acontecimientos ralentizados ocuparon su sitio con un estertor, una presa que reventaba con un chorro de sonidos, movimientos violentos, imágenes y acción acelerada.

El despegue fue menos brusco que en la Tierra, por supuesto. Notamos el acelerón vertical, pero no fue más violento que un tropiezo en la escalada, seguido por la correspondiente caída a plomo. Ni siquiera tuvimos que permanecer tumbados en los catres: los cinco supervivientes de la expedición, Irna, Sigurd, Nordhal, Arno y yo (y el asustado periquito) vimos cómo el corpachón del Griego se deslizaba hacia abajo, una vez desprendidos sus enganches, y dejaba un hueco en el centro de la cápsula que quedó aislado del vacío por una compuerta.

Subíamos muy ligeros, aunque también a menor velocidad. Aproximándonos a los ventanucos, fuimos testigos de un espectáculo sobrecogedor: cómo la llanura que conformaba el centro del cráter se resquebrajaba y se hundía, con la lenta parsimonia de las cosas grandes, tragándose al Griego y la plataforma donde habíamos estado posados segundos antes.

Irna nos contó lo que había sucedido con los selenitas, así como su increíble descubrimiento (¡la teoría de la Tierra futura repescada por su propia gravedad nos habría valido todos los premios científicos del mundo, si hubiésemos podido demostrarla!) y la agónica decisión final de Asha y su nuevo amor, el sorprendente y muy humano Anok. Puede que el derrumbe los hubiera sepultado o puede que no. Tendríamos que estar atentos a la superficie de la Luna durante los siguientes meses, a ver si distinguíamos destellos en clave que nos dijeran «hemos sobrevivido, estamos bien», o el mensaje contrario, deducido de la ausencia de esos destellos.

No supe qué hacer, si reír o llorar.

En el fondo me alegré por ellos. Al fin y al cabo, cada cual había venido en este viaje por sus propios motivos. Y si ese era el camino que Asha estaba convencida de seguir... bueno, yo mismo me ocuparía de que algún poeta inmortalizara su historia cuando llegásemos a casa. Aunque tuviera que resucitar al mismísimo Cyrano, para que escribiese la odisea de una princesa que tomó por esposo a un salvaje y se quedó reinando y orando para siempre en los templos de la Luna.

En los días que siguieron, de camino a la Tierra (en la que entraríamos planeando, gracias a los globos que Sigurd había incluido en el diseño y que nos permitirían descender suavemente, convirtiendo la cápsula en una especie de gracioso y

achaparrado zeppelin), hicimos muchos y muy variados balances de nuestra aventura. Lloramos la pérdida de nuestros amigos y les deseamos suerte, dondequiera que estuviesen. Y rogamos porque los selenitas fuesen lo suficientemente tolerantes con ellos como para aceptarlos como amigos, y no trataran de comérselos.

Dado el carácter religioso de la misión que Asha se había impuesto, de paso, no me extrañaría que aprendiese el lenguaje de los nativos y se permitiese cierto grado de proselitismo. La cara que iban a poner los todopoderosos líderes cristianos e islámicos, enfrentados desde hacía milenios por la expansión de sus áreas de influencia, cuando se enterasen de que la primera religión en ser predicada en la Luna sería la sij.

Sabíamos, en el fondo, que nuestra misión había sido un fracaso. La bodega que pensábamos traer llena de oro, diamantes y minerales valiosos para la industria, que salvarían a nuestro país de la ruina, estaba más vacía que nuestras esperanzas de regresar al satélite. El imperio económico de Irna se había desmoronado junto con aquel cráter, y con él las finanzas y la gigantesca inversión que Arno había hecho en el proyecto. Los dos, arruinados, se consolaron el uno al otro sin perder de vista el único tesoro que nos habíamos traído: la misteriosa lanza de energía.

Por la cabeza de todos pasaron las mismas ideas, aunque no necesariamente en el mismo orden. Había una forma de rentabilizar el viaje, todavía. Y era explotando la tecnología encerrada en ese críptico mecanismo. Pero los dilemas que ello planteaba eran abrumadores.

Para empezar, no teníamos claro si los sabios de nuestro tiempo lograrían descifrar aunque fuese un ápice de ese mecanismo. Si un hombre de las cavernas muy sabio, con la mayor fuente de conocimientos de su época, se encontrase de repente con un aparato similar al ábaco de computación que nosotros llevábamos, no solo sería incapaz de entenderlo. Posiblemente ni llegaría a averiguar qué es lo que estaba viendo.

Irna no le quitaba la vista de encima a aquel aparato. Nada más mirarla podía ver el reflejo de las batallas que en ese momento se estaban librando en su espacio moral, en el ábside lógico y ético de su cerebro. Ya conocíamos el futuro de nuestro planeta. En realidad, llevaba ahí arriba desde el comienzo de los tiempos, flotando mansamente ante nuestras narices como una muda advertencia de lo que estaba por llegar. ¿Debíamos acaso, como patriotas, intentar sacar rentabilidad armamentística de aquel ingenio, duplicándolo para su uso en nuestros ejércitos contra los otomanos? ¿Renunciarían dos empresarios natos como la aristócrata y Arno al monstruoso porcentaje de beneficios que podrían obtener del desarrollo de esa tecnología, cuyo alcance ni siquiera podíamos soñar, por motivos de coherencia histórica y moral?

En aquellos momentos era imposible saberlo. Seguro que ellos lo meditaron bien durante todas y cada una de las horas que duró el viaje de regreso. Yo, por mi parte, entre partida y partida al ajedrez con Arno, me reí interiormente por un detalle que se nos había pasado por alto.

Si algún día otros pioneros regresaban al cráter *Lares* y escarbaban en las ruinas, a lo mejor encontrarían los restos del Griego. Y si nuestra gesta no pasaba a la historia, si en su época ya nadie se acordaba de nosotros, colegirían sin duda que se trataba de tecnología extraterrestre.

Reí durante mucho rato al imaginar sus caras examinando la carcasa de la barrena y descubriendo un escueto mensaje que rezaba «*fabricado en Atenas*», estampado en un lateral.

## XIX

### **Del diario de Nordhal Dass (en taquigrafía)**

*3 de Febrero de 1896. En el puerto mercante de Emden. A punto de tomar la decisión más difícil de mi vida.*

El periódico era una hoja de papel grande, doblada en cuatro, sin ilustraciones de ningún tipo y llena de letras impresas por ambas caras. El lector habitual sabía por dónde empezar a leer, ya que la primera cara era siempre la que llevaba el nombre del impresor, dibujado con filigranas en una esquina.

El hombre que lo leía estaba sentado en un banco próximo al muelle. Era mediodía, aunque la densa nubosidad y la niebla marina que trepaba por el malecón hacían necesaria una ayuda para leer. El hombre tenía barba gris, acabada en punta, y llevaba puesto un gorro de trapo que le cubría las orejas. Parecía una mezcla mal calibrada entre persona con mucho dinero y empresario arruinado después de una mala inversión.

Me acerqué a él. O a ellos, debo decir, porque eran dos los que estaban sentados en el banco, esperándome: el hombre de la barba y otro un poco más bajo y encorvado, con la piel llena de arrugas. Era un anciano envuelto en más abrigos de los que podría vencer jamás el salitre. Y parecía contento de lo confortables que eran.

Ordené al coche que se detuviera junto al muelle, cerca de aquel banco hecho de listones de madera. Al final de la escalerilla apareció mi pie, envuelto en un caro zapato de diseño italiano, un pie que tuvo que esquivar un charco y el reflejo que ese charco ofrecía de su dueña: una mujer que ya no era rubia sino morena (bendita moda parisina de los tintes para el cabello), y que había dejado atrás los vestidos recargados de la nobleza para colgarse de los vaivenes de la moda. La misma moda que vestía a las esposas de los banqueros y los prestamistas judíos, que poco a poco iban socavando el poder financiero del Gran Pensionario en favor de un nuevo estamento social: la plutocracia.

Los hombres se levantaron al verme. Amplias sonrisas partieron en dos sus respectivas barbas. El más joven se acercó para darme un abrazo.

—Irna, cariño, cuánto tiempo. Ni siquiera imaginaba cuánto te iba a echar de menos.

Correspondí tanto a su abrazo como al que me dispensó el anciano.

—Gracias, Nicha. Sigurd. Yo también os he extrañado muchísimo a los dos. ¡Cuatro años ya! Cómo pasa el tiempo.

—¿Y tu marido?

—¿Arno? Está en los Estados Unidos —sonreí—. Además de seguidores del Gun Club, ese país está lleno también de buenas personas. Gente amable con la que se pueden hacer grandes negocios, si se sabe de qué pie cojean.

—No sé si descifré bien la última carta que me mandaste —dijo Sigurd, apoyándose en un largo bastón con cabeza de antílope—. Ni con las gafas puestas logro desenredar tu letra.

—Lo siento —me ruboricé. Claro, tanto tiempo dependiendo del fonógrafo para recoger mis memorias había acabado por desacostumbrar a mis manos a la forma más antigua y elegante de comunicación: la escritura.

—No pasa nada. Lo único que quería preguntarte es... ¿al final tus negocios en esa nueva industria son prósperos, o te están dando más problemas que satisfacciones?

Hice un gesto de abanico con la mano, señalándome a mí misma con coquetería.

—¿Tú qué crees? ¿Acaso una antigua aristócrata podría permitirse estos vestidos con lo que le paga el rey por expropiarle los terrenos? —dije con malicia—. No, por fortuna a Arno y a mí nos va bien. De hecho, el negocio que se está montando en ese país con respecto al arte del cinematógrafo tiene muy buenas perspectivas. Los entendidos aseguran que se va a convertir en una gran industria. —Crucé los dedos—. Espero que así sea. Hemos invertido los pocos bienes que nos quedaban en montar una cosa que allí llaman «major».

—¿Qué es eso? —preguntó Nicolás, doblando en cuatro el periódico.

—Una especie de distribuidora de películas. A Arno se le ha ocurrido un nombre rimbombante, «Universal». Dice que le recuerda nuestro viaje a la Luna. Espero que sea un negocio que se mantenga durante diez años como mínimo, o no ganaremos ni un miserable dólar.

—Supongo que las bobinas que te trajiste de allá arriba te habrán servido para conmover a los americanos, ¿no?

Sacudí la mano.

—No lo sabes bien. Creen que se trata de una especie de simulacro hecho en unos almacenes oscuros que ellos llaman estudios. Incluso he conocido a un español, un tal Segundo de Chomón, que no cesa de bombardearme a preguntas sobre cómo hice tal o cual cosa, o cómo logré tal o cual efecto óptico. No sé cómo explicarle que lo que está viendo es real, y no un trucaje.

—Espero que os vaya muy bien —dijo con absoluta sinceridad Nicha. Por un momento, sus pómulos resaltaron por debajo de la barba—. Creo que no fui el único sorprendido por la noticia de vuestra boda. —Intercambió una sonrisa cómplice con Sigurd.

—A mí también me sorprendió, créeme —me ruboricé—. No tenía intención alguna de seguirle el juego a los cortejos de Arno, hasta que me di cuenta de que esa actitud formaba parte de mi propio cortejo, y que algo había cambiado. No sé. Nadie dijo que el amor tuviera reglas, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Has sabido algo de Nordhal, por cierto? Desapareció tan rápido a los pocos días del aterrizaje que ni siquiera me dio tiempo a despedirme.

—La verdad es que no. Ni siquiera ha contestado a mis cartas.

—Yo tampoco le he visto mucho —se lamentó Sigurd—. Apenas se pasa por mi buhardilla. Y eso que llevo pidiéndole desde hace un tiempo que me eche una mano para patentar mi nuevo gran invento.

—¿De qué se trata esta vez? —pregunté.

—¡Un recolector eléctrico para los rayos de las tormentas! Se puede plantar en las necrópolis, por la conveniencia de todo el mármol presente, y genera una cantidad de electricidad tan enorme que... —Sacudió la mano, entusiasmado—. Lo único que habría que investigar es qué efecto tendría sobre los cadáveres. Hay una novela de principios de siglo, no sé si la habréis leído, de una tal Mary Wollstonecraft, que...

—Ay, Sigurd —le acaricié el brazo—, nunca cambiarás. Siempre pensando en el futuro. A partir de argumentos inspirados en tu vida, mi marido podría hacer decenas de películas. Ahora mismo hacemos dos películas por semana, así que necesitaremos una buena cantidad de creatividad.

—Y hablando del futuro —intervino Nicha. Los tres endurecimos nuestras facciones—. ¿Lo has traído?

Miré al coche de caballos. Los operarios estaban descargando una caja blindada, de aproximadamente dos metros de largo por medio de ancho. Bajaron la caja del techo y la plantaron en el embarcadero, junto a unas barcas. Uno de ellos comenzó a desatar los cabos de una chalupa, mientras el otro preparaba los remos.

—¿Estás completamente segura de que quieres hacerlo? —preguntó Nicha.

—He tenido este artefacto guardado bajo llave durante cuatro largos años —dije—. Y todas y cada una de esas noches he pasado al menos una hora dándole vueltas a las implicaciones. Vosotros dos jugáis al ajedrez. Sabéis lo que es extrapolar posibilidades futuras. Pues bien. —Miré la caja, no sin cierto recelo—. Todas mis jugadas acaban en jaque mate.

—Buena forma de expresarlo —dijo Sigurd.

—O sea, que vas a dar el paso definitivo —gruñó Nicolás. No parecía ni a favor ni en contra, sino agradecido por no ser él quien tomase la decisión.

—Sí. Mis hombres han metido la lanza en esa caja, y remarán hasta estar bien lejos de la costa. Una vez en mar abierto la tirarán por la borda. Es la única forma de asegurarse de que nadie la encuentre.

—Estamos enterrando a propósito mil años de avance tecnológico —se lamentó el ruso—. La de cosas que podríamos aprender de ella...

Le regañé con la mirada.

—Nicha, sabes lo peligroso que sería si llegara a caer en malas manos.

—Lo sé. Una cosa llevaría a la otra: los monarcas usarían esta tecnología para ganar la guerra contra los otomanos y las cien que vendrán después. Prusia se convertiría en un imperio sin rival. Ni siquiera los Estados Decembristas rusos ni los Unidos de América le podrían hacer sombra.

—Pero dentro de cincuenta o cien años, alguien robará los planos de construcción de este artefacto, este «rayo de la muerte» —completó Sigurd—, y otras naciones lo tendrán. La codicia llevará a más enfrentamientos, a conquistas y países arrasados.

—Y algún día, dentro de quién sabe cuánto —dije en un murmullo afectado—, todos los poseedores de lanzas de la muerte apretarán los gatillos a la vez, y la Tierra se convertirá en una gran bola de fuego, de la cual solo sobrevivirá un pequeño fragmento. ¿Cómo llegará ese fragmento a retroceder en el tiempo y convertirse en nuestra Luna? —Miré al cielo, pero lo único que se me ofrecía a la vista era un manto de nubes oscuras—. Ni lo sé ni quiero saberlo. Quizá las armas que empleen nuestros tataranietos sean tan poderosas que destruyan el sustrato mismo de la Creación. —Me encogí de hombros—. Asusta pensar que alguien llegue a tener alguna vez tanto poder.

Los operarios ya habían desatado los cabos. Estaban a punto de introducir la caja en la chalupa, pero los detuve.

—Abridla —ordené. Y para mis amigos—: Quiero verla por última vez.

—Yo también —convino Sigurd.

Nicolás permaneció en silencio.

Los hombres, aburridos, obedecieron perezosamente mis órdenes y le quitaron los remaches a la tapa. Apartaron las gruesas vigas de hierro que la reforzaban y, sin el menor asomo de pompa ni ceremonia, abrieron la tapa.

Los tres nos asomamos dentro.

Creo que nuestro gemido de asombro pudo escucharse en todo el muelle.

La caja estaba vacía. O para ser exactos, casi vacía. Solo había un sobre descansando en el interior, en el lugar donde tendría que haber estado el artefacto.

Miré con cólera a mis hombres, que se deshicieron en disculpas y en expresiones de extrañeza. No tenían ni idea de qué había ocurrido. Ellos, en teoría, habían hecho lo que se les había ordenado.

Nicolás se acuclilló para coger el sobre. Estaba en blanco, sin remites ni frases escritas en el exterior, pero contenía una carta.

—Creo que sé a quién le debemos esta sorpresita —murmuró. Y leyó en voz alta:

Queridísima Irna:

Lamento muchísimo haber tenido que tomar esta decisión. No sabes lo avergonzado que estoy; no solo conmigo mismo sino también con el mundo en el que nos ha tocado vivir. He pasado noches en vela dando vueltas entre sábanas, preguntándole una y otra vez a mi techo si lo que estaba haciendo era

lo correcto; si tenía derecho a decidir no solo por ti o por mí mismo, sino por el resto de la Humanidad. Pero Irna, tú lo sabes bien: has visto los campos arrasados por la guerra. Tu hermano, que seguro sigue sirviendo en la orgullosa Marina Aérea Real, sabe de sobras lo herida que está en realidad esa Marina, a pesar de que los testafierros del rey afirmen con la boca llena de invectivas patrióticas otra cosa. Los otomanos han causado estragos en Prusia durante estos años, y prosiguen su avance imparable hacia el interior de Europa. Es una verdadera cruzada pero a la inversa, con los países de Oriente invadiendo los reinos cristianos en justa retribución por lo que éstos les hicieron hace siglos.

Hace ocho meses estuve en la otrora bellísima ciudad de Seelze, un paraíso terrenal encerrado entre montañas donde la vida era próspera y la gente feliz, y la vi reducida a escombros. Los bosques arrasados, los campos quemados, las fosas comunes llenas de mujeres y niños, las casas destruidas por el imparable avance de la caballería jenízara. Era horrible, Irna, lo más espantoso que he visto en mi vida, con perdón de nuestros amigos los selenitas. Y esa misma caballería sigue avanzando en línea recta hacia Brandeburgo y el resto de los Estados. Comprenderás que un patriota como yo no puede apostar a tan largo plazo. Mi lealtad al rey y a mis compatriotas me pide que tome una decisión radical basándome en el ahora, no en lo que pueda suceder de aquí a mil años.

Hemos conocido lo suficiente del futuro, como alumnos en una clase de historia a la inversa, como para juzgar a los selenitas, esa raza de titanes que se convertirán en algo menos que insectos. ¿Pero qué podemos decir en realidad de ellos? Si nos permitiéramos aventurar un fantasioso laudo de sus acciones, de sus glorias y desdichas, yo podría afirmar que ellos conocían los riesgos y que aún así los aceptaron. Has visto el aplauso final de su ópera, el silencio absoluto de un proscenio vacío sobre el que descenderá como una guillotina su telón. Y has vuelto para contarlo. ¿Significa eso que los selenitas no lo supieron nunca, que jamás hubo una Irna y un Nordhal en su línea de tiempo que les trajesen una advertencia del desastre?

Yo creo que sí. Que todo forma parte de un mismo continuo. Nuestro presente es solo el pasado irremediable de su futuro. Por lo tanto, y no quisiera que pensases que estoy justificando mis acciones cargándolas en los hombros del destino, los juzgaré como una raza de seres no propensa a las frivolidades ni a la inconsciencia. Gente cuyo lazo estaba demasiado atado como para que ellos mismos pudiesen hacer como Alejandro y el nudo Gordiano. Ir más allá de eso sería caer en esa frivolidad que les negamos.

¿Que la mía es una decisión horrible? Sí, por supuesto que lo es. No estoy tan ciego como para no admitirlo. ¿Que al hacer esto estoy condenando al Hombre a su destrucción, dándole las herramientas necesarias para ello? Es

posible. Pero no me queda otra opción. Soy un patriota, Irna, igual que tú. Y no puedo dejar morir masivamente a mi gente para salvar a los vástagos de un futuro lejano. Por eso te pido que, aunque jamás me perdones (de eso estoy seguro), al menos intentes comprenderme. Comprende mis razones, y puede que en algún momento del mañana, si llegamos a ver el final de esta Gran Guerra que pronto llegará a costas lejanas, encontremos un punto medio y tolerante para entender ambas posturas.

Sinceramente tuyo,  
Nordhal

Sentí que dos muros de oscuridad se formaban en los extremos de mi campo visual. Mis ojos, siguiendo el instinto de una cazadora, de una depredadora nata, solo veían la carta.

—Jaque mate —dijo Nicolás, y me pasó el papel por si quería volver a leerlo. No hizo falta. Hinchida de rabia, lo arrugué y lo lancé al mar. Quise hacer agujeros en aquel sobre con la mirada, pero solo logré quemarlo un poco por los bordes.

—Ese maldito Nordhal, hijo de una cerda maloliente y apestosa... Sabía que intentaría algo por el estilo —escupí—. Tendría que haber previsto esta maniobra, y haber contratado más seguridad para la caja.

Sin saber por qué, mi propia línea de diálogo (que me había tocado en suerte en aquel gran guiñol del teatro de la infamia) me pareció extraordinariamente graciosa. Eché a reír sin conocer el motivo, y mis risas se convirtieron en burbujas perfectamente visibles en el aire lleno de pleamar. Esferas líquidas que salieron despedidas en todas direcciones y que chocaron contra Nicolás, contra Sigurd, contra el malecón y el ataúd vacío de mis esperanzas. Me estaba dejando inundar por ese placer, esa especie de sufrimiento culpable, y no creía que ninguno de los presentes lo entendiera.

—Ya no tiene remedio —se lamentó Nicolás—. Seguro que la lanza está de camino al frente, o a los hangares de la fuerza aérea. Si la emplazan en un zeppelin...

—Será como ver al despiadado pulgar de Dios aplastando como insectos a los faraones —completó Sigurd, con un estremecimiento.

Estuvimos un rato en silencio, mirando la caja vacía. Pensando en todo lo que eso implicaba. Y al final cada cual se separó, tomando su propio camino.

Si había habido un momento en la historia universal en el que sobrarian las palabras, era éste.

## **Epílogo**

# **Diario de Nordhal Dass. Sin soporte fijo.**

*5 de Mayo. En mi casa de Brandeburgo. Cenando.*

El tenedor se mueve del plato a mi boca. De mi boca al plato. Y vuelta a empezar. No sé si mi incapacidad para distinguir los sabores (la carne del pescado, las trufas de la limonada) tiene algo que ver con esa enfermedad que me infectó hace unas semanas en el campo de batalla, o con lo volátil que se ha vuelto mi mente en los últimos tiempos con todas las sendas de pensamiento que tiene abiertas. Selenitas. Historia oculta. Amenazas terrenas y conspiraciones. El espinoso asunto de las pirámides de México y la nueva Armada Invencible española. Cataclismos de horror suavizados por el abismo de tiempo que aún nos separa de ellos.

Escribo la última página de este diario mientras ceno.

Hoy he recibido un paquete por correo. Es de Irna. Lo sé sin tener que abrirlo. Es pequeño, así que no puede contener nada susceptible de hacerme daño. ¿Enviaría alguien un áspid por paquete postal? No, no lo creo. Así de asustadizo me he vuelto. Pero el miedo tiene una justificación.

Me he convertido en un héroe para mi país. Anónimo, con un historial que debe permanecer en el más absoluto de los secretos (soy algo así como una Epístola X viviente), olvidado a la fuerza por mis compatriotas pero no por el rey, que me tiene en alta estima. Ya me ha invitado tres veces a almorzar en Palacio, en veladas donde no cesa ni por un segundo de preguntarme por las cosas que vi en la Luna. Creo que su mente retorcida, ahora que está a punto de aplastar definitivamente a los otomanos, planea otras conquistas no solo en Europa, sino también en el espacio.

Bueno, nadie le culparía por ello. Tiene un arma imparable en su poder, que ya está siendo duplicada por nuestros científicos.

Sé que me lo agradecerán. Aunque haya personas que ahora me odien (Irna por haberle robado su preciosa lanza, Ginka por motivos que solo ella y su enfermedad feminista entienden), reconocerán mis méritos cuando llegue el momento de hacer balance, y comprendan que si sus casas siguen en pie y sus familias vivas, es gracias a mí.

Miro al paquete postal. Lo sopeso: no pesa mucho. Lo abro. Contiene otro paquete más pequeño en su interior, del diámetro aproximado de un doblón español (ventajas de ser hijo de un coleccionista), y trae una carta adjunta. La leo:

Señor Dass:

Lamento no poder tratarlo de una manera más familiar, como me hubiese gustado. Querría haberle llamado «amigo» al principio de esta misiva, pero solo pensar en unir esa palabra a su nombre me produce náuseas. Así que voy a ir al grano, y de esa forma el mal trago de escribir estas líneas pasará pronto.

No voy a amonestarlo por lo que hizo. Usted, como se deduce de la carta que me dejó en lugar de mi artefacto, conoce muy bien los pros y los contras. Ha tomado una decisión; acertada para usted, equívoca hasta el absurdo para mí, pero la tomó conociendo todos los datos, todas las implicaciones, y eso le honra. Se puede decir que su locura ha sido producto de un razonamiento, y no de un impulso asesino como el de nuestros monarcas a la hora de prolongar esta guerra más allá de la amenaza otomana.

Lo que voy a hacerle es un regalo. Se encuentra en un paquete que, si todo ha ido bien, tiene que acompañar a esta carta. Seguro que le satisfará. Para comprender bien su funcionamiento, busque los libros adecuados. Imagino que ya sabrá de mi afiliación a la secta de los Perfectibilistas. En sus códigos encontrará la forma de hacer funcionar este regalo, aunque por más que se empeñe no podrá cambiar su orientación.

Yo misma lo he orientado para que señale el momento en que sus actos, señor Dass, nos traerán la ruina a todos. Por eso espero que este artefacto que pongo en sus manos pase de un miembro de su familia a otro, generación tras generación, y que todos ellos sepan por qué lo tienen, y cómo se usa. Quiero —deseo— que su familia llegue sana al momento en el que este aparato marque la hora cero.

Así sabrán qué fue lo que usted arriesgó para cumplir con su deber de patriota.

Sin necesidad de verle nunca más,  
Irna Hohenstaufen

Antes de abrir la caja ya sé lo que contiene, pero aún así resulta toda una sorpresa tener este objeto en mis manos.

Es el reloj de Alestes, el mismo con el que Irna calculó las probabilidades de éxito en la misión lunar.

Se trata de un reloj distinto a cualquier otro. Es una esfera dentada, hecha de oro y sin manecillas; una hilera de pequeñas muescas en forma de colmillos recorre su perímetro, así como el de las siete esferas concéntricas que el reloj tiene en su centro.

Una figura tallada en jade, un dragón, va reptando por el borde exterior comiéndose esas muescas, y por cada círculo completo que traza, una muesca se desplaza en el anillo interior. Por cada círculo completo de éste, otra en el siguiente, y así.

Imagino que las muescas del perímetro indican días, pues hay en total trescientas sesenta y cinco. Y si eso son días y la segunda rueda representa los años, entonces las interiores son siglos y milenios.

¿Acaso esperaba el diseñador de este insólito reloj (que además es levógiro, es decir, que funciona de derecha a izquierda y tiene todas sus marcas invertidas, pues está pensado para ser contemplado en un espejo) durase tanto tiempo?

Por eso quiere Irna que lo legue a mis hijos, y éstos a su vez a los suyos, pues está claro que yo no estaré vivo cuando este ingenio llegue al final de su larguísima cuenta atrás.

Irna se ha equivocado en una cosa. Ha supuesto que me pondré a buscar información como un loco sobre estos artefactos y su relación con los enrevesados dogmas de los Perfectibilistas. No será así, porque ya lo he hecho.

Hace unos meses ordené en los archivos del Servicio Secreto una investigación sobre estos relojes. Al parecer, muchas sectas creen que los trabajos del monje Alestes tienen una base científica, aunque no esté fundamentada en la ciencia convencional, sino en otra más esotérica.

Según estos *phylum esoterica*, los acontecimientos futuros se pueden predecir basándose en complejos cálculos espirituales y astronómicos. Sin lugar a dudas, Irna ha sintonizado el reloj con el momento, tan lejano aún en el tiempo, en que la cadena de acontecimientos desatada por mi decisión llegará a su trágico final, a la destrucción de la Tierra y la creación de un cenotafio llamado Luna.

El reloj de Alestes me acompañaría por siempre, recordándome que por cada día que este dragón avance, quedarán veinticuatro horas menos para el Apocalipsis.

Mientras la observo, la figurita de jade se traga otra muesca.



VÍCTOR CONDE, en realidad llamado Alfredo Moreno Santana, nació en Santa Cruz de Tenerife en 1973.

Comenzó a estudiar psicología, pero abandonó la carrera desilusionado y se pasó a Imagen y Sonido. Realizó algunos trabajos dentro del mundo del cine. En la actualidad trabaja como programador de sistemas. Su trabajo como guionista le permitió profundizar en la estructura de la trama de sus futuras novelas. De hecho, *El tercer nombre del emperador* surge por su interés de convertir en novela una idea irrealizable en el cine.

Prolífico autor de ciencia ficción, literatura fantástica, terror y juvenil; un auténtico todo terreno, ya sea en la literatura de género, ya en la literatura a secas, sin más etiquetas, con una voz sumamente personal y un talento innegable para conjurar imágenes poderosas. En 2010 ganó el premio Internacional Minotauro de literatura fantástica, del que había quedado finalista en dos ocasiones (2004 con *Mystes* y 2005 con *El teatro secreto*). Al año siguiente gana el premio Ignotus por su novela *Crónicas del Multiverso*, del que había sido finalista en 2009 (*Albedo cero*). También fue finalista del Premio UPC (mención de aprecio, 2007) de novela corta por *Mercaderes del tiempo*. Sus novelas *Naturaleza muerta* y *Crónicas del Multiverso*, contaron con el favor de crítica y público, tendencia que consolidó definitivamente con *Heraldos de la luz*, con la que inauguró la trilogía de los *Heraldos*, su proyecto más ambicioso dentro del campo de la narrativa fantástica orientada al público juvenil.

Su temática es una mezcla de aventura a caballo entre lo fantástico y la ciencia ficción. Un tipo de *Space Opera* que consigue sobresalir por encima de la intrascendencia de las aventuras espaciales, al estilo de Dan Simmons, uno de sus autores de referencia. Su serie más conocida, la saga de *Piscis*, está protagonizada por una mujer creada genéticamente, una guerrero que viaja a bordo de su nave espacial. Se trata de un conjunto de novelas y relatos donde predomina la acción y la diversión.

Actualmente, además de dedicarse a la literatura, trabaja como guionista, tanto para el cine como para la pequeña pantalla. Es miembro de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.

# Notas

[1] La tradición fabulista germana. <<

[2] Debido a una mala traducción en Occidente, el frasco original de cristal del poema de Pandora pasó a ser, erróneamente, una caja. <<

[3] El Buitenhof o «patio exterior» era un paraninfo rodeado de edificios nobles en el que los artesanos del chocolate elaboraban recetas y las vendían en las afamadas pastelerías de Brandeburgo. A su espalda se hallaba el edificio del Margravato, con una inmensa cúpula de copa rebajada de trece metros, desde donde gobernaba el Gran Pensionario de Prusia. Muchos ciudadanos aplicaban el nombre de la plaza a este majestuoso edificio. <<

[4] Esto es una referencia a la pintura de Rubens (1577-1640), caracterizada por la opulencia y la perfección de su acabado. El «centenar de viajeros» son los ayudantes que trabajaban en el taller del maestro, de quien se conoce una carta fechada en 1633 rechazando a un nuevo aprendiz, porque el local no podía albergar a más gente. <<

[5] Término usado en aquel entonces para designar al analista o erudito de los trastornos emocionales. Décadas más tarde se le conocería como «frenópata» y luego, con la irrupción de Freud y Jung en el panorama científico, «psicoterapeuta». <<

[6] Gregor Mendel, el padre de la genética, era un monje agustino que hizo sus principales experimentos con guisantes y chícharos. <<

[7] Castillo. <<

[8] Semental. <<

[9] Especie de cuadrante o astrolabio simplificado. <<

[10] Antigua medida francesa de longitud equivalente a 1946 metros, usada también en Alemania. <<

[11] Vino quemado, o brandy. <<

[12] Especie de Ministerio controlado directamente por el Gran Pensionario y sus delegados. <<

[13] Pistola alemana que usa munición con cartucho metálico de autocebado. Su tambor está situado delante del gatillo, y solo alberga cuatro balas. <<

[14] Del ruso *menshevik*, «minoritario», alude a los comunistas moderados. <<

[15] Literalmente, «gorro de orejas flexibles», es el cubrecabezas clásico ruso, de forma tubular, adaptado de una prenda mongola medieval. <<

[16] Patata rellena con paté de hígado y cebolla rehogada con sal, pimienta y nuez moscada. <<

[17] Refugio construido por los tramperos en la taiga. <<

[18] Título original de la obra *Los viajes de Gulliver*, publicada en 1796 como anónimo por Jonathan Swift y dividida en cuatro actos, el último de los cuales suele eliminarse de las ediciones juveniles por su excesiva mordacidad. <<

[19] Según la «Física» de Aristóteles, el quinto elemento, del que estaba formado el cielo, se llamaba aither, y no era susceptible de sufrir ningún cambio salvo el de lugar, inducido mediante un movimiento circular. <<

[20] Libros que recogen las vidas de los santos en el orden en que las celebra la Iglesia. <<

[21] Ciencia que estudia la división del arco diurno y la trayectoria del sol, cuyos resultados se aplican a la fabricación de relojes solares. <<

[22] El ajedrez tiene su origen en el valle del Indo, y originalmente se lo conocía como Chaturanga o «juego del ejército». <<

[23] Voz ibérica arcaica que procede del árabe alwaq, «estúpido», y que quiere decir «loco, demente, propenso a las ideas desquiciadas». <<

[24] Antes de la apertura de Rusia a Occidente, la historia se contaba en sus aulas de forma distinta a como se hacía en el resto de Europa. Según los libros de texto soviéticos, inventos como el filamento incandescente de tungsteno se atribuyen a Pável Rastynov, el telégrafo a Rudy Oprenchko, y las leyes de Newton fueron enunciadas casi un siglo antes por el célebre físico moscovita Alexei Rostov. <<

[25] Del Tratado de los Instantes Intercalares, por Alestes de Calean, tablilla 18, versículo 26: «*Separados del linaje de Abraham, y condenados a errar sin fin por los desiertos de la iniquidad<sup>14</sup>, he aquí que el profeta miró al cielo, al funesto astro cuyo color es la palidez de la muerte, y dijo: ésta es nuestra tierra prometida, siempre a la vista, jamás al alcance de nuestras sandalias<sup>28</sup>. ¡Quién pudiese poner aunque fuese por un instante un pie en ella, solo para decir: yo estuve en la Tierra Prometida, y dejé grabadas mis huellas en su faz!* <sup>31</sup>» <<

[26] Primitivo navío temporal hecho de hierro fundido, que se impulsaba a través de los siglos mediante cuatro grandes cucharas mecánicas movidas por electricidad. Para evitar que los pasajeros variasen su edad al moverse por los años, el inventor incluyó en la ecuación el «fluido García», un néctar que les ayudaba a conservar su edad. Novela escrita en formato de zarzuela por Enrique Gaspar y Rimbau y editada en 1887, esta obra se adelanta varios años a H. G. Wells en la invención de la máquina del tiempo. <<

[27] Instrumento usado para medir la intensidad de la radiación solar en un hemisferio.

<<

[28] El siberiano Dmitri Mendeleiev fue el primer químico en elaborar una tabla periódica de elementos, aunque su carácter de activista político le granjeó numerosos enemigos en el entorno académico. <<

[29] Torre que realmente llegó a proyectar Nikola Tesla, pero que no vio la luz por falta de financiación. <<